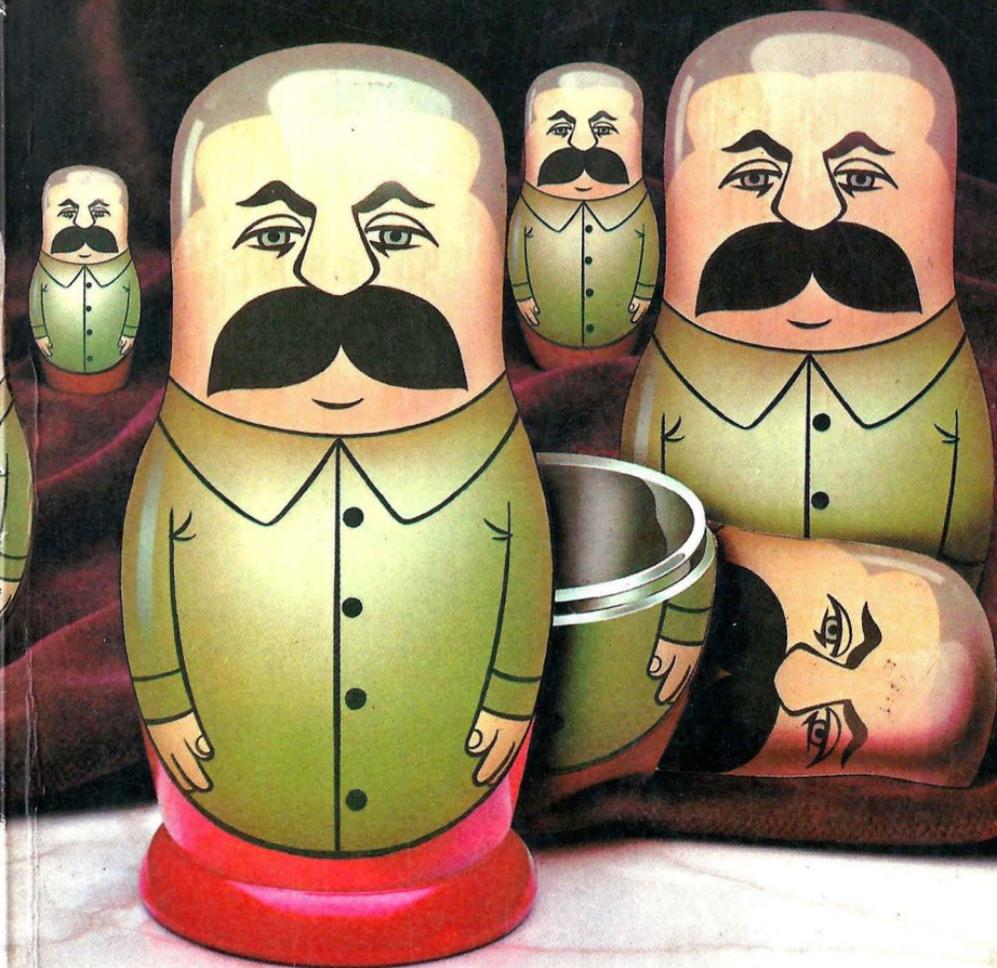


STALIN (2)

IAN GREY



**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



STALIN
(Volumen segundo)

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**

STALIN

(Volumen segundo)

IAN GREY

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Stalin, Man of History*.

Traducción del inglés a cargo de Jesús A. Marinas.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

© Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1986.

© Ian Grey, 1979.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8215-5.

Depósito legal: NA-1260-1985 (II).

Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca 41-49. 08029-Barcelona.

Impreso en Gráficas Estella, Estella (Navarra), 1986.

Printed in Spain

Indice

| | <u>Página</u> |
|--------------------------------|---------------|
| 21. El nuevo líder | 199 |
| 22. La nueva revolución | 208 |
| 23. El terror | 224 |
| 24. Los preludios de la guerra | 245 |
| 25. Los meses del desastre | 270 |
| 26. La recuperación rusa | 293 |
| 27. La Conferencia de Teherán | 309 |
| 28. Avance hasta Berlín | 321 |
| 29. La traición de Potsdam | 347 |
| 30. El gran resurgimiento | 362 |
| 31. La muerte | 378 |
| Notas | 381 |
| Cronología | 401 |
| Testimonios | 407 |
| Bibliografía | 411 |



21. El nuevo líder

El 21 de diciembre de 1929, la nación celebró el quincuagésimo aniversario del nacimiento de Lenin con homenajes sin precedentes. Los periódicos rivalizaban en panegíricos. Se colocaron enormes retratos en las paredes del Kremlin. Estatuas y bustos dominaban las plazas y los edificios públicos de todas las ciudades. Organizaciones del partido, fábricas, colectivos y simples grupos de personas de todas las zonas del país le enviaban declaraciones de fidelidad. El eslogan «Stalin es el Lenin de hoy» aparecía en pancartas y se coreó en reuniones públicas. Se dio el nombre de Stalin, el hombre de acero, a varias poblaciones, así como a la montaña más alta del Pamir. Su nombre y su retrato se convirtieron en parte de la vida cotidiana del pueblo. Era el comienzo del culto a Stalin, que adquiriría enormes dimensiones.

Esta frenética adulación era en parte el trabajo entusiasta de la maquinaria del partido en Moscú y de los funcionarios del partido en todo el país. Elogiaban al jefe y conseguían que el pueblo se uniera en los elogios al secretario general del partido. Le debían sus puestos y sabían hasta qué punto su autoridad se extendía a los más recónditos rincones del partido. Pero el servilismo y el propio interés iban acompañados de una auténtica veneración.

Las manifestaciones de reverencia eran, en parte, la espontánea expresión popular de alivio y satisfacción al tener Rusia por fin un líder poderoso. Se reanimaron las tradiciones de cinco o más siglos y se fortaleció el culto a Lenin e incluso más el culto a Stalin, que, ciertamente, lo fomentaba. Desde luego, una vez había cobrado impulso, es dudoso que hubiera podido frenarlo. Era, en cierto modo, prisionero de su propio poder y de su posición. Pero el culto fue importante para reforzar su autoridad dentro del partido y entre el pueblo. El poder de los zares había sido su herencia inalterable, y se había apoyado en la Iglesia ortodoxa. El liderazgo de Stalin se cimentaba en el culto y en la casi mística veneración del Partido Comunista.

Aunque aceptaba la necesidad del culto, Stalin probablemente no desempeñó un papel muy activo en su desarrollo. El comunista yugoslavo Milovan Djilas, que le conoció en 1945, llegó a la conclusión de que «la deificación de Stalin se debía tanto a la burocracia y al círculo de Stalin, que necesitaban tal líder, como a él mismo».¹¹⁰

Stalin no era, de hecho, un hombre vano y egocéntrico que tuviera que estar rodeado de adulación y servilismo. Detestaba la adulación en masa de su persona y durante toda su vida hizo lo posible por evitar manifestaciones en su honor. Desde luego, sólo aparecía en público en los congresos del partido y en días de gala en la plaza Roja, cuando era una remota figura erguida en el mausoleo de Lenin. Carecía de vanidad personal al igual que Pedro el Grande y Lenin, pero, también como ellos, poseía idéntica arrogante convicción, que trascendió la mera vanidad, de que era un hombre predestinado a guiar el destino de Rusia, que sabía lo que convenía al país y al pueblo y que, como observó Djilas, «estaba llevando a cabo la voluntad de la historia». ¹¹¹

Un abismo incommensurable parecía separar al hombre de 1929, de cincuenta años, del niño del colegio religioso de Gori y del joven con la cara picada de viruela que estudió en el seminario de Tiflis y que se preparaba para el sacerdocio. En cada etapa de su trayectoria había aumentado su talla al mostrar su confianza y capacidad para hacer frente a mayores desafíos; poseía autoridad natural, fuerza y valor interior. No estaba abrumado por la responsabilidad que ahora recaía sobre él como único gobernante de una nación de doscientos millones de personas, en unos momentos en que su supervivencia estaba amenazada. No jugaba sobre seguro, evitando peligros que pudieran llevar a la destrucción; por el contrario, aunque prudente por naturaleza, perseguía sus objetivos con implacable firmeza, sin dejarse disuadir por los riesgos. Desde luego, estaba a punto de lanzar a la nación a una nueva revolución que, como veía claramente, podría acabar en catástrofe.

Como persona, sin embargo, Stalin no había cambiado mucho. Tenía poder y posición, pero no mostraba interés por las posesiones ni el lujo. Sus gustos eran sobrios y vivía austeramente. En verano vestía una sencilla túnica militar de lino, y en invierno una túnica parecida de lana, y un abrigo que tenía más de cincuenta años. También tenía un abrigo corto, de piel de ardilla por dentro y reno por fuera, que comenzó a ponerse poco después de la Revolución y continuaría llevando junto con su viejo sombrero de piel hasta su muerte. Los regalos, muchos de ellos valiosos e incluso algunas obras de artesanía inapreciables, que le eran enviados de todas las regiones del país, y con motivo de su septuagésimo aniversario, de todo el mundo, le hacían sentirse violento. Pensaba que estaría mal hacer un uso personal de tales regalos y, como comentó su hija: «No podía imaginar por qué querría la gente enviarle todas esas cosas.» Ello nos da una idea de la paradójica humildad de este hombre extraordinario.

Stalin se esforzaba en mantener un contacto directo con todas las secciones del partido y del gobierno. Era una supervisión que varios autócratas, Nicolás I en particular, habían intentado ejercer sin conseguirlo. Stalin era más efectivo, aunque tenía que depender de una tediosa máquina burocrática. Era una tarea gigantesca que exigía trabajar un número excesivo de horas. Al comienzo de su carrera política se había habituado a trabajar durante la noche y a dormir, en algunos descansos, durante el día, y los miembros del Politburó y altos cargos tuvieron que

hacer otro tanto. Durante largos periodos no salía de su oficina contigua al pequeño apartamento de que disponía en el Kremlin. En verano, no obstante, cuando le era posible, se trasladaba a su pequeña casa de campo, no lejos de Moscú. En ella vivía con su esposa y sus hijos, familiares y amigos, y allí parecía un hombre tranquilo y hogareño.

Por los detalles dados por la hija de Stalin, se debía de respirar en la casa de Zubalovo la atmósfera cálida y animada de una casa solariega antes de la Revolución. Había niñeras y tutores, cocinera y sirvientes, y numerosos familiares y amigos, que vivían en una especie de tumultuosa armonía bajo un mismo techo. Los padres y hermanos de Nadia, la esposa de Stalin, vivían allí o hacían frecuentes visitas. Ordjonikidze, Vorochilov y Molotov y sus esposas, Kirov, Bujarin y otros visitaban la casa con frecuencia. Había cenas familiares, comidas campestres y alboroto de niños. Pero también había discordias, centradas principalmente en Nadia, porque aunque ella llevaba la casa y le daba una atmósfera familiar, se sentía infeliz e incapaz de adaptarse a la situación que le imponía el matrimonio.

Nadia había nacido en Bakú y había sido criada en el Cáucaso. Dentro del círculo familiar se había empapado del espíritu revolucionario. Se convirtió en una joven hermosa, de aspecto oriental, lánguido en ocasiones, pero sin tiempo para las apariencias; era una mujer típica de su generación, con un gran entusiasmo por trabajar para el milenio socialista. Sin duda, en su niñez había idealizado a Stalin, a quien recordaba como un revolucionario fugado, protegido por sus padres, y después como el revolucionario que acaba de regresar de Siberia. El matrimonio con un hombre así le parecía probablemente la forma más elevada de servicio a la Revolución, pero había también entre ellos una verdadera y profunda atracción.

La madre de Nadia se oponía al matrimonio. Ella y su marido conocían a Stalin desde hacía veinte años y siempre le habían considerado como un íntimo amigo, casi como un hijo. Pero ella había sufrido por estar casada con un revolucionario, y Nadia era joven y romántica... Su hermano y sus dos hermanas la habían mimado. Su madre pensaba probablemente que la felicidad no sería muy duradera si se casaba con un revolucionario duro como Stalin. Además, estaba la diferencia de edad: veintidós años les separaban.

Nadia se casó con Stalin en 1918. Vivieron primero en el Kremlin, en Moscú, pero ella pronto empezó a odiar aquella fortaleza de piedra. Había trabajado como secretaria en el Comisariado para las Nacionalidades de Stalin. Después de su matrimonio entró a formar parte del equipo de secretarías de Lenin, encabezado por L. A. Fotyeva. Luego acompañó a su marido a Tsaritsyn. La vida en la sombría ciudad, asediada por el hambre, desgarrada por la violencia a causa de los envíos de grano y amenazada por el Ejército Blanco, tuvo que ser una experiencia atroz para una joven esposa.

Desde el comienzo, su vida matrimonial debió de ser dura y solitaria. Su marido estuvo destinado en el frente durante la guerra civil y, después, completamente entregado al partido en las crisis sucesivas y a

la lucha por el poder. Sin duda la dejaba sola durante largos periodos y con frecuencia se mostraba huraño y distraído, aunque no se desentendía ni era del todo insensible a sus sentimientos. En una ocasión se sintió indispuesta después de una recepción oficial y Stalin la llevó a la cama y la consoló. «Entonces me quieres un poco, después de todo», le dijo ella. Fue un incidente, pero probablemente similar a otras muchas situaciones que en algunos matrimonios están cubiertos de amargura. Su hijo, Vasily, nació en 1920, y su hija, Svetlana, en 1926. Pero el matrimonio estaba sometido a una tensión constante, principalmente, al parecer, debido a que Stalin estaba absorto en su trabajo. En una ocasión Nadia cogió a los dos niños y se fue con su padre a Leningrado, pero pronto regresó a Moscú.

Nadia estaba poco con sus hijos y les daba poco cariño; era, sin embargo, una madre responsable que se preocupaba de que cumplieran un cuidado programa de estudios con institutrices y tutores. Tenía tendencia a favorecer a Vasily, posiblemente porque su padre era severo con él. Era en cambio más estricta con Svetlana, que era la preferida de su padre. Stalin se mostraba cariñoso y juguetón con su hija, a la que escribía notas llamándola *Jozyaika* (ama de casa, jefa), en las que le preguntaba cuáles eran las órdenes del día. Las notas, que ella conservó, revelan un tierno interés por su salud y por su felicidad.

Por algún motivo, Stalin no sentía afecto hacia Yakov, hijo de su primer matrimonio, que había sido educado por sus abuelos en el Cáucaso. Llegado el momento, Alexander Svanidze insistió en que su nieto debía ir a Moscú para estudiar y aprovechar las posibilidades que ofrecía la capital. Pero desde el día de su llegada, Stalin acosó a su hijo con críticas. Desaprobó su primer matrimonio, su elección de carrera y su manera de ser. Cuando Yakov intentó suicidarse en 1928 ó 1929, su padre comentó cruelmente: «¡Vaya! ¡Podía disparar con más puntería!» Yakov se volvió hacia su madrastra, que sólo era siete años mayor que él, en busca de afecto y comprensión. Ella se hizo cargo de su situación y trató de compensarle de la insensibilidad de Stalin. También ella, probablemente, estaba desconcertada por la actitud de su marido, que a veces se mostraba amable, afectuoso, sensible y encantador, pero en otras ocasiones era cruel y brutal.

En tanto que Stalin era probablemente un marido difícil y descuidado, Nadia por su parte era una esposa y compañera inadecuada. Parece ser que no entendía el alcance de las responsabilidades de su marido ni las presiones a que estaba sometido. Odiaba el papel de primera dama del país y, al parecer, no intentaba apoyar a su marido en su posición. Cuando le era posible mantenía en secreto su identidad. Evitaba viajar en coche cuando ello llamara la atención. Dedicaba el tiempo a estudiar francés, música y otros temas en un intento frenético de sentirse a sí misma a la altura intelectual de aquellos con quienes se relacionaba en los actos oficiales. Era una mujer emotiva y sensible, casada con un dominador de hombres y líder de la nación.

A mediados de los años veinte Stalin meditó larga y cuidadosamente sobre el camino a seguir, y las medidas por las que finalmente se de-

cedió iban a mantenerle aún más alejado de su esposa y de su familia. Tenía un sentido del deber y una inflexibilidad para perseguir sus objetivos que ellos no compartían. Se había ido inclinando prudentemente hacia la política de colectivización e industrialización. Ni subestimaba el alcance de estas medidas, ni sentía temor ante ellas; ya pensaba a gran escala o, como él había dicho, a escala rusa. Sabía también que llevar a cabo la colectivización forzosa de más de cien millones de campesinos haría necesaria la violencia. Significaba el retorno a la destrucción cruel y a los odios acérrimos de la guerra civil. Pero esta vez tendría mayor alcance. Cuando se preparaba para este conflicto, su valor, su sangre fría y su determinación se tambalearon.

Era fundamental, desde la perspectiva de Stalin, que el comunismo no se afanzara en Rusia a través de la educación y de la exhortación, sino por la fuerza. El partido tenía que imponer el socialismo al pueblo porque éste sólo lo aceptaría desde la experiencia del nuevo estilo de vida. Aceptaba que inicialmente su política causaría padecimientos a gran escala. Iba a declarar la guerra a la gran masa de la población, y la guerra implicaba víctimas del mismo modo que la victoria proporciona compensaciones. Por eso, despreciaba a Bujarin y a todos los que retrocedían ante los peligros y los sacrificios. Cada siglo el pueblo ruso había sufrido monstruosas calamidades tanto en la guerra como cuando se produjo algún avance positivo en su historia. Al imponer el mandato de Moscú sobre Novgorod como parte de la unificación de Moscovia, el zar Iván IV había aniquilado a unos sesenta mil hombres, mujeres y niños de la ciudad. Pedro el Grande, al construir los primeros barcos en Voronez y al fundar su ciudad en el pantanoso estuario del Neva, había sacrificado innumerables vidas humanas. La historia proporcionaba numerosos precedentes y había formulado una ética que Stalin, al igual que anteriores gobernantes rusos, aceptaba.

En esos momentos, cuando se disponía a lanzar a la nación a esta espantosa revolución, Stalin era perfectamente consciente de los riesgos. No se trataba sólo de su supervivencia personal, sino de la puesta en práctica de las medidas que, según creía, sólo él tenía la clarividencia y la decisión necesarias para imponer. La adulación popular, ya a nivel nacional, no le proporcionaba una sensación de seguridad ni menos aún le hacía sentirse inmune a la traición y a la perfidia. Veía con recelo este homenaje, especialmente entre quienes le rodeaban. Durante su trayectoria como revolucionario, los líderes del partido, incluso el mismo Lenin durante los últimos meses de vida, habían tratado de ignorarle y destituirle. El repentino cambio de actitud de los supervivientes apestaba a hipocresía. Su hija observó que «era sorprendentemente sensible a la hipocresía y resultaba imposible engañarle». Tras la fachada de adulación, conspiraban contra él. No creía ser un demiurgo, como ellos decían, aunque estaba convencido de ser el único que sabía cuáles eran las medidas políticas adecuadas y, por supuesto, el único que podría dirigir a la nación.

En el curso de la nueva revolución, la oposición de izquierdas podría tratar de minar su liderazgo, acusándole de haber usurpado su pro-

grama. Pero él había transformado ese programa y con su liderazgo y sus criterios respecto a la oportunidad de los pasos a dar había posibilitado su aplicación. Sin embargo, todavía tenía una idea exagerada sobre el prestigio y la influencia de Trotski en el partido, y en enero de 1929 lo expulsó del país. Miles de partidarios de la oposición de izquierdas habían sido detenidos y deportados a Siberia después del XV Congreso del Partido en diciembre de 1927, y allí seguían. No temía a Zinoviev ni a Kamenev. Les había faltado coraje cuando se produjo la Revolución de Octubre; expulsados del partido, hicieron una abyecta confesión de sus errores y fueron readmitidos en junio de 1928. La campaña contra Bujarin y la oposición de derechas les había hecho concebir esperanzas de una completa rehabilitación, y esto garantizaba su buena conducta. Pero no se fiaba de ellos.

Bujarin, Rykov y Tomsy habían sido derrotados, pero cuando las tensiones de la nueva revolución se intensificaran y los miembros más débiles se amedrentaran ante la tormenta, podrían dividir al partido con sus llamadas a la moderación. Sospechaba que citarían la frase de Lenin: «No hay nada más estúpido que la idea de fuerza respecto a las relaciones económicas con los campesinos comunes.» Esto, quizá, obtendría cierto apoyo debilitando así al partido en momentos de crisis.¹¹² Stalin sabía, sin embargo, que en tales circunstancias, cuando el partido estuviera de hecho en guerra con el pueblo, la llamada a la solidaridad mantendría unidos a los militantes, y que cualquier intento de formar una corriente contraria a la línea oficial sería condenada como traición. Pero estaba en guardia y dispuesto a actuar contra los antiguos miembros de la oposición de derechas y de izquierdas.

Esto afectaba especialmente a los miembros de la oposición de izquierdas, que, tras el cambio de línea política, habían aceptado su liderazgo. Muchos antiguos miembros de esta facción solicitaron ser readmitidos en el partido. Normalmente se les concedía el reingreso y se les asignaban cargos secundarios. El primero de estos «capituladores», como se les llamaba, fue Pyatakov, a quien Lenin en su «testamento» describió como «un hombre de una voluntad indudablemente excepcional y de notable talento». En julio de 1929, un grupo, en el que Radek y Preobrazensky eran los miembros más antiguos, solicitaron la readmisión. La vuelta de estos hombres significaba un reconocimiento de la primacía de Stalin como líder, que ninguno de ellos había previsto ni consideraba posible pocos años antes. Pero también demostraba el poder del partido como fuerza dominante en sus vidas; era el sustituto de una religión perdida y, para muchos de ellos, del patriotismo. El partido les atraía como comunidad que subsumía el individualismo egoísta y les unía en un objetivo superior. La expulsión de esta comunidad significaba la muerte espiritual y moral, y los que eran expulsados estaban dispuestos a hacer cualquier retractación y a sufrir cualquier humillación con tal de ser readmitidos en él.

Una descripción gráfica de lo que el partido significaba para un comunista convencido la hacía Pyatakov en 1928. En París, donde era entonces representante comercial soviético, se reunió con Nikolai Volsky,

antiguo menchevique, que en algunos momentos había estado próximo a Lenin. Volsky era un hombre comprensivo y moralmente íntegro que estaba indignado por la brutal intolerancia de los bolcheviques. En su encuentro, poco después de que *Pravda* hubiera publicado su retractación y readmisión, Pyatakov provocó a Volsky acusándole de falta de valor para unirse a los bolcheviques. Airado, Volsky replicó que era Pyatakov quien carecía de valor moral, porque había renunciado públicamente a sus propias convicciones con tal de reingresar en el partido. Pyatakov respondió con una extensa declaración de fe.

Lenin, durante sus últimos meses de vida —dijo Pyatakov— había estado enfermo y cansado, y sus escritos, incluso la misma NEP, no reflejaban sus pensamientos. «El auténtico Lenin era el hombre que había tenido el valor de llevar a cabo primero una revolución proletaria, y emprender después la creación de las condiciones objetivas que en teoría se consideraban previas a tal revolución. ¡Qué fue la Revolución de Octubre, qué es el Partido Comunista, sino un milagro! ¡Ningún menchevique podrá entender jamás lo que significa ser miembro de tal partido!»

El principio básico del partido de Lenin —continuó— era que no reconocía limitaciones. No reconocía frenos de tipo moral, político o físico. «Un partido tal es capaz de conseguir milagros y de hacer cosas que ningún otro colectivo de hombres podría conseguir... Un auténtico comunista, es decir, un hombre formado en el partido y que se ha impregnado de su espíritu con hondura suficiente, se convierte de alguna manera en un hombre milagro.»

De este concepto del potencial ilimitado del partido surgía su aceptación de completa sumisión. «Por un partido así, un verdadero bolchevique desechará de su mente ideas en las que ha creído durante años. Un verdadero bolchevique ha sumergido su personalidad en la colectividad, el partido, hasta tal punto que puede hacer el esfuerzo necesario para abandonar sus propias ideas y convicciones, y puede honradamente estar de acuerdo con el partido; ésa es la prueba de un verdadero bolchevique. No podría haber vida para él fuera de las filas del partido y estaría dispuesto a creer que lo negro es blanco y lo blanco, negro, si el partido lo exigiera. Para hacerse uno con este gran partido, se fundiría con él y abandonaría su propia personalidad, de manera que no quedara ninguna partícula dentro de él que no fuera una con el partido, que no le perteneciera.»

Pyatakov estaba embargado por la emoción, pero expresaba su fe profunda y había otros muchos que compartían su ilusión. Otro revolucionario, Victor Serge, escribió que «todos los comunistas, todos lo que participan en la revolución, se sienten como humildes siervos de una causa infinita. Prestan absoluta obediencia al partido... Es el partido el que hace todo. Sus órdenes no deben ser discutidas.»¹¹³ En el XIII Congreso del PCUS, en 1924, Trotski también había hablado del partido como «el único instrumento histórico dado al proletariado y el colectivo al que todos los miembros deben obediencia absoluta».¹¹⁴

Es cuestionable que Stalin considerara alguna vez al partido con el mismo fervor religioso que Pyatakov y otros, o que aceptara la voluntad

colectiva que Trotski aclamaba como suprema, pero que nunca pudo aceptar como superior a su propio juicio. Stalin había sido un abnegado servidor del partido desde su formación. Había resaltado la obediencia y la disciplina como cualidades esenciales de sus miembros, pero él, por su parte, siempre había mantenido una cierta independencia de juicio. Como Lenin, Stalin era un líder y un político que formulaba la voluntad colectiva y la guiaba por los senderos adecuados para su cumplimiento.

Lenin había declarado en marzo de 1920 que «la socialdemocracia soviética no es en absoluto incompatible con el mandato y dictadura de un solo hombre. La voluntad de una clase puede a veces ser llevada a cabo por un dictador, que en ocasiones es más eficaz actuando solo y que frecuentemente resulta necesario.»¹¹⁵ Había sido una atrevida afirmación hecha ante militantes del partido que pedían una mayor democracia. Pero siempre había insistido en que el partido debería ser una disciplinada organización, un ejército bajo un solo liderazgo. Stalin sencillamente desarrolló y fortaleció el partido, y ejerció un poder absoluto sobre él según las directrices claramente marcadas, aunque nunca del todo seguidas, por Lenin. En cuanto a si ponía en práctica la voluntad colectiva del partido, estaba convencido de que cumplía la voluntad de la historia.

Stalin se convirtió en *Vozhd*, o líder, no sólo debido a su personalidad, talento e inflexible determinación, sino también a su mandato enérgico y desafiante. Inspiraba en la gente la fe en la necesidad de sus sacrificios y privaciones porque con ellos conseguirían la victoria, la seguridad y otras ventajas. Desde luego Stalin creía que todo lo que condujera a la justicia y prosperidad del socialismo estaba justificado.

Con su concepto de «socialismo en un sólo país» animaba al partido y al pueblo a ser dueños de su propio destino, y así, lejos de depender de partidos extranjeros, mostrar el camino a Occidente y al mundo con su esfuerzo heroico. Era una llamada directa al orgullo nacional y al sentido de vocación mesiánica tan hondamente enraizada en la idiosincrasia rusa. La respuesta, especialmente entre los jóvenes militantes, fue una ola de entusiasmo, trabajo y lucha apasionada por alcanzar objetivos imposibles. Todos se concentraron en la tarea de crear el socialismo en Rusia y de abrir el camino al mundo entero.

Dentro del partido las dudas y los desacuerdos no se habían centrado sobre la necesidad básica del desarrollo de la industrialización y la organización de grandes explotaciones agrícolas, sino sobre los métodos y el calendario a seguir. El propio Stalin había dudado durante un tiempo y había aceptado la tesis del ala derecha de que los campesinos se convencerían de las claras ventajas del socialismo. Sin duda le influía la advertencia de Lenin en el sentido de que cualquier política que se enfrentara a los campesinos destruiría el régimen comunista.

Stalin no creía, sin embargo, que los campesinos fueran jamás atraídos por el socialismo. Los conocía mejor que ninguno de los intelectuales del partido. Desde que llevó a cabo su rápida gira por Siberia para incautar a los campesinos el grano almacenado, estaba convencido de que sólo obligándolos formarían colectividades. Entre tanto, no estaba

dispuesto a que el partido dependiera de los campesinos en su gran tarea histórica de construir el socialismo.

Otro factor extremadamente importante era su sensación de urgencia. Exigió una acción inmediata porque estaba convencido de que la puesta en práctica de su programa era crucial para la supervivencia del partido y de la nación. Supervivencia quería decir alcanzar y sobrepasar a las potencias occidentales industrializadas. La Rusia soviética era débil y estaba a su merced, y así seguiría hasta que hubiera transformado su economía y consolidado su potencial industrial.

En uno de sus discursos más reveladores, Stalin explicó con términos desafiantes esta urgente necesidad de alcanzar y superar a Occidente. Esto fue con motivo del I Congreso Intersindical de Trabajadores de la industria socialista en febrero de 1931, cuando todos experimentaban el delirio y las tensiones del primer plan quinquenal, y anhelaban algún tipo de alivio. Stalin no permitía alivios.

«A veces se plantea la cuestión —declaró— de si es posible reducir ligeramente el ritmo, aminorar la marcha. ¡No, no es posible, camaradas! No es posible disminuir el ritmo; al contrario, en tanto en cuanto las fuerzas y las circunstancias lo permitan, es necesario aumentarlo. Nuestras obligaciones para con los obreros y campesinos de la Unión Soviética nos lo exigen. Nuestras obligaciones para con la clase trabajadora del mundo nos lo exigen.

»Retardar el ritmo significa quedarse atrás. Y los que se retrasan son vencidos. ¡Nosotros no queremos eso! La historia de la antigua Rusia se caracteriza, entre otras cosas, por haber sido constantemente vencida debido a su atraso. ¡Los khanes mongoles la derrotaron! ¡Los beys turcos la derrotaron! ¡Los señores feudales suecos la derrotaron! ¡Los nobles polaco-lituanos la derrotaron! ¡Los capitalistas anglofranceses la derrotaron! ¡Los barones japoneses la derrotaron! Todos la derrotaron... por su atraso. Por su atraso militar, su atraso cultural, su atraso administrativo, su atraso industrial, su atraso agrícola. La derrotaron porque era rentable, y quedaron impunes...

»En el pasado ni tuvimos ni pudimos tener una patria. Pero ahora, cuando hemos derrocado al capitalismo y el poder nos pertenece, ahora tenemos una patria y defenderemos su independencia. ¿Estáis dispuestos a que nuestra patria socialista sea vencida y pierda su independencia? Si no queréis eso, entonces tenéis que acabar lo antes posible con su atraso, e intensificar el ritmo actual en la construcción de su economía socialista... Estamos entre cincuenta y cien años por detrás de los países avanzados. Tenemos que salvar esa separación en diez años. ¡O lo hacemos, o acaban con nosotros!»

Esta claridad de objetivos, junto con aquellas cualidades personales que por una especie de alquimia dan a algunos hombres el dominio sobre los demás, le convertían en un enérgico líder. Actuaba con la convicción de que la doctrina marxista interpretada por Lenin proporcionaba la fórmula infalible para lograr una nación fuerte, y justicia social. Pero este método, enraizado en la ética bolchevique de que el fin justifica los medios, le transformaron en un cruel tirano.

22. La nueva revolución

El primer plan quinquenal era un programa en el que se establecían objetivos y lemas de producción con los que Stalin pretendía atajar el atraso de Rusia. Se puso en marcha en 1928, aunque no sería aprobado hasta abril de 1929 por el XVI Congreso del PCUS. Fijaba unos ambiciosos objetivos para la industria y una masiva socialización de la agricultura. Pero el elemento primordial del plan era que planteaba un desafío a la nación rusa al exigir del pueblo una vida de esfuerzos heroicos. Al mismo tiempo daba cobertura a una colectivización brutal de la agricultura. Era un audaz ataque en dos frentes.

El primer plan quinquenal probablemente fue en dimensiones y en resultados la mayor empresa económica planificada en la historia de la humanidad. Los resultados no alcanzaron los objetivos trazados, pero fueron, no obstante, prodigiosos. Esta hazaña, además, fue llevada a cabo en cuatro años y tres meses, ya que el 31 de diciembre de 1932 se dio por cumplido el plan. La proporción y el coste en sufrimientos y sacrificios humanos eran terribles, pero Stalin estaba convencido de que había que pagar el precio. El partido, extasiado por su exigencia del máximo esfuerzo, aceptó también el precio. Y con una resistencia extraordinaria, la masa del pueblo ruso trabajaba y servía.¹¹⁶

Los programas de colectivización e industrialización fueron lanzados simultáneamente. La campaña de colectivización había hecho algunos progresos en 1928. El número de koljoses, o granjas colectivas, había ascendido en un año, a partir del 1 de junio de 1927, de 14.830 a 33.258, y el número de familias campesinas en ellas integradas pasó de 194.200 a 416.700. Pero para Stalin ese índice de crecimiento era absolutamente inaceptable. Según se acercaba el invierno de 1928-29, el hambre se convirtió en una grave amenaza. Los déficits en las entregas de grano eran permanentes. Los campesinos ignoraban y tal vez desafiaban activamente al gobierno soviético y su política. Stalin exigió medidas urgentes.

Durante 1929 la campaña cobró impulso; pronto iba a extenderse por todo el país una ola destructiva, que recordaba las invasiones de los mongoles en el siglo XIII. El 27 de diciembre de 1929, Stalin proclamó: «Hemos pasado recientemente de una política de limitar las tendencias explotadoras de los kulaks, a una política de liquidación de los kulaks

Cartel de propaganda soviético, 1934. ►



como clase.» Esto equivalía a una declaración de guerra total e incluso de sentencia de muerte a un sector no muy bien definido de los campesinos, cuyo número ascendía a diez millones. Se calcula que unos cinco millones fueron deportados a Siberia y a la zona del Artico, y de ellos al menos la cuarta parte perecieron en el viaje. Miles perdieron la vida cuando trataban de defender sus propiedades.

El 5 de enero de 1930, el Comité Central decretó que el objetivo de colectivizar a la amplia mayoría de los campesinos dentro del plazo del plan era perfectamente alcanzable. Además, se fijó la colectivización total de las zonas productoras de grano para el otoño de 1932. Esto imprimió a la campaña un ritmo trepidante. En octubre de 1929, el 4,1 por ciento de las familias campesinas habían sido ya colectivizadas; en marzo de 1930, la cifra superaba el 50 por ciento, y el 1 de julio de 1934 alcanzaba al 71,4 por ciento de las tierras de labranza y de las familias campesinas. Los porcentajes se hacían con relación a cien millones de seres humanos: fue una progresión asombrosa.

Stalin consiguió esta revolución en la agricultura mediante el uso implacable de la fuerza y el terror. Los soviets locales eran los encargados de confinar las propiedades de los kulaks, que pasaban a convertirse en colectivos indivisibles y de propiedad común. En la práctica, esto se aplicó a las tierras y animales de todos los campesinos que no se unieron voluntariamente a los colectivos. La OGPU, que había sido ampliada a tal efecto, fue el principal instrumento para llevar a cabo la campaña. Pero además, unos veinticinco mil obreros con la adecuada preparación política y administrativa fueron también enviados al campo para actuar como fuerzas de choque. Se restablecieron los «Comités de los pobres» que habían sembrado la destrucción y el odio a niveles escalofriantes durante la guerra civil. Estos comités fomentaron una encarnizada hostilidad entre los campesinos pobres y los acomodados, y contribuyeron a imposibilitar una acción conjunta contra la campaña del gobierno.

Las ETM (estaciones de tractores y maquinaria), una especie de centros agropecuarios, fueron uno de los principales medios por los que se forzó a los campesinos a la colectivización. Agrónomos, veterinarios y mecánicos eran destinados a cada uno de estos centros que daba servicio a varios colectivos. En 1929 sólo existía una ETM. Durante el XVI Congreso del Partido, en junio-julio de 1930, Y. A. Yakovlev informó de que unos doscientos centros estaban ya en funcionamiento con tractores de fabricación rusa. Se necesitaban tractores imperiosamente, en especial después de la matanza de caballos, y se utilizaban solamente en los koljoses. Los campesinos que se resistían a la colectivización se encontraban sin medios para arar la tierra.

Documentos del partido de la región de Smolensk, obtenidos durante la II Guerra Mundial y publicados posteriormente, proporcionaban pruebas de primera mano sobre el caos y la violencia que convulsionaron las zonas rurales. Los documentos ponen de manifiesto que la campaña de colectivización se convirtió en una orgía de detenciones indiscriminadas, destrucción y saqueos. Los intentos de los funcionarios del partido para acabar con los excesos no surtieron efecto. El lema de

muchas brigadas encargadas de liquidar a los kulaks era: «¡Bebamos! ¡Comamos! ¡Todo es nuestro!»

En muchas regiones los campesinos lucharon con una furia ciega y destructora. Los asesinatos y los incendios provocados eran moneda corriente. Los comunistas eran sus enemigos. Los archivos del partido en Smolensk revelan que «como las denuncias de asesinatos e incendios se multiplicaban, se aconsejó a los militantes del partido que se mantuvieran alejados de las ventanas cuando trabajaran en locales soviéticos, y que en los pueblos no salieran por la noche a la calle». ¹¹⁷ La campaña continuaba inexorable. Los funcionarios regionales del partido eran amenazados con una nueva acción disciplinaria si no conseguían las cuotas de grano y la entrada de los campesinos en los koljoses. Lemas tales como: «Quien no se une al koljós es enemigo del poder soviético», obligaban a los campesinos a elegir entre integrarse, ser deportados o ser asesinados.

Los campesinos manifestaron el odio que sentían por el régimen y su política de colectivización matando a sus animales. Para un campesino, su caballo, su vaca, sus pocas ovejas o cabras eran bienes muy apreciados que le proporcionaban alimento en tiempos difíciles. Pero enfrentados a la confiscación y al hecho de tener que entregar sus animales a los koljoses, los campesinos prefirieron matarlos. De los treinta y cuatro millones de caballos que había en la Rusia soviética en 1929, dieciocho millones fueron sacrificados. Además, un 67 por ciento de las ovejas y cabras fueron sacrificadas entre 1929 y 1933.

La ola de violencia y destrucción amenazaba con escapar a todo control. Los líderes del partido anunciaron el éxito de la campaña en 1929, al superar la recolección estatal de grano en un 50 por ciento la del año anterior. Pero Stalin estaba preocupado por el peligro de que la anarquía se extendiera por todo el país. El 2 de marzo de 1930 publicó en *Prawda* su famoso artículo «El vértigo del éxito».

Había llegado la hora, afirmaba en él, de restringir el excesivo celo de los funcionarios del partido y de poner fin al ingreso obligatorio de los campesinos y de sus animales en los koljoses. Muchos funcionarios habían olvidado el principio leninista de que la entrada en los koljoses tenía que ser voluntaria. Todos los funcionarios y militantes debían observar el carácter modelo de la granja colectiva según se describía en el mismo número de *Prawda*.

Como continuación al artículo, el 14 de marzo de 1930, se publicaron detalladas instrucciones del Comité Central «Sobre distorsiones de la línea oficial en relación con el movimiento de colectivización», que pedían un cuidado especial en el trato dado a los campesinos; se citaban muchas acciones ilícitas y se insistía, en particular, en que había que poner fin al tratamiento de miles de campesinos de pocos o medianos recursos como si de kulaks se tratara.

El artículo de Stalin tuvo el efecto inmediato de hacer cesar la violencia que imperaba en muchas regiones. Al mismo tiempo los campesinos entendieron el significado de la afirmación de que el ingreso en los koljoses debía ser voluntario, y ejercieron su derecho a abandonarlos.

Al cabo de dos meses, la proporción de familias colectivizadas en la RSFSR descendió del 60 al 23,4 por ciento. En junio de 1930 la política agrícola de Stalin se enfrentaba al colapso. Parecía que la resistencia de los campesinos había detenido el programa de colectivización y le había vencido.

En el XVI Congreso del PCUS, celebrado en junio-julio de 1930, sin embargo, Stalin en persona y unos dos mil cien delegados aclamaron unánimemente la victoria de la línea del partido. Stalin era perfectamente consciente de la oposición de los campesinos y de los desastres causados por la colectivización impuesta, pero mostró su plena confianza en conseguir un resultado satisfactorio. Atacó a los opositores de derechas que habían hecho calamitosas predicciones de los horrores que resultarían de la campaña contra los kulaks y de la colectivización impuesta por la fuerza. «Y ahora vamos a acabar con los kulaks como clase; la anterior represión de los kulaks no era nada comparada con esta medida. ¡Ya veis que estamos vivos!»

En las críticas condiciones de junio de 1930, cabía esperar que los líderes del ala derecha presentaran oposición. Podrían mantener que habían anticipado los desastres que resultarían de las medidas defendidas por Trotski y la facción del ala izquierda, y que Stalin estaba llevando a la práctica tan drásticamente. Pero mostraron su ferviente apoyo a Stalin y a la línea oficial. Rykov y Tomsky hicieron abyectas confesiones ante el Congreso en pleno, admitiendo que estaban completamente equivocados, y solicitaron el perdón del partido. Bujarin estaba ausente del congreso, pero adoptaría una actitud similar más adelante.

La necesidad de mantener la unidad del partido se mostró de nuevo como una fuerza irresistible. Muchos de los delegados que conocían de manera directa los desastres ocurridos en el campo actuaron movidos por la misma razón. El partido tenía que mantener su unidad, especialmente en estos momentos en que era objeto de la ira popular. Si el partido llegaba a dividirse y perdía su dominio sobre el país, se impondría la anarquía y todos ellos sin excepción serían asesinados por los furiosos campesinos.

La solidaridad del congreso estaba en parte inspirada, sin duda, por la necesidad general de defender el partido, la revolución y a sí mismos. Pero el liderazgo de Stalin era el factor positivo de unión. El dominaba el congreso; se mantuvo entre los delegados tranquilo y dueño de sí mismo; estaba convencido de que la línea oficial era la correcta; inspiraba una confianza y una seguridad que eliminaron las dudas y temores de los congresistas. Más aún, presentó las medidas del partido como audaces aventuras que no podían fracasar. Contagiados de su entusiasmo, los delegados aclamaron en pie a su líder, que declaró: «¡No hay fortaleza que los bolcheviques no podamos asaltar o conquistar!»

En el congreso, Stalin dejó bien claro que los campesinos tenían que aceptar la colectivización. La campaña se renovó durante el otoño de 1930 con resultados evidentes. En esta ocasión la táctica utilizada se mantuvo bajo control, pero los campesinos se encontraron con que eran obligados por la fuerza y sometidos a presiones insostenibles. A media-

dos de 1931, el 52,7 por ciento de las familias campesinas había sido ya colectivizado; unos cuatro años después la colectivización alcanzaba el 90,5 por ciento.

Los campesinos fueron apaleados, condenados al hambre, despojados de sus bienes y finalmente obligados a formar parte de los odiados colectivos, pero consiguieron arrancar una importante concesión: mantener los *usadbas*, parcelas de propiedad privada que seguían perteneciendo a cada familia campesina. El comercio privado de productos alimenticios característico de la NEP fue prohibido en 1929, y de nuevo permitido al año siguiente. Los mercados privados, abastecidos por los *usadbas* de los campesinos, desempeñaron un papel vital en el aprovisionamiento y distribución de alimentos en momentos en que la escasez y la malnutrición eran amenazas constantes.

La campaña de industrialización también comenzó con muestras de moderación. Stalin estaba extasiado, sin embargo, por la visión de Rusia convertida en un país industrializado. Dio un ímpetu tal a la campaña, que la convirtió en una auténtica revolución industrial. En 1927 la industria superó el nivel de antes de la guerra. En su ponencia ante el XV Congreso del PCUS, en diciembre de 1927, Stalin propuso que se aprobara un índice anual de aumento en el rendimiento del 15 por ciento para los años siguientes. A mediados de 1929 la fiebre de la industrialización se apoderó de él y pidió un índice anual de crecimiento del 50 por ciento.

Se dio a la campaña una estructura militar con el Politburó como cuartel general. Este mantenía un estrecho control sobre todos los sectores de la economía a través de la maquinaria del partido y de los organismos del gobierno. Una propaganda incesante asediaba al obrero inculcándole una idea grandiosa del papel que desempeñaba en este heroico plan, y exigiéndole un constante aumento en la productividad. En todas las fábricas se colocaron unos tableros gigantes en los que se reflejaba el rendimiento de los grupos e incluso de los sindicatos, y aquellos que no alcanzaban los objetivos eran hostigados y criticados públicamente. Se colocaba a las brigadas una al lado de otra en «competencia socialista».

Los militantes y los jóvenes, especialmente los miembros del Comsomol (Liga Juvenil Comunista), respondieron con entusiasmo. Todos estaban ávidos de plasmar en la acción su fe en el partido y su misión de constructores del nuevo mundo socialista. Su trabajo abnegado y sacrificado fue un factor importante en los logros de la industria en el curso de los primeros planes.

La masa de los trabajadores no compartía este entusiasmo. Estaban cansados por las largas horas de trabajo y la constante exigencia de aumento de productividad. La escasez de alimentos y el drástico descenso en su nivel de vida se vieron agravados por la multitud de campesinos hambrientos que invadieron las poblaciones importantes en busca de trabajo. Las exhortaciones, proclamándoles la vanguardia del proletariado mundial, y los lemas omnipresentes, declarando que la Rusia soviética era un Estado de trabajadores y que los obreros eran dueños

de las fábricas, no hacían más que intensificar su desencanto. Los obreros más antiguos, de manera especial, se sentían molestos por su cambio de puesto en las fábricas. El espíritu inicial de la Revolución, que se produjo en el periodo de vigencia de la NEP, inculcó a los trabajadores un sentimiento de igualdad y de pertenencia a sus fábricas. Olvidado este sentimiento y bajo enormes presiones, trabajaban ahora en condiciones mucho más duras que en la época capitalista. Aumentó el absentismo, ya que los obreros trataban de eludir la disciplina de las fábricas. Esto dio origen a medidas más represivas. En diciembre de 1932 se introdujo el sistema de pasaporte interno, que permitía mantener un estrecho control sobre todos los ciudadanos en las poblaciones, en las fábricas y en las zonas fronterizas.

No obstante, el objetivo básico del plan de poner los cimientos a una nueva industria pesada ampliamente extendida, se alcanzó durante estos años. El rendimiento industrial aumentaba, pero no sólo se daba importancia al aumento de la producción; también se tomaron trascendentales decisiones sobre la política industrial. Se instauró un nuevo modelo de distribución geográfica para la industria pesada. Se perseguía con ello asegurar una ubicación más racional de la industria en todo el país, instalar industrias pesadas cerca de las fuentes de combustible y de materias primas y reducir la sobrecarga del transporte. También se advirtió que la concentración de la industria en la Rusia europea la hacía vulnerable a los ataques desde el oeste. No cabe duda de que la creación de importantes centros industriales al este de los Urales iba a ser uno de los factores decisivos que salvaron a la Unión Soviética de una derrota aplastante en la II Guerra Mundial.

Esta redistribución de la industria promocionó el desarrollo de una segunda industria del carbón y del acero en la zona Ural-Kuznetsk. Magnitogorsk, centro de esta nueva zona industrial de los Urales, comenzó en 1931 siendo una serie de barracones donde se albergaban los obreros que construían los altos hornos y los trenes de laminación; ocho años después era una ciudad de 146.000 habitantes. Kuznetsk, en Siberia, llamada Stalinsk a partir de 1932, y Karaganda en Kazajstan, se convirtieron en grandes ciudades industriales en el mismo lapso de tiempo.

La producción industrial a gran escala experimentó un espectacular aumento del 113 por ciento. Aunque por debajo del objetivo del 133 por ciento fijado para el fin del plan quinquenal, fue un auténtico logro. Los peores resultados se dieron en la producción de hierro, acero y carbón, por lo que se organizaron campañas de producción especiales para asegurar que estos objetivos se alcanzaran en los comienzos del siguiente plan.¹¹⁸

La campaña, basada en un primer momento en los principios promulgados por la política industrial iniciada en los años 1880 y siguientes, se vio pronto envuelta en dificultades. El enorme aumento de la fuerza de trabajo industrial significó la aceptación de nuevos trabajadores de los pueblos que no sabían nada de maquinaria y eran ajenos a los procesos de fabricación. En todas las fases de fabricación era preocupante la falta de trabajadores especializados. Hubo que contratar técnicos e

ingenieros de Estados Unidos, Alemania y Francia. En marzo de 1931, un directivo del Consejo Supremo de la Economía Nacional afirmó que unos cinco mil especialistas extranjeros trabajaban en la industria soviética. Cientos de ingenieros y estudiantes soviéticos recibían formación en el extranjero, particularmente en Estados Unidos, y regresaban a su país para trabajar como instructores y directivos de fábricas.¹¹⁹

Estas precipitadas medidas contribuyeron escasamente a solucionar un problema que, como el mismo plan, se producía a gran escala. Se crearon numerosas escuelas técnicas universitarias, y otras, a nivel de enseñanza secundaria, en las fábricas. En 1933, unos doscientos mil estudiantes se preparaban en facultades técnicas superiores, y otros novecientos mil asistían a escuelas técnicas secundarias, en tanto que las escuelas de las fábricas y los cursos de especialistas preparaban a un millón de obreros al año. Al finalizar el primer plan, estas escuelas y estos cursos consiguieron satisfacer en parte la demanda de ingenieros y de obreros especializados, y el segundo plan, puesto en práctica sin dilación, se benefició de ello.

Las importaciones soviéticas de maquinaria eran limitadas por falta de capital, por la dificultad para conseguir préstamos en el extranjero y por la discriminación contra las exportaciones soviéticas. El hecho de que el plan coincidiera con la gran depresión económica mundial vino a sumarse a las dificultades ya existentes.

En esta época de crecimiento dramático, no se prestaba atención exclusivamente a la industria y a la agricultura. La red de ferrocarriles estaba anticuada, y se inició una ampliación a gran escala. La construcción de líneas férreas se vio obstaculizada por la escasez de hierro y acero, y no salió adelante hasta el segundo plan. Pero se llevaron a cabo intentos espectaculares para mejorar las vías fluviales y se comenzó a trabajar en la construcción de una red de autopistas.

La nación estaba inmersa en un afán de reconstrucción y expansión que afectaba a todos los aspectos de la vida. Se reforzó el sistema educativo: se dio mayor relevancia a la disciplina en los colegios y a inculcar el respeto a la libertad. La tradición revolucionaria de desafío al gobierno y a sus representantes ya no era aceptable. La nueva Rusia de Stalin exigía un pueblo obediente y disciplinado, y la joven generación que había conocido la anarquía de los años posrevolucionarios, tenía que ser educada en ese espíritu.

Se inició una campaña para erradicar el analfabetismo, que quedó reducido en 1929 al 48,9 por ciento de la población de edades comprendidas entre los ocho y los quince años. Se crearon comités locales en enero de 1930 para dirigir la campaña, y en 1939 la proporción de analfabetos descendió al 18,8 por ciento; también se introdujeron numerosas reformas sociales. Los errores garrafales y los esfuerzos mal encaminados fueron frecuentes en todas estas empresas, pero había comenzado la construcción de una nueva nación, y continuaba en proporciones épicas.

Stalin estaba al mando a través del Politburó, y supervisaba estrechamente cada nuevo avance. Sus responsabilidades eran inmensas,

pero podía apreciar el progreso conseguido, que justificaba los esfuerzos del pueblo y vindicaba las medidas por él adoptadas. La nación se encontraba en los comienzos de un fuerte resurgimiento, pero las amenazas a su continuidad le preocupaban. Su desconfianza le causaba un constante desasosiego, pues estaba seguro de que dentro del partido algunos instigaban para sabotear este gran avance. Los consideraba como una fuerza negativa que había que destruir. Su mayor temor era que Trotski resurgiera como un ave fénix de las cenizas de su carrera política para alterar todo lo que él estaba haciendo. Durante la década de los años treinta Stalin mantuvo una intensa campaña de propaganda condenando a Trotski como el más odioso y peligroso enemigo del régimen soviético.

Se sabe que tres grupos minoritarios conspiraron después del XVI Congreso para conseguir algunos cambios en la política oficial. El primer grupo comprendía un número de militantes bastante jóvenes, próximos a Stalin, que mantenía una apariencia de lealtad hacia él. El líder del grupo, T. I. Syrtsov, era miembro candidato del Politburó y primer ministro de la RSFSR. Su idea era tender un puente entre los disidentes de izquierdas y de derechas y crear un grupo que recibiera el incongruente nombre de «bloque izquierdista del ala derecha». La OGPU desenmascaró pronto a Syrtsov y sus afines. Todos fueron cesados de sus cargos, pero nada más les ocurrió por entonces.

Durante el invierno y la primavera de 1932-33, una terrible ola de hambre atenazó al país, causando miles de muertos. Al final del verano de 1932, cuando el hambre comenzaba a extenderse por Ucrania y norte del Cáucaso, y el pueblo vivía sumido en una rabiosa desesperación, se descubrió otro grupo de oposición. Estaba dirigido por M. Ryutin, ex secretario del comité del partido en Moscú y partidario de Bujarin. Ryutin redactó un documento de doscientas páginas, conocido como «la plataforma Ryutin», en el que acusaba a Stalin de ser «el gran agente provocador, el destructor del partido» y el «enterrador de la Revolución y de Rusia», y se comprometía a luchar para derrocarlo. Su programa político propiciaba un ritmo de industrialización más lento, el fin de la colectivización y la vuelta de los cultivos privados, y la restauración de la democracia en el partido. Envío ejemplares de su «plataforma» a muchos militantes destacados y a antiguos opositores, entre ellos Zinoviev y Kamenev. De nuevo la OGPU actuó con prontitud deteniendo a Ryutin y a sus pocos seguidores, así como a muchos que recibieron ejemplares de la «plataforma».

Stalin apenas se había tomado en serio a Syrtsov, pero la «plataforma» de Ryutin le exasperó. La condena contra su persona era intolerable, y sus propuestas significaban la negación de todo aquello en lo que Stalin creía y estaba convencido de que salvaría a la Rusia soviética. Pero las ideas de Ryutin eran peligrosas. Al defender la disminución del ritmo de industrialización y el abandono de la colectivización podría recibir el apoyo de muchos miembros que no podían soportar la violencia en el campo ni los sacrificios que eran inevitables en esta etapa del desarrollo de la nación.

En el Politburó, Stalin pidió que Ryutin fuera ejecutado. Era una demanda excepcional: por primera vez solicitaba la pena de muerte para un miembro del partido. La oposición en el seno del mismo había sido tratada como equivocada e incluso como peligrosa. Los miembros de la oposición habían sido perseguidos, expulsados, encarcelados y exiliados, pero nunca formalmente condenados a muerte. Era aceptable ejecutar a aquellos que no eran miembros del partido, de hecho se había condenado a muerte a miles de personas. No había ningún tipo de reparo en imponer la pena de muerte excepto a los militantes del partido. Lenin había advertido sobre esta drástica acción contra los militantes, porque esto significaba seguir los pasos de la Revolución francesa, que había devorado a sus propios hijos, los jacobinos. Ahora Stalin pedía que en estos momentos críticos cualquier tipo de oposición fuera considerada como un acto de traición, merecedor de la pena de muerte. Y para él la «plataforma» de Ryutin era traición.

Stalin sufrió una conmoción cuando el Politburó rechazó su demanda. De sus diez miembros, Molotov y Kaganovich debieron de apoyarle; Vorochilov y Kalinin probablemente dudaron, pero también votarían a favor de su propuesta; Kirov, Ordjonikidze, Kossior, Rudzutak y Kuibyshev probablemente votaron en contra. Esta división entre sus camaradas más próximos demostraba que, a pesar de su puesto supremo, la aclamación del XVI Congreso y la adulación a nivel nacional, tenía oponentes incluso dentro del Politburó, a los que consideraba tan peligrosos como a Ryutin.

Algunos meses después del caso Ryutin, la OGPU descubrió otro grupo de oposición. Estaba encabezado por A. P. Smirnov, que había sido elegido para el Comité Central en 1912. Su grupo incluía a varios viejos bolcheviques y sindicalistas, que defendían unas tesis parecidas a las de Ryutin. Todos fueron hallados culpables, pero probablemente por su ineficiencia y avanzada edad fueron tratados con benevolencia. Era a Ryutin a quien Stalin no podía olvidar.

Una ola de persecuciones comenzó durante el primer plan quinquenal y se intensificó después del descubrimiento de estos grupos de oposición. El primero de los juicios se llevó a cabo en 1930. Varios economistas e ingenieros fueron detenidos en agosto. Todos ellos habían ocupado puestos de responsabilidad en el Gosplan o en los comisariados de Comercio, Finanzas o Agricultura, y probablemente manifestaron en algún momento sus dudas sobre la viabilidad del plan. Fueron divididos en tres grupos, y dos de los juicios se llevaron a cabo a la luz pública. Las acusaciones era que habían instigado en beneficio de los enemigos capitalistas, y que eran unos «arruinadores» y «saboteadores». El objetivo de estos juicios era, al parecer, galvanizar el patriotismo del pueblo y alertarle sobre los peligros de los enemigos internos, responsables del bajón en su nivel de vida y de los fracasos del programa industrial. Los juicios eran también una advertencia a la *intelligentsia* y especialmente a los ingenieros, técnicos y administradores para que cumplieran su misión sin cuestionar ninguno de sus aspectos. Los medios de propaganda insistieron repetidas veces en estas enseñanzas y advertencias. Los acu-

sados fueron hallados culpables y condenados a cumplir diferentes penas de prisión.

También por esta época se purgó completamente la militancia del partido. Los miembros sobre los que recaía alguna sospecha eran interrogados, generalmente considerados culpables y condenados en secreto. Entre la segunda mitad de 1930 y finales de 1933 la Comisión Central del partido condenó a 611 miembros y candidatos por actividades contrarrevolucionarias. En el periodo transcurrido desde 1931 hasta la primera mitad de 1933 las organizaciones regionales, que incluían al 62 por ciento del partido, examinaron unas 40.000 acusaciones de desviación política, y 15.442 militantes fueron expulsados.

En la campaña para eliminar toda oposición real y potencial, tres hombres promocionados por Stalin a principios de los años treinta desempeñaron un papel primordial. A. N. Poskrebychev se convirtió en jefe de su secretaría personal en 1931. Un observador occidental le describió como «de aspecto siniestro... 1,53 metros de altura, rechoncho, ancho de hombros, espalda encorvada, cabeza grande, nariz aguileña y ojos parecidos a los de un ave de rapiña». No se conoce su misión con exactitud, pero parece ser que tenía todo tipo de competencias y ciertamente mantuvo un estrecho contacto con las fuerzas de seguridad. Sirvió lealmente a Stalin entre bastidores durante toda su carrera política. El segundo hombre era A. I. Vychinsky, antiguo menchevique y profesor de derecho, que llegó a ser fiscal adjunto en 1933 y fiscal general en 1935, y que desempeñaría un destacado papel en los juicios de 1936-38.

Otro de los nuevos hombres claves era N. I. Ezhov. Surgió en 1933 como miembro de la Comisión de Depuraciones. Las sospechas de Stalin llegaron hasta la misma OGPU. Su jefe principal, Dzerzinsky, había imbuido al servicio de seguridad de su fanática devoción al partido. Pero Stalin dudaba de que los funcionarios y agentes de la OGPU fueran suficientemente sumisos a su voluntad. Ezhov, como miembro de la Comisión de Depuraciones y posteriormente del Orgburó, tenía acceso a los expedientes secretos de todos los militantes, incluidos los pertenecientes a la OGPU. Esta información y su experiencia le convertían en el hombre idóneo para el papel de agente de confianza de Stalin y después para el de jefe de las fuerzas de seguridad.

El XVII Congreso del PCUS, celebrado desde el 26 de enero hasta el 10 de febrero de 1934, fue llamado por Kirov «El congreso de los vencedores», y este apelativo reflejaba adecuadamente su ambiente. Los delegados estaban despreocupados y exultantes. El partido había sobrevivido al hambre y a la feroz oposición de los campesinos. A la terrible época de hambre del invierno 1932-33 siguió una cosecha extraordinaria. La colectivización había alcanzado a más del 90 por ciento de las familias de campesinos que parecían haber abandonado la lucha y aceptado con resignación la vida en los koljoses. La campaña de industrialización había conseguido resultados extraordinarios y el segundo plan podría contar con unas bases firmes para el desarrollo de la industria pesada. El costo en vidas humanas y en sufrimientos parecía olvidado. Miraban esperanzados hacia el futuro.

El congreso fue, por encima de todo, un triunfo para Stalin, que había guiado al partido a través de los peligros y los horrores de estos años tumultuosos. Había mostrado la fuerza, la confianza incommovible y la determinación de un gran líder. La nación estaba inmersa en una avalancha de actividad creativa que él había inspirado y seguía dirigiendo. Los delegados rivalizaban en manifestaciones de alabanza y veneración. Le llamaban «padre de la nación» y «genio máximo de la época». ¹²⁰ Bujarin le saludó con el título de «capitán general de las fuerzas proletarias, el mejor de los mejores». Kamenev afirmó: «Esta época en que vivimos... pasará a la historia como la época de Stalin, del mismo modo que la etapa anterior será conocida como la época de Lenin.» Parecía no haber límites a las extravagantes alabanzas a su persona. Finalmente, Kirov declaró ante los delegados que «sería inútil pensar qué tipo de resolución adoptar sobre la ponencia de Stalin. Lo más correcto y lo más útil para la tarea a realizar será adoptar como ley del partido todas las propuestas y consideraciones del discurso del camarada Stalin». Por aclamación unánime se adoptó el discurso de Stalin como «ley del partido».

Con mordaz desconfianza, sin embargo, Stalin no creía en la aclamación con que invariablemente era recibido. Pensaba que entre la multitud de los delegados había innumerables núcleos de oposición, cada uno a la espera de una oportunidad para echar por tierra su programa y reemplazarle. Consideraba las tentativas de Syrtsov, Smirnov, y sobre todo de Ryutin, como prueba de que sus sospechas estaban justificadas, y tomó la decisión de depurar el partido. Tenía que destituir a todos aquellos en quienes no podía confiar y, al mismo tiempo, estrechar el control personal sobre los órganos de seguridad. El terror tuvo su origen en las fobias de Stalin, que le impulsaron a erradicar la oposición, y en la necesidad de una obediencia absoluta al partido y a su líder.

Se extendieron por entonces rumores, que serían publicados unos treinta años después, según los cuales hubo una conspiración para relevarle del cargo de secretario general y asignarle otro puesto, pero no están corroborados por prueba alguna. ¹²¹ Es posible, sin embargo, que el mismo Stalin considerara la posibilidad de abandonar el cargo de secretario general. Tenía casi cincuenta y cinco años y había soportado tremendas responsabilidades durante diecisiete años sin interrupción. Parece razonable que dejara aparte las cargas administrativas y asumiera otro puesto de dirigente ejecutivo del partido y del gobierno. Si estaba considerando esta posibilidad, ello explicaría por qué el Comité Central, que acababa de ser elegido por el congreso, no hizo la habitual declaración formal de confirmar a Stalin en su cargo. Más aún, el hecho de que figurara entonces como «secretario» más que como «secretario general» del Comité Central sugiere que estaba quitando categoría al cargo de manera que su sucesor no pareciera ocupar un puesto de la misma relevancia.

Mucho se ha hablado sobre estos temas; se ha dicho también que estuvo a punto de ser derrotado en el nuevo comité: nada más lejos de la verdad. Su control sobre el partido y sobre el Comité Central nunca

había sido más fuerte. Prueba de ello es que los miembros del Politburó y de la Secretaría no figuraban por orden alfabético, sino por orden de importancia, y su nombre encabezaba la lista. Estos asuntos protocolarios tenían gran relevancia en el mundo soviético. Además, el recientemente elegido comité incluía a varios hombres, como L. Z. Mejlis, N. I. Ezhov y G. G. Yagoda, que eran conocidos stalinistas, mientras otros que no contaban con su apoyo no fueron reelegidos.¹²²

Si de hecho Stalin pensó en abandonar el cargo de secretario general, probablemente prefería a Kirov como sucesor. Kaganovich se había mostrado cruel en la campaña de colectivización y no gozaba de popularidad. Era, además, judío, y el antisemitismo estaba siempre latente entre los militantes. Molotov había trabajado anteriormente, sin éxito, en la Secretaría. Kirov era un ruso típico con cara ancha, nariz roma, buen orador y que gozaba de la aceptación popular. Había conocido a Stalin en mayo de 1918 y posiblemente le acompañó en julio a Tsaritsyn. Posteriormente fue enviado a Astracán, probablemente a instancias de Stalin, para restaurar el mando del partido en la ciudad.⁴ Al año siguiente tuvo un enfrentamiento con Trotski, que había ordenado la evacuación de Astracán antes de que fuera capturada por las tropas blancas de Denikin. Kirov se mostró contrario a la orden y recurrió a Lenin, que revocó la decisión de Trotski y ordenó que Astracán fuera defendida hasta el fin.

Este desafío a Trotski hizo que Kirov se alineara con Stalin, Ordjonikidze y Vorochilov, a los que apoyó decididamente en la controversia con Trotski sobre el momento más adecuado para invadir Georgia. De nuevo trabajó estrechamente con Stalin como miembro de la comisión del congreso que redactó el proyecto de resolución sobre la cuestión de las nacionalidades. En 1926 fue destinado a Leningrado, donde se elogió su trabajo en la depuración de elementos izquierdistas que formaban parte de los órganos locales del partido. Siempre se mostró como un leal estalinista.

Se ha afirmado que después del XVI Congreso, que le eligió para el Comité Central, Kirov recibió una propuesta de Stalin para trasladarse a Moscú, y que declinó este ascenso y pidió continuar en Leningrado. Tal vez prefería ejercer su cargo con independencia, a estar en Moscú bajo la estrecha vigilancia de Stalin, donde sería además objeto de envidia de Kaganovich, Molotov, Vorochilov y otros a quienes pudiera superar en rango. Evidentemente, se le permitió continuar en Leningrado hasta el final del segundo plan quinquenal. Tras unas cortas vacaciones en Sochi con Stalin y su hija, y una breve estancia en Kazajstan, donde solventó problemas de escasez de alimentos y dificultades debidas a la colectivización, regresó a Moscú, y de allí a Leningrado.¹²³

Finalizado el XVII Congreso, en Moscú y en todas partes parecía que lo peor había pasado, y el mismo Stalin tal vez consideró la posibilidad de suavizar las exigencias. El racionamiento de pan fue abolido en noviembre de 1933. Otro signo tranquilizador fue que la OGPU, temida en todo el país, pasó a llamarse Comisariado Popular de Asuntos Interiores, conocido como NKVD, que parecía, al menos entonces, menos

amenazador. También se restringieron los poderes de la policía política. Se permitió a los miembros de la oposición escribir para la prensa, aunque sin criticar la política del partido. Otra razón para el aparente relajamiento de la represión fue que el gobierno soviético intentaba presentar a Occidente una imagen más liberal. Se necesitaba desesperadamente el comercio con otros países, la colaboración de expertos occidentales, y préstamos, especialmente de Gran Bretaña, Francia y América, donde la opinión pública estaba sensibilizada por informaciones relativas a la represión y la violencia. Tal vez se consideraron también otras concesiones de menor importancia ante la opinión rusa y mundial. Pero entonces, un decreto que imponía sobre cada familia la responsabilidad colectiva por la traición de uno de sus miembros vino a advertir que el partido mantenía su vigilancia represiva.

Dos acontecimientos, que afectaron personalmente a Stalin, hicieron retroceder cualquier débil avance que pudiera haber existido. La noche del 8-9 de noviembre de 1932, Stalin, su esposa y dignatarios del partido asistían a un banquete para celebrar el decimoquinto aniversario de la Revolución de Octubre. En presencia de otras personas, Stalin dijo a su esposa: «¡Vamos, bebe algo!». Ella, obviamente, se encontraba en tensión; no se le permitía probar el alcohol, y de hecho estaba obsesionada con las malas consecuencias de la bebida. Continuamente advertía a sus hijos contra ella, y desaprobaba la costumbre de su marido, habitual en el Cáucaso, de ofrecerles vino en la cena. La invitación a beber, o la manera irrespetuosa en que se dirigió a ella en público, la exasperó y, poniéndose en pie como actuada por un resorte, le gritó: «¿Cómo te atreves a hablarme así?», y se marchó corriendo de la sala.¹²⁴

Polina Molotov salió para consolarla. En la fría noche invernal, ambas caminaron alrededor del palacio del Kremlin. Nadia atravesaba una etapa de depresión y sobreexcitación; desde hacía unos días se quejaba de que todo le aburría, que estaba «harta de todo, incluso de los niños». Estudiaba entonces la rama textil en la Academia Industrial y deseaba comenzar a trabajar, pero su depresión era profunda. Hablando con su amiga Polina se fue calmando poco a poco y parecía tranquila cuando se fue sola a su apartamento. Pero durante la noche puso fin a su vida de un disparo, utilizando un pequeño revólver que su hermano Pavel había traído de Berlín.

Stalin estaba anonadado. No entendía por qué su mujer se había quitado la vida. Se revelaba contra las sugerencias de que había sido un marido huraño e inconsiderado, afirmando que siempre la había querido y respetado como esposa. Preguntaba a quienes le rodeaban si había sido realmente importante que no siempre pudiera ir al teatro con ella. El hecho de que Nadia pudiera haberse quejado de esto demuestra lo poco que le entendía y le apoyaba en su trabajo.

Estaba herido y exasperado, además, por la nota que le había dejado. Fue destruida inmediatamente, pero su hija se enteró por quienes la leyeron de que la nota estaba llena de reproches y acusaciones, no sólo a nivel personal sino también a nivel político. Era una época angustiosa, cuando el hambre y la violencia habían alcanzado su máxima cru-

deza en el campo. Probablemente había oído contar a sus compañeros de estudios cosas horribles; estaba horrorizada y le acusaba.

Para Stalin, esta última nota de la mujer a la que había considerado su «amiga más íntima y leal», fue una traición desoladora. Estaba fuera de sí, dolido y encolerizado. «En la ceremonia de la despedida civil se acercó al féretro un momento. De pronto hizo un gesto de rechazo, giró sobre sus talones y se marchó. Ni siquiera fue al funeral. Y creyendo que ella le había abandonado por considerarle enemigo personal, se negó a visitar su tumba en el cementerio de Novo-Devichy. Se mudó a un apartamento diferente en el Kremlin porque no podía soportar vivir en las habitaciones que había compartido con ella. En la dacha de Zuvalovo le atormentaban los recuerdos, así que, aunque sus hijos continuaban yendo allí, él se hizo construir una casa nueva a las afueras de Kuntsevo, donde vivió solo durante los veinte años siguientes. Pero nunca la olvidó, y años después mandó que unas ampliaciones de fotografías hechas en la primavera y verano de 1929, cuando ella se sentía feliz, fueran colocadas en las paredes de su apartamento del Kremlin y de la casa de campo. Hablaba obsesivamente sobre ella, tratando de entender por qué se había quitado la vida.

Svetlana Alliluyeva, su hija, ha escrito que «la muerte de mi madre fue un golpe terrible y abrumador que destruyó su fe en los amigos y en la gente en general». Su desconfianza en la gente se agudizó en los últimos meses de la vida de Lenin, pero la muerte de su esposa significó el comienzo del enturbamiento de su mente y de la atrofia de sus sentimientos.

Después de la muerte de Nadia se produjo un cambio drástico en Zuvalovo y Kuntsevo. Ella había contratado el personal de servicio, y había mantenido el ambiente familiar, dejando en otro plano a los guardias de seguridad. El ama de llaves, la cocinera, las doncellas y el resto del personal habían sido considerados como miembros de la familia. Gradualmente, el antiguo personal fue siendo reemplazado por empleados de la NKVD. Sólo permaneció la vieja institutriz de Svetlana. Alguien había dicho a Stalin que no era digna de confianza, y que debía ser despedida, pero su hija lloró amargamente ante la perspectiva de perderla; su padre no podía verla llorar y ordenó que se dejara en paz a la institutriz. Pero las tías, tíos, primos y amigos de Nadia fueron poco a poco excluidos. Despertaban recuerdos desagradables. Stalin comenzó incluso a sospechar de su complicidad en la traición y en la muerte de su mujer, y algunos de ellos fueron detenidos y encarcelados durante algún tiempo.

La inesperada muerte de Kirov en Leningrado, el 1 de diciembre de 1934, fue la otra gran conmoción. La noche del 30 de noviembre estuvo trabajando hasta muy tarde en un informe sobre la reciente reunión del Comité Central, que iba a presentar a los altos cargos del partido en Leningrado. Llegó a la sede de éste, en el Instituto Smolny, hacia las 16:30 horas. Se dirigía al despacho de un colega cuando su asesino, Nikolaev, surgió de una esquina y le disparó por la espalda causándole la muerte instantánea. Nikolaev cayó al lado de su víctima y fue detenido.

Leonid Nikolaev tenía entonces treinta años. Había participado en la guerra civil y había sido admitido en el partido siendo aún muy joven. Ocupó un cargo en el Comisariado de Inspección de Leningrado hasta su abolición en enero de 1934. Se le asignó otro puesto, pero al protestar enérgicamente por considerar que había sido injustamente descendido de categoría entró en conflicto con los altos cargos del partido y fue expulsado. Se le readmitió unos dos meses después, una vez se hubo comprometido a aceptar la disciplina del partido. Era obvio, sin embargo, que estaba desequilibrado, al igual que mucha gente de su generación que había soportado los horrores de la guerra civil y las tensiones del primer plan quinquenal. Aunque militante del PCUS, tenía un agudo sentido de la injusticia, y el asesinato político era un medio de expresar su protesta.

Stalin fue informado inmediatamente de la muerte de Kirov. Decidió dirigir personalmente la investigación y abandonó Moscú en tren con destino a Leningrado aquella misma tarde, en compañía de Vorochilov, Molotov y Kaganovich. El asesinato de su íntimo colaborador demostraba con meridiana claridad que estaba rodeado de enemigos dentro del partido. Después de la muerte de su esposa estaba obsesionado por averiguar la causa de su acción. Su muerte había sido un suicidio, pero la muerte de Kirov era un asesinato político. Reaccionó violentamente. No podía admitir la posibilidad de que fuera el acto singular de un demente que trataba de vengarse o de manifestar su protesta. En cada acto de protesta Stalin veía conspiración, traición y felonía.

El asesinato de Uritsky y el atentado contra Lenin llevados a cabo por los socialistas revolucionarios en 1918 habían sido acciones políticas, y parte de una conspiración para derrocar el mando bolchevique. Estaba convencido de que el asesinato de Kirov tenía también sus raíces en una conspiración política, y de que la investigación descubriría los lazos del asesino con los miembros de la oposición, y particularmente con Trotski. La respuesta del partido tenía que ser una campaña de terror y una completa depuración entre la militancia. El descubriría a los enemigos y los aniquilaría a todos sin excepción. Sabía que, de la misma manera que un cirujano que extirpa un tumor maligno a un paciente corta el tejido sano que lo rodea por si estuviera también afectado, gente inocente sufriría en el proceso, pero estas víctimas eran inevitables y no iban a disuadirle de su idea.¹²⁵

23. El terror

El asesinato de Kirov abrió un capítulo tenebroso y terrible en el mandato de Stalin. Al igual que la campaña de colectivización, el terror alcanzó por sí mismo un ímpetu frenético. Todos los órganos de gobierno y todos los segmentos de la sociedad fueron alcanzados por la vorágine. Stalin desentrañó el partido, depuró todos los organismos gubernamentales y agobió al pueblo. Las detenciones se contaban por millones. Pocos de los que fueron ejecutados o condenados a trabajos forzados eran culpables de delito alguno. Durante cuatro años el terror continuó con pleno vigor.

Al lanzar esta campaña de terror y permitir que llegara a tales extremos, Stalin no actuaba por crueldad o por ansia de poder, sino por la convicción de que toda oposición potencial o real —lo que para él equivalía a traición— debía ser erradicada y destruida. Era una época de crisis, la guerra amenazaba y era necesario actuar inexorablemente. Había que asegurar que el partido fuera una organización monolítica, fuertemente consolidada, capaz, bajo su liderazgo, de hacer frente a cualquier desafío y de conseguir una Rusia fuerte y socialista. Estaba completamente decidido a alcanzar estos objetivos que acaparaban su atención. Al mismo tiempo aumentaba su paranoia respecto a su papel de líder, de hombre que pasaría a la historia por estar destinado a llevar a Rusia a esas metas.¹²⁶

Otro factor que pudo influir en la decisión de Stalin de desatar el terror fue su estudio de la historia. Leía mucho y conocía al detalle la historia rusa, particularmente los reinados de Iván el Terrible y de Pedro el Grande. El zar Iván se había destacado por el uso del terror y por los *oprichnikis*, funcionarios responsables de su seguridad. Iván veía sus deberes de autócrata en los términos expresados por «Ivashka, hijo de Semeon Peresvetov», que escribió sus opiniones y propuestas políticas en su *Gran petición*, que con gran atrevimiento presentó al zar. Peresvetov planteaba la necesidad de un gobernante autocrático y fuerte, de la centralización del poder y de la creación de un ejército permanente. Dos temas reiterados en su petición eran la importancia de la justicia y la igualdad de todos los súbditos del zar. Su ideal de la justicia era cruel, pero se acomodaba a las ideas de Iván, y desde luego a las costumbres de la época. «No puede haber un gobernante sin terror —escribió—; como un corcel sin brida montado por un jinete, así es un reino sin terror.»¹²⁷

Los autócratas, Iván el Terrible y Pedro el Grande, eran los precursores en los que se inspiraba directamente Stalin. Eran parte de la tradición rusa. Lenin invocó su ejemplo cuando desencadenó el terror rojo, creó los campos de trabajos forzados y exigió la supresión inexorable de toda oposición. Tanto Iván como Pedro habían dedicado sus energías a transformar a Rusia en un país fuerte y avanzado, y no habían dudado en ejercer el poder inflexiblemente para conseguirlo. Lo que ellos habían hecho en la época feudal, Stalin lo haría en la avanzada época socialista del siglo xx. Pedro el Grande había dado los primeros pasos para crear una maquinaria administrativa eficaz, y había promovido reformas sociales y educativas. Stalin estaba ahora dirigiendo una revolución similar, pero de mayor alcance en la vida rusa. Al mismo tiempo compartía la creencia de Pedro el Grande de que hay que obligar al pueblo a entrar en la nueva época; por sí mismo, se encenagaría en las viejas costumbres tradicionales.

Con Iván el Terrible, primer zar ruso, que había luchado para imponer el poder absoluto del autócrata y para forjar una Rusia fuerte, Stalin sentía una especial afinidad. Iván había estado rodeado de conspiradores y traidores, los príncipes y los boyardos; había utilizado el terror para eliminar a estos enemigos y fue su ejemplo el que animó a Stalin en la cruel táctica que utilizó contra la oposición.

Obsesionado por las posibles amenazas a su alto designio, Stalin veía enemigos por todas partes. Había llegado a una etapa en la que creía que todos los que no le apoyaban fervientemente o criticaban su política eran enemigos y, en cuanto tales, aliados del campo imperialista y potenciales destructores de la nueva Rusia soviética. Trotski era todavía el archienemigo, y también en relación con esto la traición de Kurbsky al zar Iván sentaba un precedente: Trotski era su Kurbsky. Trotski era el representante del institucionalismo y del cosmopolitismo, que eran todavía típicos de los antiguos bolcheviques, a pesar de que hubieran aceptado el principio de «socialismo en un país». Aunque confinado en la pequeña isla de Prinkipo según se había acordado con el gobierno turco, Trotski continuaba siendo una amenaza. Publicaba el *Byuletén Oppozitsii* (*Boletín de la Oposición*), que era una muestra de que recibía información actualizada a través de sus agentes del interior de Rusia. Las críticas y propuestas del boletín eran similares a las difundidas en la plataforma de Ryutin, pero hacía más hincapié en el cambio de liderazgo en el partido, y tenía toda la fuerza del envenenado odio personal de Trotski.

Stalin sospechaba de los viejos militantes del partido, los viejos bolcheviques, entre quienes Trotski pudiera encontrar partidarios. Muchos estaban en desacuerdo con los métodos utilizados por Stalin durante el primer plan quinquenal. Pero no tenían programa alternativo que presentar, y siempre apoyaban la línea estalinista en las reuniones del partido. No suponían una amenaza directa y no tenían a nadie a su alrededor que pudiera unirse a ellos en su postura. Además, Stalin les inspiraba respeto y miedo a la vez. Pero ejercían una influencia decisiva y eran tratados con desconfianza.

El asesinato de Kirov decidió a Stalin a entrar en acción. No podía tolerar por más tiempo a aquellos miembros que, como había llegado a convencerse, estaban activa o pasivamente en su contra; tenía que eliminarlos. En su lugar colocaría a hombres jóvenes de la nueva generación, instruidos y preparados para las tareas de dirección, y completamente leales a su persona.

Antes de abandonar apresuradamente Moscú el 1 de diciembre de 1934, firmó un decreto que fue publicado al día siguiente y que concedía unas atribuciones básicas para el establecimiento del terror. En Leningrado, la primera acción inmediata que se llevó a cabo fue el juicio secreto de Nikolaev, que había asesinado a Kirov, y trece supuestos cómplices, acusados de crear una organización en Leningrado para planear asesinatos. Todos fueron hallados culpables y ejecutados. Cien personas o más, detenidas antes de la muerte de Kirov y acusadas de contrarrevolucionarias, fueron declaradas culpables de terrorismo y ejecutadas. Durante los primeros meses de 1935, varios miles de ciudadanos de Leningrado fueron detenidos bajo la sospecha de mantener simpatía hacia la oposición, y fueron deportados a Siberia. Zinoviev, Kamenev y sus principales colaboradores fueron encarcelados en Verjne-Uralsk. Meses más tarde fueron juzgados en secreto acusados de conspiración para asesinar a Stalin. Dos de los acusados fueron ejecutados, y el resto, Zinoviev y Kamenev incluidos, fueron condenados a penas de prisión. Este juicio secreto sentó un siniestro precedente, porque era la primera vez que la oposición política de miembros del partido era juzgada y sentenciada como un hecho delictivo;¹²⁸ pero esto era sólo el comienzo del terror y de la gran purga.

La investigación de la militancia del partido se había convertido en una práctica rutinaria. En 1933 los militantes y los candidatos sumaban más de 3,5 millones. En mayo de 1935, meses después del asesinato de Kirov, el Comité Central decidió que todos los documentos del partido deberían ser verificados. El 1 de enero de 1937 el número de militantes y candidatos era inferior a dos millones. En tres años, más de un millón y medio de militantes y candidatos habían perdido su condición de tales.

Durante estos meses, Stalin promovió a puestos de mando a varios hombres en los que podría confiar en la etapa atroz que se avecinaba. El 1 de febrero de 1935, A. I. Mikoyan, ya conocido como estalinista incondicional, y V. Ya Chubar, que era probablemente un moderado, fueron elegidos para el Politburó en lugar de Kirov y Kuibychev, que había muerto repentinamente de un ataque al corazón el 26 de enero de 1935. Al mismo tiempo, A. Zdanov, también estalinista, sucesor de Kirov en el mando de la organización del partido en Leningrado, y Eije, moderado al igual que Chubar, fueron elegidos como miembros candidatos. Los dos moderados pronto serían eliminados.

Ezhov se hizo cargo de la Comisión de Control en lugar de Kaganovich. El peor periodo de terror iba a llevar su nombre. Nadezha, esposa del poeta Osip Mandelstam, recordaba a Ezhov como «una persona modesta y bastante agradable». Era bajo y cojeaba de una pierna, lo que no le impedía bailar el *gopak*, un baile cosaco agotador, ni flirtar

con chicas. Nadezha escribió que «es difícil creer que estuvimos sentados en la misma mesa, comiendo, bebiendo y charlando con este hombre que iba a ser uno de los mayores asesinos de nuestro tiempo».

Kaganovich tenía dotes de organizador y sabía conseguir resultados, como había demostrado al dirigir la construcción del gigantesco proyecto hidroeléctrico de Dnieproges, símbolo de la nueva y moderna Rusia soviética, como uno de los más fieles secuaces de Stalin. Al dejar la Comisión de Control, se encargó de la reorganización del Comisariado de Transportes. En Ucrania había visto trabajar a Nikita Krushev, un fornido campesino ucraniano, y había visto su energía y su proclividad a utilizar métodos brutales para resolver los problemas. En los años treinta Kaganovich era el responsable de la modernización de Moscú, que incluía la construcción del *Metro*, ferrocarril subterráneo en el que Stalin se tomó especial interés porque estaba decidido a que Moscú superara a Leningrado y fuera una digna capital de una gran nación industrial. Kaganovich hizo llamar a Krushev para que trabajara como uno de sus ayudantes. En 1933 Krushev se convirtió en adjunto de Kaganovich a cargo de la organización del partido en Moscú. Este rápido ascenso mostraba que había entrado a formar parte de la elite estalinista.

Otros dos hombres ascendieron a puestos relevantes en esta época. Georgy Malenkov fue nombrado director adjunto del departamento de mandos de la Secretaría del partido, donde iba a trabajar en estrecha

Stalin en el cortejo fúnebre de Kirov, secretario del Soviet de Leningrado, asesinado en 1934.



colaboración con Ezhov. El otro era Lavrenty Beria, funcionario de la NKVD y a la sazón primer secretario del partido en Transcaucasia, hombre perverso que consiguió introducirse dentro del círculo de confianza de Stalin y fue uno de los principales artífices de la época del terror.

En la sombra, y más próximo a Stalin que estos dos últimos, estaba A. N. Poskrebychev. Si Stalin confiaba en alguien, ése era Poskrebychev, que era el único, se decía, que poseía un sello de caucho con la firma de Stalin que utilizaba a discrección. Era responsable en 1934 de crear la Sección Política Secreta Especial de la Seguridad del Estado como parte de la secretaría particular de Stalin. Fue esta Sección Especial, a la que pertenecían Ezhov, Shkiryatov y después Malenkov la que planificó la gran depuración.

En la superficie de la vida del partido todo parecía en calma. Las severas represalias que se esperaban tras la muerte de Kirov no se habían desarrollado a gran escala. La amenaza de terror parecía haberse alejado. La constante mejora en el aprovisionamiento de alimento, la rápida expansión de la industria, y la incesante demanda de mayores y más heroicos esfuerzos, distrajeron a la gente de sus temores a la NKVD.

Sólo dos meses después del asesinato de Kirov, el VII Congreso de los Soviets eligió una comisión para que redactara una nueva constitución. Stalin era su presidente, y presentó la nueva constitución ante el VIII Congreso, que fue proclamada por la prensa y la radio como «la más democrática del mundo». Desechaba el sistema electoral de Lenin, favorecía a la clase obrera e introducía la votación directa y secreta. Este avance era posible, manifestó, porque se había alcanzado la primera etapa del comunismo. Incluía garantías para los derechos de los ciudadanos, lo que parecía alejar más aún el temible brazo de la NKVD. Pero durante los meses en que se redactó esta nueva constitución más liberal, se estaba poniendo en marcha la gran depuración. Las detenciones, llevadas a cabo de noche y en secreto, eran cada vez más frecuentes, pero todos mantenían la apariencia de normalidad.

A finales de julio de 1936, las organizaciones del partido de todo el país recibieron instrucciones secretas con el siniestro título «Sobre la actividad terrorista del bloque contrarrevolucionario trotskista-zinovievita». Pedía especial vigilancia para descubrir y denunciar a los enemigos del régimen y ordenaba una nueva revisión de la militancia del partido.

El terror estalló en la nación en agosto de 1936 con el sensacional «Juicio a los dieciséis». Zinoviev, Kamenev y otros catorce bolcheviques fueron acusados de haber creado una organización terrorista secreta bajo la dirección de Trotski desde el exilio. La organización, según se alegaba, había planeado el asesinato de Kirov y preparaba atentados contra Stalin y sus más próximos colaboradores. Stalin había previsto la incredulidad que despertarían tales acusaciones y había ordenado que todo se preparara cuidadosamente. Su objetivo no era sólo librarse de los viejos bolcheviques, sino también modificar la tradición revolucionaria para que la nueva generación de líderes dispusieran de una educación y una actitud que permitiera el avance de la Rusia soviética.

Los asesinos revolucionarios del pasado habían sido convertidos en héroes. Los asesinos de Alejandro II y de numerosos altos cargos zaristas, e incluso aquellos que habían fracasado en sus atentados, como el hermano de Lenin, eran miembros del panteón revolucionario. Todos los jóvenes rusos conocían sus hazañas, su actitud desafiante frente a los tribunales en sus juicios y su muerte como mártires.

Esta tradición ya no era relevante, incluso podría llegar a ser peligrosa. Stalin consideraba esencial reeducar a la nueva generación poniendo como ejemplo a héroes verdaderos en lugar de terroristas destructivos, que pertenecían a otros tiempos. En tanto que las escuelas inculcaban en los jóvenes la disciplina y el respeto a la autoridad, el Estado comenzó a crear nuevos héroes que les inspiraran en la construcción de la nueva Rusia. Ya la prensa y la radio exaltaban a Stajanov, el minero que elevó la productividad a niveles sin precedentes, y a los aviadores y exploradores del Artico, que avanzaban hacia nuevas fronteras. Los ideales que había que inculcar eran el servicio y el esfuerzo.

El «Juicio a los dieciséis» se celebró con un máximo de publicidad. Demostraba que los traidores peligrosos estaban en todas partes, incluso entre los viejos bolcheviques, que no eran héroes sino enemigos que trataban de destruir la nueva Rusia. El juicio fue efectivo en cuanto a estos fines. Hubiera parecido imposible que Zinoviev y Kamenev, viejos camaradas de Lenin, que habían ocupado altos cargos, pudieran ser siniestros enemigos de la nueva Rusia. Pero ante el tribunal cada uno de los dieciséis encausados se confesó culpable de las fantásticas acusaciones que se les imputaban. Confesaron su culpa abyecta y convincentemente. Todos fueron condenados a muerte y ejecutados.

En el transcurso del juicio, los acusados habían implicado a otros. El fiscal principal, Vychinsky, hizo saber que había ordenado la investigación de Bujarin, Rykov y Tomsky. Pocos días después, Tomsky, el viejo bolchevique y sindicalista, se suicidó.¹²⁹

El terror pareció vacilar. El suicidio de Tomsky y una corriente crítica entre los viejos militantes del partido, quizá intimidaron a Yagoda y a otros responsables de las investigaciones. Stalin se encontraba fuera por entonces, en el centro veraniego de Sochi, a orillas del mar Negro, acompañado de Zdanov. Evidentemente le sorprendió el comunicado emitido en Moscú el 10 de septiembre de 1936, afirmando que se había cerrado la investigación de Bujarin y de Rykov, y que no se habían encontrado pruebas en su contra. El 25 de septiembre de 1936, Zdanov y él enviaron un telegrama a Kaganovich, Molotov y otros miembros del Politburó, que decía: «Consideramos absolutamente necesario y urgente nombrar al camarada Ezhov comisario de Asuntos Internos (NKVD). Yagoda no se ha mostrado, obviamente, a la altura deseada en la tarea de desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista. La OGPU lleva cuatro años de retraso en este asunto.»

Al día siguiente, el nombramiento de Ezhov como jefe de la NKVD supuso el inicio de una fase más salvaje del terror, la Ezhovchina, que duró hasta 1938. Los funcionarios más antiguos del servicio de seguridad, algunos de los cuales habían trabajado para la Cheka a las órdenes

de Dzerzinsky, fueron reemplazados. Una histeria de depuración se apoderó del país. La creencia de que los espías y los traidores actuaban por todas partes se extendió insidiosamente. Desequilibrada por las abrumadoras consignas y exhortaciones para mantenerse vigilante, y temiendo por su propia seguridad, la gente denunciaba a sus vecinos, a sus compañeros de trabajo, e incluso a miembros de su propia familia. Se guardaba cola delante de las oficinas de la NKVD, donde la gente esperaba pacientemente para presentar sus denuncias. El terror envileció a toda la nación.

El segundo gran juicio público comenzó en Moscú el 23 de enero de 1937. Los diecisiete encausados eran, según la acusación, líderes del Centro Trotskista Antisoviético. Habían conspirado con los gobiernos japonés y alemán para derrocar el régimen soviético. Su arma principal era el sabotaje de la economía. Una vez más, como muestra del odio obsesivo de Stalin, Trotski fue condenado como cerebro gris de la conspiración.

Vychinsky, que en su calidad de fiscal dirigió el juicio, se mostró tranquilo y moderado en la manera de llevar la causa, que había sido preparada con impresionante minuciosidad. La conducta de los acusados le facilitó la tarea. Un testigo presencial del juicio escribió: «Todos los acusados parecían deseosos de sumar acusación tras acusación sobre sí mismos —*mea culpa maxima*—. Exigieron un interrogatorio poco severo del fiscal.»¹³⁰ Todos fueron declarados culpables. Trece fueron fusilados y cuatro fueron condenados a diez años de prisión.

La muerte de Sergo Ordjonikidze poco después de su juicio puso aún más de manifiesto la crueldad y la inhumanidad de Stalin. Sergo Ordjonikidze era uno de sus más viejos camaradas y amigos. En 1912 habló a Lenin sobre Stalin, e intervino en la preparación de su primera elección para el Comité Central. Trabajaron juntos para resolver el problema georgiano. Ordjonikidze se reveló a sí mismo, en esta y otras ocasiones, capaz de llevar a cabo acciones brutales. En otros momentos, sin embargo, podía ser un compañero afectuoso y humano. Aceptaba el liderazgo de Stalin, pero como viejo camarada y también miembro del Politburó y comisario de Industria Pesada, no dudaba en decir lo que pensaba. Se dijo que fue el único que protestó por las actividades de la NKVD y que intercedió en nombre de alguno de los detenidos. Su influencia estaba en declive, sin embargo, en tanto que la de su rival y enemigo, Lavrenty Beria, estaba en alza.

Casi todos sabían que Beria le odiaba y le temía. Ordjonikidze le consideraba un canalla sin escrúpulos, y así se lo dijo a Stalin. Se oponía a los planes de Beria siempre que era posible. Pero éste consiguió, con algún método siniestro, sembrar dudas y alimentar sospechas en la mente de Stalin. Era un maestro de la intriga, más astuto que el jactancioso Sergo. Parece, sin embargo, que independientemente de la influencia de Beria, Stalin había decidido prescindir de él.

Las presiones sobre Ordjonikidze iban en aumento. Las acusaciones de destrucción y sabotaje en la industria habían sido tema importante en los juicios públicos, y la incesante exigencia en prensa y radio

de mantenerse vigilantes contra los saboteadores, le alcanzó personalmente. Su adjunto, Pyatakov, declarado culpable de conspiración y sabotaje, fue fusilado. Muchos de los altos cargos de su comisariado fueron detenidos. Ahora se le requería a él que redactara un informe sobre el sabotaje industrial y que recomendara la adopción de nuevas medidas contra los espías y los saboteadores ante el Comité Central, que debía reunirse el 19 de febrero de 1937, para considerar las enseñanzas que se derivaban del «Juicio de los diecisiete».

Ordjonikidze se encontraba en precario estado de salud. Tenía la tensión alta y problemas de corazón, pero se negaba a descansar o a tomarse unas vacaciones. El terror había invadido su vida privada. Estaba preocupado por su hermano mayor, Papulia, detenido por la NKVD y sometido a un interrogatorio bajo torturas. Sus declaraciones fueron falseadas, y se dice que Stalin envió a Ordjonikidze citas con el comentario: «Camarada Sergo, mira lo que escriben sobre ti.»

La mañana del 17 de febrero de 1937, según Medvedev, Ordjonikidze y Stalin mantuvieron una tormentosa reunión. El primero protestó airadamente porque la NKVD había registrado su apartamento del Kremlin por orden de Ezhov. Stalin respondió tranquilamente que «la NKVD puede registrar incluso mi apartamento. No hay nada extraño en eso». Ordjonikidze, sin duda, se quejó de las medidas de terror y de la detención de sus amigos y funcionarios de su propio comisariado. Al parecer, ambos perdieron los nervios y se rompieron los lazos de su larga amistad.

Ordjonikidze regresó a su despacho y trabajó hasta las dos de la madrugada, hora a la que regresó a su apartamento. Según el testimonio de su esposa, Zinaida Gavrilovna, después se negó a levantarse de la cama. No quiso ver a los amigos que fueron a verle, ni comió nada; se pasó el día escribiendo. Hacia las cinco y media de la tarde, su mujer oyó un disparo y acudió corriendo a la habitación, donde le encontró tendido y ya sin vida; la ropa de la cama estaba manchada de sangre. Inmediatamente telefoneó a Stalin, que, aunque tenía su apartamento muy cerca, no llegó hasta más tarde acompañado por otros miembros del Politburó y por Ezhov.

El 18 de febrero de 1937, los periódicos dieron la noticia de la muerte de Ordjonikidze a causa de un ataque al corazón. El certificado oficial fue firmado por cuatro eminentes médicos, tres de los cuales fueron poco después detenidos y eliminados. Con meticulosidad, la NKVD detuvo a los miembros de su familia, excepto a su esposa, y a todos los que habían trabajado con él, incluyendo al vigilante de su dacha. Aunque hubo algunos rumores, el informe de que había muerto víctima de un ataque al corazón fue generalmente aceptado hasta 1956, cuando Kruschev declaró que se había suicidado.

El suicidio preocupaba a Stalin: era una forma de traición. Su esposa le había traicionado de esta manera, y ahora Sergo Ordjonikidze se había quitado la vida de un tiro. Sus protestas contra la detención de Pyatakov y otros demostraban su incapacidad para detectar a los opositores y a los traidores cercanos a él, pero quizá sus protestas

no se debían sólo a su naturaleza compasiva y confiada, sino a que también él apoyaba a estos traidores y se había convertido en un peligroso enemigo. Enjuiciando personas y acontecimientos desde esta cruel perspectiva, Stalin se sentía traicionado. Una vez surgidas las sospechas, llegaron a obsesionarle, envenenando su mente contra su viejo camarada y todas las personas próximas a él. Beria era consciente de que Stalin borraba de su mente a los sospechosos, tratándoles a ellos y a todos sus allegados como si ya estuvieran muertos, y ello le permitió ejercer sobre él una influencia profunda y siniestra.

La reunión del Comité Central, aplazada después de la muerte de Ordjonikidze, comenzó el 23 de febrero de 1937 y resultó premonitoria. Stalin habló extensamente sobre las actividades de destrucción y espionaje por parte de agentes extranjeros y trotskistas, que socavaban casi todas las instituciones del partido y del gobierno, y perjudicaban a la industria. No sólo se habían infiltrado en puestos de poca relevancia, sino también en los más altos cargos. Criticó después a los presentes, y consecuentemente a todos los militantes, por su «descuido, indiferencia e inocencia», que eran la causa de su fracaso en su intento de desenmascarar a los «saboteadores, espías y asesinos».

Demasiado entusiasmados por los dramáticos logros del partido desde la Revolución, olvidaban que mientras hubiera estados capitalistas habría saboteadores, y que cuanto mayor fuera el éxito de la Unión Soviética, mayores serían los esfuerzos de sus enemigos de clase capitalista para destruirla. La constante vigilancia era imprescindible para erradicar a tales personas «bajo cualquier bandera, sea la de Trotski o la de Bujarin». Partiendo de esta base, ni siquiera el más abnegado trabajador estaba libre de la sospecha de ser un saboteador. Estaba inyectando la desconfianza, como un virus, en las venas de la nación.

El hecho de que emparejara el nombre de Bujarin con el de Trotski indicaba que la suerte de Bujarin estaba echada. Cuando Bujarin y Rykov trataron de defenderse, la asamblea les acalló con sus gritos. Como una manada de lobos, los delegados exigían que se «detuviera, juzgara y ejecutara» a estos viejos militantes. Pero Stalin decidió: «Que la NKVD se encargue del caso.»

Una medida práctica, ordenada por Stalin, fue el inmediato nombramiento de dos adjuntos a cada cargo del partido, desde los más bajos hasta el nivel de República de la Unión: incluso el Comité Central recibió órdenes para que organizara cursos destinados a preparar a los empleados del partido en las regiones respecto a «problemas de política interna y de política exterior». Deberían matricularse en estos cursos un número suficiente de estudiantes para dejar disponibles «no uno, sino varios equipos capaces de reemplazar a los dirigentes del Comité Central de nuestro partido». Difícilmente podría haber advertido más descaradamente a los miembros del comité que iba a desembarazarse de ellos, nombrando en su lugar a hombres nuevos y más dignos de confianza. Todos sin excepción aplaudieron su presciencia. El Comité Central, de acuerdo con los estatutos del partido, tenía poder para destituirle a él y a otros miembros del Politburó. Pero su autoridad sobre ellos

*Bujarin,
revolucionario
bolchevique que, tras
ser acusado por
Stalin de derechista,
fue ejecutado en
marzo de 1938.*



era extraordinaria. Stalin era la encarnación del partido, esa unión mística a la que ellos servían, y su palabra era ley incluso cuando amenazara con su propia destrucción.

Por primera vez, el partido sintió de lleno el impacto del terror. Puede darnos medida de este impacto el hecho de que de los 1.966 delegados que asistieron al Congreso de Vencedores en 1934, 1.108 fueron detenidos y no sobrevivieron, en tanto que de los 139 miembros elegidos para el Comité Central, 98 fueron fusilados.

Stalin, sin embargo, miraba más allá de la erradicación de la oposición latente en el seno del partido y del gobierno. En su mente siempre estaba presente la amenaza de guerra. Era una amenaza inminente y real. En el pasado, Rusia había sido atacada en momentos de debilidad; ahora no solamente estaba debilitada, sino que además había emprendido la ruta del socialismo, lo que proporcionaba a las potencias capitalistas una razón más para tratar de destruirla. La Rusia soviética estaba en la vanguardia del socialismo y sería atacada en primer lugar.

Alemania representaba un peligro inmediato. Desde los tiempos de los Caballeros del Báltico hasta la I Guerra Mundial, Alemania había sido un terrible enemigo. El poderío militar alemán de la I Guerra Mundial había producido una duradera impresión en los rusos de la generación de Stalin. Ahora Alemania atravesaba un proceso de rearme. Desde el

nacimiento del III Reich en 1933, el presupuesto para armamento había ascendido de 2.000 millones a 16.000 millones de marcos. Cinco años después, Hitler no ocultaba su decisión de imponer la hegemonía alemana sobre Europa. Su Pacto anti-Comintern con Japón en 1936, al que se unió Italia meses después, iba dirigido contra la Unión Soviética.

Desde que se hizo con el control de las fuerzas armadas, en 1926, Stalin había trabajado para incrementarlas y modernizarlas. Ya no estaba tan preocupado por el papel del ejército y de las fuerzas de seguridad como elementos de apoyo al partido. La necesidad primordial era prepararse contra un ataque de los alemanes y de otras potencias. Con este objetivo estaba fomentando urgentemente el poderío militar y la industria pesada de Rusia. Durante el segundo plan quinquenal, las industrias del armamento se desarrollaron unas dos veces y media más que el resto de la industria. Las asignaciones presupuestarias para el ejército y la marina ascendieron a 1.430 millones de rublos en 1933, a 23.200 millones de rublos en 1938, y en 1940 la cifra alcanzó los 56.800 millones de rublos. El equipamiento era moderno y se prestaba atención especial a los tanques, la artillería y la aviación. En 1934 el Ejército Rojo pasó de contar con 562.000 hombres a 940.000, y al año siguiente llegaría a 1.300.000. Tres años más tarde las fuerzas armadas soviéticas sumaban más de 4.200.000 hombres.

A mediados de los años treinta el Ejército Rojo ya se había convertido en una fuerza eficaz y mejor disciplinada que en ningún momento de su pasado. Tujachevsky, con su notable talento organizativo y con su actitud creativa, influyó significativamente. Zukov le elogiaba en sus memorias por su profesionalidad, su comprensión de los problemas tácticos y estratégicos, y por haber sido consciente de la importancia de los avances técnicos y científicos.¹³¹ Tujachevsky contaba con el apoyo de bastantes hombres de similar capacidad. Bajo su mando, las concepciones militares soviéticas estaban sufriendo una transformación.

Molotov y Vorochilov encabezaban dos comités responsables de la defensa. Stalin era solamente miembro de ambos comités, pero fue él quien dirigió la creación masiva de las industrias de armamento y de las fuerzas armadas. Molotov y Vorochilov le remitían todo a él. Kuznetsov, al ser nombrado comisario de marina, escribió que al principio, en su ignorancia, presentaba importantes asuntos navales a Molotov, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Comité de Defensa. Molotov sencillamente los remitía a Stalin. También supo que Stalin se interesaba especialmente por los asuntos navales y que su aprobación era necesaria para cualquier medida de importancia.¹³²

Zukov y otros han declarado que ningún diseño de armamento podía ser adoptado ni rechazado sin la autorización de Stalin. Esto «ciertamente restringía la iniciativa del comisario de Defensa» como comentaba Zukov, pero tanto él como otros estaban impresionados por los amplios conocimientos técnicos de Stalin. El comisario de Armamento, Vannikov, relató que a comienzos de 1941 Stalin eligió el cañón de 107 mm como el principal armamento para tanques, y sorprendió a Vannikov cuando añadió que era un buen armamento, «que él conocía desde la

guerra civil». Vannikov había defendido para este fin el cañón antiaéreo de 85 mm, pero la preferencia de Stalin por el 107 resultó adecuada, ya que se descubrió que con algunas modificaciones era excelente en la lucha antitanque y continuó en servicio. Harry Hopkins, representante personal de Roosevelt, escribió refiriéndose a una reunión en la que Stalin solicitó un millón o más de rifles americanos, y añadía que no necesitaba munición porque «si el calibre era el mismo que el utilizado por el Ejército Rojo, disponía de una gran cantidad». ¹³³

G. Hilger, miembro de la embajada alemana que observó a Stalin y a otros en varias reuniones, escribió que Molotov seguía fielmente las instrucciones de Stalin y se sometía a él en todo. Stalin era sencillo y nada pretencioso en sus modales cuando trataba con los representantes alemanes, pero brusco y frío cuando explicaba sus instrucciones a los comisarios rusos. Hilger estaba impresionado por el inmenso ámbito de autoridad de Stalin. Nada podía acordarse sin su expresa aprobación. También llamaban su atención los conocimientos técnicos de Stalin, incluso al tratar un tema como las especificaciones de artillería para las torretas de crucero que Alemania construía para la Armada Roja. ¹³⁴ Yakovlev, diseñador de la aviación soviética, escribió sobre el interés directo de Stalin en la evolución de la aviación y, desde luego, en éste como en otros campos Stalin tomaba la última decisión. Cuando en 1940 Yakovlev fue a Alemania para comprar aviones de combate, tuvo que enviar su informe directamente a Stalin. ¹³⁵

Al mismo tiempo Stalin impresionaba e imponía temor a muchos de los funcionarios y oficiales de más categoría que tenían que tratar con él. Hilger observó la sumisa actitud del mariscal Chapochnikov, jefe del Estado Mayor General, cuando hablaba con él. También Hopkins observó el miedo con que los subordinados miraban a su líder. Stalin exigía respuestas precisas a sus preguntas, y mostraba rápidamente su desagrado ante una información vaga o insuficiente. Emilyanov, experto metalúrgico, estaba presente en una reunión para discutir las ventajas de las torretas fundidas sobre las prensadas y las soldadas, para el tanque T-34. Stalin pidió más información. Emilyanov pidió la palabra. Stalin se volvió hacia él y dijo bruscamente: «¿Qué es usted, militar?» Emilyanov se armó de valor y respondió. Stalin preguntó: «¿De qué manera alteraría la nueva torreta el centro de gravedad?» y «¿Cuál sería la diferencia de carga sobre el eje frontal?» La respuesta de que sería «ligera» le enfureció; ligera no era —dijo— un término técnico. Emilyanov conocía la respuesta exacta, pero su intento de hablar fue ignorado. Stalin rechazó la propuesta por no estar adecuadamente preparada, pero ordenó que fuera examinada por una comisión. Nombró a Fedorenko, general de caballería, así como a otros dos de los presentes —uno de ellos era Emilyanov— para formar la comisión. Stalin respetaba a los auténticos expertos.

Aunque inmerso con frecuencia en los detalles de los asuntos militares, navales y gubernamentales, no perdía de vista la política general. Estaba preocupado en particular por la debilidad que, en su opinión, se extendía insidiosamente en las fuerzas armadas, del mismo modo que

se había extendido en el partido y en el gobierno. Tenía que erradicar cualquier fuente de oposición y de desconfianza. El peligro residía en que al depurar las fuerzas armadas las debilitaría por algún tiempo, lo que a su vez podría animar a Alemania y a las potencias capitalistas a llevar a cabo un temprano ataque. Pero no creía que todos los jefes del ejército y de la armada le obedecieran con la inquebrantable lealtad que él exigía. La depuración era inevitable y tenía que realizarla con la máxima rapidez posible.

De hecho, el Ejército Rojo había prestado constantemente su pleno apoyo al partido. Durante la campaña de colectivización, el Ejército, aunque sus tropas eran reclutadas casi enteramente entre la clase campesina, nunca había vacilado en cumplir las órdenes de Moscú. En depuraciones anteriores había resultado que el Ejército albergaba menos elementos indignos que el partido en su conjunto. Solamente el 4,3 por ciento del personal del ejército había sido purgado en 1933, frente a un 17 por ciento de la militancia civil. Además, la militancia del partido aumentaba rápidamente en las filas del Ejército Rojo. A finales de 1934, todos los jefes más antiguos, y el 93 por ciento de los jefes de división, eran miembros del partido. Stalin siempre había prestado especial atención y preferencia por el Ejército Rojo y era popular entre oficiales y soldados. En particular fue bien recibida la importancia que concedió al profesionalismo y al patriotismo. Eran tratados como una elite con privilegios especiales, y los oficiales tenían sus propias dachas, coches y criados. Colmaba de honores a los oficiales más antiguos. Se decía que albergaba algún resentimiento hacia Tujachevsky por desacuerdos surgidos durante la guerra civil. Reconocía, sin embargo, su talento, y en lugar de destinarle a algún lugar alejado le mantuvo en puestos de importancia, y en 1935 le nombró mariscal de la Unión Soviética. Pero, súbitamente, se convenció de que Tujachevsky era un traidor.

Nubes tormentosas amenazaban al Ejército Rojo a comienzos de 1937. En el «Juicio de los diecisiete», los testimonios habían implicado a varios jefes. Tujachevsky continuaba siendo comisario adjunto de la Guerra, pero se sabía que era sospechoso y muchos le rehuían. También fue premonitorio que en mayo de 1937, el sistema de mando doble fuera reinstaurado. Según este sistema, el jefe militar tenía a su lado a un comisario político, que compartía el mando y ratificaba todas las órdenes. El ejército siempre se había mostrado molesto por este sistema que, a partir de 1925, fue sustituido por el de mando único.

El 1 de mayo de 1937, Tujachevsky estuvo al lado de Stalin en el mausoleo de Lenin, presidiendo el desfile en la plaza Roja. Estaba cerca de la cumbre de su carrera, porque en caso de guerra con Alemania —y él estaba convencido de que esto era inminente— probablemente sería nombrado comandante en jefe. Fue nombrado para representar al gobierno soviético en Londres con motivo de la coronación del rey Jorge VI. Pocos días antes de su partida, sin embargo, se revocó su nombramiento. Fue relevado de su cargo de comisario adjunto de la Guerra el 20 de mayo y enviado al mando del distrito militar del Volga. Llegó allí el 25 de mayo, y al día siguiente fue arrestado.

Pravda anunció el 11 de junio de 1937 que Tujachevsky y otros siete generales iban a ser juzgados en secreto. El tribunal militar, que sólo necesitó un día para oír sus testimonios y declararlos culpables, estaba formado por cuatro mariscales de la Unión Soviética. Vorochilov y Budyenny eran completamente fieles a la voluntad de Stalin. También Yegorov estaba bajo la influencia de Stalin desde la guerra civil. Pero Blyujer era un oficial independiente, que había sido gravemente herido en la I Guerra Mundial, y se había mostrado especialmente hábil y valiente al mando de tropas rojas en la guerra civil. Es difícil entender que un hombre así aceptara formar parte de un tribunal para juzgar a un compañero oficial y que firmara la orden de ejecución. Probablemente aceptó como probados los cargos contra Tujachevsky; de lo contrario, o seguía ciegamente las órdenes del Politburó, o estaba dominado por Stalin. Tanto Blyujer como Yegorov fueron más tarde arrestados y fusilados.

El 12 de junio de 1937 se anunció que todos habían sido hallados culpables de «espionaje y traición a la patria», y ejecutados. Su delito, según la prensa, era haber espiado para Alemania y Japón, y haber conspirado para entregar territorios soviéticos de Ucrania y de Extremo Oriente a cambio de apoyo para derrocar a Stalin y su régimen. Había, desde luego, algunos indicios de conspiración. No eran suficientes, pero despertaron en Stalin sus patológicas sospechas, que rápidamente se convirtieron en convicción de la culpabilidad de los acusados.¹³⁶

La ejecución de Tujachevsky y de los siete generales marcó el comienzo de la depuración en las fuerzas armadas. Alcanzaría especial furor durante 1937 y 1938. Los altos mandos llevaron la peor parte. Según cálculos dignos de crédito hubo treinta y cinco mil víctimas. Entre éstas figuraban aproximadamente la mitad de los oficiales. Fueron depurados tres de los cinco mariscales de la Unión Soviética; 13 de los 15 jefes del ejército; 57 de los 85 jefes de armas; 110 de los 196 jefes de división; 220 de los 406 jefes de brigada; los 11 vicecomisarios de la Guerra y 75 de los 80 miembros del Consejo Superior Militar. De los oficiales por debajo del rango de coronel, fueron depurados treinta mil.¹³⁷

Uno de los objetivos prioritarios de esta depuración de las fuerzas armadas, aparte de la erradicación de la oposición real o latente, era la determinación de Stalin de librarse de actitudes militares que consideraba desfasadas e irrelevantes. No le gustaban las estrategias defensivas. Tenía en mente unas fuerzas masivas terrestres y aéreas que convirtieran en innecesarias las estrategias defensivas. En efecto, la estrategia comúnmente aceptada en la armada soviética estaba totalmente centrada en la defensa de las costas de Rusia. Se ponía especial relieve en la utilización de minas, lanchas torpederas, submarinos y aviones, desplegados para repeler la invasión por mar. Virtualmente todos los que propugnaban esta estrategia de defensa costera fueron depurados. En su lugar, Stalin colocó a jóvenes oficiales y nombró al joven almirante Nikolai G. Kuznetsov comisario de la armada. El énfasis se puso ahora en la creación de una potente flota de alta mar. En 1937-38 lanzó un masivo programa de construcción naval. El tercer plan quinquenal (1938-42) dio una especial relevancia a la construcción de barcos de gue-

ra dentro de la planificación de rearme general. El plan exigía la construcción de ocho acorazados, ocho cruceros de batalla, 14 cruceros, 12 líderes de flotilla, 96 destructores, 48 buques de escolta y 198 submarinos. Era un programa que recordaba las ambiciones navales de Pedro el Grande. Pero la guerra envolvió a Rusia antes de que finalizara el plan.

La depuración fue llevada a cabo por Ezhov y por la NKVD, con la activa colaboración de Mejlis y Schadenko. Mejlis, periodista y director de *Pravda* y fanático militante leal a Stalin, era el director de la Administración Política del Ejército. Schadenko, que había luchado junto a Vorochilov y Budenny durante la guerra civil, era comisario adjunto de la Guerra. Ambos hombres eran odiados por el ejército.

La depuración pareció dividirse en dos fases. El periodo intermedio quizá se destinó a permitir que los oficiales en prácticas ocuparan el puesto de los eliminados. En la nueva generación de oficiales estaban los hombres con los que contaba Stalin. Deliberadamente había destituido a casi todos los veteranos de la guerra civil. Estos hombres eran los que podrían cuestionar sus órdenes y flaquear en su lealtad a Stalin y a su política.

El ejército mismo parecía aceptar, o al menos condonar la depuración. Hombres como Chapochnikov, Zukov y muchos otros permanecieron en silencio no solamente para salvar su propia piel. Estaban dominados e incluso aterrorizados por Stalin, pero también eran valientes, muy inteligentes y profesionales patriotas. Aceptaban tácitamente que los oficiales que eran sacrificados podrían haber representado una amenaza de traición, o creían que su oposición conjunta a Stalin acarrearía consecuencias mucho peores para el partido y para el país.

Los nueve oficiales que habían sido seleccionados y preparados para ser decididos, totalmente obedientes y leales a Stalin, como los nuevos hombres del partido y del gobierno, pertenecían a la elite soviética, pero, apresuradamente formados y ascendidos, los jóvenes oficiales carecían de experiencia y de seguridad en sí mismos. Hacía falta tiempo para que adquirieran confianza en el mando, y fue en la II Guerra Mundial cuando lo consiguieron y cuando el Ejército Rojo recuperó su moral y su orgullo.

En diciembre de 1937, se celebraron las primeras elecciones para el Soviet Supremo de acuerdo con la nueva constitución. Stalin mismo era el candidato en el distrito de Moscú que llevaba su nombre. El 11 de diciembre pronunció ante las Cortes constituyentes unas palabras amables y tranquilizadoras, dirigidas a ellos no por una figura endiosada sino por un igual. Dijo que no tenía intención de hablar, pero que el presidente —Nikita Krushev— «me ha traído aquí, podríamos decir que a la fuerza, y me ha ordenado pronunciar un buen discurso». No se extendió, afirmando que Molotov, Ezhov y otros ya habían dicho lo necesario. Sencillamente quería asegurarles que «podéis contar plenamente con el camarada Stalin. Podéis confiar en que cumplirá con su deber para con el pueblo».

Esta era la afirmación que el pueblo deseaba oír. Stalin entendía el estado de ánimo del pueblo y sabía que eran necesarias las promesas

tranquilizadoras de firmeza y estabilidad en momentos en que estaban perplejos al enterarse de que muchos líderes eran saboteadores y traidores. La depuración continuaba aún. No alcanzó directamente a la gran masa del pueblo, pero su vida estaba dominada por el temor y la intranquilidad.

En las elecciones, el 96,6 por ciento del censo electoral votó a favor de los candidatos del partido. La prensa anunció el resultado como masivo voto de confianza a Stalin y al gobierno soviético. Tal vez los resultados de las elecciones fueron falsificados, pero sin duda la nación apoyaba a Stalin. De alguna manera estaba por encima de las depuraciones y traiciones; era el líder a quien todos dirigían sus miradas.

La confirmación del abrumador apoyo popular, sin embargo, no le disuadió de terminar el programa de depuraciones. Estaban en marcha los preparativos para el tercero y más importante de los juicios públicos, el «Juicio de los veintuno», que se celebró en marzo de 1938. Los principales acusados eran Bujarin, Rykov y Krestinsky, todos ex miembros del Politburó; Yagoda, ex jefe de la NKVD e iniciador del terror, y Rakovsky, que había sido presidente del Sovnarcom de Ucrania y embajador soviético en Inglaterra y Francia. Las acusaciones contra ellos incluían delitos de espionaje, terrorismo y sabotaje instigados y organizados por Trotski desde el extranjero. A Yagoda se le acusaba también de haber asesinado a Menzhinsky, su antecesor al mando de la NKVD, y de conspirar para asesinar a Ezhov, su sucesor. Asimismo se le imputaba haber sido cómplice en el asesinato de Kirov y en los de Kuibychév y Gorky. A Bujarin se le acusaba también de haber conspirado con los socialistas revolucionarios en 1918 para asesinar a Lenin, Stalin y Sverdlov.

El juicio no se desarrolló como estaba previsto. Krestinski causó un revuelo en el juzgado al retractarse de su confesión y admisión de culpabilidad. No se esperaba este desafío, pero más tarde volvió a desdecirse. En el interrogatorio adoptó decididamente la actitud de reconocer su culpabilidad, en principio, de todas las acusaciones, pero negó tener conocimiento de ningún delito concreto o haber sido cómplice de él. Bujarin adoptó la misma postura pero con más firmeza, y en el interrogatorio sus respuestas confundieron y enojaron al fiscal. Su alegato general era: «Me reconozco culpable de ser uno de los principales líderes de este "bloque de derechistas y trotskistas". Consecuentemente admito la culpabilidad de lo que se deduce directamente de eso, la suma total de los delitos cometidos por esta organización revolucionaria, con independencia de mi conocimiento o participación en ninguna acción particular.» Yagoda y otros resultaron difíciles de manejar en el interrogatorio. Pero ninguna de las reservas ni de las negativas parciales impresionaron a nadie. Bujarin, Rykov, Yagoda y los demás habían confesado su culpa. Tres de los acusados, Pletnev, Rakovsky y Bessonov sufrieron condenas de prisión. Los demás fueron condenados a muerte y ejecutados.

La ejecución de Bujarin ilustra la tragedia de los viejos bolcheviques. Bujarin era uno de los pocos entre ellos que gozaba de estima, aunque había perdido prestigio por sus perversos y destructivos ataques

a sus antiguos colegas Trotski, Zinoviev y Kamenev. Era un brillante orador y escritor prolífico a quien surgían las palabras como un torrente. Poseía un gran encanto y tenía muchos amigos, pero era muy sentimental y muy influenciabile. Lenin, que le había llamado «el preferido del partido», También se refería a él como «cera blanda», hombre fácilmente impresionable e inestable políticamente. Cuando se introdujo la NEP se pasó de la extrema izquierda a la extrema derecha, convirtiéndose en paladín de los campesinos. Entre 1924 y 1928, Stalin le permitió continuar su política de persuasión para que los campesinos produjesen excedentes, y desarrollar la industria con un bajo índice de crecimiento. Nunca habló públicamente en contra de Stalin, pero en privado manifestó sus temores a Kamenev y a sus amigos mencheviques. De hecho estaba aterrizado por Stalin e intimidado por su terrible poder, que se movía inexorablemente para destruirle.

En febrero de 1936 Bujarin viajó con su esposa a París en lo que sería su última salida al extranjero. Era uno de los tres miembros de la delegación soviética que viajaba con el objetivo de comprar los archivos del extinguido partido socialdemócrata alemán. Los archivos, entre los que figuraban muchos documentos de Marx, estaban en manos de Boris Nicolaevsky, exiliado menchevique que vivía entonces en París. Bujarin estaba deprimido y alterado. Durante su estancia en el extranjero habló de su miedo a Stalin con una franqueza inusual en un miembro del partido. André Malraux escribió que «me confió distraídamente: "Ahora va a matarme"». ¹³⁸ Pero no aceptó las sugerencias de permanecer en el extranjero. Como un hombre hipnotizado, sabía que su destino estaba en Rusia.

En sus conversaciones con Dan y Nicolaevsky, en una ocasión habló acaloradamente sobre Stalin: «Decís que no le conocéis bien ¡Pero nosotros sí! Es infeliz porque no es capaz de convencer a todos, él mismo incluido, de que es más que nadie; y esta infelicidad quizá sea su rasgo más humano, tal vez su único rasgo humano. Pero lo que no es humano, sino más bien algo diabólico, es que debido a su infelicidad no puede dejar de vengarse en la gente, en todos, pero especialmente en aquellos que son de alguna manera superiores a él o mejores que él. Si alguien habla mejor que él jese hombre está condenado! Stalin no le dejará vivir, porque ese hombre recuerda permanentemente que él, Stalin, no es el primero y el mejor. Si alguien escribe mejor, las cosas se ponen difíciles porque él, Stalin, tiene que ser el primer escritor ruso... No, no, Fedor, es un hombre intolerante y malicioso; ¡No, no es un hombre, es un demonio!» ¹³⁹ Era la efusión de un hombre atemorizado y sometido a una gran tensión.

Stalin no consideraba a Bujarin como una seria amenaza. Era, en su opinión, un hombre popular pero sin agallas. Al mismo tiempo era intelectual y cosmopolita y tenía un aspecto más occidental que ruso. Su impresionabilidad y su tendencia a excitarse al hablar o escribir bajo presión podrían convertirle en un influyente apoyo para un movimiento de oposición en momentos de crisis. Por estas razones, más que por venganza personal, era necesario liquidar a Bujarin.

En todos los juicios públicos, las acusaciones eran apenas creíbles. El mismo Stalin no podía creérselas y probablemente sabía que habían sido inventadas. Pero dada su profunda convicción de que la influencia de Trotski era un cáncer omnipresente, sospechaba que todos los disidentes estaban de algún modo relacionados con él. En cualquier caso, no le preocupaban delitos determinados: los acusados eran opositoristas y traidores reales o potenciales. Eran culpables de antemano, pero su juicio y ejecución tenían que parecer justos. Y no se equivocaba al pensar que el pueblo ruso y la opinión mundial compartirían su convicción en la culpabilidad de los acusados. En los juicios tenían que aparecer como traidores convictos. De hecho, los juicios consiguieron convencer al pueblo ruso, al cuerpo diplomático y a la opinión extranjera de que los acusados eran justamente condenados. Sir Bernard Pares, destacado especialista en temas rusos del momento que se había dedicado a interpretar los acontecimientos en Rusia para Occidente, consideraba que las acusaciones de sabotaje se «probaron hasta la saciedad», y que el resto de las pruebas fue «convinciente». Joseph E. Davies, embajador de Estados Unidos de 1936 a 1938, consideró que se había demostrado la culpabilidad de los acusados, añadiendo que ésta era la opinión más generalizada entre los observadores diplomáticos.

La razón principal de la credibilidad de los juicios fue que los acusados admitieron enseguida e incondicionalmente su culpabilidad. Nada es más desconcertante que estas confesiones en las que abnegados militantes se declaraban culpables de delitos contra el partido que no habían cometido. La NKVD tenía un arsenal de torturas físicas y psíquicas que utilizaba a discreción. Familiares, y especialmente los hijos de los acusados, eran retenidos como rehenes, dependiendo su seguridad de una confesión. No había límites para el sadismo, el engaño y la corrupción utilizados para conseguir confesiones, no sólo de los acusados en juicios públicos sino también de los miles que fueron juzgados por procedimiento sumarial por la NKVD.

Los horribles métodos empleados por la NKVD, sin embargo, no son suficientes para explicar por qué hombres valientes, como Bujarin, Pyatakov y otros muchos que habían entregado su vida a la causa revolucionaria, confesaron haber cometido delitos contra esta causa. Había en su actitud de confesar y autoinmolarse un elemento típicamente ruso que Stalin entendía. Les pasó lo mismo que a los antiguos creyentes del siglo XVIII que, habiendo rechazado las innovaciones del patriarca Nikon, se reunieron en iglesias construidas con troncos y, entonando salmos de la vieja liturgia, prendieron fuego a la madera hasta morir abrasados. Los revolucionarios del siglo XX eran miembros de una religión secular encarnada en el partido. Se habían entregado completamente a ella y ahora creían que no tenían más alternativa que sacrificarse a sí mismos por ella. Al defender y divulgar ideas contrarias a la política del partido y representar una amenaza de faccionalismo habían pecado y tenían que confesar. Bujarin y otros entre los acusados habían criticado a Stalin en círculos privados, y eso también era pecado. Al tratar de explicar su actitud hacia Stalin, Bujarin dijo: «No confiamos en

él, sino en el hombre que goza de la confianza del partido.»¹⁴⁰ En esta entrega de la voluntad, la conciencia y la capacidad de juzgar al partido, radicaba la tragedia de estos hombres, traicionados por su ciego idealismo doctrinario.

La depuración, en principio reducida a Leningrado y Moscú, amplió su círculo a las organizaciones regionales del partido y del gobierno. Las repúblicas de la Unión padecieron el terror, y ninguna con más severidad que Ucrania. Stalin desconfiaba particularmente de los ucranianos. Se habían aliado con los alemanes en 1917 y eran obstinados nacionalistas, dispuestos a romper con Moscú. Sus sospechas se agravaron al declarar Hitler su intención de anexionarse Ucrania, lo que hacía temer que el separatismo ucraniano pudiera llevar de nuevo a la alianza con Alemania. Era una zona importante por la producción de grano, y de esencial importancia para la economía soviética en un momento en el que la fuerza del trabajo industrial se extendía rápidamente.

En enero de 1938 Stalin envió a Kruschev para que reorganizara el partido y el gobierno en Ucrania, así como la economía, que había quedado destrozada por la colectivización. Era una muestra de su confianza en la lealtad de Kruschev y en su competencia como administrador enérgico e inflexible. Dos buenas cosechas que aliviaron las necesidades inmediatas de aprovisionamiento de grano parecían prestigiar la afirmación de Kruschev de que había solucionado el problema ucraniano. En 1938 fue promovido al puesto de miembro candidato del Politburó, y al año siguiente pasó a ser miembro de pleno derecho.

La purga continuaba. Se producían detenciones por millares y muchos de los detenidos eran condenados a trabajos forzados. La GULAG, Dirección General de los Campos de Trabajos Forzados, encuadrada en la NKVD, era responsable de una extensa red de campos ubicados preferentemente en el norte y en Siberia. La creación de la GULAG era obra de Lenin, que en julio de 1918 ordenó que se iniciara esta labor, y al cabo de cinco años ya había 355 campos de trabajo y se encontraban en ellos más de sesenta y ocho mil personas. La cifra más fiable sobre el número total de personas que fueron detenidas por la NKVD durante la Ezhovschina se sitúa entre los siete y los catorce millones.¹⁴¹ A todos se les exigía trabajar en talas de madera, minas, construcción de carreteras y otros trabajos similares. Las condiciones de vida eran espantosas. La comida estaba severamente racionada y los que no cumplían la tarea impuesta recibían menos del mínimo necesario para sobrevivir. Los fallecimientos por extenuación, malnutrición y malas condiciones, especialmente en invierno, eran exageradamente frecuentes. Pero los campos de trabajo ya habían sido reconocidos oficialmente como el sistema adecuado para aislar a los presos políticos y comunes, y al mismo tiempo para que fueran útiles al Estado al contribuir al desarrollo de las zonas periféricas de la Unión Soviética.¹⁴²

A comienzos de 1938, sin embargo, Stalin llegó a preocuparse por el excesivo celo de la Ezhovschina. Su objetivo de liquidar a los viejos bolcheviques y a los veteranos de la revolución y de la guerra civil, y a otros focos de oposición, ya había sido alcanzado. Pero con Ezhov, la

depuración se había extendido como una plaga. En todas partes la gente se espiaba y acusaba mutuamente, y el número de detenciones ascendía aquí y allá. El terror empezaba a escapar al control. Stalin consideró necesario interrumpir el proceso. Mostró el mismo sentido de la oportunidad y la misma autoridad de la que había hecho gala casi ocho años antes con su artículo «El vértigo del éxito».

En enero de 1938 el Comité Central aprobó una resolución que anunciaba lo que posteriormente iba a llamarse el «Gran cambio». El título de la resolución era: «Sobre los errores de las organizaciones del PCUS al excluir comunistas del partido; sobre las actitudes burocráticas formales hacia las solicitudes de miembros excluidos de la VKP (b), y sobre las medidas para eliminar estas deficiencias.» Las nuevas órdenes fueron transmitidas rápidamente a los secretarios del partido a todos los niveles, y a los centros de mando de la NKVD, y procedentes del Kremlin. Fueron inmediatamente obedecidas. El nuevo enemigo se identificó ahora con el comunista ambicioso que se había aprovechado de la depuración para denunciar a sus superiores y promocionarse. Era culpable de extender las sospechas y de minar el partido. Comenzó la depuración de ambiciosos. Al mismo tiempo, la represión masiva disminuyó y comenzó la rehabilitación de militantes represaliados.

Sin embargo, el verdadero final de la gran purga no se produjo hasta julio de 1938, cuando Lavrenty Beria fue nombrado adjunto de Ezhov. Se hizo cargo inmediatamente de la NKVD, aunque Ezhov no fue destituido hasta diciembre de 1938, cuando fue nombrado comisario de Transporte Acuático Nacional. Poco después fue fusilado.

Muchos funcionarios de la NKVD fueron juzgados y ejecutados por arrancar confesiones a personas inocentes, mientras que otros eran relegados a campos de trabajo. Los militantes leales al partido, que despertaban de una larga pesadilla, se sintieron aliviados por la depuración de la NKVD. Ello confirmó su creencia de que los fascistas se habían introducido en las fuerzas de seguridad y en el gobierno y que eran responsables de las crueles persecuciones y de las injusticias de la Ezhovchina. Esta explicación fue fomentada oficialmente, y absolvió a Stalin y al Politburó de responsabilidades.¹⁴³

Controlando directamente todas las parcelas de la política soviética, y profundamente entregado a la reorganización de las fuerzas armadas y a la dirección de la política exterior, Stalin no podía mantener un minucioso control sobre la depuración. Era consciente de que la NKVD había detenido a muchos que no eran culpables y que de los siete a catorce millones de personas que cumplían penas de trabajos forzados en los campos de la GULAG, muchos eran inocentes de cualquier acusación de deslealtad. Eran sacrificios inevitables, indesligables de cualquier gran campaña. Pero sentía esta pérdida de material humano. El diseñador de aviones Yakovlev recordó una conversación con Stalin en 1940 en la que éste exclamó: «Ezhov era una rata; en 1938 mató a muchos inocentes. ¡Por eso le fusilamos!»¹⁴⁴

Durante esos terribles años, Stalin mostró un extraordinario dominio de sí mismo y no perdió de vista su objetivo. Sabía lo que estaba

haciendo. Estaba convencido de que la mayoría de las personas eliminadas eran culpables, en principio, y actuó con inhumana y despiadada frialdad. Según Medvedev, Stalin y Molotov firmaron durante los años 1937-39 unas cuatrocientas listas con unos cuarenta y cuatro mil nombres de personas, autorizando su ejecución. Stalin no podía haber conocido o estudiado tantos casos, y tuvo que aceptar el consejo de hombres que no le agradaban y en los que no confiaba, como Ezhov. Sin embargo, debió de actuar sobre la base de que tales sacrificios estaban completamente justificados por el fin perseguido. Desde luego, insistió en que al depurar a los traidores, la NKVD no debía dejar posibles fuentes secundarias de traición. Los familiares y allegados de Tujachevsky y otros fueron detenidos y deportados a Siberia. Tal paranoia y fanatismo fueron controlados por una mente práctica e implacable. El sentimiento y la conciencia no contaban. Todo se supeditaba al objetivo de construir una Rusia socialista invulnerable y poderosa.

Los pocos informes de primera mano de personas que conocieron personalmente a Stalin durante aquella época son sorprendentes. No es como si se nos presentaran diferentes facetas de una única personalidad, sino varias personas diferentes encarnadas en un hombre extraordinario. Hacia finales de 1936, Josep E. Davies, acaudalado industrial y capitalista convencido, fue nombrado embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética. Durante su estancia allí, viajó por todo el país y se propuso estudiar a conciencia el régimen y su programa industrial. Era honrado y observador y se ganó el respeto de la jerarquía soviética. Como otros embajadores, nunca había tratado personalmente a Stalin, pero sí que le vio en junio de 1938 cuando hizo sus visitas de protocolo al presidente Kalinin, y al primer ministro Molotov, antes de su partida. Se encontraba en el despacho de este último cuando se abrió la puerta del fondo de la habitación y, para sorpresa suya, vio que se acercaba Stalin.

En una carta a su hija, Davies escribió: «Me saludó cordialmente, sonriendo y con gran sencillez, pero también con auténtica dignidad.» Mantuvieron una franca y larga conversación, y Stalin dejó bien claro que buscaba la ayuda y la amistad de Estados Unidos. Davies estaba impresionado por su «serenidad y claridad de juicio. Sus ojos castaños son extraordinariamente amables y gentiles. A un niño le gustaría sentarse en sus rodillas y un perro se le acercaría nerviosamente. Es difícil asociar su personalidad y esta impresión de amabilidad y sencillez a lo que ha ocurrido aquí en relación con las depuraciones y fusilamientos de los generales rojos, y con otros asuntos».

Con los funcionarios de todas las categorías, Stalin era escueto, exacto y autoritario. Exigía obediencia y entrega, y respetaba la eficacia y la buena preparación. Pero también podía mostrarse afectuoso o interesado como indican las memorias de Zúkov, Yakovlev y otros. Zúkov incluso escribió de él calificándole de «impresionante figura. Libre de afectación y amaneramiento, ganaba el corazón de todos con quienes hablaba». Los momentos amistosos, así como su sencillez y su encanto en los modales, se consideran normalmente como manifestacio-

nes teatrales encaminadas a algún fin. Pero era un hombre en ocasiones humano y considerado, y en otras inhumano e implacable. Sus momentos de afecto y benevolencia eran extrañas muestras de los auténticos sentimientos de un hombre aislado por su situación de poder, por su inexorable sentido de tener una misión que cumplir, y por su desconfianza hacia los demás.

Al final de este tenebroso y terrible periodo de las purgas, Stalin se hallaba en una posición inalcanzable. Era el padre y el líder del pueblo, que no le identificaba con la represión. En el siglo XVI los rusos habían achacado a los boyardos los excesos del reinado de Iván el Terrible, y en siglos posteriores habían acusado a los representantes del zar, raramente a la persona de éste. Del mismo modo, Stalin no fue objeto de acusaciones. Rara vez apareció en público o pronunció discursos durante los años 1936-38. Su reserva alimentaba la creencia general de que no conocía los crímenes de la NKVD y que, por consiguiente, no era responsable de ellos.

En cambio, Ezhov sí que fue objeto de la luz pública. El y sus funcionarios fueron condecorados con la orden de Lenin, y las ceremonias recibieron amplia difusión. Una resolución aprobada por los trabajadores de la fábrica de automóviles Stalin, y otras resoluciones aprobadas por las fábricas, oficinas y escuelas de todo el país, manifestaron su gratitud a los «trabajadores de la NKVD, al mando del combativo comisario N. I. Ezhov, por su lucha decidida e incansable para desenmascarar a los enemigos del pueblo». La resolución acababa con estas palabras: «¡Viva el famoso y vigilante contraespionaje soviético y su comisario de hierro Ezhov!» Ilya Ehrenburg, destacado periodista de la época, escribió después de la muerte de Stalin: «Pensábamos (probablemente porque queríamos creerlo) que Stalin no conocía las purgas sin sentido de comunistas de la *intelligentsia* soviética.» También describió un encuentro con Boris Pasternak, una noche de frío y nieve, en Lavruchensky Pereulok, en los momentos culminantes de la Ezhvoschina. Pasternak levantó sus manos hacia el oscuro cielo y exclamó: «¡Si alguien se lo dijera a Stalin!»

No obstante, Stalin consiguió su objetivo. Había liquidado a la vieja generación de revolucionarios y a la *intelligentsia*, manteniendo solamente a aquellos a quienes consideraba absolutamente leales y necesarios. Ahora empezaba a promocionar a la nueva elite soviética formada por hombres jóvenes, duros y leales a su persona. Un economista inglés que a partir de mediados de 1936 pasó un año estudiando en el Instituto de Investigación Económica de la Gosplan en Moscú, y vivió en la residencia de estudiantes de la Academia de Planificación Pan sindical, escribió que la Academia era una especie de centro del partido en el que se preparaba a los miembros de intachable lealtad para puestos de responsabilidad:

«A pesar de tener personalidades diferentes, estas personas eran muy parecidas, por lo que yo las conocía, en su espíritu práctico, ingenio e inflexible. La teoría marxista y la política soviética desarrolladas por Stalin encajaban perfectamente con ellos. No podía, ni puedo ima-

ginar un líder más adecuado. En opinión de uno de estos militantes, había unos cincuenta mil miembros del partido de su mismo estatus, que eran los “dueños del país”. La depuración, que durante este periodo estaba alcanzando su punto culminante, no les causaba en absoluto pena ni preocupación por su propia seguridad, al menos de manera que yo pudiera apreciar.»

Con esta nueva generación de hombres estalinistas seleccionados y con la debida preparación, Stalin transformó la clase dirigente del partido y del Estado. Eran inexpertos y se enfrentaban con el malestar, agravado por los años del terror, que se manifestaba en el temor y aversión a la responsabilidad y a tomar iniciativas. En las fuerzas armadas, los jóvenes y bisoños oficiales, y el daño causado a su moral, iban a llevar al país muy cerca del desastre. Pero Stalin podía afirmar que la Rusia soviética se había fortalecido como resultado de sus grandiosas campañas de industrialización, colectivización, educación y transformación social, y que la nación estaba mejor preparada para enfrentarse al grave desafío que ya se vislumbraba.

24. Los preludios de la guerra

Las presiones sobre Stalin crecieron durante los años treinta. La política general, así como las decisiones importantes, y con frecuencia las secundarias, sobre industrialización, reformas sociales, fuerzas armadas y política exterior, eran remitidas en última instancia al Politburó. Normalmente estos asuntos se debatían allí, pero era Stalin quien tomaba personalmente las decisiones. La política exterior era una de sus preocupaciones primordiales. La Unión Soviética estaba amenazada por el este y por el oeste, y la dirección de las relaciones exteriores se hacía cada vez más compleja y absorbente, ya que Stalin trataba de alejar, o al menos de aplazar, una guerra inevitable. Cargaba con enormes responsabilidades, y sólo un hombre de resistencia física excepcional, mente despierta y disciplinada y un autocontrol férreo podía estar a la altura de estas exigencias.

Durante los primeros años del régimen soviético, Stalin sólo mostró un ligero interés en política exterior. Lenin, en colaboración con Chicherin, comisario de Asuntos Exteriores, y Litvinov, su adjunto, así como Bujarin, Kamenev y Trotski, asumieron esta responsabilidad. Stalin adoptó una actitud doctrinaria. El dogma marxista negaba rotundamente la posibilidad de una paz permanente entre el campo socialista y el capitalista.¹⁴⁵ El objetivo de la política soviética era promover la revolución en el campo enemigo a través de la Comintern, órgano de la revolución mundial, y por otros medios.

Lenin había llegado a la conclusión, sin embargo, de que en aras de la supervivencia política y económica era preciso tratar de conseguir unas relaciones normales con otros países. La política soviética intentaba forjar un sistema de alianzas que pusiera fin al aislamiento de Rusia respecto a la comunidad mundial de naciones. Los progresos eran lentos al principio. Las potencias capitalistas veían con recelo las iniciativas de acercamiento de un gobierno que preconizaba la revolución y que fomentaba la subversión en sus países. Los esfuerzos de Chicherin y Litvinov, sin embargo, se vieron recompensados con los tratados de paz firmados con Afganistán, Persia y Turquía, y después, el 16 de abril de 1922, se firmó en Rapallo el dramático tratado de amistad mutua con Alemania. A comienzos de 1924 el reconocimiento de Gran Bretaña y la mayoría de los países de Europa occidental paliaron aún más el aislamiento de Rusia.

En 1925 la política exterior soviética sufrió un replanteamiento. El interés nacional, que exigía una considerable continuidad con el pasado

zarista, se convirtió en interés primordial. La nueva política fue considerada como un «respiro», y se definió como «un largo periodo de la denominada coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y los países capitalistas.

Era un artículo de fe para Stalin, en cuanto marxista, que el socialismo acabaría por imponerse al capitalismo. Durante algún tiempo había aceptado que la promoción de la revolución mundial a través de la Comintern era el objetivo prioritario. Poco después de la revolución su actitud era de escepticismo respecto a las perspectivas de la revolución mundial y despectiva respecto a la Comintern. El comunismo internacional era un ideal que Trotski, Lenin, Bujarin y otros consideraban alcanzable en un futuro próximo. Stalin no se sentía optimista respecto a ello y su interés se centraba en los problemas prácticos y urgentes de la Rusia soviética. Ella era la cuna de la revolución, y si se derrumbaba o era destruida por sus enemigos capitalistas, la revolución mundial se alejaría y pasaría a ser nada más que un sueño.

La actitud de Stalin era básicamente diferente de la de otros líderes bolcheviques. Eran éstos internacionalistas y cosmopolitas. Más aún, Trotski, destacado internacionalista, era uno de los muchos judíos marxistas que no sentían nada especial respecto a Rusia. Por el contrario, la perspectiva de Stalin era decididamente rusa. Rusia era su patria de adopción. Su hija escribió: «Mi padre amó profundamente a Rusia durante toda su vida. No conozco a ningún otro georgiano que haya olvidado tan completamente su condición de tal y haya llegado a amar todo lo ruso tanto como él. Incluso en Siberia mi padre sintió un auténtico amor a Rusia.» Con el fervor de un converso, era un nacionalista ruso tan chovinista como cualquiera de los emperadores de la dinastía Romanov. Rusia era, para él, la nación elegida para forjar el comunismo y dirigir el mundo. El mismo siempre fue un marxista convencido, y su ideal era la revolución mundial y el socialismo, pero los situaba en el futuro. Rusia representaba su interés inmediato y apasionado.

A finales de los años veinte, el Tratado de Rapallo fue una piedra angular de la política soviética. El temor persistente de Stalin era que Alemania pudiera reconciliarse con Occidente y establecer alianzas contra la Unión Soviética. Su ansiedad se agudizó en octubre de 1925, cuando aquélla participó en el Pacto de Locarno, y de nuevo al año siguiente cuando fue admitida en la Liga de Naciones. Los comunistas consideraban la Liga como una siniestra organización capitalista. Pero el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Gustav Stresemann, trataba de mantener buenas relaciones con el este y con el oeste. Tranquilizó a los soviéticos, primero con un nuevo acuerdo comercial, y después con el Tratado de Berlín, reforzando los lazos con Moscú. En 1932 el 30,5 por ciento de las exportaciones de maquinaria alemanas tenían la Unión Soviética como destino. Cientos de técnicos e ingenieros alemanes trabajaban e impartían enseñanzas allí, y oficiales alemanes adiestraban a las tropas rusas.

El comienzo del primer plan quinquenal supuso más cambios en las prioridades de la política soviética. En julio de 1930, en su ponencia para

el XVI Congreso del Partido, Stalin afirmó: «Nuestra política es una política de paz y de fortalecimiento de las relaciones comerciales con todos los países.» El comercio había sido considerado meramente como un instrumento de la política exterior para introducirse en los mercados y luchar contra la influencia de las potencias capitalistas. Ahora se le reconocía un papel fundamental para obtener la maquinaria, la asistencia técnica y el capital necesarios a la industrialización. Pero la paz era el objetivo prioritario.

En las medidas políticas adoptadas por Stalin, tanto en el interior como en el exterior, fue elemento fundamental su convicción de que la guerra era inevitable e inminente y que podría devastar a la Rusia soviética antes de que llegara a ser una potencia. Esta idea le impulsó a exigir una inmediata colectivización y una industrialización precipitada. No había tiempo que perder. El Tratado de Versalles no era más que una tregua entre dos guerras. Stalin seguía de cerca los acontecimientos de Occidente, tratando de advertir los primeros síntomas del conflicto en ciernes.

Cifra sus esperanzas en que la guerra se limitara al campo capitalista y en que la Unión Soviética fuera capaz de permanecer al margen como lo había hecho Estados Unidos en la I Guerra Mundial, interviniendo de manera decisiva al final. El peligro era que Rusia pudiera verse directamente implicada. En enero de 1925, Stalin afirmó ante el Comité Central: «Las condiciones para la guerra están madurando. La guerra puede hacerse inevitable; por supuesto no mañana ni dentro de unos días... sino dentro de unos años... El problema de nuestro ejército, de su potencial y de su preparación, surgirá en relación con complicaciones en los países que nos rodean. Esto no significa que en ninguna de esas situaciones estemos obligados a intervenir activamente contra nadie... Pero si estalla la guerra, difícilmente podremos permanecer sentados con los brazos cruzados. Tendremos que tomar parte, pero deberíamos ser los últimos en hacerlo. Y deberíamos intervenir para poner el peso decisivo en la balanza, el peso que incline el fiel de la balanza.» Con el paso del tiempo se veía claro que la Rusia soviética no podría permanecer como espectadora.

En su dirección de la política exterior, Stalin mostró gran precaución, moderación y realismo. Necesitaba tiempo para consolidar la industria y el poderío militar de la Unión Soviética. Sufrió constantes provocaciones en el este y el oeste, y muchas de ellas debieron de enfurecerle, pero jamás perdió de vista la necesidad primordial de retrasar la guerra lo máximo posible. Era esta la razón por la que daba prioridad a la paz y al desarme en las relaciones internacionales.

Al mismo tiempo mantuvo una política de seguridad colectiva. A comienzos de los años treinta, Litvinov negoció pactos de no agresión con Polonia y Finlandia. En la conferencia mundial de economía celebrada en Londres en junio de 1933, propuso un tratado multilateral de no agresión que condujo a la firma de tratados con todos los países fronterizos con la Unión Soviética por el sur y por el oeste. Esto fue providencial porque, en tanto que se habían restablecido las relaciones diplomáticas

entre este país y China en 1932, una seria amenaza a los intereses y a la seguridad soviética surgió en Extremo Oriente en septiembre de 1931, cuando Japón invadió Manchuria.

Stalin estaba decidido a evitar la guerra casi a cualquier precio. Recordando la humillación sufrida por Rusia en la guerra contra Japón en 1904-5, debió de encontrar extremadamente difícil tener que satisfacer a los agresores japoneses. En las negociaciones, sin embargo, tanto él como sus funcionarios actuaron con «invencible moderación e impenetrable reserva», y a pesar de las provocaciones de los japoneses «mantuvieron la cabeza fría y se contuvieron».

Lo que más temían, debido a que ello haría la guerra inevitable, era que los japoneses invadieran Mongolia Exterior, la república popular que servía como Estado tapón y era virtualmente un protectorado soviético. Pero esto no llegó a producirse. La venta del ferrocarril oriental chino a Japón redujo la tensión a lo largo de la frontera, aunque, de todas formas el peligro de guerra persistía. Para anticiparse a esta contingencia, Litvinov trató de negociar un pacto de no agresión, pero los japoneses rechazaron su iniciativa.

Stalin tuvo que admitir que ahora la amenaza inmediata radicaba en el este y no el oeste. Desde luego, en aquellos momentos la situación entre Japón y Rusia era muy tensa y ambos países creían que la guerra era inevitable. Se trasladaron apresuradamente tropas soviéticas a Extremo Oriente, y se pusieron en marcha planes destinados a apoyar al Ejército Rojo. Stalin mantuvo su política de estricta neutralidad, negándose a colaborar con Gran Bretaña y Estados Unidos contra Japón, y a formar parte de la comisión de la Liga de Naciones, creada para investigar la situación en Manchuria. No haría nada que pudiera servir de pretexto para la guerra.

En 1933, Hitler subió al poder en Alemania y la tormenta de la guerra se cernió sobre Europa. En repetidas ocasiones había expresado su hostilidad hacia el régimen soviético, y había proclamado su demanda de que Ucrania y otros territorios de la URSS satisficieran las necesidades de expansión de Alemania. Su política agresiva era preocupante. Sin embargo, durante los primeros años de la cancillería de Hitler, Stalin no hizo referencia a Alemania en público. El Tratado de Rapallo y los dos pactos subsiguientes estaban aún en vigor, y esperaba que Alemania continuara respetándolos. Pero vigilaba atentamente los indicios de las verdaderas intenciones de Hitler.

En el XVII Congreso del PCUS, celebrado en enero de 1934, hizo una prudente alusión al fascismo como «síntoma de debilidad del capitalismo». Dijo, asimismo, que «por supuesto no me entusiasma el régimen fascista de Alemania. Pero el fascismo no es aquí el problema, aunque sea sólo por el hecho de que en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la Unión Soviética establecer las mejores relaciones con aquel país. Tampoco se trata de que se produzca ningún supuesto cambio en nuestra actitud hacia el Tratado de Versalles... Sencillamente no estamos de acuerdo en que el mundo sea arrastrado al abismo de una nueva guerra por culpa de este tratado».

Los líderes nazis se mostraban cada vez más agresivos e insultantes. Stalin seguía adoptando una actitud prudente y no excluía la posibilidad de un alineamiento con Alemania en contra del Occidente capitalista. Bujarin, entre otros, no compartía la lógica implacable de su tesis de que cualquier alianza era aceptable si fortalecía la seguridad de la Unión Soviética. Hubiera preferido aliarse con los capitalistas más civilizados a hacerlo con los bárbaros alemanes, y en el congreso atacó duramente a Hitler y su política. Por aquellas fechas, sin embargo, las propuestas de Stalin relativas a un alineamiento ruso-alemán y, meses después, a una garantía conjunta de la inviolabilidad de Finlandia y de los Estados del Báltico, fueron rechazadas por Hitler.

Pese a todas sus cautelas para aplacar o al menos para evitar provocar a la Alemania nazi, Stalin estaba cada vez más preocupado por las belicosas declaraciones de Hitler. El pacto de no agresión germanopolaco parecía mostrar el apoyo del canciller alemán a las aspiraciones polacas respecto a Ucrania y quizá su aceptación de que ambos países podrían de alguna manera compartir las vastas estepas.

La preocupación primordial de Stalin era por entonces la seguridad de las fronteras de la Unión Soviética. El camino estaba abierto para un avance alemán por el norte a través del Báltico, como también lo estaba la ruta central contando con la complicidad polaca. Los tratados firmados por el gobierno soviético en el verano de 1934 con Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria, dieron una cierta seguridad a la frontera suroccidental. Pero Stalin sabía que la secular hostilidad de los polacos hacia Rusia les convertía en los vecinos más peligrosos.

En 1934 trabajó en una reorientación de la política soviética. Su plan consistía en forjar fuertes alianzas con los países de Europa occidental, pero esta tentativa fracasó debido a la oposición de Alemania y Polonia. Era necesario lanzar una red más ancha. En septiembre de 1934 la Rusia soviética ingresaba en la Sociedad de Naciones.

El 28 de enero de 1935, en su informe al Congreso de Soviets, Molotov habló de la «conveniencia de colaborar con la Sociedad de Naciones, aunque no somos proclives a sobrevalorar la importancia de tales organizaciones». Condenó después las teorías raciales alemanas y citó el *Mein Kampf* de Hitler cuando en su «política de conquistas territoriales» apuntaba a la Unión Soviética. Habló de la creciente potencia del Ejército Rojo y del aumento de los gastos en defensa. Expresaba así su confianza en el poderío militar de las fuerzas de la URSS. Pero los líderes soviéticos estaban alarmados. El ritmo del rearme alemán, respaldado por una industria pesada altamente desarrollada, aventajaba con mucho el índice de expansión soviético.

En 1935 Stalin comenzó a tratar de conseguir alianzas con el Occidente capitalista. Durante años, Estados Unidos se había negado obstinadamente a reconocer al gobierno soviético. La doctrina y la propaganda comunista sobre los males y sobre el inminente colapso del capitalismo habían puesto en contra de la Unión Soviética a la opinión pública norteamericana. Estados Unidos había gozado de una gran prosperidad durante los años veinte, lo que se consideraba como una mues-

tra de la superioridad del capitalismo y de la democracia. Cualquier manifestación de apoyo o comprensión hacia la Rusia soviética era condenada por «antiamericana».

Confianza en su riqueza y en su fuerza, Estados Unidos no sentía necesidad de mantener relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y exhibía una actitud moral contraria al comunismo. Pero el comercio entre ambos países floreció durante la década de los veinte. Los norteamericanos viajaban libremente a Rusia, y sus técnicos e ingenieros contribuían a su industrialización.

La depresión económica supuso un cambio radical en la actitud norteamericana. Intereses empresariales comenzaron a presionar para conseguir el reconocimiento del régimen soviético con la esperanza de que esto ayudaría al comercio. Fue, sin embargo, la necesidad de contrarrestar el creciente dominio de Japón en el Pacífico lo que motivó el cambio en la política de Estados Unidos en 1933. El equipo de Roosevelt estaba listo para actuar al llegar al poder, y el reconocimiento del régimen soviético se produjo poco después. La prensa soviética proclamó con júbilo la firma del nuevo tratado con Estados Unidos. Pero las relaciones se vieron enseguida perturbadas por causa del pago de los préstamos concedidos al gobierno de Kerensky y por la propaganda soviética. La truculenta conducta del embajador norteamericano, William C. Bullitt, agravó los conflictos. Sin embargo, un acuerdo comercial firmado el 13 de julio de 1935 auguraba unas relaciones más cordiales.

En marzo de 1935, Anthony Eden, joven funcionario pero ya considerado como futuro ministro de Asuntos Exteriores británico, visitó Moscú. El hecho de que sir John Simon, ministro del gobierno británico, fuera a Berlín no empañó la cortés recepción dispensada a Eden. Más adelante Churchill escribió que Eden «estableció con Stalin unos contactos que iban a fructificar ventajosamente después de algunos años». ¹⁴⁶ La importancia de la visita radicaba en que Stalin en persona se esmeró en dar la bienvenida a un joven representante de un país que, junto con Francia, había sido siempre considerado como el principal enemigo de Rusia. Dos meses después recibió a Pierre Laval y a Eduard Benes, y se firmaron las alianzas ruso-francesa y ruso-checa.

La nueva política de alineamiento de Stalin se reflejó sorprendentemente en el comercio exterior soviético. En 1932 Alemania había suministrado el 46,5 por ciento del total de las importaciones de Rusia. En 1935 la cifra había descendido al 9 por ciento. Gran Bretaña había desplazado a este país, y las importaciones de Estados Unidos aumentaban. Alemania concedió créditos masivos en su intento de recuperar este comercio vital. En 1936 la participación alemana en el mercado soviético ascendió al 22,8 por ciento, pero pronto descendió de nuevo.

La propaganda soviética comenzaba ahora a presentar a Rusia como el paladín del antifascismo y de la paz. Se negó y omitió su misión revolucionaria. Las directrices de la Comintern a los partidos miembros fueron drásticamente modificadas para adecuarlas a la política soviética. El VII Congreso de la Internacional Comunista propició la creación de «frentes populares» formados por los comunistas e incluyendo a los par-

tidos liberales, obreros e incluso conservadores para luchar contra el fascismo. Litvinov, que era judío y detestaba el nazismo, promocionaba incansablemente la nueva política. El mismo Stalin concedió una entrevista el 5 de marzo de 1936 al periodista norteamericano Roy Howard en la que mantuvo firmemente que «afirmar que deseamos instigar la revolución en otros países interfiriendo en su manera de vivir, es hablar de algo inexistente y que nunca hemos defendido». Tales afirmaciones, junto con la gran campaña de propaganda soviética, causaron cierto impacto en la opinión pública mundial, pero la desconfianza hacia los bolcheviques y hacia su régimen seguía muy extendida en Occidente, y la poco clara actitud soviética durante la guerra civil española, intensificó las dudas occidentales sobre su buena fe.

La guerra civil española planteó a Stalin serias dificultades. Era contrario al régimen fascista del general Franco y, ciertamente, en aquella época se presentaba a Rusia como el paladín del antifascismo. Temía, también, que con un régimen fascista en sus fronteras, Francia se uniera a una alianza antifascista y antialemana. Al mismo tiempo consideraba que una victoria republicana, en la que predominaba el ala izquierda radical, llevaría a un régimen revolucionario en España, lo que alarmaría a las potencias occidentales y mermaría las posibilidades de forjar las alianzas soviéticas contra Alemania. Stalin hubiera preferido permanecer al margen, y dio instrucciones a Litvinov para que se integrara en el comité de no intervención. Pero tanto Hitler como Mussolini prestaron su activo apoyo a Franco, y Stalin se sintió obligado a ayudar a los republicanos. Por medio del Partido Comunista francés, trató de conseguir que Francia se alineara con los republicanos. Según sus cálculos, esto habría tenido el efecto de crear un frente militar combinado contra Alemania e Italia. Pero Francia y Gran Bretaña tenían por encima de todo que la guerra española pudiera convertirse en una guerra mundial, y se negaron a intervenir. Stalin llegó a un compromiso proporcionando a los republicanos una ayuda mínima e insistiendo en la depuración de elementos de extrema izquierda con el fin de calmar a Occidente. Pero su manera de resolver la situación, y en particular las negativas soviéticas de haber ayudado a los republicanos ante pruebas irrefutables, surtieron los mismos efectos que, con una tortuosa diplomacia, había tratado de evitar.

En octubre de 1936 se formó el eje Berlín-Roma en unos momentos en que la tensión entre Moscú y Berlín iba en aumento. Los nazis se mostraban cada vez más estridentes en su hostilidad hacia la Rusia soviética. Concienzudamente, Stalin continuó evitando la menor provocación que pudiera conducir a la guerra. Por entonces su mirada se volvía con preocupación hacia el este. El 25 de noviembre de 1936, Alemania y Japón firmaron un pacto anti-Comintern. En apariencia no era más que un acuerdo defensivo; sin embargo, Stalin sospechaba que los dos gobiernos habían acordado un plan secreto para actuar de manera coordinada contra Rusia y China. Sus sospechas se confirmaron cuando uno de sus agentes obtuvo copias de la correspondencia secreta germano-japonesa. Los enfrentamientos con las tropas japonesas en la frontera

de Manchuria aumentaron sus temores. Fueron trasladadas más tropas urgentemente a la zona. Se firmó un nuevo tratado de seguridad con la República de Mongolia, y al año siguiente se formalizó un pacto de no agresión con China. Pero la presión sobre la Unión Soviética aumentaba incesantemente.

En marzo de 1938, Hitler ocupó Austria. A continuación se produjo una crisis con los sudetes alemanes instalados en Checoslovaquia. La beligerancia de los líderes nazis y las violentas amenazas repetidas por la propaganda alemana acobardaron a los primeros ministros británico y francés. Ambos mantuvieron angustiosas consultas con Hitler, y ambos gobiernos aceptaron presionar a Checoslovaquia para que entregara las zonas fronterizas en aras de la paz.

Stalin no se acobardaba fácilmente. Reaccionó inmediatamente proponiendo que Gran Bretaña, Francia y Rusia presentaran un frente unido contra Alemania, y que se preparara con el alto mando checoslovaco un plan militar combinado. Las tres potencias recurrirían a la Sociedad de Naciones y se prepararían para hacer cumplir las previsiones de la carta fundacional en caso de que se produjera la agresión alemana. Litvinov además confirmó que la Unión Soviética se atendería a los términos del pacto de asistencia mutua de 1935, si Francia respetaba también sus obligaciones según el mismo pacto. El plan soviético habría impedido la guerra, o al menos la habría retrasado durante algún tiempo, y Stalin trataba desesperadamente de ganar tiempo. Pero Francia deseaba librarse de sus obligaciones respecto al tratado, y el gobierno británico, a pesar de una fuerte oposición en el Parlamento por parte de muchos diputados conservadores, mostró su renuencia a apoyar a Francia si ésta participaba en la defensa de Checoslovaquia. El gobierno soviético no fue consultado ni incluido en la conferencia de Munich, celebrada entre el 28 y el 30 de septiembre de 1938, que dejaba a Checoslovaquia en manos de Alemania.

Las potencias occidentales no respondieron en absoluto a las propuestas soviéticas de establecer una gran alianza bajo la égida de la Sociedad de Naciones. Churchill observó: «La oferta soviética fue, en efecto, ignorada. Los rusos no fueron incluidos en la balanza contra Hitler, y fueron tratados con indiferencia, por no decir con desdén, hecho que dejó huella en la mente de Stalin. Los acontecimientos siguieron su curso como si la Unión Soviética no existiera. Esto íbamos a pagarlo después muy caro.»

La desconfianza respecto a las intenciones y a la buena fe de los soviéticos había surgido de nuevo en Occidente. La propaganda comunista había despertado nuevas sospechas. En una época de recesión económica, a finales de los años treinta, la prensa soviética predijo la victoria izquierdista en España y el colapso del sistema capitalista. Resulta, desde luego, sorprendente que Stalin permitiera propaganda de este tipo en momentos en que trataba de formalizar alianzas con las potencias occidentales. De más impacto en la influyente opinión pública occidental fue la salvaje depuración del Ejército Rojo, que, en opinión de muchos, «destruyó la confianza de Europa occidental en la fuerza de su ejér-

cito y en la firmeza de su gobierno». Cambió por completo la impresión mayoritariamente favorable de los generales británicos y franceses que habían observado las maniobras del Ejército Rojo en 1936.¹⁴⁷ Pero en tanto que Stalin podría haber moderado o cambiado fácilmente el contenido de la propaganda soviética, habría considerado por el contrario como inalterable su decisión de depurar las fuerzas armadas. Estaba firmemente convencido de que las fuerzas armadas tenían que ser podadas y liberadas de todos los elementos que no ofrecían confianza en la preparación de la futura guerra.

Stalin se sentía humillado e irritado por la desdeñosa actitud de las potencias occidentales. No hizo comentario alguno por el momento. Estaba demasiado hondamente preocupado por el casi absoluto aislamiento de Rusia, y no haría declaraciones que exacerbaran la situación. No albergaba dudas sobre los motivos que impulsaron a Francia y a Gran Bretaña a aceptar el desmembramiento de Checoslovaquia por parte de Alemania. Obviamente habían dado carta blanca a Hitler en el este, a cambio de paz en el oeste. Como afirmó más adelante: «Podría pensarse que las regiones de Checoslovaquia fueron entregadas a Alemania como compensación por su compromiso de lanzar una ofensiva contra la Unión Soviética.» Pero les sorprendió la conducta de Francia al incumplir las obligaciones de su tratado con Checoslovaquia. Rusia no había sido culpable de mala fe; se había comprometido a permanecer al lado de Francia en caso de guerra. Gran Bretaña no estaba comprometida en alianza con Rusia o Checoslovaquia, y por ello no podía ser acusada de mala fe, aunque sí de haber desempeñado un innoble papel en el sacrificio de una pequeña nación.

Stalin no podía entender cómo dos grandes potencias, Gran Bretaña y Francia, se habían permitido a sí mismas ser derrotadas diplomáticamente por Hitler, excepto como contrapartida por garantías de paz en el oeste. Sobreestimaba la preparación moral de ambos países, en tanto que subestimaba el temor general y las sospechas que albergaban hacia la Rusia soviética. Tuvo que aceptar que eran enemigos y que, en cualquier caso, eran demasiado irresolutos y degenerados para constituirse en aliados dignos de confianza.

Para los rusos, Neville Chamberlain, primer ministro británico, era el principal culpable. Le despreciaban y le acusaban del colapso de la política soviética de seguridad colectiva. Estaban convencidos de que estaba animando a los alemanes a avanzar hacia el este, dejando a Gran Bretaña y Francia disfrutar de paz mientras el fascismo y el comunismo se destruían mutuamente.

Iván Maisky, embajador soviético en Gran Bretaña desde 1932 hasta 1943, describió a Chamberlain como «la figura sin duda más siniestra en el horizonte político de Gran Bretaña en la época», y como «un hombre estrecho de miras y de poco talento». Maksim Litvinov opinaba lo mismo de él. Pero ambos estaban bien dispuestos hacia Gran Bretaña y sabían que había grupos influyentes que compartían su opinión respecto a Chamberlain. Sus informes, sin duda, disuadieron a Stalin de cerrarse a la posibilidad de una alianza con Gran Bretaña.¹⁴⁸

El invierno de 1938-39 fue una etapa de creciente ansiedad. Stalin sabía que la guerra se aproximaba y que las fuerzas armadas soviéticas no estaban aún en condiciones de resistir un ataque alemán. Rusia sería de nuevo «derrotada por culpa de su atraso». Considerando la táctica diplomática a seguir para evitar la guerra, Stalin barajaba en su mente todas las posibilidades. El problema era dónde buscar aliados. Estados Unidos mantenía su reserva, evitando compromisos de cualquier tipo. Gran Bretaña y Francia habían rechazado sus iniciativas. Alemania, Italia y Japón se comportaban con creciente arrogancia y belicosidad. Los polacos se mostraban aduladores hacia Hitler y habían enviado a su ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Josef Beck, a Berlín, evidentemente para negociar algún acuerdo antisoviético. Fue probablemente por estas fechas cuando Stalin decidió abrir la puerta a una alianza con Hitler. Era una empresa arriesgada, pero no tenía alternativa.

A principios de marzo de 1939, se celebró en Moscú el XVIII Congreso del PCUS después de un intervalo de cuatro años desde el congreso anterior. La ponencia del secretario general sobre asuntos nacionales e internacionales tenía especial importancia. Stalin presentó su informe el 10 de marzo en una intervención digna de un estadista. Habló de la depresión económica que se aproximaba y del peligro de que provocara una guerra mundial. Alemania, Italia y Japón eran los «países agresivos» que tratarían de librarse de la crisis económica por medio de la guerra. Puso de relieve la importancia de los factores económicos en la diplomacia y habló de la supremacía económica y potencialmente militar de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Daba por supuesto que este país se vería envuelto en la guerra; era una atrevida suposición en aquellos momentos en que la política estadounidense rechazaba los compromisos exteriores de cualquier tipo. Condenó la actitud condescendiente de los países occidentales. «La guerra está siendo instigada por los Estados agresores, que perjudican por todos los medios a los Estados no agresivos, principalmente Inglaterra, Francia y Estados Unidos, mientras estos últimos se inhiben y retroceden, haciendo concesión tras concesión a los agresores.» Las naciones pacificadoras actuaban así por el miedo a la revolución y por un espíritu de neutralidad, pero también por su política de permitir que Rusia y Alemania «se debiliten y se agoten mutuamente, y después, cuando estén suficientemente débiles, aparecerán en escena con nuevas fuerzas y dictarán las condiciones a los extenuados contendientes. Eso sería barato y fácil». Pero después resaltó que, aunque Occidente trataba de empujar a Rusia a entrar en guerra con Alemania, no existían «argumentos visibles» para que estallase la guerra entre ambos países. Mostró su desprecio por los supuestos amigos de Alemania que la instaban a atacar a Rusia y que eran ignorados por los líderes alemanes.

Para finalizar, resumió los objetivos de la política soviética. Eran, de hecho, mutuamente incompatibles. Mostraba su preocupación por mantener la puerta abierta a una alianza con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, y sin embargo, aunque condenaba rotundamente la agresión nazi y prometía el apoyo soviético a los países sujetos al dominio

de Alemania, no excluyó la posibilidad de llegar a un acuerdo con este país. «Somos partidarios —decía Stalin— de mantener buenas y pacíficas relaciones con todos los países vecinos que tienen fronteras comunes con la Unión Soviética.»

El 15 de marzo de 1939, las tropas alemanas invadieron Checoslovaquia. Hitler anunció que Bohemia y Moravia quedaban bajo protección alemana. Eslovaquia quedó desligada y se convirtió en un Estado marioneta. Stalin esperaba esta agresión a Checoslovaquia como resultado inevitable de la condescendencia británica, y reaccionó inmediatamente enviando una nota de protesta a Berlín.

En Occidente, la opinión pública estaba indignada por la invasión de Checoslovaquia. En Gran Bretaña, sólo Chamberlain hizo patente su desaprobación en la Cámara de los Comunes, y claramente se vio sorprendido por la airada reacción que ello provocó. Siguiendo instrucciones, el embajador británico en Moscú hizo una visita a Litvinov para averiguar cómo reaccionaría el gobierno soviético si Hitler atacara Rumania. Litvinov respondió aquella misma tarde con una propuesta en firme para que se celebrara sin dilación una reunión entre representantes de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética, Polonia y Rumania a fin de coordinar las medidas oportunas para alejar ese peligro.

El gobierno británico rechazó esta propuesta. Su proposición era que estos países hicieran una declaración pública de que, en caso de producirse nuevos actos de agresión, celebrarían consultas. Aunque irritado por esta débil alternativa, Stalin aceptó formalizar la declaración, con la condición de que Polonia también la firmara. Pero el coronel Beck, tan antirruso como Chamberlain, se negó a firmar y propuso un pacto polaco-británico de ayuda mutua que podría ampliarse e incluir a otras potencias en caso necesario.

Chamberlain y Halifax tomaron una serie de medidas absurdas. El 31 de marzo de 1939 se proclamó el pacto polaco-británico, y el 13 de abril fue ampliado, pasando a incluir a Rumania y Grecia. Stalin estaba sorprendido por este compromiso británico de acudir en ayuda de estos países, dos de los cuales eran inaccesibles para Gran Bretaña al estar situados entre Rusia y Alemania. Si Alemania atacaba Polonia o Rumania, Gran Bretaña no podría hacer nada sin el apoyo de la Unión Soviética, y de alguna manera esto era gratuitamente insultante, ya que ambos gobiernos habían ignorado cuidadosamente al gobierno soviético. Churchill, Eden y otros señalaron rápidamente la ciega estupidez de la política de Chamberlain.

A continuación, presionado por la opinión pública, el gobierno británico propuso que la Rusia soviética diera garantías unilaterales a Polonia y Rumania. Stalin rechazó esta propuesta que no ofrecía ayuda ni seguridad a Rusia en caso de ataque alemán. Sin embargo respondió a una propuesta francesa relativa a una declaración conjunta franco-soviética de ayuda mutua, que fue ampliada a Polonia y a Rumania. El 17 de abril de 1939, Stalin lanzó la idea de un pacto de ayuda mutua británico-franco-soviético que incluyera una convención militar y garantizara la independencia de todos los Estados fronterizos con la Unión So-

viética desde el Báltico hasta el mar Negro. Este era también un plan práctico que hubiera servido para disuadir a Hitler. Pero Chamberlain y Halifax lo rechazaron porque podría ofender a Polonia y a Alemania, y porque comprometía a Gran Bretaña a la defensa de Finlandia y de los Estados bálticos. Para Stalin la conclusión ineludible era que los líderes del gobierno británico estaban tan cegados por su hostilidad hacia el régimen soviético que ni siquiera para evitar los horrores de la guerra considerarían la posibilidad de aliarse con la Rusia soviética en contra de Alemania.

Litvinov fue destituido el 3 de mayo, y en su lugar se nombró a Molotov. El cambio de comisario de Asuntos Exteriores hizo surgir la polémica en Occidente. Litvinov había sido un decidido occidentalista y defensor de la seguridad colectiva, y tenía muchos amigos en Occidente. Se pensaba que era el inspirador de la política aliancista del Kremlin con las potencias occidentales. No advertían que siempre había actuado siguiendo estrictamente las instrucciones del Politburó, del que ni siquiera era miembro, y que era Stalin quien dirigía la política exterior.

El nuevo comisario, Vyacheslav Mijailovich Molotov, era apenas conocido en el extranjero, pero su presencia granítica y su defensa inexorable de los intereses rusos causaron pronto honda impresión. Por entonces era ya presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarcom), cargo similar al de primer ministro, y una de las personas que gozaban de la confianza de Stalin.

Churchill describió a Molotov como un hombre de «notable talento e implacable sangre fría... Nunca he visto a un ser humano que representara de modo más perfecto el concepto moderno de robot... Su sonrisa de invierno siberiano, sus cuidadosamente elegidas y a veces sabias palabras, su conducta afable, se combinaban para convertirle en el perfecto agente de la política soviética en un mundo de tensiones».

El nombramiento de Molotov no supuso un cambio inmediato en la política exterior. El 31 de mayo de 1939 atacó duramente ante el Soviet supremo a Italia y Alemania, y aunque criticó a Gran Bretaña y Francia, dejó implícito que entraba todavía en sus planes la formalización de un pacto de ayuda mutua con ellos. En Londres, Chamberlain y Halifax estaban sometidos a crecientes presiones para que negociaran con el gobierno soviético. Hacia finales de mayo, los embajadores británico y francés en Moscú habían presentado propuestas para un pacto tripartito, sujeto a los procedimientos de la Sociedad de Naciones, pero excluyendo una convención sobre ayuda y asistencia militar a los Estados balcánicos. Dando de nuevo muestras de paciencia y moderación, Stalin respondió el 2 de junio con un proyecto de acuerdo, que mantenía la naturaleza puramente defensiva de las propuestas, pero especificaba los países a los que se grantizaba protección contra las agresiones, y el grado de compromiso de los tres signatarios.

Chamberlain parecía estar de acuerdo. Expuso al embajador soviético, Maisky, su interés en el proyecto y propuso enviar un representante a Moscú para acelerar las negociaciones. Molotov aceptó gustoso esta idea. Pero en tanto que Chamberlain y Halifax habían ido en per-

sona a Berlín, a Moscú enviaron a un funcionario de Asuntos Exteriores. Parecía una afrenta deliberada y, como tal se tomó. Se había rechazado una cortés pero apremiante invitación a Halifax para que visitara Rusia. La misión no consiguió nada.

En respuesta a la demanda pública, los gobiernos francés y británico adoptaron una iniciativa. A finales de julio de 1939, Chamberlain sugirió enviar una misión militar a Moscú. Stalin aceptó con agrado la propuesta. En Moscú se tenía la esperanza de que lord Gort, jefe del Estado Mayor imperial, encabezara la misión. Chamberlain nombró a un viejo almirante retirado que llegó a Moscú el 12 de agosto sin instrucciones. También esta misión resultó ineficaz. Stalin insistió en que una convención militar debía incluir una disposición permitiendo a las tropas soviéticas el paso a través de Polonia en caso de guerra con Alemania. Los polacos declararon que no necesitaban la ayuda soviética ni estaban dispuestos a aceptarla. Los gobiernos británico y francés rechazaron la disposición.

La guerra estaba cada vez más cerca. El ejército alemán estaba dispuesto para cruzar la frontera polaca. Hitler dudaba únicamente porque temía que la Unión Soviética se alineara con Gran Bretaña y Francia en defensa de Polonia. La certeza de que éste era el único elemento disuasorio para Hitler debió de hacer más mortificante para Stalin ver que sus repetidos intentos de negociar un pacto tripartito no habían conseguido más que desaires, humillaciones y decepciones. Su preocupación primordial era todavía ganar tiempo para que la industria y las fuerzas armadas soviéticas pudieran alcanzar un buen nivel. De mala gana consideró ahora la posibilidad de un acuerdo con Hitler.

Las primeras iniciativas alemanas que sugerían una revisión de las relaciones germano-soviéticas fueron hechas evidentemente el 30 de mayo de 1939. El gobierno soviético respondió con evasivas dado que en aquella época estaba en negociaciones con Gran Bretaña y Francia. El 4 de agosto, el embajador alemán en Moscú, Schulenburg, informó:

«Por la actitud general de Molotov parece evidente que el gobierno soviético está, de hecho, más preparado para una mejora en las relaciones germano-soviéticas, pero que la vieja desconfianza hacia Alemania persiste. Mi impresión general es que el gobierno soviético está decidido a firmar un tratado con Inglaterra y Francia, si éstas cumplen todos sus deseos. Las negociaciones, desde luego, pueden durar todavía largo tiempo, especialmente debido a que la desconfianza hacia Inglaterra es también grande... Será necesario un considerable esfuerzo por nuestra parte para conseguir que el gobierno soviético cambie.»

Una nota alemana, entregada en Moscú el 15 de agosto, mostraba una actitud positiva. Molotov replicó que el gobierno soviético recibía con agrado el deseo alemán de una seria mejora en las relaciones y proponía un acuerdo comercial y crediticio que fuera seguido de un pacto de no agresión o de la confirmación del pacto de neutralidad de 1926, y la formalización de un protocolo que definiera las esferas de interés. La tarde del 19 de agosto de 1939 Stalin informó al Politburó de su intención de formalizar un pacto con Alemania.

Hitler estaba molesto por la prolongada presencia de la misión militar anglo-francesa en Moscú. Hervía de impaciencia por ordenar la invasión de Polonia. El 20 de agosto envió un telegrama urgente a Stalin, pidiéndole que recibiera a Joachim von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores, el 22 de agosto o el 23 a más tardar. Stalin aceptó. Había tomado al fin la decisión de firmar el pacto con Alemania.

En aquellas fechas las negociaciones con la misión militar anglo-francesa habían llegado a un punto muerto, y los polacos habían confirmado su negativa a permitir a las tropas rusas acceso a su territorio. También influyó en Stalin el hecho de que continuaran los enfrentamientos con las tropas japonesas en la frontera de Manchuria, por lo que consideraba interesante la negociación de un pacto de no agresión con Japón, aliado de Alemania.

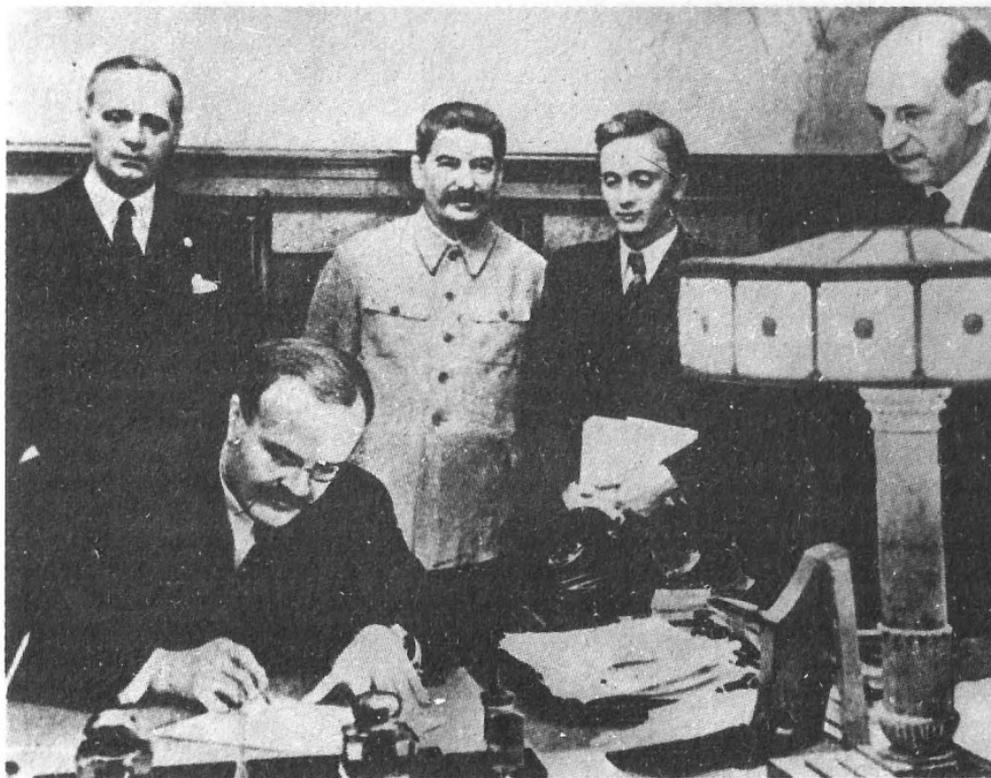
La noche del 23 de agosto de 1939, Stalin recibió a Ribbentrop y llegaron a un acuerdo sobre el texto del pacto. Pero la reunión fue fría y poco cordial. Gauss, principal ayudante de Ribbentrop, escribió:

«El mismo Ribbentrop había incluido en el preámbulo una frase alisonante respecto al establecimiento de relaciones amistosas germano-soviéticas. Stalin se opuso a ello, señalando que el gobierno soviético no podría presentar de pronto ante la opinión pública una declaración de amistad germano-soviética después de haber sido cubiertos con cubos de estiércol por el gobierno nazi durante seis años. Así pues, esta frase fue suprimida del preámbulo.»

El pacto iba a durar diez años. Stalin y Hitler sabían que se trataba de una medida coyuntural. Eran enemigos, y entre ellos la guerra era inevitable. Pero su pacto ofrecía como resultado inmediato dejar las manos libres a Hitler para lanzarse a la invasión de Polonia y dar tiempo a Stalin. «Si su política estaba dominada por la sangre fría, fue también realista en alto grado en aquellos momentos», comentó Churchill.

El 31 de agosto, Molotov informó al Soviet supremo. Explicó cómo habían fracasado los intentos de llegar a acuerdos con Gran Bretaña y Francia. El nuevo pacto germano-alemán se ajustaba a la política de la coexistencia pacífica, formulada por Stalin y confirmada por Hitler. Pondría fin a la enemistad entre los dos países. Su largo informe estaba destinado a tranquilizar al pueblo ruso. Estaban acostumbrados a pensar en su país como el bastión del antifascismo, y les desconcertó el repentino cambio de política que les convertía en aliados de la Alemania nazi. Pero todos confiaban en que Stalin y Molotov controlaban la situación. La reacción general fue que se trataba de una astuta maniobra para mantener a Rusia al margen de la guerra.¹⁴⁹

El 1 de septiembre, Hitler invadió Polonia. Dos días después expiró el ultimátum anglo-francés y ambos países entraron en guerra contra Alemania. Stalin estaba sorprendido. Esperaba que Francia y Gran Bretaña incumplieran las obligaciones del tratado. Pero la guerra era una realidad, y los preparativos soviéticos se aceleraron. La edad de llamamiento a filas descendió de los veintiuno a los diecinueve años, y al ser reclutados los grupos de edad más jóvenes en los meses posteriores, el contingente de las fuerzas armadas soviéticas ascendió a más de cuatro



Molotov firma el tratado germano-soviético de no agresión en 1939. Detrás, en el centro, Stalin, y a la izquierda el representante de Alemania, Von Ribbentrop.

millones de hombres. El 10 de septiembre se decretó la movilización parcial. Mientras tanto habían comenzado las negociaciones con Japón para poner fin a los enfrentamientos que se producían desde 1938 a lo largo de la frontera entre la República Popular de Mongolia y Manchukuo. Molotov presidió las conversaciones con el embajador japonés, y llegaron al acuerdo de crear una comisión para establecer la frontera.

Stalin siguió la invasión alemana de Polonia con profunda inquietud. Era una demostración implacable de la eficacia y la capacidad de maniobra del ejército alemán. Sabía que el Ejército Rojo no estaba ni equipado ni preparado para resistir un ataque así. «La victoria —había señalado en una reunión informal del Consejo Supremo de la Guerra— se inclinará del lado de quien disponga de más tanques y de tropas mejor motorizadas.»¹⁵⁰ Su ejército estaba muy por debajo del ejército alemán en ambos aspectos. La industria defensiva soviética estaba haciendo gigantescos esfuerzos y reducía distancias. Necesitaba tiempo y cada mes significaba mucho.

En primer lugar era necesario asegurar las fronteras rusas contra las incursiones a través de Polonia y de los Estados bálticos. La ocupa-

ción del este de Polonia, como se estipulaba en el protocolo secreto con Alemania, crearía una zona defensiva. Pero Stalin dejó pasar dos semanas antes de actuar según la propuesta de Ribbentrop, hecha el 3 de septiembre, según la cual, y de acuerdo con el pacto, las tropas soviéticas entrarían en Polonia.

Al día siguiente de firmarse la tregua con Japón, el Ejército Rojo cruzó la frontera polaca. El ejército y las fuerzas aéreas polacas, destrozados ya por el violento ataque alemán, ofrecieron poca resistencia. En Moscú, Molotov habló con desprecio de «la insolvencia interna y la obvia impotencia del Estado polaco», convertido «en un terreno fértil a cualquier contingencia inesperada y accidental que pudiera suponer una amenaza para la Unión Soviética». No dio muestras de magnanimidad. Los polacos eran enemigos que, si los papeles se hubieran invertido, habrían tratado a Rusia de la misma manera.¹⁵¹

Stalin estaba preocupado por las incursiones a través del Báltico. Leningrado, con una población de tres millones y medio de habitantes, estaba sólo a treinta y dos kilómetros de la frontera finlandesa y al alcance del fuego de la artillería. Se impusieron tratados de ayuda mutua a Estonia, Letonia y Lituania. Finlandia no quiso cooperar. En 1938 las propuestas soviéticas para llegar a un acuerdo relativo a la costa norte del golfo fueron abiertamente rechazadas. El 14 de octubre de 1939, una nota soviética planteaba propuestas en firme para un intercambio de territorio, junto con un contrato de cesión de la península Hango durante treinta años, así como reajustes en la frontera en la zona de Petsamo y en el istmo Karelo. Los finlandeses se negaron a ceder en ninguno de los puntos. Continuaron los intentos de negociación, pero no hubo progresos. El 13 de noviembre la paciencia de Stalin llegó al límite e interrumpió estos intentos de negociación. Decidió utilizar la fuerza. El 30 de noviembre se produjo el ataque soviético, iniciándose así la guerra invernal en Finlandia, que iba a durar cuatro meses. El Ejército Rojo desplegó veinte divisiones frente a las quince finlandesas. Sin embargo, los finlandeses contaban con un excelente equipamiento y preparación. Las tropas soviéticas no tenían preparación, y su dirección y sus medios eran inadecuados. Sus pérdidas fueron cuantiosas, y a finales de año los finlandeses contenían al Ejército Rojo en todos los frentes.

La opinión mundial estaba del lado de los finlandeses y decididamente contra los rusos. La Unión Soviética fue expulsada de la Sociedad de Naciones. Los gobiernos británico y francés incluso consideraron la posibilidad de declarar la guerra a la Unión Soviética. Chamberlain manifestó que sería una ventaja estratégica luchar contra Hitler y Stalin, y así «matar dos pájaros de un tiro». El 20 de enero de 1940, en una emisión radiofónica, Churchill declaró que Finlandia «había puesto de manifiesto ante el mundo la incapacidad militar del Ejército Rojo».¹⁵²

Stalin estaba consternado por el fracaso de la campaña finlandesa. Era una humillación y le influían las críticas despectivas, así como la campaña antisoviética orquestada en el exterior. Los alemanes en secreto, y Gran Bretaña y Francia abiertamente, se complacían en humillar el poderío militar soviético. El hecho era que, en comparación con la máqui-

na de guerra alemana, el Ejército Rojo era ineficaz y pesado. Stalin estaba furioso y citaba continuamente desde Moscú a Meretskov, que era el responsable de la planificación de la campaña. Tenía también en cuenta que un plan alternativo preparado por Boris Chapochnikov había previsto que superar la resistencia finlandesa exigiría varios meses. Entonces, preocupado por la posibilidad real de una intervención armada de Suecia, Gran Bretaña y Francia, e irritado por el fracaso continuado de sus tropas, ordenó un ataque masivo.

En enero de 1940 las tropas rusas se concentraron para llevar a cabo la gran ofensiva que comenzó el 11 de febrero. Los finlandeses estaban abrumados por la superioridad numérica de los rusos y por los constantes bombardeos. Pidieron la paz el 8 de marzo, y cuatro días más tarde se firmó el tratado en Moscú. Conquistados los territorios necesarios para impedir los ataques desde el Báltico a las fronteras rusas, Stalin no consideró la posibilidad de ocupar Helsinki ni tampoco otras zonas de Finlandia. La crueldad y desprecio que los rusos mostraron hacia los polacos no se repitieron con los finlandeses, a quienes respetaban.

La guerra de Finlandia había sido una operación costosa y humillante, pero había producido importantes resultados. Stalin reconoció rápidamente la debilidad de las fuerzas soviéticas. En un discurso pronunciado ante el Consejo General Militar el 17 de abril, afirmó descarnadamente que todos los jefes tenían que estudiar logística moderna. Las tradiciones y la experiencia de la guerra civil no eran más que obstáculos para la concepción de la guerra. Se introdujeron profundos cambios. Zúkov iba a llamar a 1940 «el año de la gran transformación».

Se elevó la autoridad y la categoría de los oficiales. Se restablecieron los rangos de general y almirante, así como el de suboficial en lugar de los títulos revolucionarios. Se restauró el sistema de mando único, y los comisarios políticos quedaron subordinados a los jefes militares. La falta de oficiales debidamente preparados se había dejado sentir seriamente durante la guerra, por lo que se organizaron cursos intensivos para ellos. Más de cuatro mil oficiales que habían sido condenados durante la gran purga fueron llamados al ejército, entre ellos hombres como Rokossovsky, Rotmistrov y Tolbujin, que llegaron a ser mariscales de la Unión Soviética. Se redactaron de nuevo los manuales militares, poniéndose énfasis en el mando y la disciplina. Todos estos cambios reflejaban la autoridad y las ideas de Stalin.

Durante estos meses de frenética actividad, Stalin seleccionó, además, a los máximos jefes militares. Klim Vorochilov, su íntimo camarada desde los tiempos zaristas, pertenecía a la tradición revolucionaria, pero, como había demostrado en la guerra contra Finlandia, no había evolucionado como jefe militar. El 8 de mayo fue reemplazado por Timochenko como comisario de Defensa. Stalin utilizó a Vorochilov en otros puestos de responsabilidad, porque gozaba de popularidad y era absolutamente leal. Budenny, el bizarro jefe de caballería, tampoco había llegado a dominar la logística moderna, pero al igual que Vorochilov fue mantenido en puestos de responsabilidad.

Chapochnikov pertenecía a una categoría diferente. Había conseguido su despacho de oficial en el ejército zarista en 1903 y había cursado estudios en la Academia de Estado Mayor en 1910. Tenía una amplia visión y una mente analítica y penetrante. En los años veinte escribió *El centro del ejército* y otros trabajos básicos sobre organización y estrategia militar. Era modesto y benevolente, pero también partidario de una férrea disciplina. Alto y majestuoso, era todavía por sus modales un típico oficial zarista, que refería a sus compañeros oficiales como «viejo amigo» (*golubchik*), y normalmente solía comenzar sus órdenes con frases como «sería tan amable» o «quisiera pedirle», pero al mismo tiempo era exigente y sabía obtener resultados. Podría parecer un anacronismo en medio de la nueva generación de jefes, pero Stalin y otros sentían gran respeto por él.

Meretskov, diferente en casi todo a Chapochnikov, era un revolucionario brusco que había servido en la Guardia Roja y que se había forjado a sí mismo en gran medida. En agosto de 1940 Stalin le nombró jefe de Estado Mayor en lugar de Chapochnikov. Le impresionó el comportamiento de éste al explicarle amablemente que había llegado la hora de «mostrar al mundo que ha habido un cambio completo en el mando militar después de la guerra contra Finlandia». En este asunto, Stalin, además de la precaria salud de Chapochnikov, tuvo presente la necesidad de promocionar a hombres más jóvenes. Valoraba su talento, sin embargo, y le retuvo por entonces como comisario adjunto de Defensa con responsabilidad especial en fortificaciones e ingeniería militares. Posteriormente le nombraría de nuevo jefe de Estado Mayor.

Meretskov permaneció como jefe de Estado Mayor General sólo durante unos meses. Las maniobras a gran escala jugaron un importante papel en éste periodo de preparación intensiva. El primero de los supuestos tácticos bajo la dirección de Meretskov tuvo lugar en Bielorrusia a finales del verano de 1940, y Stalin aceptó la evaluación de estas maniobras. Poco después del segundo simulacro, celebrado a finales del mismo año, Meretskov y los jefes principales fueron inesperadamente llamados al Kremlin. En presencia de Stalin, otros miembros del Politburó y del Consejo General Militar, Meretskov fue incapaz de hacer una adecuada valoración de las maniobras. Vatutin, su adjunto, trató de ayudarlo, pero Stalin le hizo callar. Cuando Meretskov se refirió al Reglamento de Guerra soviético para sustentar un argumento, Stalin lo calificó de propaganda, añadiendo que «aquí, entre nosotros, tenemos que hablar refiriéndonos a nuestras auténticas posibilidades». Stalin desenmascaró a Meretskov y su apariencia de seguridad y dominio.

El 1 de febrero de 1941, Zukov fue nombrado jefe del Estado Mayor General. Suboficial en el ejército zarista, al igual que Meretskov se había forjado a sí mismo. Había conseguido distinciones al mando de fuerzas blindadas cerca de Jaljim Gol, en Extremo Oriente, en 1939. Tenía talento natural y fuerte personalidad, e iba a ser el extraordinario comandante en jefe ruso en la II Guerra Mundial. Sus relaciones con Stalin eran en ocasiones tormentosas, pero se basaban en el respeto mutuo. De muchos incidentes relatados por Zukov en sus memorias, es

critas después de la muerte de Stalin, está claro que nunca cuestionó la autoridad de éste, a quien consideraba un líder de profundos conocimientos y dominio de los asuntos, incluso en la parcela militar.

Al parecer, el comisario de Defensa, Timochenko, había solicitado el nombramiento de Zukov. Llamado al despacho de Stalin, Zukov quedó sorprendido cuando éste le anunció lacónicamente que el Politburó había decidido nombrarle jefe del Estado Mayor General. Protestó alegando que no tenía experiencia en el trabajo de Estado Mayor y que era un oficial de campo. Stalin escuchó sus protestas y entonces repitió secamente: «El Politburó ha decidido tu nombramiento», haciendo hincapié en la palabra «decidido».

Pocos días después, cuando Timochenko le dijo que Stalin había preguntado cómo encajaba en su nuevo cargo, y quería que informara en persona, Zukov se mostró sorprendido: «¿Sobre qué me puede preguntar?» «Sobre cualquier cosa —respondió Timochenko—, pero recuerda —añadió— que no le gustan los informes largos. Lo que me dices a mí en varias horas tendrás que decírselo a él en diez minutos.» «¿Qué puedo decirle en diez minutos? Se trata de temas importantes que requieren serias consideraciones...» «Stalin sabe en gran parte lo que quieres decirle —dijo Timochenko—, así que intenta concentrarte en los temas claves.»

Dirigiendo todos los aspectos de la formación de las fuerzas armadas desde la selección de los altos mandos hasta el programa de mecanización, especialmente la introducción de los tanques T-34 y de los nuevos cohetes mortero (Katyusha), Stalin no confiaba solamente en las reuniones formales del Politburó. El Consejo General Militar valoraba los contactos personales directos y los informes de primera mano de los responsables. En su dacha de Kuntsevo mantenía frecuentes conversaciones hasta altas horas de la noche con Timochenko, Zukov, Vorochilov, Beria, Mejlis, Chadenko y otros.

Aproximadamente por esta época ordenó a Chapochnikov que preparara un informe del Estado Mayor General sobre el probable plan de invasión alemán. El documento fue considerado por el Politburó en septiembre de 1940 y rechazado por Stalin. Chapochnikov pretendía que el principal ataque alemán se produciría entre el Báltico y los pantanos de Pripet, dirigidos hacia Smolensk y Moscú. Stalin estaba convencido de que, por razones económicas, la estrategia alemana se concentraría en el sur debido a la necesidad de conseguir el grano de Ucrania, el carbón del Donetz y el petróleo del Cáucaso. Las defensas soviéticas se basaron sobre esta apreciación de la estrategia enemiga. Chapochnikov resultó más acertado que Stalin en su predicción.

En la primavera y el verano de 1940, las ofensivas relámpago de las tropas de Hitler en Occidente hicieron más urgentes los preparativos soviéticos. A la ocupación alemana de Noruega y Dinamarca, siguió en mayo la invasión de los Países Bajos y la evacuación de las tropas británicas de Dunquerque. Pero lo más fulgurante para los rusos fue el derrumbamiento de Francia y la ocupación alemana de París el 14 de junio. Stalin había esperado que el ejército francés, seguro tras la línea Ma-

ginot, se mostraría superior al ejército alemán. La atención se centró entonces sobre Gran Bretaña, ahora bajo el liderazgo de Churchill. Pero mezclado con la admiración por su enfrentamiento en solitario con Alemania e Italia, existía el temor de que Gran Bretaña firmara la paz con Alemania permitiendo a Hitler volverse hacia el este.

Stalin observó meticulosamente los términos del pacto con Alemania. Respecto a Gran Bretaña mantuvo una estricta neutralidad. Pero, alarmado por la caída de Francia, ocupó apresuradamente los Estados del Báltico y obligó a Rumania a ceder Bessarabia y Bukovina. Se aceleró el ritmo de producción industrial soviética, y se pidió a todos que trabajaran más horas.

En esta época de tensión tuvo lugar un acontecimiento en el lejano México, que pasó casi inadvertido en Rusia. La nota en la prensa soviética decía: «Londres, 22 de agosto (TASS). La radio de Londres informa que Trotski ha muerto en un hospital de la ciudad de México con el cráneo fracturado a consecuencia de un atentado contra su vida perpetrado por una de las personas de su séquito.»

Desterrado de Rusia en 1929, Trotski solicitó permiso para vivir en Alemania, Francia e Inglaterra. Nadie estaba dispuesto a recibir a este problemático revolucionario cuyas actividades estaban claramente dominadas por un odio implacable hacia el hombre que le había vencido y que se había convertido en máximo dignatario de la Rusia soviética. Desprovisto de poder, la inteligencia y la energía extraordinarias de Trotski, al igual que su pluma mordaz, se concentraron contra Stalin y su régimen.

En enero de 1937 llegó a México, donde le había sido ofrecido asilo. Fue instalado en Coyoacán, a las afueras de la capital, en lo que llamó «la pequeña fortaleza». Tenía puertas fuertemente protegidas, cables de alta tensión, señales de alarma automáticas y puestos de ametralladoras. Diez policías mejicanos vigilaban el exterior de la casa, y cuatro o cinco guardianes prestaban servicio en el interior. Desde aquí continuó su campaña de polémica y vituperación.

En mayo de 1940, a pesar de las medidas de vigilancia, tuvo lugar un ataque con metralletas contra la casa. Trotski, su mujer y su nieto resultaron ilesos. Desde luego, el hecho de que no fueran alcanzados parecía tan milagroso que la policía mejicana sospechó que el mismo Trotski había efectuado el ataque para desacreditar a los stalinistas mejicanos. Trotski insistía en que «el autor del ataque es Iosif Stalin por medio de la GPU», pero los mejicanos no estaban convencidos.¹⁵³ Por entonces, un tal Ramón Mercader, también conocido como Mornard-Jacson, entró a trabajar en la casa. El 20 de agosto, cuando se encontraba en el despacho de Trotski, le atacó de pronto con un piolet, destrozándole el cráneo.¹⁵⁴

En 1940 las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania continuaban siendo formalmente correctas, pero la tensión se iba acumulando. Hitler veía con recelo la proximidad de los rusos a los campos petrolíferos de Rumania. Stalin, por su parte, estaba alarmado por informes relativos a la presencia de tropas alemanas en Finlandia, y de los

planes alemanes sobre los Balcanes. El pacto de diez años de duración firmado en Berlín por Alemania, Italia y Japón el 27 de septiembre de 1940, que excluía a la Unión Soviética, vino a sumarse a sus temores.

El 12 de noviembre, invitado por Ribbentrop, Molotov llegó a Berlín para debatir una «delimitación de intereses a largo plazo». Advirtió que lo único que preocupaba a Hitler era la división del Imperio británico entre la Unión Soviética y las potencias del Eje. Molotov no se mostró interesado, y enfureció a Hitler lanzándole pregunta tras pregunta y pidiendo respuestas exactas sobre las intenciones alemanas respecto a Finlandia, Rumania, Bulgaria y Turquía. Hitler no estaba acostumbrado a interrogatorios de este tipo, y se encontró molesto por la pétreo obstinación del ministro soviético. Ya en el verano de 1940 había comenzado a pensar en la invasión de Rusia, pero esta conversación con el persistente e imperturbable Molotov probablemente le influyó para decidirse finalmente a lanzar la «Operación Barbarroja».

Las cordiales relaciones de fachada se mantuvieron durante los primeros meses de 1941. Pero la tensión iba en aumento. En marzo, Bulgaria se unió al Eje y Yugoslavia se mostró decidida a hacer otro tanto. Sin embargo, el 27 de marzo una rebelión en Yugoslavia contra la política proalemana dio como resultado la formación de un nuevo gobierno favorable a Moscú. Stalin firmó sin dudar un pacto de amistad y no agresión con el nuevo régimen yugoslavo, pero no pudo hacer nada cuando las tropas alemanas invadieron el país y Belgrado fue despiadadamente bombardeado.

El 5 de mayo, en el Kremlin, Stalin pronunció un discurso ante varios centenares de nuevos oficiales, recientemente graduados en las academias militares. Puso de relieve la importancia de la modernización y el reequipamiento para consolidar el poder del Ejército Rojo. Continuó advirtiendo de la gravedad de la situación, y que no podría excluirse la posibilidad de un ataque soviético en un próximo futuro. Les dijo claramente que el Ejército Rojo no era aún lo suficientemente fuerte como para aplastar a los alemanes con facilidad, ya que adolecía de insuficiencia de tanques, aviones y otros medios modernos, y sus tropas estaban todavía en periodo de formación. El gobierno soviético trataba de conseguir a través de la diplomacia y por otros medios que los alemanes respetaran el pacto al menos hasta el otoño, pues la proximidad del invierno aplazaría cualquier ataque hasta 1942. Si la táctica soviética tenía éxito, entonces la guerra contra la Alemania nazi se produciría casi inevitablemente en 1942, pero se habrían ganado unos meses muy valiosos. Llegar a agosto era lo difícil.

Tras esta reunión, se llevaron a cabo unos intentos desesperados para calmar a Hitler. Se realizaron iniciativas amistosas a nivel económico y diplomático, y se continuó en la línea de esforzarse en evitar incluso la apariencia de provocación. El 14 de junio de 1941 la agencia de noticias soviética TASS hizo público un comunicado poniendo de relieve las amistosas relaciones con Alemania, que estaba «observando inquebrantablemente las condiciones del pacto de no agresión germanosoviético, al igual que lo está haciendo la URSS», y desmintiendo rumo-

res procedentes de Londres respecto a una «guerra inminente entre los dos países». Berlín ignoró estos gestos. Hitler ya había tomado su decisión.

La tensión se hizo insoportable en el Kremlin durante estas semanas de espera. Afectado por la situación, Stalin se mostraba irascible, y quienes estaban obligados a informarle sobre las relaciones con Alemania lo hacían con «miedo y turbación». En medio de los rumores y de las alarmantes noticias facilitadas por el servicio de información, se sentía inquieto. El jefe del Estado Mayor alemán cursó el 15 de febrero de 1941 una orden especial con el siguiente encabezamiento: «Instrucciones para informar erróneamente al enemigo», con el fin de ocultar la «Operación Barbarroja». Se filtró una falsa información de que los movimientos de las tropas alemanas en el este eran parte de la «mayor maniobra de falsa información de la historia, destinada a distraer la atención de los preparativos finales para la invasión de Inglaterra».

Stalin estaba indudablemente influido por esta mala información. No creía, sin embargo, que en último caso Hitler se separara de las tradiciones de la Ostpolitik de Bismark, según la cual Alemania debería evitar el enfrentamiento militar con Rusia mientras estuviera en guerra en su frontera oeste. Al mismo tiempo tenía un concepto exagerado sobre el poder y la influencia de los generales alemanes, incluso hasta el punto de creer que, en contra de las expresas instrucciones de Hitler, trataban de precipitar la guerra contra Rusia.

Entre los miembros del Politburó y del alto mando soviético imperaba la firme convicción de que la guerra podría ser evitada en 1941. Zdanov mantenía que Alemania estaba enfrascada en la guerra contra Gran Bretaña y que era incapaz de luchar en dos frentes. El 20 de marzo, el general Golikov, jefe del servicio de información militar, presentó a Stalin un informe sobre la concentración de tropas alemanas en las zonas fronterizas, pero hacía el comentario de que, en su opinión, la noticia tenía su origen en los servicios de información británicos y alemanes. A comienzos de mayo, el máximo responsable de la Armada soviética, almirante Kuznetsov, envió un informe similar a Stalin, dando información recibida del agregado naval soviético en Berlín, respecto a lo inminente de la guerra. Del mismo modo que Golikov anulaba el valor del informe al añadir que desde su punto de vista se trataba de una falsa información promovida por algún servicio extranjero.

A principios de abril de 1941, Churchill envió un mensaje privado a Stalin advirtiéndole de los movimientos de tropas alemanas y de la inminencia del ataque a la Unión Soviética. A continuación se cursó un aviso urgente al embajador soviético en Londres, el 18 de junio. Los informes de la embajada soviética en Berlín y del doctor Richard Sorge, brillante espía soviético que trabajaba en Japón, daban la fecha exacta de la invasión alemana.¹⁵⁵

Stalin consideró estos informes con escepticismo. Desconfiaba profundamente de Gran Bretaña. No había límite, según parece, a la perfidia de que creía capaces a los británicos. Estaba convencido de que Gran Bretaña y Estados Unidos estaban haciendo todo lo posible para

que Alemania atacara a Rusia, y que Gran Bretaña en particular veía la campaña alemana en el este como la única posibilidad de salvarse a sí misma de la catástrofe. Creía que el gobierno británico había mantenido recientemente conversaciones secretas con funcionarios nazis, tratando de llegar a un acuerdo a expensas de Rusia. El viaje del lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, a Escocia los días 10 y 11 de mayo, intensificaron sus sospechas respecto a la diplomacia secreta británica.¹⁵⁶

La tarde del 21 de junio, Zukov fue informado por teléfono desde Kiev de que un brigada alemán se había pasado a las líneas soviéticas y había comunicado que las fuerzas alemanas atacarían al amanecer de la mañana siguiente.

Zukov telefoneó urgentemente a Stalin y a Timochenko. Stalin les hizo trasladarse al Kremlin, donde les recibió solo y escuchó el informe de Zukov.

—Tal vez los generales alemanes enviaron a este desertor para provocar un conflicto —fue su primera respuesta.

—No, nosotros pensamos que dice la verdad —replicaron.

Los miembros del Politburó iban llegando. Se les pidió opinión, pero no hubo respuesta. Timochenko redactó un comunicado con instrucciones para alertar a todos los mandos. Pero Stalin no había perdido la esperanza de que se tratara de una falsa alarma. Hizo redactar de nuevo el comunicado y finalmente aprobó su envío. Ordenaba que todas las unidades de los frentes de los distritos militares de Leningrado, Báltico, Kiev, Oeste y Odessa se prepararan inmediatamente para rechazar un posible ataque alemán. La transmisión del comunicado finalizó a las 0:30 horas del 22 de junio de 1941. A las 4:00 horas comenzó la invasión.

Las fuerzas alemanas, constituidas por tres millones de hombres repartidos en 162 divisiones y equipadas con 3.400 tanques y 7.000 cañones, avanzaban en tres grupos: por el norte, hacia Leningrado; por el centro, hacia Moscú, y por el sur, hacia Ucrania. Los dieciséis meses siguientes fueron para los alemanes un periodo de inmensas conquistas; para los rusos, meses de desastrosas derrotas, horripilantes pérdidas y devastación.

25. Los meses del desastre

Al amanecer del 22 de junio de 1941, Timochenko, Zukov y su jefe adjunto de Estado Mayor General, N. F. Vatutin, recibían dramáticos comunicados de los jefes del frente. Todos ellos informaban de ataques aéreos y pedían instrucciones. Timochenko dijo a Zukov que telefonara a Stalin.

Stalin escuchó su informe y la propuesta de ordenar a las tropas que respondieran al ataque. Hubo un largo silencio durante el cual Zukov pudo oír el sonido de la respiración de Stalin al otro lado de la línea. A continuación le ordenó que se presentara en el Kremlin en compañía de Timochenko, y que Poskrebychev citara a los miembros del Politburó.

A las 4:30 todos se encontraban reunidos en el despacho de Stalin, que estaba de pie junto a su mesa, con la cara pálida y la pipa apagada en su mano. Se hallaba visiblemente conmocionado.

Molotov entró rápidamente en la habitación. Acababa de mantener una reunión con el embajador alemán, e informó que Alemania había declarado la guerra.

Stalin se dejó caer en la silla, y permaneció sentado y en silencio. Este fue uno de los momentos más angustiosos de toda su vida. Había utilizado todos los medios a su alcance para evitar la guerra. Había tratado desesperadamente de aplazarla al menos hasta la primavera siguiente. Creía haberlo conseguido, pero todo había sido en vano. Desde las industrias de armamento se comenzaba a enviar armas a las tropas, y los cursos intensivos de preparación conseguían mejoras diarias en disciplina y eficacia. Seis meses hubieran significado una enorme diferencia.

Stalin era consciente de que había cometido un trágico error. El Politburó y los altos jefes militares con quienes había discutido las decisiones habían compartido sus opiniones. Pero estaban dominados por él, conscientes de su superioridad intelectual y de su suprema autoridad. Era lo suficientemente honesto para reconocerse como único responsable. Había juzgado equivocadamente las intenciones de Hitler. La Unión Soviética estaba amenazada ahora por un holocausto que podría arrasar al régimen comunista y todo lo que éste había conseguido.

Se dijo posteriormente que aquella tarde y durante las semanas siguientes, cuando recibió noticias de terribles derrotas, estuvo absolutamente derrumbado y sumido en la más profunda desesperación. Kruschchev afirmó que, por esta época, Stalin pensó que había llegado el fin. Llegó a exclamar: «¡Todo lo que Lenin creó, lo hemos perdido para siempre!» Tras esta exteriorización de su estado de ánimo permaneció «largo tiempo» sin hacer nada, y no volvió a asumir el liderazgo de manera

activa hasta que una delegación del Politburó se lo pidió expresamente. Pero las afirmaciones de Krushev no son compartidas por otros que estaban a su lado. De hecho Stalin nunca estuvo más en su puesto que aquellos días críticos en los que todo parecía perdido.

En la reunión celebrada al amanecer del 22 de junio, Stalin abandonó su mutismo y ordenó dar curso a la orden número 2, en la que se hacía un llamamiento a todos los distritos militares para que atacaran a los invasores. La orden era impracticable. El Ejército Rojo retrocedía desordenadamente. La interrupción de las comunicaciones planteaba agudos problemas. Moscú perdió contacto con las fuerzas situadas al norte del Pripet y con otros puestos de mando.

Alrededor de las 13:00 horas del 22 de junio, Stalin telefoneó a Zukov para decirle que, puesto que los jefes del frente carecían de experiencia en el combate y estaban desorientados, el Politburó le enviaba al frente suroccidental como representante de la Stavka. Krushev se reuniría allí con él. Chapochnikov y Kulik irían al frente occidental. Cuando Zukov le preguntó que quién dirigiría el Estado Mayor General en estos críticos momentos, Stalin respondió secamente: «Deja a Vatutin en tu lugar. ¡No pierdas tiempo! ¡Ya nos las arreglaremos de algún modo!» Zukov se trasladó inmediatamente a Kiev en avión y, en compañía de Krushev, viajó en coche hasta Ternopol, donde el jefe del frente, Kirponos, tenía el puesto de mando. Ya el primer día de la guerra Stalin empleó la táctica, utilizada por Lenin en la guerra civil, de enviar personas de confianza a las zonas críticas. Para él, no era sólo cuestión de mantener el contacto directo con el frente y vigilar a los mandos poco experimentados, sino también de hacer patente su presencia.

Abrumados por el turbulento ataque alemán, las fuerzas rojas se plegaban. La orden número 3, cursada por Stalin la noche del 22 de junio, ordenando atacar a los frentes suroccidental, occidental y noroccidental, era absolutamente irrealizable. La situación era confusa y la información no llegaba a Moscú. Stalin no tenía idea de la rapidez del avance alemán ni del caos en las posiciones del Ejército Rojo.

El 26 de junio, Stalin telefoneó a Zukov, que se encontraba en Ternopol, ordenándole que regresara inmediatamente al cuartel general. El enemigo se acercaba a Minsk, y Pavlov, jefe del frente occidental, había perdido el control a todas luces. Kulik había desaparecido y Chapochnikov estaba enfermo. El 28 de junio, las tropas rusas de Minsk, capital de Bielorrusia, se rindieron. Las fuerzas alemanas aniquilaron salvajemente a los habitantes y destruyeron la mayor parte de la ciudad.

El 29 de junio, Stalin se presentó dos veces en el cuartel general. Estaba de pésimo humor y reaccionó violentamente ante la caótica situación del frente occidental. Zukov se puso en contacto por teléfono con el general Pavlov, pero estaba claro que la situación era insostenible. Al día siguiente, Stalin ordenó a Zukov que hiciera volver a Moscú a Pavlov. A su llegada, Zukov apenas le reconoció; había cambiado muchísimo en los ocho días que duraba la guerra. Pavlov fue destituido y, junto con otros generales del mismo frente, sometido a juicio. Todos fueron fusilados.

Stalin les atribuyó la responsabilidad de la destrucción del frente occidental. Daba especial importancia a este frente porque estaba convencido de que los alemanes dirigirían contra él su ataque principal. Pero en realidad los condenados habían sido víctimas de la guerra y, más concretamente, de los errores de Stalin. El error más grave fue que las tropas no estaban desplegadas en profundidad a todo lo largo de la extensa frontera occidental, con el resultado de que las divisiones acorazadas alemanas, avanzando con rapidez, fueron capaces de flanquear y rodear las posiciones estratégicas.

El consejo de guerra y la ejecución de Pavlov y de sus ayudantes tuvo también el efecto de minar la confianza de las tropas y del pueblo en los mandos del ejército. Muchos dudaban de las acusaciones de traición que se les imputaban, y temían que se estaba preparando una nueva depuración. Este temor aumentó con el decreto del Presidium del Soviet Supremo de 16 de julio de 1941, que restauraba los poderes a los comisarios militares. Stalin, sin embargo, tardó poco en darse cuenta de que con su drástica acción, lejos de fortalecer la moral del Ejército Rojo, había agravado su inquietud en momentos críticos que exigían una defensa tenaz e imperturbable. No volvió a cometer el mismo error. En el futuro los mandos que fracasaban eran degradados, o sencillamente desaparecían sin que se conociera su paradero.

La necesidad de crear estructuras de mando civiles y militares no había sido tenida en cuenta en los preparativos de la guerra. Stalin había centrado su atención en las industrias de defensa, y en el equipamiento y preparación de las fuerzas armadas. Personalmente no era partidario del trabajo en comité debido a la cantidad de tiempo que exigía, y dado que todos los asuntos importantes llegaban al Politburó, y a él en última instancia, tal vez pensó que no necesitaba órganos supremos de mando. Al estallar la guerra se hizo evidente que muchas responsabilidades tenían que ser delegadas.

A principios de junio de 1941, Timochenko había presentado un proyecto para crear un Alto Mando con Stalin al frente. Al día siguiente, antes de firmar el decreto, Stalin hizo algunos cambios. Nombró a Timochenko jefe supremo y creó un cuartel general del Alto Mando, que contaba con un Consejo de Guerra, con Timochenko como presidente y Stalin, Molotov, Vorochilov, Budenny, Zukov y Kuznetsov como miembros. En opinión de Zukov, esta disposición complicaba la toma de decisiones, ya que había de hecho dos comandantes en jefe: Timochenko *de jure* y Stalin *de facto*. El cuartel general adoptó el nombre de Stavka, título que había sido utilizado por el cuartel general supremo del ejército zarista. Sin embargo, la Stavka de Stalin no tenía tanto personal auxiliar, sino que era al principio un grupo de consejeros solamente.

Las órdenes e instrucciones del cuartel general eran discutidas y acordadas en el estudio de Stalin en el Kremlin. Era una habitación grande, luminosa y austeramente amueblada, revestida de roble barnizado, y con una gran mesa cubierta con un paño verde. Las paredes estaban adornadas con retratos de Marx, Engels y Lenin, y a estos se unieron más tarde en el transcurso de la guerra los de Suvorov y Kutuzov. La

mesa de trabajo de Stalin, cubierta de mapas y papeles, estaba a un lado. Contiguo al estudio se hallaba el despacho de Poskrebychev, y ad-junto a éste había una pequeña habitación ocupada por personal de se-guridad. En la parte posterior del estudio había una sala de transmisio-nes con todo el equipo utilizado por Poskrebychev para poner en con-tacto a Stalin con los mandos del frente. Este era el principal centro de comunicaciones. El despacho de Stalin, y a veces su dacha de Kuntse-vo, sirvieron de cuartel general supremo de las fuerzas armadas sovié-ticas durante la guerra.

El 30 de junio se creó el Comité de Defensa del Estado (GKO). Era el órgano supremo, y sus órdenes eran ejecutadas por los comisarios del Consejo del Pueblo a través de la maquinaria de los comisariados. A la Stavka, responsable de la dirección de los asuntos militares, se le dio el nuevo nombre de Stavka del Mando Supremo. Su consejo estaba formado ahora por Stalin como presidente, y Molotov, Timochenko, Vo-rochilov, Budenny, Chapochnikov y Zukov como miembros. El 19 de ju-lio de 1941 Stalin pasó a ser comisario de defensa, y el 8 de agosto del mismo año fue nombrado comandante en jefe supremo de las fuerzas armadas de la URSS.¹⁵⁷

Una de las primeras y más importantes directrices del Consejo de Defensa del Estado (GKO), cursada el 4 de julio, fue el traslado de in-dustrias al este. La evacuación de 1.523 unidades industriales, muchas de ellas enormes, incluyendo 1.360 grandes plantas de armamento, fue una empresa gigantesca y, en el aspecto humano, un logro heroico. Pero el desmantelamiento y traslado de estas industrias trajo como conse-cuencia una inmediata caída en la producción. La falta de armamento se hizo sentir especialmente en el otoño de 1941 y en la primavera de 1942; en verano la producción aumentó rápidamente.

En el furor inicial de la invasión, el derrumbamiento de la defensa soviética, la organización del alto mando y la resistencia al invasor ha-bían absorbido plenamente a Stalin. Durante un breve espacio de tiem-po olvidó al pueblo y la necesidad de apelar a su espíritu de lucha y de fortalecer su moral. La nación estaba conmocionada y desorientada por la súbita y devastadora invasión. Nadie creía que el Ejército Rojo per-mitiría jamás a alguien ocupar el suelo ruso. El mismo Stalin era hasta cierto punto víctima de esta propaganda. Aunque conocía mejor que na-die los puntos débiles del Ejército Rojo, nunca había aceptado en lo más íntimo que un invasor pudiera cruzar las fronteras. Había aprobado el *Proyecto de regulaciones de campo* en 1939, en el que figuraban frases como éstas: «La Unión Soviética hará frente a cualquier ataque enemi-go asestando un golpe terrible con todo el potencial de sus fuerzas ar-madas», y «la actividad militar del Ejército Rojo perseguirá la completa destrucción del enemigo y la consecución de una victoria decisiva con el mínimo derramamiento de sangre posible». Esta confianza se había vis-to defraudada, y sabía que era vital unir al pueblo ruso para hacer fren-te a la dura prueba que tenía ante sí.

El 3 de julio, doce días después del comienzo de la invasión, Stalin dirigió por radio un histórico discurso a la nación en el que, sin retórica,

apelaba al orgullo nacional del pueblo y al tenaz instinto ruso para defender a su patria. Habló como amigo y como líder; esto era lo que habían estado esperando. Los rusos de toda condición, y de manera especial los integrantes de las fuerzas armadas, sintieron al escucharle un «enorme entusiasmo y un furor patriótico». El general Fedyuninsky, que iba a jugar un destacado papel en varios frentes, escribió: «De pronto parecía que nos sentíamos mucho más fuertes.»

«¡Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, luchadores de nuestro ejército y de nuestra armada! ¡A vosotros me dirijo, amigos míos!», fueron sus primeras palabras. Eran sorprendentemente diferentes a las que solía utilizar en sus discursos, e inmediatamente todos se pusieron de su parte. Entonces, con un profundo conocimiento del estado de ánimo y de las necesidades del pueblo, hizo una exposición de la delicada situación, y cada palabra ardía con su implacable voluntad de victoria.

En algunos puntos, Stalin exageró y disculpó, pero no oscureció la verdad. «Aunque las mejores divisiones del enemigo y las mejores unidades de sus fuerzas aéreas han sido aniquiladas en los campos de batalla, el enemigo continúa avanzando.» El pacto germano-soviético había sido firmado con la intención de asegurar la paz o, al menos, de aplazar la guerra; pero Hitler, pérfidamente, había roto el acuerdo y había atacado contando con la ventaja que suponía la sorpresa. Esta situación favorable no le duraría mucho.

Utilizando un lenguaje sencillo y preciso, puso en conocimiento de la gente lo que la guerra significaría para ellos. «El enemigo es cruel e implacable; trata de ocupar nuestras tierras, regadas con el sudor de nuestra frente, y de apoderarse de nuestro grano y nuestro aceite, conseguido con el trabajo de nuestras manos. Su objetivo es restaurar el dominio de los señores, restaurar el zarismo, germanizar a los pueblos de la Unión Soviética, convertirlos en esclavos de los príncipes y barones alemanes...»

Les dijo claramente que estaban envueltos en una guerra a muerte con un vil enemigo, y que tenían que ser implacables, absolutamente implacables, para vencerle. Tenían que erradicar el caos y el pánico en la retaguardia. Después recalcó con detalle que debían seguir la política de arrasarlo todo. «En caso de retirada forzosa..., todo el material móvil debe ser evacuado; no hay que dejar al enemigo ni un solo motor, ni un simple vagón de ferrocarril, ni un solo kilo de grano, ni un litro de carburante. Los granjeros deben llevarse todo el ganado y entregar el grano a las autoridades para que sea transportado a retaguardia. Todos los bienes de valor, incluyendo los metales, el grano y el carburante que no puedan ser retirados, deben ser destruidos sin excepción. En las zonas ocupadas por el enemigo hay que formar grupos guerrilleros, a pie y a caballo; deben organizarse grupos de sabotaje para combatir al enemigo, fomentar la guerra de guerrillas en todas partes, volar puentes y carreteras, destrozarse las líneas telefónicas y telegráficas, incendiar bosques, almacenes y transportes. En las regiones ocupadas hay que hacer las condiciones de vida intolerables para el enemigo y para sus cómpli-

ces. Tienen que ser acosados y aniquilados a cada paso, y todas sus medidas deben ser abortadas.»

Expresó su gratitud por las históricas palabras pronunciadas por Churchill en una rápida emisión la tarde del 22 de junio, cuando afirmó: «Prestaremos la ayuda que podamos a Rusia y al pueblo ruso.» Stalin habló a continuación de la invasión napoleónica y de la victoria rusa sobre los franceses, y añadió que Hitler no era más invencible de lo que lo había sido Napoleón. En aquella como en esta ocasión, el pueblo ruso estaba librando una «guerra nacional patriótica», y luchaba por la libertad de todos los pueblos. Exhortó a los rusos a «unirse alrededor del partido de Lenin y de Stalin».

El verano de 1941 fue una época desastrosa. El avance alemán alcanzó una virulencia terrible que, según parecía, nada podría detener. Stalin creó el 10 de julio la línea occidental, que incluía el frente occidental, el de reserva y el de Moscú. Timochenko, su máximo responsable, se encontró con que los alemanes, con un rápido movimiento de pinza, habían rodeado Smolensk. Las tropas rusas combatieron denodadamente, conscientes de que la caída de la ciudad dejaría abierto el camino a Moscú.

Stalin montó en cólera al conocer la caída de Smolensk el 5 de agosto de 1941. A finales de julio, cuando la derrota era inminente, Poskrebychev telefoneó a Zukov para decirle: «Stalin ordena que Timochenko y tú vengáis a su dacha sin dilación.»

Pensando que habían sido llamados para discutir la situación militar, les sorprendió que estuvieran allí presentes casi todos los miembros del Politburó. Stalin estaba de pie en el centro de la habitación; llevaba puesta una chaqueta vieja y tenía en la mano una pipa apagada, lo que, según comentario de Zukov, «era signo de mal humor».

«El Politburó —dijo Stalin— ha considerado las actividades de Timochenko al mando del frente occidental, y ha decidido relevarle de su puesto. Propone que Zukov se haga cargo. ¿Qué os parece?», preguntó volviéndose hacia ellos.

Timochenko guardó silencio. Zukov respondió finalmente y señaló que el frecuente relevo de los mandos del frente estaba produciendo efectos perjudiciales. Timochenko llevaba al mando menos de cuatro semanas. Había hecho todo lo posible en la defensa de Smolensk. Las tropas creían en él y sería injusto y contraproducente relevarle en esos momentos.

«Creo que tiene razón», comentó Kalinin.

Stalin encendió la pipa y mirando a los demás miembros presentes preguntó: «¿Qué os parece si aceptamos la propuesta de Zukov?»

«Tienes razón, camarada Stalin —respondieron varios de ellos— Timochenko todavía puede arreglar las cosas.»

Zukov y Timochenko fueron autorizados a abandonar la reunión. Timochenko recibió la orden de incorporarse inmediatamente al frente.

En el norte, el avance alemán era igualmente rápido. Tropas alemanas ocuparon los Estados bálticos. El 12 de julio de 1941 tomaron Pskov. En Leningrado se trabajaba desesperadamente en la construcción de las

fortificaciones y se rechazaban los ataques del enemigo en sus aproximaciones a la ciudad. A finales de agosto de 1941, las fuerzas alemanas dejaron Leningrado aislada del resto de Rusia. La moral del pueblo, no obstante, seguía siendo alta. Muchos estaban indignados con el gobierno, en particular con Vorochilov, Zdanov y Popkov, presidente del Soviet de la ciudad, por su imprevisión e incompetencia en la preparación de las fortificaciones. Algunos también criticaban al Ejército Rojo por haber fracasado en su intento de detener el avance alemán. El acercamiento del enemigo y los bombardeos de la aviación habían convertido a Vorochilov en víctima del pánico. En septiembre, Stalin envió a Zukov para ocupar el mando. Bajo su dirección, las fortificaciones fueron debidamente dispuestas y Leningrado quedó preparada para el largo y trágico asedio del invierno de 1941-42.

En el sur, el avance alemán fue brevemente detenido en Lvov y otros puntos, pero después continuó su empuje llegando a amenazar Kiev. El 29 de julio, Zukov pidió ver a Stalin para informarle urgentemente. Stalin le recibió en presencia de Mejlis, que sentía hostilidad hacia él. Zukov desplegó mapas y dio un detallado informe de la situación. A continuación planteó sus propuestas de trasladar en primer lugar al menos ocho divisiones de Extremo Oriente para reforzar el sector de Moscú, y después retirar el frente suroccidental hacia el este más allá del Dnieper. Stalin preguntó inmediatamente por Kiev. Con gran turbación, sabiendo que su respuesta sería recibida con indignación, Zukov respondió: «Tendremos que ceder Kiev.»

Stalin se enfureció: «¿Pero cómo se te ocurre? ¿Qué tontería es ésta? ¿Cómo puedes pensar en ceder Kiev al enemigo?»

Zukov se ofendió y replicó que si Stalin pensaba que el jefe de Estado Mayor decía tonterías, pedía ser relevado de su cargo y de su puesto en el frente.

«No seas tan impetuoso —respondió Stalin—; pero si eso es lo que quieres, podemos prescindir de ti. Continúa con tu tarea. Hablaremos sobre ello y te llamaremos.» Unos cuarenta minutos más tarde, Zukov fue hecho llamar.

«Lo hemos considerado y hemos decidido relevarte del cargo de jefe de Estado Mayor —dijo Stalin—. El nuevo jefe será Chapochnikov. Su salud no es demasiado buena, es cierto, pero le ayudaremos.» Stalin preguntó entonces a Zukov por el destino que prefería, y le pareció bien que se hiciera cargo de la contraofensiva que había propuesto en el saliente de Yalnya.

Cuando Zukov pidió permiso para retirarse, Stalin sonrió y le invitó a tomar una taza de té. Le estimaba como experimentado jefe en el frente y no quería que se marchase sintiéndose agraviado. Bebieron té, pero la conversación resultó tensa. A pesar de los intentos de Stalin para agradecerle, Zukov no olvidaba lo ocurrido. Antes de separarse, sin embargo, Stalin le recordó que todavía era miembro del cuartel general del Alto Mando Supremo.

El Alto Mando alemán decidió en agosto que la ofensiva debería dirigirse a Moscú. Guderian propuso especialmente que un ataque masi-

vo, contando con sus divisiones motorizadas como punta de lanza, tomara la ciudad. Hitler rechazó en esta ocasión el plan y decidió dirigir el principal avance alemán en dirección sur, hacia Ucrania. El 8 de agosto de 1941, las tropas de Guderian atacaron el frente central ruso cerca de Gomel. Este nuevo avance fue considerado por Stalin y Chapochnikov como parte de una maniobra dirigida a flanquear los frentes occidental y de reserva, y realizar después un gran avance desde Bryansk hasta Moscú. El 14 de agosto, Stalin creó apresuradamente un nuevo frente en Bryansk, al mando de Eremenko, que le había causado una favorable impresión —aunque no a Zukov ni a Chapochnikov— como jefe capaz. Un ataque desde Bryansk era, en realidad, lo que el comandante en jefe alemán preparaba, pero Hitler no había dado su aprobación. Las tropas de Guderian fueron detenidas en el río Desna, y esperaban órdenes para desplazarse hacia el norte o hacia el sur. La ofensiva de Eremenko fracasó y, a pesar de los furiosos mensajes de Stalin, sus tropas se replegaron desordenadamente.

A comienzos de septiembre de 1941, Guderian recibió órdenes de avanzar hacia el sur. Sus divisiones acorazadas se movían con rapidez y pronto amenazaban la retaguardia del frente suroccidental ruso. Más al sur, otro contingente alemán tomó Dnepropetrovsk y, apesar de que Stalin había declarado enérgicamente que era preciso mantener la línea del Dnieper, cruzó el río y se desplazó hacia el norte. Kiev corría el peligro de quedar rodeada.

El 7 de septiembre de 1941, el jefe del frente suroccidental, Kirponos, informó de la gravedad de la situación a Budenny y a Chapochnikov. Stalin hizo caso omiso de la advertencia; estaba decidido a defender Kiev y acusó a los jefes del frente de querer huir. Finalmente dio la orden de que el frente suroccidental se replegara al río Desna, pero insistió en que Kirponos tenía que defender Kiev.

Su reacción enojó a los jefes del frente que conocían la gravedad de la situación. Kirponos culpaba a Chapochnikov de ser «un oficial muy competente del antiguo Estado Mayor General», pero sencillamente no podía armarse de valor y decir al camarada Stalin toda la verdad. Finalmente Budenny habló por teléfono con Chapochnikov y, al no conseguir su aprobación para abandonar Kiev, envió una nota a Stalin el 11 de septiembre, protestando por la postura de Chapochnikov y resaltando el peligro. Budenny fue inmediatamente relevado del mando. Kruschev, por su parte, fue mantenido en el puesto de comisario político; evidentemente no protestó con tanto vigor como relató posteriormente. Timochenko fue nombrado para el puesto de Budenny.

Aquel mismo día, Stalin mantuvo un intercambio de teletipos con el consejo militar del frente. Tenía todos los datos en la mente y buscaba una solución. Pronto hizo aturdirse a Kirponos, lo que le confirmó en su idea de que la retirada era injustificada. Pero no entendió plenamente el peligro ni apreció la velocidad a la que las divisiones motorizadas alemanas realizaban sus movimientos para rodear la ciudad. Después de considerar los argumentos, repitió la orden de que Kiev no debía ser entregada y que no deberían destruir los puentes sin permiso de

la Stavka. Además amonestó a los jefes: «... Tenéis que dejar de buscar líneas de retirada y comenzar a adoptar medidas de resistencia, sólo resistencia.»

Timochenko llegó a Kiev el 13 de septiembre de 1941. Tres días después los alemanes completaban el asedio de la ciudad. Cuatro grupos del ejército ruso quedaron atrapados. Cuatro generales con mando en el frente perdieron la vida, y miles de soldados rusos murieron tratando de huir. Fue la derrota más aplastante sufrida por el Ejército Rojo. Para los alemanes fue una gran victoria táctica aunque, como señaló Guderian, tenía la grave desventaja estratégica de retrasar los planes alemanes de tomar Moscú antes de que comenzara el invierno.¹⁵⁸

La primera intención de Hitler había sido capturar Leningrado y ocupar Ucrania, la cuenca del Donetz y el Cáucaso. Después el grupo central del ejército avanzaría hacia Moscú al mismo tiempo que el grupo del ejército del norte. Durante los tres primeros meses de la guerra, sin embargo, sus tropas habían conseguido un avance tan enorme que le pareció que Rusia podría caer tan ignominiosamente como Francia. Cambió sus planes, dando prioridad ahora a la toma de Moscú antes del comienzo del invierno. La ocupación de la capital rusa supondría un notable triunfo y podría hacer caer al gobierno soviético.

El 2 de octubre de 1941, Hitler cursó una orden del día a las tropas que estaban frente a Moscú: «Hoy es el comienzo de la última batalla decisiva de este año.» La ofensiva alemana, en realidad, ya había comenzado. Konev, responsable del frente occidental, había informado al Kremlin el 26 de septiembre que el ataque era inminente. La Stavka le ordenó mantenerse firme. El principal ataque alemán fue lanzado desde las posiciones del sur de Vyazma y en dirección a Yujnov. Las comunicaciones entre los frentes rusos y la Stavka estaban inutilizadas. La noticia recibida el 5 de octubre de que los tanques alemanes ya estaban en Yujnov cogió a Stalin por sorpresa. También le había consternado la captura de Orel por Guderian el 2 de octubre.

Las fuerzas atacantes alemanas sitiaron Vyazma. Stalin no advirtió la gravedad de la situación antes de que fuera tarde para tomar medidas. Los graves reveses y la inminente amenaza a Moscú habían acobardado a la mayoría de los hombres, pero el efecto sobre Stalin fue reforzar su inflexible determinación a luchar. Ningún factor individual fue más importante para evitar que la nación se desintegrara en esos momentos.

El 5 de octubre, Stalin se comunicó con Zukov por medio de teletipos, y le ordenó trasladarse de Leningrado a Moscú. Le preocupaba el avance alemán al sur de Vyazma y su entrada en Yujnov. Envío a Zukov para que estudiara la situación. El 10 de octubre telefoneó a Zukov en el cuartel general del frente y le nombró jefe en sustitución de Konev, que pasaba a ser su adjunto. Sin embargo, aceptó la sugerencia de Zukov de que tomara el mando del sector Kalinin.

Durante estos meses dominados por la desesperación, Stalin vigilaba con mirada atenta y desconfiada a los jefes del frente. Pocos de ellos habían recibido la preparación militar adecuada o tenían experien-

cia en el combate. Los más antiguos de entre ellos habían destacado en la guerra civil, y todavía tenían que aprender a dominar las técnicas de logística moderna. La lucha contra el rápido y devastadoramente eficaz ejército alemán, puso pronto al descubierto sus puntos débiles. Los jefes que mostraban pánico o indecisión no eran para él hombres desgraciados que no podían soportar la tensión, sino un peligro para el país, e incluso traidores que debían ser tratados como tales. En la crueldad de esta lucha por la supervivencia no había tiempo para las disculpas ni para la comprensión. Pedía a los jefes decisión, valor y un liderazgo adecuado; tenían que contagiar su fuerza a las tropas, que tampoco tenían preparación suficiente y que en algunos frentes habían huido despavoridas. Al mismo tiempo, consciente de las lecciones de la guerra civil, ejercía un estrecho control sobre ellos, anulando con frecuencia su iniciativa y en ocasiones vetando acciones positivas que en Kiev y en otros lugares podrían haber evitado algunos desastres. Había mandos que le tenían tanto miedo que se abstendían de informarle de las pérdidas porque podría considerarles culpables y castigarlos como a traidores.

Zukov, Timochenko y Chapochnikov habían dado muestras de su valía y confiaba en ellos. Zukov y Timochenko procedían de los incultos brigadas de origen campesino que a base de experiencia habían llegado a ser destacados jefes de campaña. Valoraba de manera especial a Chapochnikov, antiguo oficial zarista con una mente clara y disciplinada, y cuando éste tuvo que abandonar la Stavka por motivos de salud, su puesto fue ocupado por Vasilevsky, que había sido capitán de Estado Mayor del ejército zarista y que tenía similar talento y claridad de juicio. Pero la lucha y las derrotas del verano y del invierno de 1941 también hicieron surgir a varios jefes valientes y competentes.

Stalin en persona fue en todo momento el comandante en jefe supremo, pero tuvo que delegar cada vez más competencias en Zukov y en hombres como Vasilevsky, Malinovsky, Rokossovsky, Vatutin y Bagramian.

A medida que el enemigo se acercaba a Moscú, el miedo se fue apoderando de la ciudad. Ya el 12 de octubre el Comité de Defensa del Estado había ordenado la evacuación al este de numerosos organismos del gobierno, organizaciones científicas y culturales y del cuerpo diplomático. A finales de mes unos dos millones de personas habían abandonado la ciudad. Los ataques aéreos no habían cesado desde que comenzaran en el mes de julio, aunque los alemanes, confiados en que pronto tomarían Moscú, no intensificaron los bombardeos.

La desesperación se adueñaba de los habitantes de la ciudad a medida que iban conociendo la aproximación del enemigo. Las evacuaciones en masa y el miedo a la ocupación alemana infundían pánico. La gente se agolpaba en las estaciones de ferrocarril tratando de coger cualquier tren hacia el este, y buscaba otros medios de escapar. Los extendidos rumores de que Stalin y el Politburó habían abandonado ya la ciudad hicieron que el pánico alcanzara su punto álgido.

El 17 de octubre el secretario del Comité Central, en una emisión radiofónica dirigida a la nación, afirmó que Stalin se encontraba en Mos-

cú, y desmintió vigorosamente los rumores de que la ciudad iba a ser entregada. El 19 de octubre se proclamó el estado de sitio. Espías, agitadores y aquellos que propagaran el pánico podrían ser llevados ante tribunales especiales y castigados por procedimiento sumario. La presencia de Stalin y el hecho de que el avance alemán era más lento contribuyeron a restablecer el orden.

El 6 de noviembre Stalin dirigió la palabra a los delegados que asistían a la celebración del vigésimo cuarto aniversario de la Revolución, que tuvo lugar este año en la estación de Mayakovsky del metro de Moscú, al abrigo de los ataques aéreos. Su discurso fue emitido y rápidamente publicado. No hablaba al pueblo con frecuencia; un discurso de Stalin era un acontecimiento, especialmente en estos momentos en que la capital corría peligro.

Dijo que el *Blitzkrieg* había fracasado en la Unión Soviética, y expresó su máxima confianza en la fuerza del Ejército Rojo y en la resistencia del pueblo ruso. Los reveses sufridos se debían a la pérfida ruptura del pacto germano-soviético por parte de Hitler y a lo inesperado del ataque alemán. Otra de las razones que dio del repliegue soviético fue la escasez de tanques y aviones, por lo que hizo un llamamiento pidiendo un aumento masivo de la producción.

Continuó diciendo que la Unión Soviética no estaba sola en la guerra contra la Alemania hitleriana. Gran Bretaña y Estados Unidos habían manifestado su apoyo. No eran, sin embargo, auténticos aliados. «Una de las razones del retroceso del Ejército Rojo contra las tropas alemanas fascistas —dijo— es la ausencia de un segundo frente en Europa. El *quid* de la cuestión es que en la actualidad no hay tropas de Gran Bretaña ni de Estados Unidos en el continente europeo que presenten batalla a las tropas fascistas, y por ello los alemanes no tienen que dividir sus fuerzas y luchar en dos frentes, al este y al oeste. Lo que ocurre en la actualidad es que nuestro país está llevando a cabo la tarea de la liberación sin ayuda y sin cooperación militar contra las fuerzas coordinadas de alemanes, finlandeses, rumanos, italianos y húngaros.»¹⁵⁹

Acusando de imperialistas a los nazis, Stalin habló con airado desprecio de la arrogancia alemana, de la estridente propaganda *Übermensch* y del cruel y con frecuencia bestial tratamiento dispensado a los prisioneros. Proclamó la grandeza de Rusia con palabras que apelaban al patriotismo de sus moradores y exaltó su odio hacia el enemigo.

«Y son estos pueblos sin honor ni conciencia, estos pueblos con moral de animales, los que tienen el cinismo de pedir el exterminio de la gran nación rusa: ¡la patria de Plejanov y Lenin, de Belinsky y Chernyshevsky, de Pushkin y Tolstoi, de Gorki y Chejov, de Glinka y Chaikovsky, de Sechenev y Pavlov, de Repin y Sigrikov, de Suvorov y Kutuzov! Los invasores alemanes quieren una guerra de exterminio con los pueblos de la Unión Soviética. ¡Muy bien! ¡Si quieren guerra de exterminio, la tendrán! Nuestra tarea será ahora... destruir a todos los alemanes hasta el último hombre que haya venido a ocupar nuestro país. ¡No hay compasión para los invasores alemanes! ¡Muerte a los invasores alemanes!»

A la mañana siguiente, Stalin presidió el tradicional desfile en la plaza Roja. Las tropas a las que se dirigió estaban de camino al frente. El estruendo lejano de la artillería que oía al oeste dio a su discurso una dramática inmediatez. De nuevo apeló al patriotismo del pueblo. Luchaban por la Unión Soviética, su patria, y el enemigo se acercaba a las puertas de Moscú, madre de la antigua Moscovia y capital del país.

«La guerra que estamos manteniendo —dijo— es una guerra de liberación, una guerra justa! ¡Que los heroicos ejemplos de nuestros grandes antepasados os inspiren en esta lucha!... ¡Que la victoriosa bandera del gran Lenin os inspire! ¡Viva nuestro país, su libertad, su independencia! ¡Bajo la bandera de Lenin, adelante, a la victoria!»

Stalin habló con pasión y sinceridad. Lejos de apelar al amor de los rusos como recurso para unirlos en defensa del partido y del régimen, habló desde lo más hondo de su ser. La Unión Soviética era la Santa Rusia, y Moscú era Matuska Moskva. Rusia era su país, y para Stalin los difíciles años de construcción y reconstrucción, y ahora la experiencia brutal de la guerra, conducirían en su momento al pueblo ruso a la victoria, y con ello a la justicia, la libertad y la prosperidad.

Los textos de los dos discursos circularon rápidamente entre civiles y militares. Los aviones dejaron caer ejemplares en el territorio ocupado. Todos los rusos los leyeron con avidez. Su efecto fue un resurgimiento dramático y extraordinario en la moral de las tropas y de la población civil. El sentimiento patriótico y la veneración de Stalin eran inseparables. El había sabido expresar el amor del pueblo ruso a su tierra, y su odio hacia el enemigo cruel y arrogante.

El apoyo británico y americano a que Stalin se refirió en su discurso del 6 de noviembre fue seguido de inmediatas ofertas de ayuda. Una misión militar británica voló a Moscú. Stalin y Molotov discutieron con el embajador británico los términos de una declaración anglosoviética. Pero en su discurso del 3 de julio y en su primera carta a Churchill, Stalin mencionó la idea que iba a dominar y a oscurecer sus relaciones con los aliados: debería abrirse un segundo frente en el continente cuanto antes. Churchill explicó en su respuesta que esta petición era poco realista, e hizo varias propuestas alternativas, incluyendo el destacamento de escuadrones de cazas británicos cerca de Murmansk; realizar operaciones navales en el Artico, y el envío de aviones, municiones y otros pertrechos a Rusia. Stalin exigió más. Su argumento era que Rusia estaba manteniendo la guerra ella sola y que Gran Bretaña, su único aliado por el momento, le debía ayuda.

Subyacente a sus relaciones con Churchill estaba su permanente desconfianza hacia los británicos. Churchill era, por su puesto, completamente diferente del pérfido Chamberlain, y el gobierno británico había abandonado la política de asegurar la paz en el oeste animando a Hitler a hacer la guerra en el este. Pero Stalin consideraba a los británicos como un pueblo taimado y sutil. También entre las tropas y el pueblo soviético la creencia generalizada era que los británicos estaban librando a sus hombres de la guerra y dejando a los rusos todo el peso de la lucha.

Al acercarse el invierno de 1941, la cuestión que se planteaba en la mente de Churchill y Roosevelt era cuánto tiempo podría Rusia diferir la derrota y el derrumbamiento. La opinión de los militares británicos y americanos, con escasas discrepancias, era que la resistencia rusa sería pronto vencida. Para formarse su propia opinión llegó a Moscú, el 30 de julio de 1941, Harry Hopkins en calidad de representante personal de Roosevelt. Hopkins, el más directo asesor del presidente, era un hombre extraordinario. Débil y enfermizo, pero con gran dinamismo, de mente incisiva y completamente entregado a la causa aliada, congenió rápidamente con Stalin. Iba a jugar un importante papel en las futuras relaciones.

Su primera reunión con Stalin en un momento en que la situación era desastrosa en todos los frentes rusos, cuando los líderes occidentales esperaban de un día para otro la noticia de la caída de Rusia, causó una fuerte impresión a Hopkins:

«Me dio la bienvenida con unas pocas y rápidas palabras en ruso. Su apretón de manos fue breve, firme y cortés. Sonreía cálidamente. No había palabras o gestos vacíos, ni amaneramiento. Era como hablar con una máquina perfectamente coordinada, una máquina inteligente. Sus preguntas eran claras, concisas y directas, y sus respuestas eran prontas, inequívocas y expresadas como si las hubiera tenido en la lengua durante años. Si siempre es como yo le conozco, nunca dice una sílaba de más. Si quiere suavizar una respuesta brusca... lo hace con una sonrisa fácil y controlada..., una sonrisa que puede ser fría pero afectuosa, austera pero cálida. No te adula. Parece no tener dudas. Te asegura que Rusia resistirá el turbulento ataque del ejército alemán. Da por supuesto que tú tampoco dudas... Ríe con bastante frecuencia, pero su risa es breve, algo sarcástica quizá. No hay lugar para vanalidades con él... Su humor es agudo, penetrante...

»No podría olvidar la imagen del dictador de Rusia al despedirme: una figura austera, robusta, definida; con botas que brillaban como espejos, los pantalones gruesos con rodilleras y una blusa ajustada. No llevaba ningún distintivo militar o civil. Mide aproximadamente 1,65 metros y pesa 85 kilos. Sus manos son grandes y tan vigorosas como su mente. Su voz es ronca, pero siempre controlada. Cuando habla da a las palabras el acento y la inflexión que necesitan.»

Stalin presentó a Hopkins un cuadro optimista de las posiciones rusas. Vaticinó que los frentes quedarían estabilizados a las puertas de Moscú, Leningrado y Kiev a principios de octubre como máximo. El hecho de que asegurara a Hopkins que Kiev no caería en manos alemanas fue probablemente un factor que influyó en su desastrosa decisión de prohibir una pronta retirada de la ciudad. Su apreciación de la situación tal vez era algo exagerada, o quizá sencillamente reflejaba su negativa a aceptar la perspectiva de nuevas derrotas importantes. Estaba sometido a una gran tensión en estos momentos y Hopkins anotó que estuvo fumando sin parar durante las cuatro horas que duró su encuentro.

Hopkins quedó profundamente impresionado por Stalin como hombre, y por su determinación de llevar la guerra hasta el final. «Si nos pro-

porcionan cañones antiaéreos y aluminio, podemos luchar durante tres o cuatro años», había dicho Stalin. En una carta a Churchill escrita a primeros de septiembre de 1941, sin embargo, Stalin expresaba con franqueza sus hondas preocupaciones. La pérdida de Krivoi Rog y otros puntos «enfrenta a la Unión Soviética con un peligro de muerte... La única manera de salvar esta más que desfavorable situación es abrir un segundo frente este año en alguna parte de los Balcanes o en Francia... Y simultáneamente, la Unión Soviética necesita treinta mil toneladas de aluminio a primeros de octubre y una ayuda mínima mensual de cuatro mil aviones y quinientos tanques (pequeños o medianos). Sin estos dos tipos de ayuda, la Unión Soviética será derrotada o debilitada hasta tal punto que perderá durante largo tiempo la capacidad para ayudar a sus aliados con operaciones activas en el frente contra el hitlerismo».

Pocos días después escribía que si era imposible establecer un segundo frente por el momento, Gran Bretaña debería enviar veintiséis o treinta divisiones a Arcángel o al sur para combatir al enemigo común. La sugerencia de que tropas británicas se trasladaran a suelo soviético debió hacerla Stalin dominado por la desesperación.

El informe de Hopkins condujo a la celebración de reuniones en Moscú para discutir «la distribución de nuestros recursos conjuntos», en los que lord Beaverbrook representaba a Churchill, y Averell Harriman a Roosevelt. Las reuniones con Stalin comenzaron el 28 de septiembre, cuando se inició la ofensiva alemana contra Moscú. Los debates de la primera reunión fueron cordiales. La segunda reunión resultó difícil. Harriman advirtió que «Stalin parecía descortés y distraído en ocasiones, y se mostraba severo con nosotros». De esta reunión de dos horas, Beaverbrook escribió: «Stalin estaba muy inquieto, caminaba y fumaba continuamente y nos pareció a ambos que estaba sometido a una gran tensión.» Por estas fechas Vyazma estaba siendo rodeada y las divisiones motorizadas de Guderian tomaban Orel; ambas operaciones causaron devastadoras pérdidas.

La tercera reunión fue de nuevo cordial. Las peticiones rusas de equipamiento, maquinaria y materias primas fueron aceptadas casi en su totalidad. Beaverbrook, siempre entusiasta y declarado defensor de la ayuda a Rusia e incluso del establecimiento de un segundo frente, comunicó su entusiasmo a la reunión. Su actitud prorrusa, su admiración por Stalin y su confianza en él, le convirtieron en un grato invitado.¹⁶⁰

La ofensiva contra Moscú fue interrumpida a primeros de octubre de 1941. Inmediatamente los alemanes prepararon un segundo ataque. Estaban fatigados por la guerra y mal equipados para el invierno ruso, pero también eran valientes y disciplinados. Los rusos fortalecieron denodadamente las defensas y prepararon reservas. En un plazo de catorce días cien mil hombres, trescientos tanques y dos mil cañones fueron adecuadamente emplazados. En ambos bandos existía la firme decisión de ganar esta batalla.

En una de las fases de los preparativos, Zukov informó a Stalin que el enemigo estaba concentrando tropas contra el sector de Volokolamsk Stalin dio orden de efectuar escaramuzas; le resultaba insoporta-

ble esperar a que el enemigo atacara, y tenía necesidad de entrar en acción. Zukov se mostró contrario a las escaramuzas que entorpecerían los preparativos de la defensa en el sector y no causarían impacto sobre las ya reforzadas posiciones del enemigo. Stalin se mantuvo en su idea. Los ataques fueron un fracaso.

El 13 de octubre comenzaron los combates en las principales rutas a Moscú. En algunos puntos, el enemigo llegó a estar a veinticinco kilómetros de la ciudad. El 17 de octubre Chapochnikov y el Estado Mayor General fueron evacuados de Moscú. Stalin permaneció en la capital con dos ayudantes, Vasilevsky y Stemenko. Como todos los que permanecieron en la ciudad, estaba hondamente preocupado por el avance aparentemente irresistible de los alemanes. Telefonó a Zukov, por entonces destacado en el frente, y le preguntó: «¿Estás seguro de que seremos capaces de defender Moscú? Me duele preguntarte. Contéstame sinceramente como un comunista.»

«Defenderemos Moscú a toda costa —respondió Zukov—, pero necesitaremos dos cuerpos de ejército más y otros doscientos tanques como mínimo.»

«Es bueno que estés tan seguro —replicó Stalin—. Telefona al Estado Mayor General para que dispongan la asignación de las tropas de la reserva que pides. Estarán listas a finales de noviembre. Pero no disponemos de tanques todavía.»

A finales de octubre, el avance alemán disminuyó su ritmo hasta detenerse, pero el 15 de noviembre lanzaron una nueva ofensiva y llegaron casi a las afueras de la ciudad. Ya no avanzarían más.

Stalin daba muestras de nerviosismo. Estaba de pésimo humor y se negaba a escuchar a los mandos de vanguardia. El 30 de noviembre telefonó a Zukov, al que preguntó si sabía que Dedovsk, ciudad situada unos treinta y dos kilómetros al oeste, había sido tomada. Cuando Zukov respondió que no sabía nada, Stalin dijo bruscamente que el general al mando de un frente debía saber todo lo que sucede en él. Le ordenó que organizara un contraataque para recuperar la ciudad. Zukov hizo rápidas averiguaciones y se enteró de que no era Dedovsk, sino un pueblo insignificante, llamado Dedovo, el que había sido ocupado. Telefonó para explicar el error, pero Stalin estaba furioso y no le escuchó. Ordenó a Zukov, Rokossovsky y Govorov, todos ellos jefes operativos, que tomaran bajo su mando una compañía de fusiles y dos tanques para recuperar el pueblo.

Tan pronto como el ataque alemán hizo un alto, Stalin, Zukov y Timochenko comenzaron a planear una contraofensiva para el invierno. El 29 de noviembre, Zukov telefonó a Stalin para darle su informe sobre la situación del frente occidental. Solicitó entonces dos cuerpos de ejército de la reserva que le permitieran obligar al enemigo a abandonar sus posiciones más adelantadas en el norte y en el sur del frente. Stalin comentó que tal vez los alemanes disponían de reservas listas para defender esas posiciones, pero Zukov le aseguró que estaban «completamente desguarnecidas». Stalin dijo que consideraría la propuesta. Pocas horas después se comunicó a Zukov que no dos, sino tres cuerpos de

ejército iban a ser puestos a sus órdenes y que tendría que comunicar sus planes al día siguiente. De acuerdo con las declaraciones hechas por Zukov, éste fue el comienzo de la planificación de un contraataque masivo en el frente de Moscú.

El 30 de noviembre, a primera hora, Stalin telefoneó a Zukov y le propuso que todo el frente occidental pasara a la ofensiva. Este manifestó su preocupación por la falta de cobertura aérea y de tanques, especialmente el nuevo T-34, que había demostrado su superioridad. Stalin replicó que no podía conseguir tanques, pero que se organizaría inmediatamente una fuerte cobertura aérea. Mientras tanto, Timochenko había atacado y recuperado Rostov. Con la aprobación de Stalin, se preparaba para atacar el flanco del eje central alemán. Zukov presentó su plan de ataque a Vasilevsky, que luego fue inmediatamente aceptado por Stalin.

Por estas mismas fechas, Konev, jefe del frente Kalinin, preocupaba a Stalin. No mostraba un espíritu ofensivo, y planteaba objeciones al contraataque propuesto. Stalin habló duramente con él por teléfono y le dijo que cesara en su táctica de discutir nimiedades y que llevara a cabo la ofensiva. El 1 de diciembre de 1941, a las 3:00 horas, Stalin y Vasilevsky cursaron órdenes al frente Kalinin. Tres días más tarde Vasilevsky, como representante personal de Stalin, se encontraba junto a Konev en el cuartel general del frente para asegurarse de que éste llevara a cabo la ofensiva con toda decisión.

El 2 de diciembre, Stalin recibió al general Anders, un polaco que había prestado servicio en el ejército zarista y al que la NKVD había mantenido en prisión hasta hacía poco tiempo. La misión de Anders consistía en reclutar un ejército polaco que luchara al lado de los rusos. Era un plan que Stalin había aceptado con reservas; nunca podría fiarse de los polacos. Recibió a Anders cortésmente, pero sin el entusiasmo que había mostrado a Hopkins y que iba a mostrar a Anthony Eden dos semanas después. Eden le encontró más relajado y sin los signos de tensión que había advertido en septiembre cuando se aproximaba el crucial avance sobre Moscú.

La contraofensiva del invierno, iniciada el día 4 de diciembre, resultó sorprendentemente bien al principio. A mediados de enero de 1942 los alemanes habían sido ya rechazados de Moscú y alejados en algunas zonas hasta más de trescientos kilómetros. El Ejército Rojo, sin embargo, carecía de tanques y transportes motorizados, y las severas condiciones climatológicas frenaron su avance.

La batalla de Moscú fue un acontecimiento épico. Zukov consideraba que marcó el cambio decisivo en la guerra. Participaron en ella más de dos millones de hombres, 2.500 tanques, 1.800 aviones y 25.000 cañones. El número de bajas fue sobrecogedor. Para los rusos supuso una victoria: soportaron todo el impacto de la ofensiva *Blitzkrieg* alemana y, a pesar de sus pérdidas y de la notable escasez de equipamiento, fueron capaces de realizar una eficaz contraofensiva. Comenzaban a destruir el mito de la invencibilidad alemana que había minado su moral y, sobre todo, no se perdió Moscú.

Stalin se mostraba impaciente por pasar a la ofensiva. Le preocupaba el espíritu combativo de sus mandos. Cualquier debilidad por su parte se contagiaría a las tropas. Con frecuencia, sus requerimientos para atacar eran poco realistas e incluso peligrosos, aunque él consideraba más peligroso el mito de que el invasor era invencible. Creía que sólo lanzando nuevas tropas a la lucha sabrían que podían vencer a los alemanes. Cuando, hacia finales de febrero de 1942, el avance de Zukov fue detenido por la resistencia del enemigo, propuso interrumpir la ofensiva y consolidar sus posiciones. Stalin respondió con una orden: «¡Atacad! Si no lográis buenos resultados hoy, los lograréis mañana; incluso si no conseguís nada más que retener al enemigo, el resultado se dejará sentir en otra parte.»

En una reunión del Comité de Defensa del Estado celebrado el 5 de enero de 1942, Chapochnikov, recuperado de su enfermedad y de nuevo en su cargo de jefe de Estado Mayor, presentó las líneas generales de un plan para una inmediata ofensiva a gran escala desde Leningrado, en el norte, hasta el mar Negro, en el sur. Era el plan de Stalin. «Los alemanes están desconcertados después de su derrota a las puertas de Moscú. Están mal pertrechados para el invierno. Ahora es la ocasión de lanzar la ofensiva general», dijo. Zukov y otros manifestaron sus temores, pero Stalin hizo caso omiso. Dijo que había estudiado la ofensiva con Timochenko, que se mostraba favorable a la misma, y añadió: «Tenemos que hacer pedazos a los alemanes lo antes posible para que no sean capaces de lanzar una ofensiva en primavera.»

Una contraofensiva en todos los frentes era una empresa excesivamente arriesgada. La versión oficial soviética de la guerra, escrita durante el mandato de Kruschev, criticaba esta estrategia general sin mencionar el nombre de Stalin. Era excesivamente ambiciosa. «El ejército carecía aún de la experiencia organizativa y de los conocimientos necesarios para lanzar una ofensiva a tan gran escala.»

Stalin rechazó estas críticas en la reunión del Comité de Defensa del Estado. Si el ejército carecía de los conocimientos y de la experiencia necesarios para lanzar ofensivas masivas, tenía que aprenderlo ahora en el transcurso de la guerra. Si el plan era excesivamente ambicioso, también era un reflejo de su autoridad y de su visión de las cosas; él pensaba y planeaba a gran escala. También estaba obsesionado con la necesidad de empujar a sus mandos y a sus tropas al ataque para que aprendieran a aniquilar al enemigo. Les contagió su férrea determinación de expulsarlo del suelo ruso.

La contraofensiva dio resultado. En los frentes de Moscú y de Leningrado las conquistas rusas, aunque pequeñas en extensión, fueron importantes para librar a las dos ciudades de un peligro inmediato. Las nuevas líneas se estabilizaron en la primavera de 1942 y los alemanes no consiguieron en ningún momento de la guerra sobrepasarlas.

La primavera de 1942 se acercaba; Stalin y el Estado Mayor General estaban convencidos de que el principal objetivo del enemigo sería la ocupación de Moscú. Chapochnikov urgió a Stalin la creación de reservas adoptando una política de estrategia defensiva. Stalin se mostró

de acuerdo, pero no podía desistir de atacar, y también dio su aprobación a varias ofensivas de importancia.

En realidad, Hitler había decidido no reanudar la ofensiva contra Moscú. Su plan era ahora atacar por el norte desde la zona de Kursk y avanzar después en dirección este hacia Voronez. Para confundir al Alto Mando soviético, se hicieron circular informaciones falsas que hacían creer que la ofensiva alemana sería en Moscú.

En marzo de 1942, Timochenko presentó un plan para llevar a cabo una importante ofensiva contra el enemigo concentrado cerca de Jarkov, con el objetivo de obligar a las tropas alemanas a replegarse en Ucrania en dirección oeste hasta Kiev. Chapochnikov y el Estado Mayor rechazaron el plan. Stalin dio, no obstante, autorización a Timochenko para que lo llevara a efecto en tanto en cuanto le fuera posible utilizando exclusivamente sus propios recursos. Pasó por alto las objeciones de Chapochnikov y le preguntó si lo que quería era que permanecieran inmóviles, esperando a que el enemigo atacara primero. Zukov se puso del lado de Chapochnikov, al tiempo que hacía hincapié en que la ofensiva debería realizarse en el frente occidental. Vasilevsky defendió vehementemente a Chapochnikov y afirmó que la estrategia de Stalin implicaba una desastrosa dispersión de fuerzas. Este último escribió: «Tal vez muchos censuren con razón al Estado Mayor por no haber advertido a Stalin de las negativas consecuencias de sus planes, pero lo harán sin saber las difíciles condiciones en las que el Estado Mayor tenía que trabajar.» Añadió que la lección aprendida fue aplicada con provecho al año siguiente en Kursk. Mientras tanto, y en medio de opiniones contradictorias, había que tomar una decisión. Stalin aprobó la estrategia de ataque y permitió que Timochenko llevara adelante su plan. Fue una decisión de consecuencias desastrosas.

El verano de 1942 iba a ser una época de terribles derrotas en el sur. Tras la captura de Kiev en septiembre de 1941, los alemanes habían avanzado hacia el este, llegando a ocupar toda la zona occidental de Ucrania y la mayor parte de la península de Crimea, excepto Sebastopol, que fue sitiada. Stalin estaba deseoso de liberar esta ciudad. En marzo envió al jefe de la administración política central del Ejército Rojo, Mejlis, a Crimea. Confiaba en Mejlis aunque era odiado por todos los oficiales del Ejército Rojo, especialmente por sus actividades durante la depuración. Al llegar al cuartel general de Kozlov, jefe del frente, Mejlis reemplazó inmediatamente a Tolbujin, jefe de Estado Mayor del frente, y de acuerdo con Stemenko, «siguiendo su práctica habitual, en lugar de ayudar, comenzó caprichosamente a relegar a otros jefes y altos cargos». En lugar de preparar las defensas y planificar la reanudación de la ofensiva, Kozlov y Mejlis «perdían el tiempo en sesiones tan largas como infructuosas del Consejo de Guerra». El 8 de mayo, día en que se produjo el ataque alemán, Mejlis envió un telegrama a Stalin que comenzaba así: «No es éste el momento para quejarse, pero tengo que informar para que la Stavka considere al comandante en jefe del frente en lo que es», y a continuación afirmaba que la falta de preparación del frente era entera responsabilidad de Kozlov. Stalin no tenía tiempo para descalifi-

caciones de este tipo. «Estás adoptando la extraña actitud de un observador despegado que no acepta responsabilidad por los asuntos del frente de Crimea —replicó—. Esa es una posición muy cómoda pero absolutamente abominable. En el frente de Crimea, tú no eres un espectador ajeno, sino un representante de la Stavka con responsabilidad de todos los éxitos y fracasos que se produzcan en el mismo, y obligado a corregir errores del mando allí donde se produzcan.»¹⁶¹

Atacado por el undécimo ejército, al mando de Manstein, el 8 de mayo, el frente de Crimea fue completamente derrotado. Otro revés fue la rendición de Sebastopol el 4 de julio de 1942. Esto se produjo después de una encarnizada lucha que costó a los alemanes veinticuatro mil vidas e incluso más bajas a los rusos. Antes de rendirse, los oficiales y comisarios se suicidaron. En las cuevas que había en los acantilados donde se habían refugiado mujeres y niños, los defensores se inmolaron colocando explosivos y haciendo saltar todo por los aires. Fue una derrota trágica y heroica.

El fracaso del frente de Crimea y la caída de Sebastopol enfurecieron a Stalin. Ordenó a Mujlis que se trasladara a Moscú, le amonestó severamente y le degradó. Kozlov, dos jefes del ejército y otros oficiales del frente no volvieron a ocupar puestos de mando.

La estrategia alemana consistía ahora en avanzar hacia el este. La toma de Stalingrado no era en estos momentos uno de sus objetivos, pero Hitler pidió que sus tropas llegaran hasta la ciudad «o al menos que controlaran la zona con fuego de artillería pesada».¹⁶²

El 28 de junio de 1942, el grupo sur del ejército alemán atacó abriendo un paso entre el frente de Bryansk y el suroccidental del ejército ruso, y avanzó rápidamente hacia Voronez. Los alemanes se encontraron con una tenaz resistencia. Pero no presionaron en su ataque sobre Voronez y, desviándose hacia el sur, avanzaron por el margen derecho del río Don hacia Stalingrado.

La sustitución de los jefes de los frentes de Bryansk y de Voronez se había hecho necesaria. El debate sobre los nuevos nombramientos tuvo lugar en el despacho de Stalin en el Kremlin. Vasilevsky, de nuevo nombrado jefe de Estado Mayor en sustitución de Chapochnikov, definitivamente incapacitado por enfermedad, y Vatutin, su adjunto, estaban presentes. Se acordó inmediatamente que Rokossovsky tomara el mando del frente de Bryansk. Stalin rechazó los nombres propuestos para el frente Voronez. Se produjo un largo silencio mientras todos trataban de pensar en el jefe adecuado. De pronto, Vatutin se puso firme. «Camarada Stalin —dijo—, nómbrame jefe del frente Voronez.» Stalin se mostró completamente sorprendido. «¿Cómo, tú?», exclamó frunciendo el ceño. Vatutin, teniente general de artillería, había ingresado en el Ejército Rojo en 1920 y no había ejercido el mando excepto brevemente en la batalla de Moscú. Finalmente, rompiendo su silencio y volviéndose a Vasilevsky, Stalin preguntó: «¿Qué te parece?» Vasilevsky elogió a Vatutin. Tras pensarlo un momento, y sin entusiasmo, dijo a Vatutin: «Si el camarada Vasilevsky se muestra favorable, no me opondré.» Vatutin iba a ejercer con gran distinción el puesto de jefe de frente.¹⁶³

En el sur las tropas enemigas avanzaban rápidamente. El frente suroccidental de Timochenko y el frente sur de Malinovsky hacían obligados repliegues para evitar ser rodeados. Stalin había aprendido de sus errores del año anterior al ordenar a las fuerzas soviéticas que resistieran en Kiev y en Vyazma.

A finales de julio de 1942, los alemanes conquistaron toda la zona de Donbas, fuente del sesenta por ciento del carbón soviético y centro de la región industrial del sur. La pérdida de esta región descorazonó a la nación. Se había dicho al pueblo repetidamente después de la batalla de Moscú que el enemigo estaba agotado y que el Ejército Rojo pasaría al ataque y expulsaría al invasor. Sin embargo, los alemanes seguían avanzando y ahora se acercaban a Stalingrado. Lo que más consternó al pueblo ruso, sin embargo, fue la noticia que se extendió velozmente de que en Rostov, Novochoerkassk y en otros lugares, oficiales y soldados del Ejército Rojo habían huido al ser atacados, abandonando armas y equipamiento. Se tomaron severas medidas disciplinarias. Muchos fueron fusilados por desertión o por huir ante el enemigo, y varios generales y oficiales fueron degradados o castigados.

Fuertes críticas al Ejército Rojo aparecieron en la prensa y se oían por todas partes. El ejército siempre había sido considerado como orgullo de la nación, pero ahora los oficiales y la tropa tuvieron que sufrir la amarga desaprobación de sus conciudadanos, a los que habían defraudado. Al mismo tiempo, mientras se hacía una llamada general pidiendo sacrificio y férrea disciplina, se llevaron a cabo ímprobos esfuerzos para elevar la categoría de los oficiales y para apelar a su honor y a su patriotismo. La necesidad de consolidar un cuerpo de oficiales, cuidadosamente seleccionado y preparado, que pudiera tomar el mando, ocupaba un lugar destacado en la mente de Stalin. Las órdenes de Alexander Nevsky, de Suvorov y de Kutuzov fueron instituidas como condecoraciones exclusivamente para oficiales. Los viejos ideales revolucionarios de igualdad entre oficiales y tropas en su condición de camaradas, y de comités de soldados dirigiendo el ejército, habían sido abandonadas hacía tiempo. Pero el 9 de octubre Stalin tomó la medida de abolir el sistema de mando doble, según el cual los comisarios políticos refrendaban las órdenes de los jefes militares. Se indicó a los comisarios que se abstuvieran de fusilar indiscriminadamente a las tropas por cobardía o desobediencia, y que se limitaran al trabajo político. La imposición de la disciplina era responsabilidad de los oficiales, no de los comisarios. Las relaciones entre soldados y oficiales se basaban ahora en los mismos principios que el ejército zarista.

Entre las exhortaciones hechas a oficiales y soldados para que lucharan hasta la muerte en defensa de su patria, una orden del día leída a los soldados de todos los frentes y firmada por Stalin causó un profundo impacto. Decía entre otras cosas: «¡Soldados soviéticos! ¡Ni un paso atrás!» Ilya Ehrenburg escribió al respecto:

«No hablaba de condecoraciones, sino del indisciplinado abandono de Rostov y Novochoerkassk, de la confusión y del pánico; las cosas no podían seguir así, era hora de que todo el mundo entrara en razón. «¡Ni

un paso atrás!” Nunca antes había hablado Stalin con tal franqueza, y produjo una enorme impresión. Un corresponsal de guerra del *Estrella Roja* me dijo: “Un padre dice a sus hijos: ‘estamos arruinados, tenemos que aprender a vivir de otra manera.’” No había ironía ni admiración en su manera de pronunciar la palabra “padre”, sonaba como la simple enunciación de un hecho.»¹⁶⁴

El 12 de julio se creó un nuevo frente en Stalingrado. El avance alemán proseguía, pero más despacio a medida que la resistencia rusa se hacía más tenaz. A principios de agosto, las fuerzas del grupo sur del ejército alemán alcanzaron el anillo defensivo exterior de la ciudad, y diez días después el 6.º Ejército, al mando de Paulus, estaba preparado para cruzar el Don. El 14 de agosto, todo el territorio incluido en el recordo del Don estaba en poder de los alemanes, excepto aisladas cabezas de puente rusas en el norte. Las tropas alemanas avanzaban ahora hacia Stalingrado desde el sur, el noroeste y el norte.

En estos momentos de crisis llegó Churchill a Moscú para celebrar su primer encuentro con Stalin. El principal motivo del viaje era que Churchill se sentía obligado a dar personalmente la noticia de que no habría segundo frente en el oeste en 1942. «Era —dijo— como llevar un gran trozo de hielo al Polo Norte.» También estaba vivamente interesado en entrevistarse con Stalin y en visitar «este triste y siniestro Estado bolchevique».

Stalin sentía curiosidad por reunirse con Churchill, enemigo declarado de la Rusia soviética, que había defendido la intervención aliada veintitrés años antes. El encuentro puso frente a frente a dos hombres de muy distinta procedencia y manera de pensar. Churchill, descendiente del duque de Marlborough y popularmente elegido líder militar, con un gran talento histriónico que se reveló en el drama de la guerra, en tanto que odiaba el sufrimiento y los sacrificios que ésta exigía. Stalin, de origen humilde, había llegado a ser con su inexorable talento el líder de la nación, comandante en jefe supremo, y padre del pueblo ruso; para él la guerra era parte de la lucha feroz que siempre había conocido en Rusia. Aceptaba el terrible número de bajas como algo inevitable. La tierra rusa había sido arrasada y Rusia luchaba por la supervivencia. Era una difícil situación que Gran Bretaña, protegida por el mar, no había conocido durante siglos.

La primera reunión, que duró cuatro horas, tuvo lugar el 12 de agosto. Stalin, Molotov y Vorochilov se situaron frente a Churchill, Harri-man —representante del presidente de Estados Unidos—, y el embajador británico. Las dos primeras horas resultaron sombrías y poco alentadoras. Con el ceño fruncido, Stalin escuchó la cuidadosa explicación de Churchill sobre los motivos por los que británicos y americanos no podrían intentar desembarcar en las costas francesas antes de 1943. Stalin no aceptó sus explicaciones. Consideraba a Gran Bretaña y a Estados Unidos como las dos naciones más industrializadas del mundo, y sabía que ambas disponían de armadas poderosas. Si las industrias defensivas rusas —recientemente creadas, y muchas de ellas desmontadas y evacuadas desde que comenzara la guerra— podían superar unos

obstáculos aparentemente insuperables y producir tanques y armas en cantidades cada vez mayores, seguramente estos dos gigantes industriales podrían alcanzar el nivel de producción necesario para desembarcar en las costas de Francia. Estaba convencido de que podrían hacerlo, si tenían fe en ello, desde luego. De nuevo aumentaron sus sospechas de que los taimados británicos estaban dando evasivas y dejando la lucha a los rusos: sólo intervendrían cuando los alemanes hubieran sido debilitados en el frente oriental.

Preguntó a Churchill en tono airado por qué los británicos tenían tanto miedo a los alemanes. Las tropas debían forjarse en la lucha. Rechazó el comentario hecho por Churchill de que Hitler no había invadido Inglaterra debido a los riesgos de la operación. Sospechaba que la precaución británica se debía al miedo a sufrir gran número de bajas. Churchill y su generación estaban obsesionados por el recuerdo de las pérdidas de vidas humanas en la I Guerra Mundial. No era un argumento que contase con posibilidades de conmover a Stalin, que era profundamente consciente de que Rusia había sufrido un número de bajas aún más elevado en el primer conflicto bélico mundial, y de que todavía eran más numerosas las sufridas desde la invasión alemana, que proseguía mientras ellos hablaban.

Churchill reveló entonces detalles, aún secretos, sobre la ofensiva que británicos y americanos planeaban en el Mediterráneo, conocida como «Operación Antorcha». Stalin escuchó atentamente y con creciente excitación. «¡Que Dios haga prosperar esa empresa!», dijo. Hizo algunas preguntas y resumió brevemente los aspectos más importantes de la operación. «Me impresionó hondamente su extraordinaria exposición —escribió Churchill—. Demostraba que el dictador ruso era capaz de dominar rápida y completamente un problema nuevo para él. Pocas personas podrían haber comprendido en tan pocos minutos los problemas con los que nos habíamos enfrentado. El los vio al instante.»

En la reunión del día siguiente hubo más recriminaciones respecto al segundo frente. Un largo memorándum, firmado por Stalin, acusaba a los aliados de incumplir su compromiso de desembarcar en las costas francesas en 1942. Stalin afirmó que los británicos tenían miedo a los alemanes. Churchill, muy irritado, hizo una calurosa defensa de sus conciudadanos. Antes de que su discurso pudiera ser traducido, Stalin, inflexible, declaró que le gustaba el espíritu de la respuesta de Churchill. Hubo intercambios de palabras duras, pero también signos de la cordial camaradería que iba surgiendo entre ellos.

Stalin manifestó en repetidas ocasiones un sentido del humor burlesco. Cuando al hablar sobre la «Operación Antorcha» Churchill hizo hincapié en la vital necesidad de mantenerlo en secreto, Stalin, con una franca sonrisa, dijo que esperaba que no apareciera nada en la prensa británica. Molotov se vio en un aprieto por una broma de Churchill, quien aseguró que aquél se había tomado un día libre en Washington y había ido a Nueva York. Stalin rió con ganas. «No es a Nueva York adonde fue —dijo—. Fue a Chicago, donde viven los demás gánsters.» Churchill habló del genio militar del duque de Marlborough como estratega

que había puesto fin a la amenaza contra la libertad de Europa, una amenaza tan grande como la de Hitler. Stalin le escuchó y después comentó jocosamente: «Creo que Inglaterra tuvo un general más destacado en Wellington, que derrotó a Napoleón, la mayor amenaza de todos los tiempos.» Continuó hablando, dando muestras de conocer profundamente las guerras napoleónicas y en particular la campaña de Wellington en España, que era especialmente relevante en relación con el segundo frente, ahora erigido por los rusos.

Tras una cena oficial en el Kremlin el 14 de agosto de 1942, se celebró una última reunión más informal la tarde siguiente. Churchill estaba a punto de marcharse, cuando Stalin le propuso que fueran a su apartamento para tomar una copa de despedida. Se dirigió a través de los pasillos a una calle estrecha, todavía dentro del Kremlin, y entró en otro edificio, seguido de Churchill y de A. H. Birse, intérprete británico, y de algunos miembros de la NKVD. El apartamento de Stalin constaba de comedor, despacho, dormitorio y un gran cuarto de baño, todo sencillamente amueblado. No había muestras de lujo. Un ama de llaves de avanzada edad estaba poniendo la mesa. Svetlana, la hija de Stalin, que tenía por entonces quince años, entró en la habitación, besó a su padre y fue presentada a Churchill. Este advirtió en Stalin «una mirada risueña, como para decirme —pensé yo—: “Ya ves, incluso los bolcheviques tienen vida familiar”». Molotov se unió a ellos, y la agradable velada se prolongó hasta las 2:30 horas. Al amanecer, Churchill abandonaba Moscú con destino a Londres.

26. La recuperación rusa

Al acercarse el ataque a Stalingrado, Hitler comenzó a atribuir a la ciudad una importancia que sobrepasaba en mucho su valor estratégico y económico. Era la ciudad de Stalin, el símbolo de la Rusia soviética. Llegó a obsesionarle de tal manera la toma de Stalingrado, así como la humillación y la derrota de su gran enemigo, que perdió de vista su estrategia. Rechazó airadamente el consejo del jefe de Estado Mayor, que proponía interrumpir la ofensiva antes de que comenzara el invierno. No atendía a razones, y expuso a sus ejércitos del este a una desastrosa derrota que marcó el comienzo del derrumbamiento alemán.

Stalin insistió en defender Stalingrado a toda costa. Tal vez la consideraba como el símbolo de su propia autoridad. Quizá también temía que, tras la larga sucesión de derrotas, sólo mitigada por la batalla de Moscú, la caída de Stalingrado dañaría seriamente la moral rusa en los frentes y en la retaguardia. Pero la razón principal de su decisión de defender Stalingrado era estratégica. Estaba convencido de que la toma de la ciudad era parte de un plan alemán para rodear Moscú desde el este, aislando la ciudad del Volga y de los Urales, y conquistarla para acabar la guerra en 1942. El avance alemán para ocupar los centros petrolíferos de Grozny y Bakú tenía, según creía Stalin, la intención primordial de distraer a la Stavka rusa de la defensa de Moscú. En realidad se equivocaba respecto a las intenciones de Hitler, y permaneció durante un tiempo sin saber que el asalto a Moscú había sido aplazado.

El 23 de agosto, los alemanes iniciaron la fase final del ataque a Stalingrado. Stalin estaba tenso y malhumorado por estas fechas. Evidentemente le carcomían las dudas sobre el espíritu combativo y la competencia de los defensores de la ciudad. Envió un radiomensaje a Eremenko pidiéndole que resistiera: «Las fuerzas enemigas empleadas no son numerosas y cuentan con recursos suficientes para aniquilarlas; reúne las fuerzas aéreas de los dos frentes, moviliza los trenes blindados y hazles avanzar por la línea de circunvalación de la ciudad; confunde al enemigo con humo y atácale de noche y de día utilizando todos los cañones y obuses que tengas. Sobre todo, ¡no te dejes dominar por el pánico! ¡No tengas miedo a ese insolente enemigo y no pierdas la fe en la victoria!»

Cuando se cursó este mensaje, Stalingrado estaba ya en llamas a causa de las bombas incendiarias. Las comunicaciones entre el frente y Moscú fueron interrumpidas. Vasilevsky, enviado especialmente en representación de la Stavka para supervisar las operaciones, fue incapaz

de ponerse en contacto telefónico con Stalin para darle el informe diario correspondiente al 23 de agosto. Cuando consiguió comunicar, durante la noche del día 24, se encontró con un torrente de «críticas insultantes, desagradables y en gran parte inmerecidas, no sólo dirigidas contra el jefe de Estado Mayor General, sino también contra todos los jefes del ejército». Vasilevsky consiguió con dificultades convencer al jefe supremo de que la ciudad seguía en poder de los rusos.

Dominado por la desconfianza hacia los jefes del frente occidental, Stalin hizo llamar a Zukov, destinado allí, y el 27 de agosto le nombró jefe supremo adjunto. Al parecer, en esta época la parte crucial del suroeste del frente de Stalingrado fue sustraída al control de Eremenko y de Kruschev, y pasó a ser dirigida desde Moscú.

Luchando con gran valentía y decisión, los alemanes seguían avanzando. Encontraron una heroica resistencia de los defensores rusos. La escasez de armas y de equipamiento había contribuido a anteriores derrotas rusas, pero desde finales de verano se recibían cada vez más armamentos de las fábricas instaladas más allá de los Urales. Las tropas de reserva se estaban concentrando también al este del Volga. Los invasores, lejos de su país, comenzaban a sufrir la escasez de material, y sus soldados estaban siendo diezmados en la encarnizada lucha.

El 13 de septiembre, los alemanes llevaron a cabo una tentativa de capturar la colina Mamai, en el centro de la ciudad. La situación de los defensores rusos se hizo crítica. Stalin ordenó inmediatamente que entrara en acción la décimotercera división de guardias de Rodimtsev. Los hombres de Rodimtsev rechazaron al enemigo y recuperaron la colina.

Stalin seguía de cerca la guerra. Recibía informes diarios de Zukov y de otros jefes del frente. Autorizó el envío de refuerzos y dio orden de realizar contraataques. El 12 de septiembre ordenó a Zukov que se trasladara a Moscú para discutir la situación. Zukov informó sobre los efectivos de las posiciones enemigas, y Vasilevsky comunicó que unidades alemanas de refresco llegaban al sector de Stalingrado procedentes de la zona de Kotelnikovo.

«¿Qué necesita el frente de Stalingrado para poder aplastar el corredor enemigo y unirse al frente suroccidental?», preguntó Stalin.

«Como mínimo un cuerpo de ejército completo, tres brigadas de tanques, y al menos cuatrocientos obuses. Además, cuando se vaya a llevar a cabo la operación, será necesaria la concentración adicional de no menos de un cuerpo de ejército de aviación», respondió Zukov. Vasilevsky se mostró de acuerdo con este cálculo.

Stalin escuchó atentamente. Eran hombres cuyas opiniones respetaba. Sacó el mapa en el que figuraban las posiciones de las reservas del cuartel general, y lo estudió en silencio.

Zukov y Vasilevsky se separaron de la mesa de trabajo y, hablando en voz baja, admitieron que al parecer tendrían que encontrar «alguna otra solución». «¿Qué otra solución?», preguntó súbitamente Stalin levantando la vista del mapa.

Zukov quedó sorprendido; no se había dado cuenta de que Stalin tenía un oído finísimo. Se acercaron a la mesa y hablaron brevemente



Cartel de propaganda soviético destinado a estimular una mayor productividad de las industrias de guerra. Superar en armamento a los alemanes era una de las claves de la victoria. Biblioteca de Nanterre.

sobre una operación a gran escala. Entonces Stalin les envió a la sede del Estado Mayor para que prepararan un plan y se lo comunicaran a las nueve de la noche del día siguiente.

Considerando las posibles variaciones de la estrategia, Zukov y Vasilevsky acordaron finalmente un plan. Continuarían desgastando al enemigo con la activa defensa de Stalingrado y mientras prepararían una contraofensiva a gran escala.

La noche siguiente, al darles la mano cuando se presentaron en su despacho, Stalin exclamó airadamente: «Mientras cientos de miles de soviéticos están dando la vida en la lucha contra el fascismo, Churchill discute por una veintena de Hurricanes, y esos aviones son una porquería: ¡a nuestros pilotos no les gustan!» Y después continuó hablando tranquilamente: «Bueno, ¿qué pensáis? ¿Quién va a informar?»

Era, según manifestó Zukov, respaldado por Vasilevsky, el comienzo de la gran contraofensiva, llamada «Operación Urano». Estaba planeada como un movimiento de pinza por dos avances con fuerzas blindadas: uno desde el norte por el frente suroccidental de Vatutin y el frente del Don de Rokossovsky, y el otro desde el sur por el frente de Stalingrado al mando de Eremenko.

Zukov y Vasilevsky hicieron frecuentes viajes en avión entre la región del Don-Volga y Moscú para consultar a Stalin, y en etapas posteriores de la planificación, para informar a los jefes del frente. Al cabo de unos sesenta días a partir de la concepción del plan, los rusos tenían concentrados en la zona Stalingrado-Don un total de un millón de hombres, respaldados por 13.500 cañones y morteros, y más de 300 baterías de obuses, así como unos 1.100 aviones. Fue una brillante operación en cuanto a su organización y planificación, llevada a cabo por Zukov y Vasilevsky, bajo la activa dirección de Stalin en todo su desarrollo; el colofón fue una resonante victoria.

Stalin controló personalmente la organización y las reservas de la fuerza aérea. Todas las fuerzas aéreas tácticas fueron trasladadas a los frentes en el verano de 1942. Cada vez en mayor medida, sin embargo, las fuerzas aéreas de los frentes eran combinadas para realizar ataques aéreos especiales, y el representante de la Stavka que supervisaba estas operaciones hacía un informe personal diario para Stalin. Las reservas aéreas de la Stavka eran limitadas al principio, pero Stalin las consolidó cuidadosamente. Nikitin, comandante en jefe adjunto de las fuerzas aéreas, escribió que Stalin vigilaba la producción de aviones, «anotando diariamente en un cuaderno» las entregas de nuevos aviones, y asignaba personalmente el equipamiento a las fuerzas aéreas. Habiendo comprobado la efectividad de la Luftwaffe, atribuyó la máxima importancia al apoyo aéreo para la ofensiva de Stalingrado. Tan sólo cinco días antes de la fecha en que debía comenzar la operación, estaba dispuesto a suspenderla temporalmente si las fuerzas aéreas no contaban aún con el número adecuado de aviones.

Zukov y Vasilevsky fueron encargados de coordinar los frentes para la ofensiva. El 17 de noviembre de 1942, sin embargo, Stalin apartó de esta responsabilidad a Zukov y le envió a preparar los ataques que harían en el norte en el frente Kalinin y el frente occidental, así como para impedir que el grupo central del ejército alemán pudiera desplazar fuerzas para ayudar a Paulus en Stalingrado y a Manstein en el sur.

A Vasilevsky le correspondió la grave responsabilidad de coordinar los tres frentes en Stalingrado. Le sorprendió, al hacer su informe telefónico diario a Stalin, recibir el 17 de noviembre la orden de regresar inmediatamente a Moscú. Stalin había recibido una carta personal de Volsky, jefe del IV Cuerpo Mecanizado, en la que opinaba que «el plan era poco realista y destinado al fracaso». Volsky, que había dirigido el 37.º Regimiento de Caballería, era conocido y respetado. Stalin pidió opinión a Vasilevsky. Este respondió con firmeza que la ofensiva estaba correctamente planeada y que debería llevarse a cabo. Stalin habló inmediatamente por teléfono con Volsky y «ante el asombro de todos los presentes», no le destituyó ni siquiera le reprochó su falta de confianza, sino que habló afablemente y le tranquilizó. Stalin dijo entonces a Vasilevsky que olvidara el incidente, y añadió que la decisión final respecto a Volsky se tomaría de acuerdo con su actuación de los próximos días. Volsky se distinguió en su actuación, y fue nombrado posteriormente jefe del 5.º Ejército de Tanques.

La gran responsabilidad del jefe del Estado Mayor General era más complicada aún para Vasilevsky por el hecho de que Stalin le enviaba con frecuencia a los frentes. Vasilevsky trató de encontrar un adjunto, pero esto presentaba dificultades especiales. Stalin era una persona cautelosa y desconfiada, particularmente con las caras nuevas. En mayo de 1942 Vasilevsky sugirió que Vatutin, por entonces jefe de Estado Mayor del frente noroccidental, fuera trasladado a Moscú. «Para qué —preguntó Stalin—. ¿No hace un buen papel en el frente?» Poco después, sin embargo, Vatutin fue nombrado jefe del frente Voronez.

Vasilevsky buscó de nuevo. Finalmente eligió a A. I. Antonov, antiguo oficial en el ejército zarista y por entonces jefe del Estado Mayor del frente norte del Cáucaso. Zukov le describió como un «general incomparablemente capaz y hombre de gran cultura y encanto». Stalin aceptó el nombramiento a regañadientes. Pero el desafortunado Antonov se encontró con que Stalin evitaba tratar los asuntos directamente con él. Pidió ser relevado de su puesto y, a pesar de la intervención de Vasilevsky, fue enviado al frente Voronez como representante adjunto de la Stavka. Sus servicios allí fueron tan meritorios, que tres meses después estaba de vuelta en Moscú en calidad de jefe adjunto del Estado Mayor General. Stalin ya aceptaba el trato directo con él.

La mañana del 19 de noviembre, Vatutin y Rokossovsky lanzaron el ataque desde el norte. Al día siguiente, con algunas horas de retraso debido a la intensa niebla, Eremenko iniciaba el avance desde el sur. El 23 de noviembre se unieron cerca de Kalach, rodeando al 6.º Ejército alemán y un cuerpo del 4.º Ejército Motorizado.

Stalin ordenó inmediatamente a Vasilevsky que se concentrara en el lanzamiento de la «Operación Saturno», que implicaba una decidida ofensiva para formar un segundo anillo alrededor del enemigo atrapado en Stalingrado. Las fuerzas rusas tenían que ocupar entonces la totalidad del territorio dentro del espacio Don-Donetz, de manera que, con Rostov en poder de los rusos, quedara cerrada para los alemanes la ruta de retirada por el Cáucaso.

Dos días después, Vasilevsky pidió directamente a Stalin por teléfono, desde el frente suroccidental, que se reforzaran los frentes suroccidental y Voronez en prevención de los contraataques alemanes. Los refuerzos que proponía eran numerosos, pero Stalin se mostró conforme en que eran necesarios. Entonces dio instrucciones a Vasilevsky para que se concentrara en el frente del Don y en el de Stalingrado. Vatutin sería el responsable de las líneas del círculo exterior hasta el Chir, y Eremenko estaría a cargo del resto del círculo. Vasilevsky estaba obviamente desconcertado por estos cambios en sus responsabilidades. Pidió sus instrucciones por escrito, y Stalin se las envió inmediatamente por télex.

Los alemanes reorganizaron apresuradamente sus fuerzas en el sur, y el grupo del ejército del Don, al mando del mariscal de campo Mansstein, por medio de una hábil táctica, consiguió avanzar hasta encontrarse a menos de cuarenta kilómetros de las líneas de Paulus. Este no intentó avanzar y unirse a él probablemente porque Hitler le había ordenado mantener su posición. Las fuerzas rusas detuvieron el avance ale-

mán. El 24 de diciembre, una contraofensiva aprobada por Stalin el 14 del mismo mes obligó a Manstein a retroceder a Kotelnikovo, y después cien kilómetros más hacia el suroeste. Manstein cedió en su tentativa de liberar a Paulus. Intentó entonces proteger el espacio comprendido entre Rostov y Taman para que las fuerzas alemanas que se encontraban en el Cáucaso y en el Kubán pudieran escapar.

Al oeste, la «Operación Saturno», modificada debido a la ofensiva de Manstein y llamada ahora «Pequeña Saturno», lograba éxitos, ya que se hizo un avance de doscientos cuarenta kilómetros en cinco días. En el norte, las ofensivas coordinadas de Zukov consiguieron expulsar a los alemanes del saliente Vyazma y abrieron una brecha de unos diez kilómetros en las líneas enemigas que bloqueaban Leningrado.

En una reunión del Comité General de Defensa a últimos de diciembre, Stalin señaló que un solo hombre debería dirigir la destrucción final de las fuerzas enemigas rodeadas en Stalingrado, y había dos jefes en el frente. «¿A quién encomendamos la misión?», preguntó. Alguien propuso a Rokossovsky. Stalin se volvió a Zukov, quien respondió que ambos jefes eran válidos, pero que Eremenko se sentiría herido si se nombraba a Rokossovsky. «No son momentos para sentirse herido», respondió secamente Stalin, y dijo a Zukov que informase a Eremenko de la decisión. Eremenko se sintió extremadamente ofendido y trató de telefonear a Stalin, pero Poskrebychev le dijo que hablara con Zukov; finalmente Zukov trató de interceder. A Stalin no le agradó, y ordenó cursar una orden mediante la que se colocaban los tres ejércitos del frente de Stalingrado a las órdenes de K. K. Rokossovsky. La orden fue cursada el 30 de diciembre.

Paulus y sus tropas rechazaron dos llamadas a la rendición. Pero completamente aislados y sin provisiones, no tenían esperanzas de sobrevivir y, finalmente, se rindieron el 2 de febrero. Zukov declaró que las pérdidas totales del enemigo en la zona comprendida entre el Volga, el Don y Stalingrado ascendían a un millón y medio de hombres, tres mil quinientos tanques, doce mil cañones y tres mil aviones. Las pérdidas rusas fueron probablemente muy superiores. Fue una batalla decisiva, en la que tanto rusos como alemanes lucharon encarnizada y valientemente, y supuso un giro decisivo en el curso de la guerra.

El 4 de febrero de 1943, Rokossovsky y Voronov fueron llamados al Kremlin. Stalin les saludó cordialmente y les felicitó por la victoria. como comentó Rokossovsky, ésta fue una de las ocasiones en las que Stalin «podía literalmente encantar a una persona con su amabilidad y sus atenciones». ¹⁶⁵

Mientras se desarrollaba la batalla de Stalingrado, Stalin tuvo que hacer frente a problemas familiares. Había tratado de ser un buen padre para sus hijos, Vasily y Svetlana, pero inevitablemente había estado alejado de sus vidas, y también había cometido errores comunes a muchos padres. Había sido estricto con su hijo, tratando de educarle como un ciudadano disciplinado y trabajador. Vasily se convirtió en un joven perezoso, hedonista y dado a la bebida. Su madre había sido muy condescendiente con él, y desde su muerte no habían faltado personas dese-

sas de adular al hijo de Stalin. A la edad de veinticuatro años fue nombrado general del Ejército del Aire, ascenso probablemente no alentado por Stalin, pero no se le confiaron responsabilidades en el frente. Había hecho intentos esporádicos para ajustarse a la imagen de lo que se esperaba de él, pero al carecer de talento y personalidad, siempre terminaba metido en juergas y entregado a la bebida y a otros malos hábitos. Al ver que no había nada que él pudiera hacer, Stalin, aparte de algunas ocasionales explosiones de ira, se desentendió de él.

Svetlana, que se había convertido en una preciosa pelirroja, era su gran consuelo. Pero iba al colegio, y durante los dramáticos meses de la guerra en los que estaba ocupado durante toda la noche, aprovechando breves descansos para dormir en el sofá de su despacho, la veía poco. Sus paseos por los bosques de Zubalovo y las comidas juntos pertenecían al pasado, y Stalin echaba de menos su compañía. Era una chica emotiva que vivía una vida tranquila entregada al estudio y a visitar a los amigos, siempre acompañada por el guardián de su padre, perteneciente a la NKVD, el general Vlasik. La sombra de la posición de su padre la envolvía, y ella se sentía prisionera.

Un día, en octubre de 1942, Svetlana se encontraba en la dacha de Zubalovo, donde su hermano había invitado a varios amigos. Entre ellos estaba Aleksei Kapler, productor cinematográfico de más de cuarenta años de edad, casado y judío. Svetlana se encaprichó profundamente con él, que era amable, paternal y muy inteligente. Aleksei le traía libros, especialmente novelas de Hemingway, que eran difíciles de conseguir y ávidamente leídas en la Rusia soviética. Fueron juntos a proyecciones privadas en el Ministerio de Cinematografía, donde vieron películas como «Blancanieves y los siete enanitos», de Disney, y las primeras clásicas de Hollywood. Abrumada por las atenciones de este cultivado hombre de mundo, pensó que estaba enamorada de él. Kapler, parece ser que estaba cautivado por esta chica solitaria de dieciséis años, hija de Stalin, y por su ávida curiosidad hacia los libros, la música y el cine. Era una relación inocente.

Stalin fue informado por la NKVD de la nueva amistad de su hija, lo que le inquietó profundamente. Puritano en asuntos de moral personal, sospechaba lo peor y no entendía cómo su hija podía haberse permitido a sí misma sentirse atraída por este judío de mediana edad, que debería haber estado en el frente, como todos los auténticos hombres, en lugar de entretenerse con películas y tratando de seducir a las chicas jóvenes. Si su esposa hubiera vivido, ella podría haberse encargado del asunto. Estuvo a punto de hablar con su hija en varias ocasiones, pero Stalingrado y la gran contraofensiva exigían toda su atención.

Súbitamente, la mañana del 3 de marzo, cuando Svetlana se preparaba para ir a clase, Stalin irrumpió en la habitación. Estaba enfurecido, y tanto su hija como la institutriz le miraron aterrorizadas. «¿Dónde, dónde están todas? —exclamó—. ¿Dónde están todas esas cartas de tu “escritor”? Lo sé todo, tengo aquí grabadas todas tus conversaciones telefónicas —dijo mientras golpeaba un bolsillo— Está bien. Dámelas. ¡Tu Kapler es un espía británico! ¡Está detenido!»

Svetlana tomó del escritorio las cartas, fotografías dedicadas, cuadernos y el nuevo guión de la película sobre Sostakovic que Kapler le había dado, y se los entregó a su padre.

«¡Pero yo le quiero!», se quejó por fin. «¡Amor!», gritó Stalin y, por primera vez en su vida, le dio dos bofetadas. «Mira, institutriz, lo bajo que ha caído. Una guerra así se está desarrollando y ella está todo el tiempo ocupada en...»

Habló con amargura e irritación. Había perdido a su hija por un cineasta de mediana edad. Indudablemente estaba sobreexcitado por la tensión de meses de largas horas de trabajo bajo las presiones de la guerra; pero era también un hombre solitario y aislado que se sintió probablemente traicionado. A su manera, su hija le había traicionado al igual que lo había hecho su madre. Durante meses, padre e hija estuvieron enfadados y no se veían. Kapler fue condenado a una pena de cinco años de prisión en Vorkuta, donde se le permitió trabajar en el teatro.

Impaciente por liberar todo el territorio ruso después de la batalla de Stalingrado, Stalin ordenó avanzar en un frente amplio. Lo que se perseguía era que el Ejército Rojo alcanzara el Dnieper en la primavera de 1943. Este objetivo era demasiado ambicioso, pero en muchos frentes la ofensiva de invierno consiguió importantes resultados.

La victoria de Stalingrado y los rápidos avances a lo largo de todo el frente habían originado un exceso de confianza entre los jefes. Stalin participaba también del júbilo general, afirmando en la orden del día del 7 de noviembre de 1942 que pronto «habrá fiesta en nuestras calles». ¹⁶⁶ Pero sabía que el excesivo optimismo era peligroso. Había que tener cuidado no sólo con las fuerzas armadas, sino también con la población civil, exultantes tras las victorias y la liberación de territorios ocupados.

El 23 de febrero de 1943, al cumplirse el vigésimo cuarto aniversario de la creación del Ejército Rojo, la orden del día de Stalin proclamaba: «El enemigo ha sufrido serias derrotas, pero todavía no ha sido vencido», e hizo un llamamiento al ejército, la armada y las fuerzas aéreas soviéticas para que redoblaran sus esfuerzos.

La advertencia fue oportuna. Manstein lanzó el 19 de febrero una contraofensiva. Avanzando hacia el Nordeste recuperó Jarkov y Belgorod, y pronto amenazó el frente central de Rokossovsky, pero entonces sus tropas fueron detenidas.

Hacia finales de marzo se produjo una interrupción en la lucha que duró hasta primeros de julio de 1943. Fue un periodo de intensos preparativos para la campaña de verano. La ciudad de Kursk iba a ser el escenario de este crucial pulso de fuerzas. Teniendo en su poder Orel al norte y Belgorod al sur, los alemanes creían estar en una posición segura para llevar a cabo un movimiento de pinza decisivo, que les hiciera recuperarse de las pérdidas del invierno de 1942-43.

La industria soviética, sin embargo, había conseguido sorprendentes resultados desde la gran evacuación de otoño e invierno de 1941-42. La expansión industrial produjo una mejora sustancial en el equipamiento del Ejército Rojo. Más aún, las fuerzas rusas no sólo eran ahora superiores en cantidad, sino también en calidad.

Stalin se interesó directamente en los avances técnicos de las armas, y, desde luego, su aprobación era necesaria antes de que cualquier prototipo o cualquier cambio se introdujeran en la cadena de producción. El tanque medio T-34 y el tanque pesado I. S. eran, en opinión de los rusos, los tanques más efectivos en la guerra, y la mayoría de los oficiales alemanes admitían su superioridad. La artillería rusa, y especialmente la artillería de obuses, tenían una devastadora potencia. En 1943 los rifles y las metralletas rusas tenían una mayor resistencia y un mayor índice de repetición. Los principales diseñadores de aviones, Tupolev, Yakovlev y Lavochkin, que informaban directamente a Stalin de su trabajo, producían aparatos más efectivos y gradualmente consolidaron bajo el control del máximo dirigente una poderosa fuerza aérea. La principal deficiencia era el transporte motorizado, lo cual fue parcialmente suplido por el envío de camiones y jeeps americanos.¹⁶⁷

La guerra forjó una nueva generación de jefes jóvenes y dinámicos. Una gran proporción de los oficiales y de los soldados mejor preparados del Ejército Rojo se perdieron en 1941-42, pero en 1943 ésta pérdida fue compensada por hombres con experiencia en la batalla. Los nuevos generales eran en su mayoría menores de cuarenta años, y en su manera de pensar lo profesional primaba sobre lo político. Ejemplo de esto era el general Cherniajovsky, que mandaba un cuerpo de tanques al comienzo de la guerra, y en la primavera de 1944, a la edad de treinta y seis años, fue nombrado jefe del tercer frente de Bielorrusia. Cuando Rokossovsky pidió el traslado de Zaporozets, un viejo bolchevique de prestigio, miembro político del sexto ejército, porque Cherniajovsky no se entendía con él, Stalin destituyó inmediatamente a Zaporozets. Eran hombres como Cherniajovsky los que podrían llevar a cabo acciones decididas y aceptar la responsabilidad, y eran los profesionales a los que Stalin había promocionado.

A medida que se acercaba el verano de 1943, la concentración de fuerzas y armamentos, tanto rusos como alemanes, en Kursk aumentaba de intensidad. Stalin se mostraba cada vez más tenso y preocupado en el transcurso de esas semanas. Su obsesión, compartida por Zukov, era todavía la defensa de Moscú. Ambos consideraban que la estrategia alemana podría ser atacar el noreste desde Kursk y rodear la capital desde el este. Pero el problema inmediato era decidir si lanzar un ataque inicial contra las posiciones alemanas al norte y al sur del saliente. Stalin recibió propuestas contradictorias de los altos mandos. Su propio instinto siempre le empujaba a atacar, pero ahora dudó. El 12 de abril de 1943 convocó una reunión para considerar la táctica a adoptar. Zukov, Vasilevsky y el Estado Mayor se mostraron contrarios a tomar la iniciativa en el ataque; las fuerzas soviéticas deberían dejar que el enemigo atacara y se desgastara contra las inexpugnables defensas de Kursk. Stalin, sin embargo, no estaba seguro ni siquiera ahora de la capacidad del Ejército Rojo para resistir un masivo ataque alemán. Las ofensivas rusas habían tenido éxito contra los alemanes durante el invierno, pero una ofensiva en verano podría presentar problemas imprevistos. En la reunión escuchó las diferentes opiniones, pero no tomó ninguna decisión.

Vatutin desde el frente central, apoyado por Kruschev, comenzaron a presionar para que se llevara a cabo una ofensiva inicial. Rokossovsky, desde el frente Voronez, dio un informe en el que mantenía que convenía dejar atacar primero al enemigo y que rompiera sus fuerzas contra las posiciones soviéticas. Las presiones sobre Stalin para que tomara una decisión eran cada vez mayores. Vasilevsky escribió que fueron necesarios los esfuerzos de Zukov, Antonov y él mismo para disuadir al jefe supremo de que adoptara las repetidas propuestas de Vatutin para pasar a la ofensiva.

De acuerdo con Zukov, Stalin tomó a mediados de mayo la firme decisión de esperar el ataque alemán. La respuesta a este ataque se haría con fuego de todo tipo desde las defensas en profundidad, con ataques aéreos y con contragolpes de las reservas operativas y estratégicas; después de debilitar al enemigo, se lanzaría una contraofensiva en dirección a Belgorod-Jarkov y a Orel.

La larga espera por el inicio de la ofensiva enemiga tenía a todo el mundo en tensión. Este fue el factor subyacente a una escena violenta en el despacho del Kremlin, cuando Stalin perdió los nervios. Recibió una carta, escrita por un grupo de pilotos de combate, en la que se quejaban de que el material utilizado en las alas de los interceptores Yak-9 hacía que éstas se rompieran en vuelo. Inmediatamente Stalin mandó llamar a Vasilevsky, Voronov y Yakovlev, el diseñador. Les increpó y les llamó «hitlerianos». Yakovlev, que había mantenido una larga y estrecha relación con Stalin, escribió que jamás le había visto con un ataque de ira semejante, y que incluso él temblaba de miedo. Se comprometieron a que todos los aviones estuvieran reparados en un plazo de dos semanas. Era una empresa imposible, pero que pareció calmar a Stalin, que, no obstante, ordenó que la oficina del fiscal militar investigara el asunto y descubriera a los responsables traidores.¹⁶⁸

A primeras horas del 5 de julio los alemanes atacaron, avanzando al sur desde Orel y al norte desde Belgorod, en un intento de rodear el frente central soviético y el frente Voronez dentro del saliente de Kursk. Los combates fueron intensos durante ocho días. Se produjo un enfrentamiento de tanques y artillería a una escala desconocida en la historia de la guerra. Las fuerzas alemanas sufrieron pérdidas cuantiosas y no pudieron romper las posiciones rusas. El 13 de julio Hitler dio orden de interrumpir la ofensiva.

La contraofensiva rusa fue lanzada el 12 de julio, tan pronto como el empuje alemán perdió fuerza. En una reunión de los jefes del ejército del frente y del Estado Mayor General convocada por Stalin en su despacho del Kremlin días antes, Antonov hizo una clara exposición de los planes de acción. Stalin hizo algunas preguntas y dio su aprobación. Bagramian, entonces al mando del 11.º Ejército de Guardias, quería proponer modificaciones al plan en lo que afectaba a su papel en el flanco izquierdo. No se atrevía a hablar en presencia del jefe supremo. Todos recogían sus mapas y la reunión parecía haber terminado cuando Stalin preguntó súbitamente si alguien tenía alguna observación que hacer. Al pedir Bagramian la palabra, Stalin le miró con una expresión de sorpre-

sa en el rostro y le dijo que hablara. Bagramian estaba tan nervioso que tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Todos los presentes extendieron de nuevo los mapas. Expuso su punto de vista sobre el papel que debería jugar su ejército en la ofensiva, y los cambios que él recomendaba. A sus palabras siguió un silencio absoluto. Bagramian esperaba que sus propuestas, hechas por un jefe de cuerpo del ejército, fueran rechazadas por el jefe supremo, el Estado Mayor General y los jefes del frente, a los que él llamaba la «gran trinidad». Stalin y los demás estudiaron la situación en el mapa, y a continuación Stalin le dijo que sus propuestas quedaban aceptadas aunque con algunos pequeños retoques.

Según Zukov y Vasilevsky, Stalin siempre estaba dispuesto a oír opiniones contrarias a las suyas, con tal de que se basaran en hechos y fueran presentadas con lucidez. Pero su actitud hacia el Estado Mayor General y hacia los jefes cambió después de las brillantes contraofensivas en Stalingrado. Llegó incluso a declarar que los jefes del frente deberían decidir ellos mismos el momento de llevar a cabo las contraofensivas. Sin embargo, tenía profundamente arraigado el hábito del mando, y siempre controlaba las acciones.

Durante la contraofensiva desde el saliente de Kursk presionaba constantemente a Zukov, a Vasilevsky y a los jefes del frente para que atacaran sin dilación. Hacia finales de julio, ambos hombres insistieron con firmeza en que los frentes Voronez y Steppe necesitaban ocho días para reabastecerse antes de lanzar los contraataques. Stalin cedió finalmente ante su insistencia en que el plan podría fracasar debido al apresuramiento. Zukov escribió más adelante: «Actualmente, después de la muerte de Stalin, se acepta la idea de que nunca aceptó el consejo de nadie y que decidió por sí mismo las cuestiones sobre política militar. No estoy de acuerdo con eso. Cuando advertía que la persona que le informaba sabía de qué estaba hablando, le escuchaba, y conozco casos en los que reconsideró sus propias decisiones y opiniones. Esto ocurrió en muchas operaciones.»

La estrategia en el sur, después de que el enemigo hubiera sido aplastado en Belgorod-Jarkov, fue enfocada desde puntos de vista contradictorios. Stalin rechazó las propuestas planteadas por Vatutin y apoyadas por Krushev de que los frentes occidental, suroccidental y Voronez presionaran hacia el sur hasta Ucrania para recuperar las zonas industriales y agrícolas, y desde allí preparar la invasión de Rumania y Hungría. Se opuso a esta estrategia porque dejaría a Kiev en manos del enemigo y porque el grupo central del ejército alemán, situado a unos trescientos kilómetros de Moscú, debía ser atacado. Su propia estrategia, que fue adoptada, consistía en atacar desde Poltava para recuperar Kiev y después avanzar con el fin de separar el grupo central del grupo sur del ejército alemán, amenazando así con rodear a ambos grupos. Esta estrategia iba a proporcionar la base para las grandes victorias rusas en la Europa central y suroccidental en 1943-44.

La nación estaba entusiasmada con la victoria de Kursk y con las contraofensivas. La moral de las tropas se transformó, y ya no se ha-

blaba de que el enemigo era invencible. Las fuerzas rojas habían detenido en Stalingrado el avance alemán. En la batalla de Kursk no sólo habían acabado con la campaña de verano nazi, sino que además habían destruido la capacidad alemana para organizar otra ofensiva de envergadura. De aquí en adelante, los alemanes no hicieron más que retroceder, siguiendo una estrategia defensiva. Los rusos continuaron su empuje hacia el oeste con tremenda energía, con la confianza de que ahora eran invencibles.

Aunque compartía esta confianza con los jefes del Ejército Rojo, Stalin no subestimaba al Ejército alemán. Permanecía en guardia contra el exceso de optimismo y contra el relajamiento de la disciplina. Como jefe supremo controlaba estrechamente las operaciones, y no dudaba en censurar incluso a los jefes de más categoría. Zukov y Vatutin recibieron un telegrama escrito en tono enérgico cuando el frente Voronez fracasó en su intento de rodear al enemigo en Jarkov y sufrió numerosas bajas durante el contraataque alemán. Les acusaba de «disgregar fuerzas atacando en todas partes para cubrir el máximo de terreno posible».

Vasilevsky, recibió una severa reprimenda el 17 de agosto de 1943, en los siguientes términos:

«Mariscal Vasilevsky: son ahora las 3:30 horas del 17 de agosto y todavía no has estimado conveniente enviar a la Stavka un informe sobre el resultado de las operaciones del 16 de agosto y tu juicio sobre la situación... Casi todos los días olvidas esta obligación... De nuevo se te ha permitido ignorar tu responsabilidad para con la Stavka, al no informar. Es la última vez que te advierto que en el caso de que te permitas olvidar tu obligación serás destituido del cargo de jefe de Estado Mayor General y retirado del frente. I. Stalin.»

Vasilevsky, sorprendido por esta seria advertencia, sostuvo que nunca había dejado de enviar este informe, aunque por razones de peso el informe del 16 de agosto de 1943 llegó unas horas más tarde. Telefonó inmediatamente al Kremlin, a Antonov, quien le comentó que Stalin estaba disgustado por los resultados de las ofensivas. Añadió que el informe de Vasilevsky ya estaba en manos de Stalin cuando dictó el mensaje. Quizá se encontraba de mal humor, o consideraba que Vasilevsky se estaba volviendo poco exigente, o tal vez pretendía recordarle la autoridad del jefe supremo, y escribió más tarde que «el hecho de que no fuera benevolente con nosotros, iba en beneficio de la lucha armada».

En octubre de 1943, el Ejército Rojo cruzó el Dnieper por varios puntos. Kiev fue liberada el 6 de noviembre y Zitomir dos días después. El avance era menos espectacular en el norte, pero el 25 de septiembre se recuperó Smolensk, y Moscú quedó completamente libre de la amenaza de ataque. A finales de 1943 el Ejército Rojo ya había recuperado más de la mitad del territorio conquistado por los alemanes en su gran avance de 1941-42 en dirección este. Pero la mayor parte de Bielorrusia, la parte occidental de Ucrania y la zona del Báltico estaban aún en poder de los alemanes.

Según avanzaban los rusos hacia el oeste, liberando las tierras ocupadas por los alemanes, iban descubriendo pruebas del increíble salva-

jismo y de la bestialidad del trato dado por los alemanes a los prisioneros de guerra y a la población civil. Se habían publicado informes sobre las atrocidades del enemigo desde los comienzos de la guerra, pero la liberación de extensos territorios revelaba el alto grado de la brutalidad alemana. Los rusos, aunque acostumbrados a las purgas y a los campos de trabajos forzados, sintieron crecer dentro de sí un odio implacable hacia el enemigo.

Habían dejado morir de hambre a los prisioneros rusos. Esto se debía a las instrucciones de que las tropas alemanas tenían que alimentarse de la tierra ocupada y que todos los posibles excedentes debían ser enviados a Alemania, donde el racionamiento era muy severo. Pero esta política de exterminio también se justificaba sobre la base de que los rusos eran *Untermenschen*, una raza inferior a la que había que tratar como a animales, y que el sistema judeo-bolchevique debía ser destruido.

Se ha calculado que entre junio de 1941 y mayo de 1944 los alemanes hicieron unos 5.160.000 prisioneros en Rusia. De ellos 1.053.000 fueron finalmente liberados. Pero más de 3.750.000 personas fueron exterminadas en matanzas, por inanición o por quedar a la intemperie. Encerrados en recintos al aire libre, sin protección de ninguna clase y sin alimentos, perecían rápidamente en el intenso frío del otoño y del invierno. El número de civiles rusos, incluyendo mujeres y niños, que murieron así, ciertamente supera esa cifra; el número total de víctimas no se sabrá nunca.¹⁶⁹

Jarkov, la primera gran ciudad liberada, tenía normalmente una población de unos 900.000 habitantes que aumentaron hasta superar el millón debido a la entrada de personas que huían de los invasores. Según se acercaban los alemanes, miles de ellos huyeron hacia el este. Cuando la ciudad fue capturada se encontraban en ella unos 700.000 habitantes, y sólo la mitad de ellos sobrevivieron. De los demás, unos 120.000, principalmente jóvenes, fueron enviados a Alemania, a campos de trabajo. Entre 70.000 y 80.000 murieron de hambre y de frío. Unos 30.000 fueron ejecutados, de ellos unos 16.000 eran judíos. De los 114.000 habitantes de Orel, no fueron liberados más de 30.000. Los alemanes asesinaron a más de 12.000 y enviaron a los campos de trabajos forzados a más de 20.000.¹⁷⁰

Todas las ciudades y pueblos rusos ocupados sufrieron el mismo trágico destino. Primero eran asesinados los judíos, y después los rusos recibían un trato cruel. En Babyi Yar, cerca de Kiev, unos 100.000 judíos fueron asesinados. Los alemanes concentraban su fanatismo en los judíos y en los rusos. Trataron a los ucranianos y a los pueblos musulmanes de manera diferente, suponiéndoles enemigos reales o potenciales del régimen soviético. Tardíamente, hacia finales de 1942, hicieron algún intento de modificar el tratamiento de los prisioneros de guerra rusos, ofreciéndoles la alternativa de morir por inanición o por otros medios, o pasar a formar parte del llamado ejército ruso de liberación, o ejército Vlasov.¹⁷¹ La mayoría de los rusos se negaron a colaborar con este ejército y eligieron la muerte. En Dachau y otros campos de concentración, algunos lograron sobrevivir.

Con este telón de fondo, Stalin ordenó medidas draconianas contra todos los prisioneros de guerra rusos que sobrevivieran, así como contra los ucranianos y los musulmanes de todas las nacionalidades. Sabía que había elementos disidentes entre los rusos que escaparon a la red de depuraciones y que podrían ser convencidos o presionados por el enemigo para que lucharan contra la Rusia soviética. Todos los soldados y oficiales del Ejército Rojo sabían que su destino era el fusilamiento o la inanición, dada su condición de *Untermenschen*, si se dejaban capturar por los alemanes. A esto se le daba mucha publicidad entre ellos. Stalin no podía creer que ningún ruso depondría sus armas y se rendiría en tales condiciones. Consecuentemente consideraba que todos los rusos, de manera especial los oficiales, que eran hechos prisioneros «se habían rendido voluntariamente al enemigo traicionando a su país; y cada uno de ellos era un cobarde o un potencial colaborador que se merecía su destino. Si sobrevivía se le consideraba desprovisto de orgullo patriótico, o se presumía que existía alguna siniestra razón antisoviética para su supervivencia. Este era el severo razonamiento que se aplicaba para el tratamiento de los rusos que eran liberados o que regresaban de alguna manera a zona rusa. Eran interrogados y tenían que explicar por qué habían consentido en ser capturados en lugar de luchar hasta la muerte. Normalmente eran enviados a campos de trabajo, y se imponía a sus familias una pena de prisión de dos años.

Yakov, hijo del primer matrimonio de Stalin, de quien había renegado por alguna razón desconocida, entró en la academia militar de Frunze en 1935. Fue destinado como oficial al décimocuarto regimiento Howitzer y se trasladó con su unidad al frente de Bielorrusia al día siguiente al inicio de la guerra. En julio de 1941 fue hecho prisionero. Stalin, con sus obsesivas sospechas, se negó a creer que incluso Yakov hubiera sido tan vil como para rendirse. Se aferró a la idea de que alguien tenía que haberle engañado o traicionado. Llegó a creer que Iulya, esposa de Yakov, era la culpable, por lo que fue detenida en el otoño de 1941 y retenida en prisión hasta la primavera de 1943. Los alemanes identificaron a Yakov y trataron de dar a conocer el hecho de que se encontraba en su poder, pero Stalin se negó a cooperar en modo alguno.

Hacia finales del invierno de 1943-44, después de la batalla de Stalingrado, Svetlana hizo una de sus raras visitas a su padre. Cuenta que él le dijo: «Los alemanes nos han propuesto que intercambiamos a uno de sus prisioneros por Yasha. Quieren que haga un trato con ellos, pero ¡no lo haré! ¡La guerra es la guerra!». Su hija comentó: «Sabía por el tono de su voz que se encontraba molesto. No quería hablar más sobre el tema.»

En el verano de 1945, cuando la guerra ya había terminado, Svetlana visitó de nuevo a su padre, el cual mencionó a Yakov. «Los alemanes le ejecutaron —dijo Stalin—. Recibí una carta de condolencia de un oficial belga.» Svetlana advirtió que había hecho un esfuerzo para hablar y que no quería añadir nada más. Ella amaba a su hermanastro, y pensó que después de la muerte de éste su padre se sentía nostálgico y se daba cuenta en que había sido duro e injusto con él. Pero también es-

cribió que «era propio de mi padre desentenderse de los miembros de su familia, no pensar en ellos y actuar como si no existieran».

Los civiles hechos prisioneros por los invasores eran requeridos tras su liberación para que relataran sus actividades bajo la ocupación alemana y explicaran por qué habían sobrevivido cuando tantos otros habían perecido. Miles de civiles huyeron cuando se acercaba el enemigo y se unieron a movimientos partisanos o guerrilleros para luchar contra los alemanes, tal como había ordenado Stalin.

Hombres y mujeres valerosos formaron grupos partisanos que operaban detrás de las líneas enemigas. Tuvieron que soportar unas durísimas condiciones de vida y perecieron en gran número, pero en muchos lugares hicieron que el enemigo se mantuviera en continuo estado de alerta. Defendían a su patria, mientras que aquellos que eran capturados en nada contribuían y estaban quizá activa o pasivamente al lado del enemigo. La nación luchaba por la supervivencia. No había tiempo ni disposición para considerar problemas individuales. Todos tenían que estar preparados para luchar y para morir.

A medida que los alemanes avanzaban hacia el sur y en el Cáucaso, Stalin mostraba creciente preocupación por la lealtad de los pueblos cosacos y musulmanes. En la primera fase de la guerra tras la pérdida del oeste de Ucrania y de los Estados bálticos, la lucha había tenido lugar principalmente en el este de Ucrania y en territorio de la Gran Rusia, donde el pueblo, aunque no entusiásticamente prosoviético, era leal a Rusia. Pero Stalin estaba alerta ante los peligros del descontento. En agosto de 1941, como medida precautoria, los alemanes de la zona del Volga fueron deportados a Kazajstan y al norte de Siberia.¹⁷²

Los cosacos, desde los primeros tiempos del Estado moscovita, habían sido imprevisibles en sus reacciones. Sin embargo, en el siglo XIX habían mostrado una firme lealtad a los zares, y eran conocidos por su manera brutal de reprimir los levantamientos campesinos, las manifestaciones de los obreros y otras formas de agitación interna. Los cosacos, al igual que los pueblos musulmanes del Cáucaso y de Asia central, y los tártaros de Crimea, habían sido perjudicados en la campaña de colectivización y tenían motivos para ser antisoviéticos.

Los alemanes, sobreestimando el grado de descontento latente entre los cosacos, trataron inútilmente de organizarlos en un movimiento antisoviético. Los cosacos fueron excluidos de la condición de *Untermensch* y se les animó a que se alistaran en el ejército alemán. A finales de 1943 unos veinte mil cosacos, o que se hacían pasar por tales, luchaban en unidades con mando alemán. Sin embargo, éste era un pequeño porcentaje de la población cosaca del Kuban, el Terek y el Don, que en su mayoría resistió decididamente a los alemanes.

Respecto a los pueblos musulmanes, los alemanes adoptaron una política benévola, casi paternalista. Los Karachai, Balkars, Ingush, Chchen, Kalmucks y los tártaros de Crimea habían mostrado hasta cierto punto simpatías por los alemanes. Sólo la precipitada retirada de los alemanes de la zona del Cáucaso tras la batalla de Stalingrado impidió que organizaran al pueblo musulmán de manera efectiva contra los soviéti-

cos. Los alemanes se jactaban, sin embargo, de haber dejado detrás de ellos una fuerte «quinta columna» en el Cáucaso.

El hecho de que estos pueblos estuviesen dispuestos a traicionar a la Rusia soviética enfureció a Stalin, que se mostró absolutamente implacable para erradicar cualquier posible «quinta columna» que pudiera poner en peligro la retaguardia del Ejército Rojo. Estaba decidido a que no disfrutaran nunca de los beneficios de la victoria y a que fueran castigados. A finales de 1943 y en la primavera de 1944, el Soviet Supremo promulgó varios decretos ordenando la extirpación y deportación al este de las comunidades musulmanas. Los decretos se cumplieron de tal manera que las seis nacionalidades fueron casi exterminadas.¹⁷³

27. La Conferencia de Teherán

Stalin, Churchill y Roosevelt se reunieron por primera vez en Teherán hacia finales de noviembre de 1943. En palabras de Churchill, la reunión «probablemente representaba la mayor concentración de poder a nivel mundial que se hubiera producido jamás en la historia de la humanidad». Discutieron la estrategia inmediata para la guerra y la política a seguir después de la guerra para asegurar la paz y la estabilidad. Las conversaciones resultaron francas y cordiales, e hicieron concebir esperanzas de un estrecho entendimiento y cooperación en el futuro.

Las relaciones anglo-soviéticas habían estado sometidas a una severa tensión desde la visita de Churchill a Moscú en agosto del año anterior, cuando éste había comunicado a Stalin que no habría un segundo frente. A esta decisión aliada siguió la reducción en las entregas de armamento por los convoys del norte de Rusia. La armada británica cometió graves errores con el convoy PQ17, en lo que Churchill llamó «uno de los más tristes episodios navales de toda la guerra». En una carta fechada el 17 de junio, Churchill afirmaba que los convoys serían suspendidos durante algún tiempo, y Stalin respondió airadamente. Escribió una carta el 23 de julio de 1942 que, lejos de ser «dura y grosera», como Churchill la describió, era una protesta descarnada y digna, hecha en momentos en que el Ejército Rojo corría el peligro de sufrir una devastadora derrota en Stalingrado, y necesitaba desesperadamente los pertrechos de los aliados.

La visita de Churchill había propiciado un mejor entendimiento en su momento, pero a pesar de las vehementes afirmaciones del primer ministro, Stalin continuó sospechando que los británicos dejarían la lucha a los rusos mientras les fuera posible. Sus sospechas se agudizaron, y las relaciones anglo-rusas empeoraron a medida que se aproximaba la batalla de Stalingrado. Wendell Willkie, que visitaba Moscú como representante personal del presidente, comentó que Estados Unidos había querido establecer el segundo frente en 1942, pero que Churchill y el Estado Mayor británico habían presentado obstáculos. Poco después de su marcha, los órganos de propaganda soviéticos iniciaron una campaña antibritánica que reflejaba la profunda decepción de los rusos por la ausencia del segundo frente. Gran Bretaña fue también un chivo expiatorio adecuado de las derrotas rusas sufridas cuando el invasor barría Rusia y se aproximaba a Stalingrado. Stalin afirmó públicamente que «la ayuda de los aliados a la Unión Soviética ha sido hasta ahora poco efectiva», y pidió que «cumplieran todas sus obligaciones a tiempo». Mos-

tró inmediatamente su entusiasmo por el desembarco aliado en el norte de Africa, que Churchill le había anticipado. Hizo un generoso elogio a los «organizadores de primera clase que habían realizado esta difícil operación militar». Pero esto no era el segundo frente.

La victoria de Stalingrado supuso un alivio en la terrible angustia que pesaba sobre Stalin. Se volvió más cordial hacia sus aliados. La campaña del norte de Africa y el bombardeo de Alemania mostraban que ya no estaban inactivos. Pero a medida que se acercaba la batalla de Kursk, su inquietud iba en aumento. Los rusos criticaron abiertamente a los aliados por no abrir el segundo frente.

En la orden del día del 1 de mayo de 1943, Stalin se refirió en términos cordiales a la victoria aliada en el norte de Africa, por la que había enviado mensajes de felicitación a Churchill y a Roosevelt, y bombardeo de Alemania como «anuncio de la formación de un segundo frente en Europa». Esta era para los rusos la necesidad primordial. Un comunicado oficial, hecho público con motivo del segundo aniversario de la invasión alemana, llegó a declarar que «sin un segundo frente, la victoria sobre Alemania es imposible». Los rumores de que los alemanes habían presentado a los aliados propuestas de una paz por separado, intensificaron las sospechas rusas. Stalin denunció en la orden del día del 1 de mayo las conversaciones alemanas de paz y los rumores en la prensa occidental «como si no estuviera claro que solamente la completa destrucción de los ejércitos hitlerianos y la rendición incondicional de la Alemania nazi pueden traer la paz a Europa».

Por esta época, Stalin disolvió la Comintern. Siempre había representado para las potencias occidentales una amenaza directa del comunismo militante. La Comintern era herencia de Lenin, que la creó en 1919 como órgano para fomentar la revolución mundial. Para Stalin, contrario al internacionalismo y defensor de la tesis «socialismo en un país», la Comintern era un estorbo y, en estos momentos críticos, contraria a los intereses rusos. Explicó que su abolición era «correcta y oportuna». Pondría fin a falsedades extendidas por la propaganda nazi, en el sentido de que el Partido Comunista de la Unión Soviética interfería en los asuntos de otros países y conspiraba para «bolchevizarlos». Facilitaría el trabajo para que los países amantes de la libertad, independientemente de sus creencias políticas y religiosas, se unieran en la lucha contra el fascismo. La disolución de la Comintern fue bien recibida en Occidente por considerarse que allanaba el camino para un entendimiento real con la Unión Soviética.

Si bien las referencias oficiales soviéticas a los aliados eran cordiales en los primeros meses de 1943, las cartas de Stalin a Churchill y Roosevelt eran enérgicas. Criticaba los retrasos angloamericanos en la campaña del norte de Africa, a consecuencia de los cuales «los alemanes trasladaron 27 divisiones, incluyendo cinco divisiones motorizadas, a Francia, Bélgica, Holanda e incluso Alemania al frente germano-soviético». No le entusiasmaba el propuesto desembarco en Sicilia, que «no puede reemplazar al segundo frente en Francia». Les recordó que este frente había sido admitido como posibilidad en 1942, y se había convertido en

una firme expectativa en la primavera de 1943, y resaltó la urgente necesidad de lanzar la operación a principios de verano como máximo.

En mayo de 1943 la preparación para el gigantesco pulso de fuerzas en Kursk llegaba a su punto álgido. Stalin estaba en tensión mientras esperaba que los alemanes iniciaran la ofensiva. En estos críticos momentos, Churchill y Roosevelt le comunicaron que el segundo frente anglo-americano tenía que ser aplazado hasta la primavera de 1944. Esto enfureció a Stalin. Estaba concentrado en Kursk un contingente de tropas muy superior al que exigía la invasión de Francia, pero estas dos destacadas potencias industriales se excusaban continuamente por retrasar esta invasión crucial. Consideró el último aplazamiento como un acto de evidente mala fe. En una carta de fecha 24 de mayo, afirmaba decididamente que «el mantenimiento de nuestra confianza en los aliados está siendo sometido a una grave tensión».

La victoria en Kursk alivió las presiones sobre Stalin. El segundo frente ya no era cuestión de vida o muerte. Sin embargo, su desconfianza hacia los aliados estaba muy arraigada y nadie era más obstinado que él para albergar recelos. Al mismo tiempo trataba seriamente de conseguir un entendimiento real con ellos, por creer que la paz y la estabilidad mundial de posguerra dependería de que las tres potencias permanecieran unidas. Por esta razón principalmente, deseaba celebrar una pronta reunión. Sin embargo, había rechazado algunas propuestas en este sentido a principios de 1943, arguyendo que no podía alejarse de Moscú y de la dirección de las operaciones militares. Esta explicación fue recibida con escepticismo por los aliados, incapaces de valorar que, como jefe supremo, dirigía personalmente las actividades militares rusas. En agosto, Stalin afirmó que una conferencia de los tres mandatarios era «absolutamente deseable» y aceptó que se celebrara una reunión preparatoria de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú en el mes de octubre.

Las relaciones con Gran Bretaña, no obstante, empeoraron en el otoño de 1943. Los convoys del norte de Rusia habían quedado suspendidos desde marzo. Rusia todavía tenía una urgente necesidad de los pertrechos de los aliados. Molotov envió, a través del embajador británico, una demanda perentoria para la reanudación de los convoys. Churchill prometió enviar cuatro convoys, el primero de los cuales zarparía el 12 de noviembre, pero, como siempre, sus compromisos estaban rodeados de complejas estipulaciones.

Churchill, por su parte, pidió que se levantaran las restricciones impuestas al personal naval británico destinado en el norte de Rusia. Esta demanda ofendió a Stalin, quien respondió tan tajantemente que Churchill se negó a aceptar su respuesta y la devolvió personalmente al embajador soviético. Stalin objetó, con algo de razón, que había demasiado personal naval británico en el norte de Rusia. La objeción real se la explicó francamente a Eden y era, según afirmó éste, que si los británicos hubieran tratado a los rusos como a iguales, no habrían surgido ninguna de estas dificultades, y si los británicos trataran a los rusos en un plano de igualdad, podrían tener tanto personal como quisieran.

La conferencia de ministros de Exteriores celebrada en Moscú del 19 de octubre al 1 de noviembre fue cordial. Eden y Cordell Hull aceptaron con agrado la oportunidad de debatir con Stalin y Molotov la política a seguir después de la guerra. Hull se mostró especialmente satisfecho con una declaración conjunta, que era un paso importante hacia una organización de Naciones Unidas. Temía que Rusia pudiera volverse aislacionista al finalizar la guerra, y Stalin tenía el mismo temor sobre Estados Unidos. Eden y Hull informaron que la conferencia había proporcionado muestras reales de que la Unión Soviética buscaba una amistad y cooperación continuada con Gran Bretaña y Estados Unidos.¹⁷⁴

Eden, no obstante, era consciente de que el futuro de Europa podría ser un tema conflictivo. De hecho, Stalin ya había decidido que como garantía de su seguridad nacional, Rusia debía establecer su influencia dominante sobre toda la Europa del Este. Esta era una barrera esencial para impedir otra invasión desde el oeste, y en especial de una Alemania renaciente. Churchill y Eden advirtieron el peligro de dividir el continente en dos campos rivales, y temían que la ocupación rusa de la Europa oriental sería el primer paso para la dominación de todo el continente. Pero al interpretar las tesis de Stalin como una política de engrandecimiento, no supieron apreciar su obsesiva preocupación por asegurar sus fronteras occidentales y protegerse contra Alemania.

Durante las conversaciones de los ministros de Exteriores en octubre de 1943, Eden trató de impedir este planteamiento para la posguerra basado en las esferas de interés. En una sesión pasó una nota a Hull: «Siento robarle parte de su tiempo, pero detrás de todo esto hay un tema muy importante: dos campos en Europa, o uno». Pero, a pesar de lo que se ha señalado sobre el punto de vista americano, Hull no dio importancia a la preocupación británica sobre este tema.¹⁷⁵

Durante la conferencia, Eden consiguió que Stalin acudiese a participar en una reunión de jefes de gobierno en Teherán. Stalin había rechazado sistemáticamente la posibilidad de abandonar Rusia. Pero finalmente aceptó Teherán como lugar de reunión, porque desde allí era posible la comunicación directa, tanto telegráfica como telefónica con Moscú y con los frentes. Desde luego, estaba decidido a establecer unas relaciones cordiales con los aliados. Cuando el 27 de diciembre, y siguiendo instrucciones de Churchill, solicitó una reunión especial, Stalin le recibió afablemente aunque, como probablemente ya preveía, el mensaje de Eden era que el segundo frente tenía que ser aplazado desde la primavera hasta el verano por dificultades imprevistas surgidas en Italia. El oficial británico que acompañaba a Eden escribió que Stalin parecía «perfectamente feliz una vez que Eden le aseguró que se trataba de un breve aplazamiento y no de una cancelación».¹⁷⁶

El 25 de noviembre de 1943, Stalin, acompañado de Molotov y Vorochilov, y el personal de escolta de la NKVD, tomó el tren en una vía muerta cerca de Kuntsevo. Viajó hasta Stalingrado y Bakú, donde tomó el avión con destino a Teherán. Stemenko, oficial de enlace del Estado Mayor General con el comandante en jefe supremo, llevaba mapas de todas las zonas de combate. En las paradas, hablaba con el Estado Ma-



Stalin, Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Teherán, iniciada el 28 de noviembre de 1943.

yor en Moscú y obtenía la más reciente información que anotaba en sus mapas. Era responsable de informar a Stalin por la mañana y por la tarde sobre el estado de los frentes. En Teherán, Stalin tenía una casa en los terrenos de la mansión ocupada por la Embajada soviética que había sido anteriormente embajada zarista. A Stemenko y al personal de transmisiones se les asignó una habitación allí, al lado del centro de comunicaciones. La misma tarde de su llegada, Stalin inspeccionó la habitación y ordenó su traslado por encontrarla demasiado pequeña y oscura. Desde la habitación de Stemenko Stalin hablaba con línea directa con Vattutin y Rokossovsky en los frentes y con Antonov en Moscú. Aquí recibía Stemenko comunicados con órdenes, por teléfono o por telegrama, que Antonov enviaba para que fueran firmados por Stalin. Tras recibir los documentos firmados, enviaba telegráficamente a Moscú la versión autorizada. Durante su estancia en Teherán, Stalin mantuvo su habitual control directo sobre las operaciones rusas en todos los frentes.

Las sesiones de la conferencia se celebraron por la tarde durante cuatro días a partir del 28 de noviembre en la Embajada soviética. El intérprete británico, Birse, observó que Stalin tenía un aspecto gris y más agobiado que cuando le había visto en Moscú, aunque parecía más afable y en ocasiones se mostraba alegre. El general Deane, que había acompañado a Cordell Hull a Moscú el mes anterior, observó que, mientras que las misiones británica y americana eran de veinte o treinta per-

sonas, y contaban con jefes de servicio y demás personal, Stalin sólo tenía a su lado a Molotov, a Vorochilov y a un intérprete, Pavlov. Consultaba con ellos de cuando en cuando, pero sólo él habló en la conferencia, y lo hizo con plena autoridad, ya que, como advirtió Deane, «jamás hubo el menor indicio de que tuviera que consultar con el gobierno».

Cuando intervenía, Stalin hablaba pausada y a veces secamente. Tenía una mente disciplinada en alto grado y se expresaba con absoluto laconismo. Nada le molestaba más que la oratoria confusa y las explicaciones prolijas. Perdió la paciencia en varias ocasiones con Churchill, que hablaba largamente, y que cuando tenía ideas brillantes no podía resistirse a la retórica. En una ocasión, después de que Churchill hubiera hablado demasiado tiempo, Stalin protestó: «¿Cuánto tiempo va a durar esta conferencia?» Pero trataba de ser paciente y hacía esfuerzos por mostrarse afable.

Las discusiones versaban sobre los más diversos temas en las sesiones de la conferencia y en las comidas. Stalin estaba preocupado sobre los planes inmediatos de guerra de los aliados, y en particular por la creación del segundo frente, lo que se conocía como «Operación Overlord». También pensaba sobre cómo quedaría Europa después de la guerra, el futuro de Polonia y Alemania, y el mantenimiento de la paz.

Churchill y Roosevelt hablaron de operaciones en el Mediterráneo oriental, de hacer que Turquía participase en la guerra y de enviar fuerzas navales anglo-americanas al mar Negro. Stalin llevó la discusión otra vez al objetivo primordial de derrotar a Alemania comenzando por la invasión de Francia. Dispersar y debilitar el esfuerzo aliado en una serie de operaciones por todo el Mediterráneo sería una equivocación. Todo debía concentrarse en la «Operación Overlord», incluso abandonando el plan para tomar Roma si era necesario contar con más fuerzas aliadas para la invasión del sur de Francia. Churchill, siempre dispuesto a salirse por la tangente y a diversificar los planes, habló largamente sobre posibles operaciones en los Balcanes. La paciencia de Stalin con él comenzaba a agotarse. Cuando se cerró la sesión del 29 de noviembre, Stalin miró directamente a Churchill al otro lado de la mesa, y dijo: «Desearía hacer una pregunta muy directa al primer ministro sobre Overlord. ¿Creen de verdad, el primer ministro y el personal británico, en Overlord?» Churchill respondió: «Siempre que las condiciones previamente establecidas para Overlord se cumplan cuando llegue el momento, tendremos la ineludible obligación de lanzar a través del canal a todos nuestros efectivos para luchar contra los alemanes.» Era una respuesta churchilliana, empezando con un condicionante y envuelta en retórica. Stalin quería un simple «sí», pero no hizo comentario alguno.

Se había acordado que durante la conferencia se celebrarían reuniones de jefes de Estado Mayor para discutir las operaciones militares. Stalin objetó al principio que no veía la necesidad de esas reuniones por separado. El había venido para tratar esos temas. Pero no insistió en su objeción, y dijo a Vorochilov que se encargara del asunto. El comité militar se reunió el 29 de noviembre, y a él asistieron Vorochilov, sir Alan Brooke, Charles Portal, William Lahy y George C. Marshall. Brooke do-

minó la reunión. Tenía una mente brillante, un lenguaje incisivo y el mismo tipo de impaciencia que Stalin. Había conocido a Vorochilov en Moscú el año anterior y le había definido como «una personalidad atractiva, un general típicamente político que debía su vida a su ingenio». Cuando en la reunión Vorochilov comenzó a defender las opiniones de Stalin, revelando así su falta de conocimientos militares, Brooke se mostró brusco como lo había hecho al tratar con él en Moscú, y esto iba a tener repercusiones.

Al finalizar la cena del primer día, de la que Roosevelt fue el anfitrión, Churchill apartó a Stalin para discutir lo que sucedería después de la guerra. Eden se unió a ellos. «Consideremos en primer lugar lo peor que podría suceder», dijo Stalin, y señaló el problema que le preocupaba profundamente y que iba a inspirar su política en los años de posguerra. Era el peligro de que Alemania se recuperara de esta guerra en un plazo de veinte o treinta años y que con el resurgimiento del nacionalismo se produjera una nueva guerra. Este temor le obsesionaba, y estaba decidido a que Rusia no sufriera ya nunca el tormento y la destrucción que estaba padeciendo ahora. Churchill habló del deber de las tres potencias de asegurar el desarme alemán, aislar a Prusia e imponer algún tipo de unión a los estados alemanes del sur. Stalin pensaba que esto no sería suficiente. Hablaron después brevemente sobre Polonia y sus problemas, que serían discutidos en sesión plenaria y que iban a envenenar las relaciones de los aliados.

Poco antes de que comenzara la sesión del 29 de noviembre hubo una breve pero impresionante ceremonia en el salón de actos de la embajada soviética, cuando fue presentada la Espada de Honor de Stalingrado. Llevaba la siguiente inscripción en inglés y en ruso: «A los esforzados ciudadanos de Stalingrado. Regalo del rey Jorge VI como muestra del homenaje del pueblo británico.» La ceremonia fue breve. El teniente británico al mando de la guardia de honor puso la magnífica espada en manos de Churchill, que, volviéndose a Stalin, declaró que había sido encargado por el rey de ofrecerle la Espada de Honor para que fuera entregada a la ciudad de Stalingrado. Birse, que se encontraba al lado de Stalin, vio que estaba hondamente emocionado cuando cogió la espada, besó la empuñadura y se la dio a Vorochilov. Desgraciadamente, Vorochilov titubeó y la espada estuvo a punto de caer al suelo, pero finalmente consiguió ponerla en manos del teniente ruso de la guardia del ceremonial. Stalin habló brevemente expresando su agradecimiento y estrechó la mano de Churchill.

En la siguiente sesión, las discusiones volvieron al tema de Polonia. Stalin estaba decidido a fortalecer por todos los medios sus fronteras occidentales. Tenía que resolver el problema de Polonia que había alimentado durante más de trescientos años su hostilidad hacia Rusia. Estaba cada vez más preocupado por el hostil gobierno polaco que se encontraba en Londres. El 30 de julio de 1941, el embajador soviético, Iván Maisky, había firmado un acuerdo con el líder de los polacos de Londres, Wladyslaw Sikorski, que se comprometió a movilizar a los prisioneros polacos en Rusia y formar un ejército al mando directo de un po-

laco, aunque bajo el mando supremo ruso, para luchar contra los alemanes. La formación del ejército polaco en Rusia bajo el mando del general W. Anders progresaba. En diciembre de 1941 ya contaba con 73.415 polacos. Los rusos, sin embargo, sospechaban que este ejército, dirigido por oficiales antirrusos, nunca lucharía al lado del Ejército Rojo contra el enemigo. Los rusos constataron que durante los críticos meses de 1941, cuando su ayuda habría sido valiosa, los polacos siempre encontraban excusas para no ser enviados al frente. Cuando Churchill propuso que se permitiera a los polacos abandonar Rusia a través de Irán para luchar en el frente occidental, Stalin aceptó inmediatamente. Su marcha en vísperas de la batalla de Stalingrado fue considerada por los rusos como una desertión ante el enemigo y una muestra del odio de los polacos hacia Rusia.

Stalin sabía que la tradicional hostilidad entre las dos naciones no desaparecería de pronto, pero no tenía intención de permitir que una Polonia hostil, dirigida por líderes antirrusos como Sikorski y Anders, fuera restablecida en las fronteras rusas. A comienzos de 1943, la política rusa comenzó a darse a conocer. La frontera oriental de Polonia seguiría la línea Curzon, y en su compensación los polacos iban a extenderse hacia el oeste a costa de Alemania. La prensa soviética inició una campaña contra el gobierno polaco en Londres, y se creó en Rusia la Unión de Patriotas Polacos. Este intento de organizar un gobierno proruso para sustituir al bien atrincherado gobierno polaco de Londres parecía contar con pocas posibilidades de tener éxito.

En abril de 1943 los alemanes anunciaron haber descubierto en Katyn, cerca de Smolensk, fosas comunes con los cadáveres de 12.500 oficiales y suboficiales polacos. Se dijo que eran víctimas de una matanza llevada a cabo por los rusos en la primavera de 1940. Las negativas soviéticas no eliminaron las sospechas de que las tropas de la NKVD eran las responsables de la matanza. El gobierno soviético rompió relaciones con los polacos de Londres, tildándoles de imperialistas y agentes alemanes, y reforzaron su apoyo a la Unión de Patriotas Polacos. Se reclutaron unos quince mil hombres, que formaron la división Tadeusz Kosciuszko, entre los polacos que eran partidarios de enterrar viejas enemistades y de aprender a convivir con la Rusia soviética. En octubre de 1943 esta división luchaba junto a las tropas del Ejército Rojo.

En la Conferencia de Teherán Stalin expuso claramente sus ideas sobre las condiciones en que quedaría Polonia después de la guerra. Churchill y Eden aceptaron sus propuestas de establecer la frontera en la línea Curzon o en el río Oder, y de incorporar Lvov a la Unión Soviética. Pero en esta etapa las discusiones eran provisionales porque, como escribió Churchill, «nada satisfaría a los polacos».

Churchill y Roosevelt suplicaron a Stalin que fuera generoso con los finlandeses, ya que no luchaban al lado de los alemanes. Admitió que, a no ser que la obstinación de los finlandeses le obligara a ello, no convertiría a Finlandia en provincia soviética, pero insistió en que exigiría alguna compensación, bien en territorios o bien en indemnización. Churchill señaló que «todavía resuena en mis oídos el famoso lema: "ni

anexiones ni indemnizaciones”». Este había sido el lema utilizado por Lenin y Trotski al tratar de conseguir la paz con Alemania después de la revolución. Añadió: «Quizá al mariscal Stalin no le gustará que diga esto.» Stalin sonrió abiertamente y respondió: «Ya he dicho que me estoy volviendo conservador.»

El 30 de noviembre Churchill cumplió sesenta y nueve años. Fue un día que él iba a describir como memorable y movido; ya por la mañana mantuvo una reunión privada con Stalin. Había llegado a preocuparle la sospecha rusa de que preferiría abandonar Overlord en favor de la invasión de los Balcanes. Pero estaba también inquieto por la reserva de Roosevelt desde su llegada a Teherán. Roosevelt, con quien había hecho esfuerzos por fomentar una relación especial, se había negado a mantener reuniones privadas con él durante la conferencia, aduciendo que Stalin podría pensar que estaban acordando acciones y medidas contra él. Era una excusa falaz, porque Stalin sabía perfectamente que ambos habían mantenido un estrecho contacto, y desde luego esperaba que las dos potencias de habla inglesa actuaran conjuntamente. Roosevelt estaba, en realidad, más preocupado por demostrar a Stalin que no estaba sometido a la influencia de Churchill como creían muchos de sus conciudadanos. Esta era probablemente la razón principal de sus bromas a costa de Churchill sobre «colonialismo» e «imperialismo», que pensaba serían del agrado de Stalin. Pero además se equivocaba al pensar que podría manejar a Stalin como manejaba a los miembros del Congreso de Estados Unidos. Churchill estaba aún más preocupado debido a que por razones de seguridad Roosevelt no fue alojado en su propia embajada, sino en la embajada soviética, y parecía estar en contacto personal con Stalin.

Desconcertado por la actitud de Roosevelt, y el recelo americano hacia su persona en Teherán, y molesto por la sospecha de Stalin abiertamente expresada sobre su decisión de seguir adelante con la «Operación Overlord», Churchill solicitó una reunión privada con Stalin para explicar claramente su postura. La reunión duró menos de media hora. Churchill explicó que apoyaba plenamente la «Operación Overlord», pero que era contrario a un plan americano para llevar a cabo una operación anfibia contra los japoneses en la bahía de Bengala. Stalin puso de relieve la importancia de la invasión del norte de Francia por el ejército aliado y confirmó que Rusia lanzaría una ofensiva coincidiendo con ella. Añadió que el Ejército Rojo estaba cansado de la guerra y que dependía del éxito de la operación. Preguntó la fecha fijada para Overlord, pero Churchill dijo que esto sería revelado a la hora del almuerzo cuando estuvieran a solas con Roosevelt. Efectivamente, allí se le hizo saber que sería en mayo. Stalin se mostró satisfecho y aliviado.

Aquel día Churchill fue el anfitrión de la cena por celebrar su cumpleaños. Era la primera visita de Stalin a la Embajada británica. La NKVD tomó extremadas medidas de seguridad, registrando minuciosamente los locales, interrogando a los sirvientes y colocando guardias armados en todas las entradas y en el tejado. Fue de todas formas una velada jovial. Birse, intérprete británico, tenía instrucciones de permanecer cer-

ca de Stalin y atender a sus demandas. Ya se había establecido una relación cordial entre el comandante británico y el jefe supremo soviético.

En la mesa, Birse se sentó a la izquierda de Stalin. De esta reunión escribió más tarde:

«Stalin, incómodamente sentado en el borde de la silla, mirando con ansiedad los cuchillos y tenedores de diferentes tamaños que tenía ante sí, se volvió hacia mí y dijo: “¡Es una hermosa colección de cubertería! Es un problema decidir cuál utilizar. Tendrás que decírmelo, y también cuándo puedo comenzar a comer. No estoy habituado a vuestras costumbres.” Este pequeño incidente revela un lado humano e inesperado de su personalidad, creo. Su temor, si es que lo tenía a hacer algo mal, pronto desapareció porque el acto era cada vez más cordial y desenfadado. Se acomodó en su silla y siguió mi consejo de comer y beber cuando le apeteciera. Después de los brindis formales por el rey Jorge VI, el presidente Kalinin y el presidente Roosevelt, Churchill propuso uno por “Roosevelt el Hombre” y otro por “Stalin el Grande”. El presidente brindó por Churchill y después lo hizo Stalin. Eden brindó por Molotov, y así continuaron siguiendo la tradición rusa. Hacia el final de la comida me preguntó si sería correcto brindar por la salud de nuestro camarero. Le dije que estaba seguro de que podía hacerlo y que el hombre se sentiría muy contento. Entonces llamó al camarero iraní, le llenó una copa de champán y brindó a su salud y a la de sus compañeros. El iraní parecía completamente desorientado, y no sabía qué hacer con la copa. Le dije que la bebiere allí mismo. Es difícil decir si el gesto de Stalin fue espontáneo, o si lo hizo para impresionar a los iraníes...»

Durante los brindis ocurrió un molesto incidente. El presidente propuso brindar por el general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor General imperial, y, antes de que hubiera terminado de hablar, Stalin se levantó y dijo que él terminaría el brindis. Entonces habló como insinuando que Brooke no sentía una verdadera amistad hacia el Ejército Rojo, que no sabía apreciar sus cualidades y que esperaba que en el futuro mostraría una mayor camaradería hacia los soldados del Ejército Rojo.

Brooke estaba sorprendido: «Conocía por entonces lo suficiente a Stalin como para saber que si me quedaba sentado ante estas ofensas, perdería el respeto que él pudiera haber tenido por mí y que continuaría atacándome.» En su respuesta al brindis, Brooke se volvió a Stalin y dijo: «Ahora, mariscal, voy a ocuparme de su brindis. Me sorprende que haya considerado necesario levantar contra mí acusaciones sin fundamento. Recordará que esta mañana, mientras debatíamos los planes de cobertura, Mr. Churchill dijo que “en la guerra la verdad tiene que tener una escolta de mentiras”. También recordará que usted mismo nos dijo que en todos las grandes ofensivas sus intenciones reales siempre permanecían ocultas para el mundo exterior. Nos dijo que todos sus falsos tanques y sus falsos aeroplanos estaban siempre concentrados en aquellos frentes que tenían un interés inmediato, mientras que sus verdaderas intenciones permanecían ocultas por un manto de absoluto secreto. Bien, mariscal, usted ha sido engañado por falsos tanques y falsos aviones, y ha dejado de observar mis sentimientos de amistad hacia el Ejér-

cito Rojo, no apreciando los sentimientos de auténtica camaradería que tengo hacia todos sus miembros.»

El rostro de Stalin permaneció inexcusable mientras el intérprete, M. Pavlov, traducía las palabras de Brooke. Al final se volvió a Churchill y con evidente entusiasmo dijo: «Me gusta ese hombre. Parece que dice la verdad. Tengo que hablar después con él.» Brooke se le acercó después de la cena y de nuevo expresó su sorpresa por las acusaciones. Stalin replicó inmediatamente que «las mejores amistades son las que se fundan en malentendidos», y le estrechó cordialmente la mano. Churchill escribió más adelante: «En realidad, la confianza de Stalin se asentaba sobre una base de respeto y buena voluntad que permaneció inalterable mientras trabajamos juntos.»

Churchill sentía temor ante Stalin y, como su médico de cabecera observó, con frecuencia estaba inquieto en su presencia.¹⁷⁷ Se encontraba frente a una inteligencia rápida, hábil y altamente disciplinada, un hombre de aspecto ruso-asiático, un enigma que no podía entender, y sobre todo, a la realidad del poder absoluto e implacable que nunca había encontrado. En varias ocasiones, Stalin hizo comentarios jocosos que Churchill aceptó en gran medida. Pero durante la cena del primer día de la conferencia dudó en un momento dado de si Stalin hablaba en broma o en serio, y reaccionó exageradamente.

Hablando del castigo que se iba a infligir a los alemanes después de la guerra, Stalin dijo que el Estado Mayor General alemán tenía que ser eliminado, y que como las fuerzas armadas alemanas dependían de unos cincuenta mil oficiales, todos deberían ser fusilados. Podría haberlo dicho en serio, pero de hecho el mariscal de campo Friedrich von Paulus y otros oficiales que fueron hechos prisioneros en Stalingrado y en otros lugares habían recibido un trato respetuoso.

Churchill respondió con vehemencia que «el Parlamento y el pueblo británico no tolerarán las ejecuciones masivas». Stalin repitió maliciosamente: «Cincuenta mil tienen que ser fusilados.» Churchill enrojeció de ira. Eden le hizo señas y gestos tratando de advertirle que se trataba de una broma, pero no lo tuvo en cuenta. Roosevelt intentó que el buen humor volviera a imperar diciendo que no había que fusilar a cincuenta mil, sino a cuarenta y nueve mil. Churchill respondió: «Preferiría que me llevaran al jardín aquí y ahora y me fusilaran, antes que manchar mi honra y la de mi país con tal infamia.»

En este momento el hijo de Roosevelt, Elliott, huésped que no había sido invitado y que se había sumado a la velada después de la cena, habló con poco tacto y dijo estar de acuerdo con el plan de Stalin y que estaba seguro de que el ejército americano lo apoyaría. Churchill se levantó de la mesa y se fue a la habitación contigua. Un minuto después sintió unas palmadas en el hombro y al volverse vio a Stalin y a Molotov sonriendo. Le aseguraron que había sido sólo una broma. Churchill escribió que «Stalin sabe ser cautivador cuando quiere». Volvió a la mesa, pero nunca se convenció del todo de que Stalin estaba bromeando.

Stalin dominaba la conferencia. Era breve e incisivo en sus comentarios, claro en sus objetivos, y paciente e inexorable para conseguirlos.

Brooke consideraba que tenía una notable inteligencia militar, y observó que en sus afirmaciones jamás dejó de apreciar todas las implicaciones de una situación con una visión rápida y certera, y que «a este respecto destacaba en comparación con Roosevelt y Churchill». ¹⁷⁸ El jefe de la misión de Estados Unidos en Moscú había advertido que nadie podía dejar de reconocer «las cualidades de grandeza de este hombre». Combinado con esta esencial grandeza, había en él un encanto y a veces un calor humano que parecía contradecir la terrible inexorabilidad que solía mostrar cuando defendía lo que él consideraba los intereses de la Unión Soviética.

28. Avance hasta Berlín

A comienzos de 1944, las fuerzas rusas estaban concentradas en doce frentes, que se extendían sobre una distancia de más de tres mil kilómetros desde el golfo de Finlandia hasta el mar del Norte. El primer objetivo de Stalin era liberar Leningrado completamente del asedio a que estaba sometida, para eliminar a los finlandeses de la guerra y para recuperar los Estados bálticos. El rápido y devastador avance de los frentes de Ucrania, sin embargo, le obligó a concentrarse principalmente en las operaciones del sur, aunque todos los frentes conseguían dramáticas victorias.

El impacto político del avance del Ejército Rojo en el norte no era menos importante que las conquistas militares. En febrero los finlandeses abrieron negociaciones para un armisticio. Stalin ofreció unas condiciones moderadas. Tal vez tuvo presentes las súplicas de Churchill y Roosevelt para que fuera generoso en el trato a los finlandeses, pero también deseaba estimular a los rumanos y a otros satélites para que rompieran con su aliado alemán. Los finlandeses, sin embargo, no estaban seguros sobre las verdaderas intenciones de los rusos. Declararon que eran incapaces de desarmar a las tropas alemanas en Finlandia, como Molotov exigía, y se mostraban reacios a permitir la entrada de tropas soviéticas en su país para hacer cumplir ésta y otras condiciones. En marzo rompieron las negociaciones, pero se trataba claramente de un aplazamiento del armisticio.

En diciembre de 1943, Stalin había hecho llamar a Zukov y a Vasilevsky a Moscú para planear una ofensiva que sería llevada a cabo durante el invierno por los cuatro frentes ucranianos. Stalin tenía rachas de mal humor durante estos meses, cuando de las imponentes victorias conseguidas cabía esperar que su humor fuera excelente. La tensión de la guerra era probablemente la razón básica de su irritabilidad. Durante dos años y medio sin descansar un solo día, había dirigido personalmente las operaciones militares rusas y había controlado su inmenso esfuerzo bélico. En medio de los problemas militares y de aprovisionamiento, se daba cuenta de las rivalidades y envidias que se producían entre sus jefes, muchos de los cuales eran toscos, brutales e independientes por naturaleza, como Konev, Timochenko, Eremenko, Meretskov y otros. Entre ellos existía una intensa rivalidad por conseguir la victoria y por recibir el saludo de los cañones de Moscú que, junto con el decreto del Presidium que proclamaba sus hazañas, era el premio supremo. Stalin

había instituido este sistema, pero era consciente de que las rivalidades y el deseo de conseguir la gloria podría dar origen a ofensivas temerarias y mal preparadas. En ningún momento de la guerra hubo mayor necesidad de un enérgico comandante supremo, y Stalin hizo valer su autoridad no permitiendo desafíos ni discusiones a sus órdenes.

Las explosiones de ira, que parecían más frecuentes a comienzos de 1944, fueron rápidamente controladas. Cuando el cuarto frente ucraniano en el sur, al mando de F. I. Tolbujin, fue atrapado por el enemigo en la cabeza de puente, A. M. Vasilevsky, representante de la Stavka, decidió que había que interrumpir el ataque para evitar numerosas e inútiles bajas. Habló con Stalin por teléfono, proponiendo esta medida y el fortalecimiento del tercer frente ucraniano para llevar a cabo un movimiento que permitiera flanquear Nikopol. Stalin se mostró enojado y ofensivo. Afirmó que Tolbujin debía haber capturado la cabeza de puente. Vasilevsky trató de hablar, pero Stalin tiró el teléfono en un ataque de furia.

Al día siguiente, Stalin llamó por teléfono a Vasilevsky, y discutió con él tranquilamente sus propuestas. Habló también con el jefe del ejército que se encontraba frente a la cabeza de puente, quien confirmó que un ataque directo fracasaría a menos que contara con el apoyo de un ataque desde el norte a cargo del tercer frente ucraniano. Stalin, entonces, dio órdenes para reforzar el frente como Vasilevsky había propuesto.

Cuando estaban rodeando a dos cuerpos del ejército alemán dentro del saliente de Korshun, Stalin recibió informes de que el enemigo estaba desplazándose hacia el norte a través de las líneas del primer frente ucraniano, al mando de Vatutin. Enojado por la noticia, telefoneó a Konev para que informara inmediatamente. Dando muestras de gran seguridad en sí mismo, Konev dijo que «el camarada Stalin no debería preocuparse, porque él había tomado las medidas necesarias para impedir que el enemigo se escapara, colocando el ejército de tanques de Rotmistrov en la zona entre los frentes. La iniciativa de Konev impresionó a Stalin, que dijo que consultaría a la Stavka. Posteriormente confirmó su respaldo a las acciones de Konev.

Por estas fechas Zúlov estaba en cama aquejado de gripe. La mañana del 12 de febrero fue despertado para hablar por teléfono con el jefe supremo. El hecho de que no pudiera darle inmediatamente un informe de última hora sobre la tentativa enemiga de romper el cerco del saliente de Korshun molestó a Stalin. Secamente le dijo que se pusiera al corriente y que le informara. Zúkov discutió apresuradamente la situación con Vasilevsky, y después informó por teléfono. Stalin le escuchó y le dijo que Konev había pedido el mando de todas las fuerzas cuya misión era aplastar al enemigo en el saliente, en tanto que Vatutin estaría al mando del anillo más abierto del cerco. Zúkov hizo algunas objeciones. Stalin colgó el teléfono.

Pocas horas después, Zúkov recibió la orden del comandante supremo. Konev recibía el mando de las operaciones contra el grupo enemigo de Korshun, mientras que a Zúkov le asignaba la responsabilidad

de coordinar las operaciones de los frentes ucranianos primero y segundo, y de impedir cualquier tentativa de liberación de las fuerzas enemigas rodeadas. Vatutin protestó ante Zukov por la injusticia que suponía esta decisión, pero los dos sabían que tenía que aceptarla sin discusión posible.

El 8 de febrero de 1944, los cañones de Moscú saludaban a Konev y al segundo frente ucraniano. Era el gran saludo ceremonial de la nación en reconocimiento de una gran victoria. No se mencionó a Vatutin en el decreto del Presidium, ni tampoco al primer frente ucraniano que había participado en la operación. Más aún, Konev fue nombrado mariscal de la Unión Soviética, el mismo rango que Zukov y Vasilevsky, que había sido ascendido el año anterior.

Poco después, Vatutin fue mortalmente herido en una emboscada de partisanos nacionalistas ucranianos. Soldado valiente, preparado y entregado, había servido bien a su país, especialmente desde julio de 1942 cuando, con gran temeridad, pidió a Stalin que le nombrara jefe del frente Voronez. Fue enterrado en Kiev, pero en Moscú los cañones hicieron veinte salvas de saludo en su honor; era el saludo que no había recibido tras la victoria de Korshun.

En marzo de 1944, Milovan Djilas, miembro de la misión yugoslava en Moscú, visitó el cuartel general de Konev. Hombre austero, censuró el banquete y el cóctel que organizaron para él sus colegas. Se bebió mucho y para los visitantes, que tuvieron que soportar brindis interminables, fue una experiencia terrible. Pero los que estaban de servicio o en contacto con el frente, no bebieron.

Konev, rubio y alto, de cincuenta años de edad y con el rostro enjuto y enérgico, hizo a Djilas una breve descripción de la campaña de Korshun. Le contó con entusiasmo cómo unos ochenta o cien mil alemanes se negaron a rendirse y fueron obligados a replegarse en un espacio mínimo de terreno. Los tanques trituraron su material pesado y sus puestos de ametralladoras, mientras la caballería de los cosacos finalmente acabó con ellos. «Dejamos a los cosacos que les mutilaran cuanto quisieran. ¡Incluso cortaron las manos a los que las levantaron para rendirse!», dijo el mariscal con una sonrisa. Era una muestra de la crueldad y el salvajismo de la lucha en los frentes rusos.

Sentado más tarde al lado de Konev, Djilas preguntó por qué Vorochilov, Budenny y otros que habían ocupado altos cargos habían sido destituidos de sus puestos. «Vorochilov es un hombre de un valor sin límites —respondió Konev—, pero es incapaz de entender la logística moderna. Sus méritos son enormes, pero... hay que ganar batallas... Budenny nunca supo mucho y nunca estudió nada. Resultó ser completamente incompetente y permitió que se cometieran graves errores. Chepochnikov fue y sigue siendo un oficial técnico de Estado Mayor.»

¿Y Stalin?», preguntó Djilas.

Cuidando de no mostrarse sorprendido por la pregunta, Konev respondió tras pensarlo un poco: «Stalin tiene un talento extraordinario. Es capaz de ver la guerra en su conjunto, y esto le permite dirigirla con tan excelentes resultados.»

Djilas comentó que «no dijo nada más, nada que pudiera parecer una vulgar glorificación de Stalin. Pasó por alto el aspecto puramente militar de la dirección de Stalin. Konev era un antiguo comunista, completamente entregado al gobierno y al partido, pero yo diría que con sus propias y firmes opiniones sobre cuestiones militares».

Stalin nombró a Zukov jefe del primer frente ucraniano después de la muerte de Vatutin, y él mismo asumió la función de coordinar las operaciones de los dos frentes ucranianos. La campaña comenzó a recuperar Crimea. Había habido propuestas de aislar la península a lo largo del istmo de Perekop, dejando la reconquista para más tarde, en tanto que el Ejército Rojo mantenía el ímpetu de su avance hacia el oeste y hacia Rumania y Hungría. Stalin tenía vivos recuerdos de la amenaza que planteó Wrangel desde Crimea en 1920, y ahora advirtió el peligro de que los alemanes pudieran romper el cerco y atacar la retaguardia de los frentes ucranianos. La campaña comenzó a primeros de abril de 1944 y al mes siguiente, tras la destrucción del décimoséptimo ejército alemán, Sebastopol fue liberada.

El 6 de junio, popularmente llamado el día D, la invasión anglo-americana de Normandía —el largamente esperado segundo frente— fue iniciada con éxito. En Rusia, una nueva actitud de buena voluntad quedó expresada por *Pravda*. Fue generoso en sus elogios a la operación de cruzar el canal y llevar a cabo un desembarco masivo en el norte de Francia, afirmando que se trataba «incuestionablemente de un brillante éxito de nuestros aliados. Hay que admitir que no se conoce en la historia de la guerra una empresa que se le pueda comparar en amplitud de planteamiento, enormes proporciones y perfecta ejecución».

Se produjo una interrupción en todos los frentes mientras los rusos se preparaban para las ofensivas del verano. La primera fue lanzada el 23 de junio hacia Bielorrusia, al norte de los pantanos de Pripet. En esta fecha el desembarco aliado ya se había consolidado. En Italia los aliados habían avanzado más allá de Roma. Los alemanes estaban sometidos a una fuerte presión en todos los escenarios de la guerra. La ofensiva rusa se vio beneficiada por las operaciones aliadas, pero fue la obstinación de Hitler en mantener una defensa rígida, en lugar de flexible, lo que más les ayudó a todos.

Stalin trabajaba obsesivamente en el planteamiento de la ofensiva en Bielorrusia. La discutió con todos los jefes, unas veces a nivel individual y otras en grupo. Comunicaba frecuentemente con los frentes y con los representantes de la Stavka, y en ocasiones los telefoneaba varias veces al día. Las modificaciones eran elaboradas al detalle por el Estado Mayor General, y le eran presentadas en cada ocasión para su confirmación. Era como si hubiera hecho el firme propósito de no subestimar al enemigo y de tener sumo cuidado ahora que había cambiado el curso de los acontecimientos, y los ejércitos rusos avanzaban de victoria en victoria. Estaba también impaciente por expulsar a los alemanes y aplastarlos en su propio suelo. Pero no permitía negligencias en los preparativos, ni un exceso de optimismo que condujeran a arriesgadas aventuras. La cuidadosa preparación obtuvo su recompensa. El gran movi-

miento de pinza consiguió atrapar a unos cien mil soldados enemigos en Minsk. El grupo central del ejército fue prácticamente destruido con una pérdida de más de doscientos mil hombres. A mediados de julio el Ejército Rojo había expulsado ya de Bielorrusia a los alemanes, y avanzaba por el noreste de Polonia.

Al sur de los pantanos de Pripet, Konev lanzó una ofensiva a gran escala el 14 de julio, y tomó Lvov quince días después. El 6 de julio, Stalin ordenó a Zukov trasladarse a Moscú, y dos días después, en compañía de Antonov, fue a Kuntsevo. Stalin quería saber si consideraban que las fuerzas de Konev y de Rokossovsky eran las adecuadas para llegar al Vístula. La opinión de Zukov era que, ciertamente, contaban con las fuerzas apropiadas. Zukov urgió el traslado de tropas para reforzar a Vasilevsky, con el fin de que pudiera ocupar el este de Prusia y detener el grupo del norte del ejército en las costas del Báltico. Stalin rechazó esta propuesta. Decidió dar prioridad a asegurar la región de Lvov y el este de Polonia. Los alemanes lucharían hasta el fin para mantenerse en el este de Prusia, y Vasilevsky podría resultar allí comprometido.

A tres kilómetros de Lublin, los rusos encontraron el inmenso campo de exterminio de Maidanek con las cámaras de gas y los hornos crematorios. Aquí, los alemanes habían matado e incinerado a judíos, rusos y polacos en grupos de doscientos y doscientos cincuenta. Habían perecido diariamente unas dos mil personas, por lo que ascendía a un millón y medio la cifra de las que habían encontrado allí la muerte. Se ordenó que todas las tropas del Ejército Rojo próximas a Lublin visitaran el campo para que, impresionados por la crueldad del enemigo, no sintieran compasión ni piedad cuando se enfrentaran a la tarea de destruir el régimen nazi.

Después de avanzar unos setecientos kilómetros, las tropas de Rokossovsky estaban cansadas y el frente padecía los problemas de unas líneas de abastecimiento excesivamente extendidas. En esta época, además, los alemanes que se encontraban ante Varsovia fueron reforzados con tres divisiones motorizadas traídas del sur. En las primeras semanas de agosto realizaron un contraataque que detuvo los intentos rusos de avanzar desde sus cabezas de puente en el Vístula. Casi seis meses iban a transcurrir antes de que los rusos estuvieran preparados para lanzar una gran ofensiva desde estas posiciones.

El avance de Rokossovsky hasta las afueras de Praga, pueblo de la periferia de Varsovia situado al lado opuesto del río Vístula, hizo creer que la liberación estaba próxima. Sin embargo ya el 24 de julio el general T. Bor-Komorowski, jefe de la Armya Krajowa (A. K.), ejército clandestino polaco en Varsovia, había decidido ordenar un levantamiento antes de que el Ejército Rojo pudiera alcanzar la ciudad. Era fanáticamente antirruso. Estaba decidido a que los polacos liberaran su propia ciudad y a preparar el camino para que el gobierno polaco exiliado en Londres se hiciera con el poder, excluyendo a los comunistas polacos. Por estas razones, y también por orgullo y obstinación, evitó todo contacto con Rokossovsky y con el Alto Mando ruso, negándose incluso a considerar una posible acción coordinada con el Ejército Rojo.

El pueblo de Varsovia, sin embargo, deseaba que las fuerzas de Rokossovsky cruzaran el río y vinieran en su ayuda. Radio Moscú había emitido el 29 de julio su habitual llamamiento a los territorios ocupados, para que el pueblo se levantara contra el enemigo cuando se acercaran los rusos. Estaban desorientados porque no hacían intentos de cruzar el río y sus cañones permanecían callados. El 1 de agosto el ejército clandestino de Bor-Komorowski, formado por cuarenta mil hombres, atacó a los alemanes que ocupaban la capital. Estaban mal armados y carecían de aprovisionamiento, pero lucharon bravamente. La batalla se prolongó durante sesenta y tres días, pero el levantamiento fue cruelmente aplastado. Más de doscientos mil habitantes de la ciudad fueron asesinados. Los alemanes expulsaron a los ochocientos mil supervivientes y arrasaron la ciudad.

El levantamiento y lo que Churchill denominó «El martirio de Varsovia», levantó controversias. Los líderes aliados sospechaban que Stalin había ordenado al Ejército Rojo detenerse en el Vístula y que cruelmente había decidido abandonar la ciudad a su suerte. Los polacos de Londres fomentaron activamente estas sospechas en Gran Bretaña y en Estados Unidos. En realidad, las fuerzas de Rokossovsky habían sido detenidas en su avance y no estaban en condiciones de cruzar el río y liberar la ciudad.

Stalin consideró el levantamiento como mal preparado y poco oportuno. Era contrario a la cooperación con Bor-Komorowski y el A. K., cuyo odio hacia los rusos era de todos conocido. Valoraba las dificultades militares de Rokossovsky. Pero en esta época, cuando trabajaba activamente en la creación de un nuevo régimen prorruso que desplazara al gobierno polaco exiliado en Londres, le interesaba fomentar unas cordiales relaciones ruso-polacas. Por otra parte, quería evitar indisponerse con sus aliados occidentales.

El 23 de julio, al capturar Lublin, un manifiesto proclamó la formación del Comité Polaco de Liberación Nacional. Pretendía haber sido nombrado por representantes del partido campesino y de otros elementos democráticos de Polonia, y estar reconocido por los polacos del extranjero, incluyendo a la Unión de Patriotas Polacos y al ejército polaco en Rusia.

Poco después del inicio del levantamiento, Churchill, malinterpretando la inactividad rusa en el Vístula, envió un telegrama a Stalin, informándole que aviones británicos dejaban caer suministros a los polacos, y pidiendo garantías de que la ayuda rusa les llegaría pronto. Stalin respondió con una evasiva e indicó que se había exagerado bastante la importancia del levantamiento. Presionado por los polacos de Londres, Churchill pidió a Eden el 14 de agosto que enviara un mensaje a Stalin a través de Molotov, urgiéndole a proporcionar ayuda inmediata a los polacos de Varsovia. Dos días después Vychinsky informó al embajador americano que el gobierno soviético no permitiría a los aviones británicos o americanos aterrizar en territorio soviético después de que lanzaran provisiones en la zona de Varsovia, «dado que el gobierno soviético no desea participar directa o indirectamente en la aventura de Varso-

via». ¹⁷⁹ Pero el 9 de septiembre esta decisión fue revocada. Más aún, desde el 13 de septiembre, aviones soviéticos sobrevolaban Varsovia, bombardeando las posiciones alemanas y lanzando provisiones a los insurgentes.

Churchill trataba por todos los medios de aumentar la ayuda a los polacos de Varsovia. Apoyado por Roosevelt, intentó presionar a Stalin refiriéndose al impacto que tendría en la opinión mundial el hecho de que abandonaran a su suerte a los polacos antinazis. La actividad de Churchill irritó a Stalin porque éste pensaba que estaba propiciando la existencia de fuerzas antisoviéticas en la frontera rusa. Su preocupación era construir una fuerte zona de seguridad en la Europa oriental. Elemento esencial de este plan era una Polonia amiga, estrechamente aliada con Rusia, lo que para Stalin equivalía a una Polonia comunista. Esta zona de seguridad era para él un asunto de vital importancia, porque le obsesionaba la posibilidad de un resurgimiento de militarismo alemán y de una nueva invasión de Rusia al cabo de veinte o treinta años. ¹⁸⁰

Hacia finales de julio, Stalin convocó una reunión de la Stavka para considerar la estrategia a seguir. Uno de los puntos que puso sobre el tapete fue el papel de los representantes de la Stavka en los frentes. Algunos jefes se habían quejado de que les habían quitado las operaciones de las manos. Zukov dijo que los representantes de la Stavka deberían tener el derecho de asumir toda la responsabilidad. Stemenko comentó después que «Zukov, con su fuerte personalidad, lo hacía de todas formas». Tras discutir el tema, se decidió que sólo Zukov y Vasilevsky tendrían autorización para hacerse cargo del control de las operaciones en los frentes, y esta decisión se plasmó en un decreto.

Stalin había estado esperando la oportunidad de atacar a los todavía aliados de Alemania. A primeros de año, cuando los finlandeses abrieron las negociaciones, concibió la esperanza de que los rumanos pronto se liberarían de su aliado, pero los alemanes mantuvieron su dominio sobre el país. El 20 de agosto, sin embargo, las fuerzas soviéticas avanzaron desde Moldavia y Bessarabia hacia Rumania, y rápidamente arrollaron a los dos ejércitos alemanes y a los dos rumanos. Las tropas rumanas ya no ofrecieron resistencia, y en algunos lugares volvieron sus armas contra sus aliados alemanes. El rey destituyó a los dos Antonescu, responsables de la política favorable al Eje, y aceptó las condiciones soviéticas para un armisticio. El 31 de agosto, los rumanos, apoyados por tropas rusas, liberaron Bucarest.

Respecto a Bulgaria, Stalin había actuado con reservas. Conociendo la debilidad del régimen y el extendido sentimiento favorable a Rusia, no declaró la guerra a este país, ni siquiera cuando los alemanes establecieron allí una base militar y naval. Pero cuando el Ejército Rojo entró en Rumania, consideró una provocación el hecho de que el gobierno búlgaro permitiera a los barcos alemanes escapar de los puertos del mar Negro. El 5 de septiembre el gobierno soviético declaró la guerra a Bulgaria, y tres días después las tropas de Tolbujin invadieron el país. Fueron bien recibidos por los búlgaros, y un nuevo gobierno declaró inmediatamente la guerra a Alemania.

Mientras tanto, también se había llegado a un acuerdo con los finlandeses. La ofensiva rusa a lo largo del istmo Karelian a principios de junio, les había obligado a retroceder hasta su propia frontera. El Ejército Rojo, sin embargo, no intentó invadir Finlandia. Stalin quería un armisticio y que las tropas alemanas fueran expulsadas del país. No veía a Finlandia como parte de su zona defensiva occidental. Su política preveía tratar a toda Escandinavia como un bloque neutral con el que Rusia mantendría relaciones cordiales. El 25 de agosto, los finlandeses propusieron un armisticio, que fue finalmente firmado en Moscú el 15 de septiembre. Las condiciones eran duras pero no punitivas.

A finales de septiembre, una ofensiva contra Varsovia, repelida por un numeroso contingente alemán, provocó la ira de Stalin. Fue un incidente que demostraba su mando absoluto sobre todas las fuerzas rusas y especialmente sobre los altos jefes. Había dado órdenes para que las tropas del primer frente de Bielorrusia flanquearan Varsovia por el norte. Los rusos fueron alcanzados por el fuego de la artillería pesada y sufrieron muchas bajas. Rokossovsky dijo después que canceló la ofensiva e informó por teléfono a Stalin, quien confirmó la decisión. Según las memorias de Zukov, sin embargo, fue él quien telefoneó a Stalin, pidiendo autorización para detener la ofensiva y pasar a la defensiva para dar a las tropas un respiro y tiempo para recibir refuerzos. Stalin no estaba conforme: «Por favor, venid mañana Rokossovsky y tú al cuartel general para hablar cara cara», dijo con brusquedad.

A primeras horas de la tarde del día siguiente, Zukov y Rokossovsky informaban al jefe supremo. Antonov y Molotov también estaban presentes. Zukov escribió: «Extendí mi mapa y comencé a explicar la situación. Advertí que Stalin estaba inquieto. Se acercaba a ver el mapa y luego volvía a sentarse; a continuación se aproximaba de nuevo, mirándonos alternativamente a Rokossovsky y a mí. Incluso dejó la pipa, lo cual era un signo de que empezaba a perder la calma y de que algo le molestaba.»

«Camarada Zukov —interrumpió Molotov—, sugieres que detengamos la ofensiva ahora, cuando el enemigo derrotado es incapaz de mantener nuestro empuje. ¿Es eso razonable?»

Zukov explicó que el enemigo había organizado sus defensas y, contando con tropas de reserva, resistía la ofensiva rusa.

Stalin pidió a Rokossovsky su opinión.

«Yo creo que las tropas necesitan un descanso para organizarse después de un largo y extenuante periodo de lucha», respondió.

«Supongo que el enemigo utilizaría la tregua con no menos beneficio que nosotros», observó Stalin. Entonces preguntó a Zukov cuáles eran sus propuestas para realizar una ofensiva contra Varsovia.

Zukov afirmó que la actual ofensiva no produciría nada más que bajas. Propuso que la ciudad fuera tomada rodeándola desde el suroeste. Stalin estaba cada vez más enojado. Interrumpió a Zukov y les dijo a él y a Rokossovsky que fueran a la sala de espera y pensarán algo más.

Veinte minutos después volvió a llamarles a su despacho y les dijo que el frente podía pasar a la defensiva, como habían propuesto. «En

cuanto a los planes para el futuro, los discutiremos más adelante. Podéis retiraros», dijo secamente.

Zukov observaría: «Rokossovsky y yo salimos en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos.»

Al día siguiente, Stalin telefoneó a Zukov. «¿Qué te parece si el cuartel general controla todos los frentes en el futuro?»

Zukov pensó que esto significaba la supresión del cargo de representante de la Stavka, y afirmó que lo creía posible dado que ahora había menos frentes.

—¿Lo dices sin sentirte ofendido?

—¿Por qué iba a ofenderme? Espero que ni Vasilevsky ni yo nos encontraremos sin empleo —contestó Zukov.

Stalin le dijo entonces que él iba a tomar el mando del primer frente de Bielorrusia, que operaba en la zona estratégica de Berlín, y que continuaría siendo comandante en jefe supremo adjunto. Propuso trasladar a Rokossovsky para que se hiciera cargo del segundo frente de Bielorrusia.

Stalin consideraba a Zukov como el más capaz de los jefes soviéticos. Al mismo tiempo reconocía que tenía un carácter extremadamente fuerte, con frecuencia obstinado cuando defendía sus puntos de vista. Entre ellos existía una estrecha relación, con periodos de tensión en los que Stalin siempre imponía su criterio. Pero aunque en ocasiones trataba a Zukov con dureza, se esforzó en hacerle justicia y aprovechar al máximo sus cualidades.

El 29 de julio, Stalin en persona le telefoneó para felicitarle porque le había sido concedida la segunda medalla de oro de «Héroe de la Unión Soviética», la mayor y más codiciada distinción. Kalinin, presidente de la Unión Soviética, también telefoneó para felicitarle y decirle que «ayer el Comité de Defensa del Estado, a propuesta de Stalin, decidió condecorarte por las operaciones de Bielorrusia y la liberación de Ucrania».

Pocos meses después, sin embargo, Zukov tenía de nuevo problemas con el jefe supremo. El incidente reveló de nuevo la preocupación de Stalin por poner de manifiesto su autoridad y la estructura jerárquica de los mandos, en tanto que se mantenía el nivel y la categoría de los oficiales de más graduación.

La Stavka publicaba un boletín periódico, que exponía «las lecciones aprendidas en el frente en el transcurso de la lucha». Stalin buscaba tiempo para estudiar cada número tan pronto como era publicado. En el otoño de 1944 advirtió que Voronez había promulgado dos disposiciones militares, ambas refrendadas por Zukov, sin ponerlas antes en su conocimiento o, como él dijo, «sin conocimiento de la Stavka». Antonov no sabía nada sobre esto, y se le dieron dos días para investigar. Stalin se indignó aún más cuando se reveló que los dos mariscales no apreciaban la diferencia entre una *ustav* (disposición) y una *rizak* (orden).

Fue convocado el Politburó. «Puesto que sería inadecuado que el Estado Mayor General hiciera esto a dos generales de tal categoría, el Politburó debe promulgar la orden adecuada.» Así pues, dictó la orden, que decía:

«1. El mariscal Zukov, sin las comprobaciones suficientes, sin convocar ni reunir al personal del frente y sin dar cuenta a la Stavka, confirmó y promulgó la disposición (*Ustav*).¹⁸¹

»2. Desapruebo al mariscal jefe de artillería, camarada Voronez, por su actitud descuidada respecto a los reglamentos de artillería.

»3. Se requiere al mariscal Zukov que muestre circunspección al decidir cuestiones graves.

Como bajo los zares, desde el más alto al más bajo en la escala social, nadie era inmune a las amonestaciones, a la destitución, y a los severos castigos del gobernante supremo.

La rendición de Finlandia hizo posible planificar la gran ofensiva para liberar la zona del Báltico. El grupo del norte del ejército alemán suponía una amenaza para el flanco de los ejércitos rusos. Cuando avanzaron en un último ataque sobre el eje Varsovia-Berlín, Stalin mostró especial interés por dirigir estas operaciones. A comienzos de julio, las fuerzas del Ejército Rojo estaban a punto de rodear el grupo norte del ejército alemán, y Stalin dio una serie de instrucciones para la operación. Pero los alemanes evitaron hábilmente el cerco y prepararon una fuerte defensa en profundidad.

A comienzos de octubre, en el sur, las tropas de Tolbujin avanzaron a través de Rumania y se unieron a los partisanos yugoslavos del comité de liberación nacional de Tito. El 20 de octubre entraron en Belgrado. El plan era ahora lanzar una ofensiva desde el sur contra las tropas alemanas y húngaras concentradas en la zona de Budapest, y avanzar en dirección norte hasta Alemania. Aunque amenazado de manera más inmediata por el este, Hitler estaba decidido a detener el avance ruso a través de Hungría, y reforzó su ejército en Budapest.

El 30 de octubre, el segundo frente ucraniano de Malinovsky lanzó un fuerte ataque contra Budapest. El 4 de noviembre, las columnas móviles estaban ya a las afueras de la ciudad. Allí fueron detenidas. Stalin era de la opinión de que Budapest podía ser tomada rápidamente. Estaba influido por un telegrama privado, enviado por el maligno Mejlis desde el cuarto frente ucraniano, en el que éste afirmaba que los húngaros estaban completamente desmoralizados. Había aprobado los planes, trazados apresuradamente por el Estado Mayor General, que transmitió personalmente a Malinovsky por teléfono, y ordenó la toma inmediata de la ciudad. Malinovsky pidió en repetidas ocasiones más tiempo para llevar a cabo los preparativos fundamentales. Stalin se mantuvo en su idea. Sólo cuando recibió un informe de Timochenko que le confirmaba la solidez de las posiciones enemigas, aceptó suspender la ofensiva. Al mismo tiempo adoptó un nuevo plan para rodear Budapest desde el norte. Pero la ciudad todavía no había caído a finales de año.

Como los rusos avanzaban victoriosamente hacia el oeste, Churchill estaba cada vez más alarmado por la propagación de la influencia soviética: Rumania y Bulgaria ya estaban bajo dominio soviético; le preocupaba además el futuro de Polonia, Grecia y Yugoslavia. A esta inquietud se sumaba el hecho de que, como él mismo escribió, Estados Unidos era «muy lento en darse cuenta del aumento de la influencia que se

anticipaba y seguía al avance de los poderosos ejércitos dirigidos desde el Kremlin».

Churchill propuso visitar Moscú en octubre de 1944, para unas conversaciones previas. Stalin hizo en seguida una cordial invitación. Churchill le había escrito anteriormente comentándole los planes de Roosevelt de visitar Europa occidental, y había sugerido una reunión en La Haya. Sin embargo, Stalin no estaba dispuesto a abandonar Moscú. En conversaciones con los embajadores americano y británico, se había «quejado de su salud», diciendo que sólo se encontraba bien en Moscú y que incluso sus visitas al frente le perjudicaban; los doctores eran contrarios a que viajara en avión: había necesitado quince días para recuperarse del viaje a Teherán.

En compañía de Eden y de los jefes de servicio, Churchill llegó a Moscú el 9 de octubre y recibió una estusiasta bienvenida. Stalin nunca había sido más encantador y cordial. Churchill y sus colegas advirtieron además que los rusos parecían mostrarse más cordiales que en su visita anterior, dos años antes. En aquella ocasión, las terribles derrotas sufridas ante el avance alemán y las dudas sobre el segundo frente habían enturbiado su actitud hacia los aliados. Ahora el orgullo por las victorias del Ejército Rojo había producido un cambio drástico. Las profundas y acechantes sospechas de los rusos hacia Occidente parecían superadas.

En el teatro Bolshoi se organizó una actuación de gala a cargo del ballet y del coro del Ejército Rojo. Churchill se emocionó cuando al entrar en el palco recibió una prolongada ovación de la numerosa audiencia. La entrada de Stalin en el palco dio lugar a una «apasionada manifestación».

El embajador británico, sir Archibald Clark Kerr, había persuadido en una reunión anterior a Stalin para que cenara en la embajada, el edificio que estaba enfrente del Kremlin al otro lado del río y que Stalin debía haber visto en innumerables ocasiones desde las ventanas de su despacho. La cena iba a ser uno de los momentos culminantes de la visita de Churchill. Varios días antes de la cena, numerosos miembros de la NKVD se presentaron en la embajada, registraron todos los rincones y colocaron guardias dentro y fuera del edificio. La calle que lo unía con el Kremlin fue cerrada al tráfico la noche de la cena y las tropas hacían carrera en la ruta.

Stalin llegó vistiendo un abrigo militar, largo y gris y una gorra de visera con una banda roja. Debajo llevaba puesto el uniforme de mariscal con una sola condecoración en el pecho. Molotov, que llevaba un vistoso uniforme diplomático, subió con Stalin, en compañía del embajador. Vychinsky llegó y dijo bromeando a Birse, el intérprete, mientras señalaba a los guardianes: «Veo que el Ejército Rojo ha conseguido otra victoria. Ha ocupado la embajada británica.»

Stalin se encontraba relajado y expectante ante una cena al estilo inglés, como había tenido ocasión de experimentar en Teherán. En un momento dado, se quedó mirando con incredulidad los retratos tamaño natural de los miembros de la familia real en las paredes del salón-comedor, entre los que figuraba el de Jorge V. Volviéndose a Birse, que

estaba sentado a su lado, dijo: «¿No es ése nuestro Nicolás II?» Birse tuvo que recordarle que los dos monarcas eran primos y el parecido entre ambos era sorprendente. Después de cenar, cuando se trasladaban a otra habitación, los cañones de Moscú comenzaron a disparar salvas en honor de la toma de Cluj, en Rumania, y la embajada quedó iluminada por los fuegos artificiales que festejaban la victoria en el Kremlin.

Las conversaciones entre Stalin, Molotov, Churchill y Eden consiguieron resultados sólo hasta cierto límite. El problema polaco era insoluble. Tratando de evitar un enfrentamiento con su aliado, Stalin hizo algunas concesiones para llegar a un compromiso, pero se mantuvo firme en que el gobierno soviético no podría tolerar en Polonia un gobierno activamente hostil a la Rusia soviética. En la primera reunión, no obstante, aceptó que Stanislaw Mikolajczyk, presidente de los polacos de Londres, junto con dos de sus ministros, fuera invitado a Moscú inmediatamente para entrevistarse con representantes del comité Lublin. Las reuniones fueron infructuosas. No podían llegar a un acuerdo sobre el reparto de poderes entre ellos en un futuro gobierno, y en otros temas ambas partes se mostraron inflexibles.

En esta primera reunión, creyendo que Stalin se encontraba en buena disposición, Churchill dijo: «Dejemos en claro la situación en los Balcanes. El Ejército ruso está en Rumania y Bulgaria. Tenemos intereses, misiones y agentes allí. No creemos malentendidos.»

Churchill escribe: «Mientras el intérprete traducía esto, escribí en media hoja de papel: “Rumania: Rusia, 90 por 100; los demás, 10 por 100. Grecia: Gran Bretaña, 90 por 100 (de acuerdo con Estados Unidos); Rusia, 10 por 100. Yugoslavia: al 50 por 100. Hungría: al 50 por 100. Bulgaria: Rusia, 75 por 100; los demás 25 por 100.”

»Se lo di a Stalin, que estaba al otro lado de la mesa y que ya había escuchado la traducción. Hubo una breve pausa. Después cogió un lapicero azul, trazó unas señas de aprobación y nos lo devolvió. Todo estaba decidido en menos que se tarda en escribirlo... El papel escrito a lápiz quedó en el centro de la mesa. Finalmente dije: “¿No dará la impresión de cinismo si se supiera que hemos decidido estos temas, tan decisivos para millones de personas, de manera tan informal? Quememos el papel.” “No, guárdelo”, dijo Stalin.»

Previamente a las reuniones militares con los británicos, Stalin había ordenado a Antonov que preparara un informe y que lo presentara él mismo. Stalin, sin embargo, no estaba satisfecho con el borrador, que le fue enviado a Kuntsevo, y comenzó a redactar de nuevo alguna de sus partes. Puso de relieve el interés soviético en considerar Hungría como el centro de Europa. Por esta razón, escribió, tenían que convencer a los aliados de que el potencial soviético en el flanco de los Balcanes era mayor de lo que era en realidad, y que su estrategia primordial en este escenario era aplastar Hungría e invadir Alemania desde el sur.

Sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor General imperial, se encontró con un Antonov cordial y dispuesto a hablar excepto en presencia de Stalin, ya que entonces parecía perder la confianza en sí mismo y no estar seguro de sus palabras. En una reunión celebrada el 4 de octubre,

después de que Brooke hubiera informado sobre las operaciones aliadas en Bruma y en Europa, y el general Deane hubiera hablado sobre la estrategia norteamericana en el Pacífico, Antonov describió las operaciones soviéticas. Eden encontró su informe claro y fluido, pero advirtió que miraba continuamente a Stalin para ver si contaba con su aprobación.¹⁸² Stalin le interrumpía frecuentemente y respondía a las preguntas. Finalmente perdió la paciencia por los titubeos de Antonov, y continuó él mismo el informe.

Al día siguiente los debates se centraron en la guerra en el Pacífico. El embajador americano, Averell Harriman, y el general Deane, asistían a las conversaciones en nombre de su presidente. Reiteraron el interés americano en que Rusia se uniera a la guerra contra Japón lo antes posible. Stalin aseguró inmediatamente que Rusia comenzaría las hostilidades antes de transcurridos tres meses después de la derrota de Alemania, y que con este fin las treinta divisiones del Ejército Rojo pasarían a ser sesenta. Esto estaba condicionado, sin embargo, a que Estados Unidos proporcionara material de reserva, y a la clarificación de «los aspectos políticos de la participación de la Unión Soviética». También mostró su acuerdo en que las fuerzas americanas pudieran utilizar la base naval y el campo de aviación de Petropavlovsk, pero tendrían que utilizar el Pacífico, no la ruta transiberiana.¹⁸³

Al llegar a este punto Brooke preguntó si los ferrocarriles del transiberiano podrían mantener con el aprovisionamiento necesario a las sesenta divisiones del Ejército Rojo. Antonov miró a Stalin para ver si respondía, aunque Brooke estaba seguro de que conocía la respuesta. Al no responder Stalin, Antonov explicó que el ferrocarril podría cubrir las necesidades de las fuerzas rojas. Entonces intervino Stalin e hizo lo que Brooke llamó «una sorprendente exhibición de detalles técnicos sobre el ferrocarril» con la conclusión de que el ferrocarril transiberiano no sería capaz de proporcionar un mantenimiento adecuado de los pertrechos. Brooke comentó que se sintió más que nunca impresionado por el talento militar de Stalin.¹⁸⁴

La tercera reunión militar se limitó a los representantes soviéticos y americanos. Stalin perfiló la estrategia que seguirían sus tropas en Extremo Oriente. Después presentó una larga lista de los pertrechos que Estados Unidos debería proporcionar, y que superaban en total el millón de toneladas. Estos pertrechos incluían comida, medios de transporte y combustible para abastecer durante dos meses a un millón y medio de soldados, tres mil tanques, cinco mil aviones y setenta y cinco mil vehículos. Stalin obviamente consideraba que, puesto que Estados Unidos tenía tanto interés en que la Unión Soviética participara en la guerra contra Japón, podría exigir en materia de pertrechos. Su actitud se basaba en la idea de que la inmensa riqueza de Estados Unidos no había sufrido la devastación y los estragos de la guerra en su propio territorio; la Rusia soviética había hecho todo el sacrificio y tenía derecho a exigir el máximo apoyo.

En sus conversaciones políticas, Churchill y Eden pensaron haber alcanzado un acuerdo general sobre la división de Alemania, el trata-

miento de los criminales de guerra y otros asuntos. Churchill mencionó los puntos conflictivos con el gobierno soviético respecto a la organización de las Naciones Unidas, que estaba siendo activamente considerada por las tres potencias. A petición de Roosevelt se aplazó la discusión de este tema hasta finales de noviembre, cuando iba a tener lugar una reunión de los tres líderes. Al parecer, sin tener en cuenta a Churchill, Roosevelt había acordado esta reunión directamente con Stalin, y el inglés se enteró de ella a través de éste.

Al abandonar Moscú, Churchill y Eden consideraban que su visita había merecido la pena. Habían sido recibidos con impresionantes muestras de buena voluntad, que aunque quedaban problemas por resolver habían llegado a un acuerdo global y pensaban que podrían contar con la cooperación de Stalin.

A finales de 1944 finalizaron los preparativos para un masivo avance desde el Vístula. El propio Stalin dirigió la planificación, cuyo primer objetivo era la conquista de la importante región industrial de la alta Silesia. Esto exigía un avance de más de ciento cincuenta kilómetros desde las posiciones rusas. Pero la mirada de Stalin estaba puesta más allá de este objetivo, en el río Oder y en Berlín, lo que suponía un avance de casi quinientos kilómetros.

Como preparativo para esta campaña de invierno, había reorganizado los frentes principales, asegurándose de que los tres generales más destacados de la ofensiva ocupaban los puestos claves. Konev continuaba al mando del primer frente ucraniano, pero Zukov se hizo cargo del primer frente bielorruso, en el centro, y Rokossovsky del segundo frente. Más al norte, I. D. Cherniajovsky, al mando del tercer frente bielorruso, tenía que adentrarse en el este de Prusia. Zukov y Konev eran, pues, los responsables de la ofensiva principal. Pero Stalin decidió que, como jefe supremo, él personalmente coordinaría las operaciones de los cuatro frentes principales.

La concentración de tropas y equipamiento para esta ofensiva alcanzó unas proporciones asombrosas. Sólo los dos frentes mandados por Zukov y Konev contaban con 2,2 millones de hombres con 32.143 cañones y morteros, 6.460 tanques y cañones automotores, y con el apoyo de 4.772 aviones. Gran número de tanques eran del reciente modelo *Iosif Stalin*, descrito como un monstruo fuertemente blindado y provisto de un cañón de 122 milímetros.

En diciembre, las fuerzas angloamericanas del frente occidental se encontraron seriamente amenazadas por la contraofensiva del mariscal de campo Karl von Rundstedt en las Ardenas. El 6 de enero de 1945, Churchill envió un mensaje a Stalin preguntando si los aliados podrían «contar con una gran ofensiva rusa en el frente del Vístula o en cualquier otro punto durante el mes de enero». Stalin respondió inmediatamente. Los preparativos estaban hechos, pero se había aplazado la ofensiva hasta que las condiciones atmosféricas fueran favorables. «No obstante, teniendo en cuenta la situación de nuestros aliados en el frente occidental, el cuartel general del mando supremo ha decidido acelerar los preparativos y, sin tener en cuenta las condiciones climatológicas, co-

menzar una ofensiva a gran escala contra los alemanes a lo largo de todo el frente central en la segunda mitad de enero a más tardar.»

Eisenhower, jefe supremo de los aliados, decidió enviar a su adjunto, el mariscal del aire sir Arthur Tedder, a Moscú para explicar la difícil situación aliada. Tedder llegó a Moscú a principios de enero. Sencillo en sus modales, conciso al hablar, y profesional de gran experiencia, Tedder era un hombre de los que gustaban a Stalin. Al final de su detallada exposición sobre las operaciones aliadas y de la batalla de las Ardenas, Stalin exclamó: «Así me gusta, una exposición clara y metódica sin las típicas reservas diplomáticas.» Birse advirtió que «durante la exposición Stalin parecía un niño que disfruta cuando le narran un cuento de aventuras militares».

Los rusos lanzaron la ofensiva a las diez de la mañana del 12 de enero de 1945. Las tropas de Konev formadas por diez cuerpos de ejército avanzaron tan rápidamente que en menos de diez días se encontraban en la alta Silesia, y luchaban en las orillas del río Oder. Dos días después, Zukov abrió la ofensiva y el avance del primer frente bielorruso fue incluso más espectacular. Liberó Varsovia, y el 29 de enero sus fuerzas tenían sitiada Poznan y se encontraban en las afueras de Frankfurt. El segundo frente bielorruso de Rokossovsky atravesó el norte de Polonia, en tanto que más al norte, el frente de Cherniajovsky avanzaba a través del este de Prusia, y a finales de mes estaban dispuestos para atacar Königsberg.

A primeros de febrero de 1945, Stalin, Roosevelt y Churchill se reunieron en Yalta en la costa del mar Negro. En esta época los rusos hacían avances espectaculares en todos los frentes y llegaron hasta el río Oder. En el oeste, sin embargo, los ejércitos aliados se recuperaban de la batalla de Bulge y todavía tenían que cruzar el Rin. Pero nada en los debates, según informaron Churchill y Stettinius indicaba que la actitud de Stalin hacia sus aliados estuviera influida por los éxitos militares rusos. No se mostró altivo en absoluto ni adoptó una actitud intransigente. Así, los tres líderes hablaron con franqueza y alcanzaron una amplia base de entendimiento y consenso, excepto sobre el tema de Polonia.

La delegación americana se alojó en el palacio de Livadia, que había sido la residencia de los zares en el mar Negro. Aquí se celebraron las sesiones plenarias que comenzaban a primeras horas de la tarde. La delegación británica se hospedó en el palacio Voronstov. Las conversaciones militares y las reuniones de los tres ministros de Exteriores se celebraron en el palacio Yusupov, casa residencial situada en la montaña. Además de las sesiones formales, hubo conversaciones privadas entre los tres líderes y se organizaron las tradicionales comidas y cenas, tanto informales como formales. La conferencia de Yalta fue descrita como una «conferencia caracterizada por su rapidez y dinamismo», y para nadie fue tan ardua como para los intérpretes.

Birse, el intérprete británico, ha relatado que en la cena de despedida, Stalin se levantó con una copa en la mano y dijo: «Esta noche y en otras ocasiones, nosotros, los tres líderes, nos hemos reunido. Hablamos, comemos y bebemos, y nos divertimos. Pero mientras tanto

nuestros tres intérpretes tienen que trabajar y su tarea no es fácil. No tienen tiempo para comer ni para beber. Dependemos de ellos para transmitirnos nuestras ideas mutuamente. ¡Propongo un brindis por nuestros intérpretes!» Entonces dio una vuelta alrededor de la mesa haciendo chocar su copa con la de cada uno de ellos. Al levantar su copa, Churchill dijo: «¡Intérpretes del mundo, uníos; no tenéis nada que perder más que vuestra audiencia!» Esta parodia del lema comunista hizo reír a Stalin durante varios minutos.

En otra ocasión Stalin se ofendió por lo que consideró una falta de respeto, y sólo pudo evitarse que se produjera un incidente apelando a su sentido del humor. Esto ocurrió durante una comida cuando Roosevelt, aunque advertido por Churchill de que no lo hiciera, comentó ante todos los presentes que Churchill y él llamaban a Stalin en sus telegramas secretos «Tío Joe». Stalin se ofendió. «¿Cuándo puedo abandonar la mesa?», dijo enojado. Byrnes salvó la situación recordándole que todo el mundo hablaba del Tío Sam, y que Tío Joe no era ofensivo. Aceptando el nombre como un término afectuoso, Stalin se calmó.

En la primera sesión plenaria celebrada el 5 de febrero, se discutió el futuro de Alemania. Todos estaban de acuerdo en que Alemania debería ser desmembrada después de una rendición incondicional. A propuesta de Roosevelt se encomendó a los ministros de Asuntos Exteriores la preparación de un plan en el plazo de un mes para la división y el control del país. Anteriormente Stalin se había opuesto a que Francia participara en este proceso, pero ahora cedió a las peticiones de Churchill y aceptó que aquel país administrara una zona de ocupación y formara parte de la comisión de control. Se creó un comité especial que se reuniría en secreto en Moscú para examinar el complejo problema de las indemnizaciones alemanas.

En la segunda sesión se contempló la posibilidad de crear una organización mundial para la paz. En Dumbarton Oaks, el debate sobre el tema del derecho a voto en el Consejo de Seguridad había llegado a un punto muerto. Una propuesta de compromiso, planteada por Roosevelt, no fue sometida a discusión. Su propuesta era que cada miembro del consejo tuviera un voto. Los conflictos serían divididos en dos categorías: una para los que requirieran sanciones económicas, políticas o militares, y la otra para los que pudieran ser solventados por medios pacíficos. Las sanciones sólo podrían aplicarse si eran acordadas por unanimidad de los miembros del consejo. Aquí figuraba el derecho al veto que iba a convertirse en factor crucial en el funcionamiento del consejo.

Stalin se interesó vivamente por esta propuesta y trató de aclarar la situación con absoluta franqueza. «El mayor peligro —dijo— es el conflicto entre nosotros, porque si permanecemos unidos, la amenaza alemana no es importante. Así pues, debemos pensar en asegurar nuestra unidad en el futuro y en la manera de garantizar que las tres grandes potencias (y quizá China y Francia) mantendrán un frente unido.» Habló después de la guerra ruso-finlandesa y del hecho de que Gran Bretaña y Francia habían conseguido expulsar a Rusia de la Sociedad de



Churchill, Roosevelt y Stalin durante la Conferencia de Yalta (Crimea), que tuvo lugar entre los días 4 y 11 de febrero de 1945.

Naciones. Quería garantías de que tal situación no se repetiría. Cuando se reanudó la conferencia al día siguiente, Stalin anunció que el gobierno soviético aceptaba el nuevo procedimiento de votación, que exigía unanimidad de las tres potencias.¹⁸⁵

En Dumbarton Oaks, el gobierno soviético había pedido que las repúblicas de la Unión Soviética fueran miembros fundadores, cada una con un voto. Gran Bretaña y Estados Unidos habían considerado excesiva esta demanda. Ahora, en Yalta, Molotov anunció que el gobierno soviético aceptaría que tres de las repúblicas —concretamente Ucrania, Bielorrusia y Lituania—, o en todo caso dos de ellas, fueran miembros fundadores. En este y otros temas importantes Stalin mostró su buena disposición para llegar a un compromiso. En un informe dirigido a Londres el 8 de febrero, Churchill afirmaba que «a pesar de nuestros temores y presentimientos, Yalta está resultando bien hasta ahora».

El problema polaco llevó la discordia a la conferencia. Roosevelt observó que Polonia «había sido una fuente de problemas desde hace más de quinientos años», y Churchill recordó que Polonia «fue la primera de las grandes causas que produjeron la caída de la gran alianza».

Stalin expuso claramente sus tesis sobre el tema polaco. A lo largo de la historia, Polonia había atacado a Rusia o había servido como paso a través del cual los enemigos la habían invadido. Alemania había utilizado dos veces este paso en los últimos treinta años. Rusia quería una Polonia fuerte que pudiera defender por sí misma este paso. No lo dijo expresamente, pero era evidente que no toleraría el restablecimiento del antiguo régimen, ahora representado por el gobierno en Londres, formado por hombres que eran enemigos implacables de Rusia. Una diferencia fundamental dividía a los aliados en este tema. A Stalin le preocupaba la seguridad de Rusia. Churchill y Roosevelt decían defender los principios democráticos.

El tema de Polonia se debatió en siete de las ocho sesiones plenas. Se llegó a un acuerdo previo sobre las fronteras de Polonia; la definitiva delimitación de la frontera occidental tendría que esperar a la conferencia de paz. Pero el debate sobre la composición del gobierno polaco continuaba. Finalmente se acordó que el gobierno provisional del comité Lublin «se reorganizara sobre una amplia base democrática, con la inclusión de líderes democráticos de dentro y fuera de Polonia». Otra estipulación establecía que Molotov y los embajadores británico y americano consultaran a todos los líderes polacos con el fin de reorganizar el gobierno en base a estas pautas. También se acordó que «el gobierno provisional polaco de Unidad Nacional deberá comprometerse a celebrar elecciones libres y sin trabas lo antes posible sobre la base del sufragio universal y de la votación secreta».

La guerra en Extremo Oriente no había sido incluida en el programa. Los americanos, sin embargo, temiendo que pudiera prolongarse otros dos años más, estaban muy interesados en la participación rusa. Roosevelt comentó el tema con Stalin el 8 de febrero. Stalin confirmó que Rusia entraría en guerra contra Japón dos o tres meses después de la rendición de Alemania. Sus condiciones eran el mantenimiento de la situación en Mongolia Exterior y el restablecimiento de las fronteras rusas en Extremo Oriente tal como eran antes de la guerra ruso-japonesa de 1904-5. Roosevelt aceptó estas condiciones y se comprometió a llegar a un acuerdo con Chiang Kaishek.

En el curso de reuniones informales, los tres líderes llegaron a comprender mejor los problemas y las actitudes mutuas. Stalin daba gran importancia a estas reuniones. Se esforzó en hacer patente su fe en la alianza entre ellos y su deseo de que «no perdiera su carácter de intimidad, ni la expresión libre de las opiniones. En la historia de la diplomacia no conozco ninguna otra alianza tan estrecha como ésta entre tres grandes potencias, donde los aliados tuvieran la oportunidad de expresar francamente sus puntos de vista». Creía fervientemente que la alianza de las grandes potencias y las Naciones Unidas eran los cimientos sobre los que podría construirse la futura paz mundial. Pero cuando el 11 de febrero los tres líderes se separaron, sabían que no volverían a reunirse. Roosevelt se encontraba débil y enfermo y obviamente su muerte estaba cerca. Stalin y el pueblo ruso en general sentían por él un gran respeto y le consideraban un estadista y un amigo. También

por Churchill sentían respeto e incluso afecto, reconociendo que era un gran líder militar, pero seguían desconfiando de él y de los británicos.

El avance del Ejército Rojo hacia el oeste continuaba, pero los alemanes defendían su territorio con un valor fanático. Stalin se enojó por el fracaso de la toma de Königsberg. Se produjo un breve fallo de coordinación entre Zukov y Rokossovsky. Fue necesaria la intervención de Stalin, que envió a Vasilevsky a los frentes como su representante personal. Exigió la inmediata destrucción del enemigo con el fin de que las fuerzas rusas estuvieran disponibles para el avance hacia Berlín. También dijo a Vasilevsky que se preparara para ocupar el cargo de comandante en jefe en Extremo Oriente en un futuro inmediato. Pero la tarde del 18 de febrero le telefoneó para decirle que Cherniajovsky, el valiente y joven jefe del tercer frente bielorruso, había resultado muerto en acción de guerra y que debería ocupar su puesto. La lucha en Prusia oriental continuaba con excepcional encarnizamiento, y hasta mediados de abril los alemanes no fueron vencidos en esta región.

También en Hungría se luchaba con denuedo. Budapest fue tomada el 13 de febrero. Los rusos, entonces, avanzaron hacia el norte a través de Austria y el 13 de abril ocuparon Viena. Sin embargo, mientras preparaba la penetración en Austria, Tolbujin, al mando del tercer frente ucraniano, había advertido que el grupo sur del ejército alemán preparaba una ofensiva contra su frente. Le preocupaban particularmente los informes de que el sexto ejército motorizado de las SS había sido trasladado desde el oeste para reforzar la ofensiva.

El 6 de marzo los alemanes atacaron con extraordinaria furia. Tolbujin pidió permiso para replegar su frente hacia el este del Danubio en caso necesario. Según Stemenko, su salud no era buena y en cualquier caso no era tan inexorable y decidido como los demás mariscales. Stemenko estaba en el despacho de Stalin cuando telefoneó Tolbujin. Stalin consideró por un momento su petición, y después, hablando pausadamente, dijo: «¡Camarada Tolbujin! Si piensas prolongar la guerra cinco o seis meses, entonces lleva las tropas al otro lado del Danubio. Por supuesto, allí habrá más tranquilidad. Pero dudo que ésa sea tu intención. Por consiguiente, debes defender la orilla derecha y mantener allí tu cuartel general. Estoy seguro de que las tropas cumplirán con su deber y llevarán a cabo su difícil tarea.» Tolbujin mantuvo su posición, aplastó la ofensiva del enemigo y avanzó hasta Viena.

Durante los primeros meses de 1945 se produjeron airados comunicados entre Stalin, Roosevelt y Churchill. Revelaban las incesantes sospechas de Stalin y que estaba dispuesto a desafiar la buena fe de sus aliados con una franqueza insultante. El primer incidente se produjo debido a un contacto del general Karl Wolff, jefe de las SS en Italia, con el servicio de información americano en Suiza. Se celebraron dos «reuniones exploratorias», y se le comunicó que las negociaciones para firmar una paz por separado no podían ser consideradas (estaban descartadas). El gobierno soviético fue informado, y acusó inmediatamente a los aliados de no dar facilidades para que estuviera presente en las reuniones un representante suyo.

En base a informes de su propio servicio de información, Stalin llegó al convencimiento de que los británicos y los americanos estaban negociando por separado una rendición en el sur de Europa. Acusó abiertamente a Roosevelt y a Churchill de abuso de confianza y de falsedad. Ambos líderes se enojaron por este ataque a su dignidad, y respondieron vigorosamente. Stalin resultó claramente sorprendido por el hecho de que sus acusaciones hubieran causado tan profunda ofensa. El 7 de abril, en una carta dirigida a Churchill, decía a modo de explicación: «Mis mensajes son privados y estrictamente confidenciales. Esto hace posible decir clara y francamente lo que se piensa. Esta es la ventaja de las comunicaciones confidenciales. Sin embargo, si va a tener en cuenta cada uno de los comentarios que hago con franqueza, este tipo de comunicación será muy difícil. Puedo asegurarle que no tuve ni tengo intención de ofender a nadie.» Churchill comentó a Roosevelt en una nota que esto era «lo más cercano a una disculpa a que los soviéticos pueden llegar».

Cuando, en abril, el líder nazi Heinrich Himmler propuso a través del conde Folke Bernadotte, presidente de la Cruz Roja sueca, la rendición de las fuerzas alemanas en Noruega y en Dinamarca a las tropas británicas, americanas o suecas, el embajador británico en Estocolmo comunicó inmediatamente la oferta a Londres. Churchill informó enseguida a Stalin por cable, afirmando que en su respuesta hacía saber a Himmler que solamente aceptarían la rendición incondicional a las tres grandes potencias. Stalin envió un telegrama mostrando su aprobación, y añadía: «Conociéndole, no dudaba que usted actuaría así.» Churchill pensó que por fin se había ganado la confianza de Stalin, y respondió: «Me alegra enormemente saber que usted no duda de la manera en que yo he actuado y siempre actuaré hacia su glorioso país y hacia su persona.» Pero la buena voluntad y la confianza no iban a durar mucho.

Hacia finales de marzo surgieron rivalidades entre los aliados por la toma de Berlín. En Yalta los tres líderes habían llegado a un acuerdo sobre la división de Alemania, pero no habían discutido la manera de coordinar la estrategia del Ejército Rojo y de las fuerzas angloamericanas. Eisenhower y Montgomery habían acordado meses antes que su principal objetivo político y militar sería la captura de Berlín. El 27 de mayo, Montgomery comunicó a Churchill que avanzaba hacia el Elba y que la toma de Berlín era su objetivo; Churchill estaba completamente de acuerdo con este plan. El 28 de mayo, sin embargo, Eisenhower, sin consultar a los jefes del Estado Mayor coordinado ni al mariscal del aire Tedder, su ayudante, envió un mensaje a Stalin a través del general Deane. En él afirmaba que su estrategia era ahora abrirse paso en la línea defensiva alemana y tomar contacto con el Ejército Rojo, después de lo cual los ejércitos angloamericanos se concentrarían a lo largo de un eje de oeste a sureste en dirección a Dresden.

Stalin informó a Deane que estaba de acuerdo con Eisenhower en que Berlín ya no tenía la misma importancia estratégica que antes y que el propuesto plan angloamericano armonizaría con las operaciones soviéticas. El Ejército Rojo avanzaría hacia Dresden para unirse a las fuer-

zas aliadas. Añadió que la ofensiva soviética comenzaría a mediados de mayo, pero que la fecha tal vez tuviera que ser alterada.

Churchill armó un gran revuelo por el cambio de estrategia aliada, quejándose amargamente de que era equivocada y de que no había sido discutida. Eisenhower escribió que Churchill «estaba decepcionado y molesto porque mi plan no lanzaba en primer lugar a Montgomery hacia adelante con todo el apoyo que yo podría darle con las tropas americanas en el desesperado intento de tomar Berlín antes que los rusos. Comunicó sus opiniones a Washington». ¹⁸⁶

Al igual que Churchill, Stalin atribuía un gran significado político a la toma de Berlín. Pero él y todos los rusos consideraban que tenían derecho a conquistar la capital alemana. Habían sufrido mucho más que los aliados durante la guerra y habían soportado lo más duro de la lucha. Habría sido para ellos un acontecimiento decepcionante que los alemanes hubiesen entregado la ciudad a los británicos y a los americanos.

Stalin estaba especialmente preocupado por el hecho de que los alemanes pudieran llegar a un acuerdo con los aliados y concentrar todas las tropas que les quedaban en el frente oriental. Inmediatamente después de dar a Deane la respuesta al mensaje de Eisenhower, mandó a Zukov que se trasladara a Moscú desde el primer frente bielorruso. Zukov llegó al día siguiente y fue directamente al Kremlin. A las preguntas de Stalin, respondió que Konev y él serían capaces de lanzar su ofensiva contra Berlín en un plazo de dos semanas. No estaba seguro, sin embargo, de que Rokossovsky pudiera prepararse tan rápidamente, dado que su frente estaba todavía ocupado en liquidar al enemigo en las regiones de Danzig y Gdynia.

Stalin dijo: «Bien, entonces tendremos que empezar la operación sin esperar a Rokossovsky. No importa que se retrase algunos días.»

Stalin le enseñó entonces un informe según el cual agentes alemanes habían entrado en contacto con aliados para proponer una paz por separado. Stalin dijo que no podía descartarse la posibilidad de que los alemanes permitieran a los aliados entrar en Berlín. «Creo que Roosevelt no violará los acuerdos de Yalta, pero en cuanto a Churchill es capaz de cualquier cosa», añadió.

Antes del amanecer, el 16 de abril, los frentes de Konev y de Zukov iniciaron la ofensiva. Avanzaron implacablemente, y las fuerzas alemanas que defendían Berlín denodadamente no pudieron detenerles. El 23 de abril las tropas rusas entraron en la ciudad. En calles y edificios se luchaba encarnizadamente. El punto decisivo de la batalla se produjo el 30 de abril, el día en que Hitler se suicidó, cuando los rusos asaltaron el Reichstag. El 2 de mayo cedió la resistencia en la ciudad. Seis días más tarde, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, en representación del alto mando alemán, se rindió al mariscal Zukov. Alemania no había sido todavía completamente liberada, pero finalmente el 9 de mayo cayó Praga. Este día fue proclamado Día de la Victoria.

La tarde de esa fecha histórica, Stalin se dirigió por radio a la nación e hizo patente el orgullo, el júbilo y el alivio que sentían todos los rusos. Al igual que ellos, él había luchado en la guerra no como comu-

nista, ni como líder de la vanguardia proletaria; había dejado la ideología a un lado y como nacionalista y patriota había combatido para defender la Santa Rusia. Rindió homenaje al Ejército Rojo, y también a las fuerzas aliadas, pero el mensaje iba dirigido a su propio pueblo:

«Los grandes sacrificios que hemos hecho en nombre de la libertad y la independencia de nuestra patria, los incalculables sacrificios y sufrimientos experimentados por nuestro pueblo en el transcurso de la guerra, el intenso trabajo en vanguardia y retaguardia, en aras de nuestra patria, no han sido en vano, y se han visto coronados con una absoluta victoria sobre el enemigo. La larga lucha de los pueblos eslavos por su existencia y su independencia ha concluido con la victoria sobre los invasores alemanes y la tiranía alemana... ¡Os felicito por la victoria, queridos hombres y mujeres compatriotas!»

En una gran recepción celebrada en el Kremlin el 24 de mayo en honor de los jefes del Ejército Rojo, Stalin habló de nuevo. Dando rienda suelta a su amor por Rusia y por su pueblo, hizo un ferviente homenaje a la Gran Rusia, «porque es la nación más extraordinaria de entre todas las naciones de la Unión Soviética... No sólo porque es el pueblo más importante, sino también porque posee una mente clara, un carácter firme y paciencia». A continuación admitió con franqueza que el gobierno soviético había cometido numerosas equivocaciones; esto equivalía a admitir sus propios errores. Pero incluso durante los meses terribles de 1941 y 1942, cuando el Ejército Rojo estaba en pleno retroceso, el pueblo ruso no había dado la espalda a su gobierno ni había pensado en firmar la paz con Alemania, sino que había mostrado su confianza en el gobierno y su voluntad de sacrificarse hasta conseguir la victoria. «¡Gracias a él, al pueblo ruso, por su confianza!»

El momento álgido de las celebraciones se produjo el 24 de junio, cuando tuvo lugar el desfile de la victoria en la plaza Roja. La lluvia torrencial no disminuyó el esplendor de la ocasión. Rokossovsky iba al mando del desfile, y Zukov tomaba el saludo. De pie en el mausoleo de Lenin, Stalin parecía una pequeña y remota figura, pero como había cientos de banderas de los regimientos alemanes extendidas sobre los escalones del mausoleo y a sus pies, dominaba la escena.

Era realmente su victoria. No podría haberse conseguido sin su campaña de industrialización y especialmente sin el desarrollo intensivo de la industria más allá del Volga. La colectivización había contribuido a la victoria al permitir al gobierno almacenar alimentos y materias primas y al impedir la paralización de la industria y el hambre en las ciudades. Pero, además, la colectivización, con sus centros agropecuarios, había proporcionado a los campesinos sus primeras experiencias en la utilización de tractores y de otras máquinas. La colectivización agraria había sido la escuela preparatoria de los campesinos para la guerra mecanizada. La mejora del nivel general de educación también había contribuido a crear una gran reserva de hombres con suficientes conocimientos para recibir cursos de especialización.

Era su victoria también, porque había dirigido y controlado todas las operaciones rusas durante la guerra. La amplitud y el peso de sus

responsabilidades fueron extraordinarias, pero día tras día, sin descanso durante los cuatro años de guerra, ejerció el mando directo de las fuerzas rusas y el control del aprovisionamiento, las industrias bélicas y la política gubernamental, incluyendo la política exterior.

Como él mismo reconoció, había cometido equivocaciones y errores de cálculo, algunos de los cuales tuvieron consecuencias trágicas y ocasionaron numerosas bajas. La primera y tal vez más importante de sus equivocaciones fue su error de cálculo político sobre los planes alemanes de invadir Rusia. Se había negado obstinadamente a creer que Hitler lanzaría su ofensiva en junio de 1941 y, tratando de ganar tiempo con su política de acercamiento, no había tomado medidas defensivas.

También ha sido considerado el único responsable por las terribles pérdidas rusas de 1941 y 1942, y se le ha criticado por no seguir la tradicional estrategia rusa de replegarse a la inmensa llanura. Esta estrategia había sido seguida por Pedro el Grande en la guerra del Norte, y por Mijail Barclay de Tolly y M. I. Kutuzov contra Napoleón. Habían arrasado al enemigo al interior de Rusia, extendiendo sus líneas de comunicación, debilitándole y comprometiéndole a una campaña de invierno.

Las defensas en profundidad, sin embargo, difícilmente podrían haber detenido el avance del altamente mecanizado *Wehrmacht* en 1941. Este había aplastado sin esfuerzo al ejército polaco, al que algunos expertos militares británicos habían valorado por encima del Ejército Rojo en moral y eficacia. Había conquistado Francia y expulsado a los británicos del continente. Profundamente consciente de lo inadecuado de las defensas rusas y de la debilidad del Ejército Rojo en 1941, Stalin sabía que no podrían resistir un ataque alemán. Apostó por conseguir tiempo de manera que sus urgentes programas de mecanización y especialización consiguieran consolidar la fuerza del Ejército Rojo, y perdió la apuesta.

Stalin conocía la historia militar de su país y entendía bien la estrategia de retroceder y utilizar sus grandes espacios. Sin embargo, era por temperamento enérgico y agresivo, más dispuesto a atacar que a defender, y esta característica suya iba a plasmarse en la estrategia rusa durante la guerra. Al mismo tiempo poseía un extraordinario autodominio, como demostró al esperar el ataque alemán en la batalla de Kursk, y en general, durante 1943-45, se mantuvo constantemente en guardia contra las ofensivas prematuras y mal preparadas.

Una razón importante por la que 1941-42 exigió constantemente acciones ofensivas, aunque ello a menudo acarreará grandes bajas, era que en estos meses desastrosos, cuando Rusia parecía cerca del colapso, subordinaba las consideraciones militares a la necesidad de mantener el orgullo y el espíritu de lucha de la nación. No se sentía seguro sobre la moral del Ejército Rojo y del pueblo ruso. Los intentos para dirigir y controlar una retirada ordenada de fuerzas y la evacuación de la población civil habrían producido, al menos eso temía él, una huida en medio del pánico, como había ocurrido al ejército zarista en 1916-17. El *bolshoi drap*, u oleada de pánico que barrió Moscú en octubre de 1941 según se acercaban los alemanes, suponía un desfallecimiento en la mo-

ral que podría haberse extendido a toda Rusia, produciendo el colapso absoluto. Frente a Napoleón, Kutuzov había ordenado tranquilamente la evacuación de Moscú y había dejado la ciudad en manos de los franceses, sabiendo que toda la nación era leal al zar y obedecería las órdenes. Stalin no tenía esta certeza. En este caso, los alemanes consiguieron penetrar profundamente en el sur de Rusia, ampliando mucho sus líneas de aprovisionamiento y obligándose a luchar en invierno, para lo cual no estaban equipados. Pero a cada paso Stalin había luchado para detenerles, como les pasó ante Moscú. Había exigido atacar y había inculcado a sus jefes militares su propio espíritu de agresión y voluntad de victoria. Fue desde luego su implacable voluntad más que ningún otro factor lo que impidió el derrumbamiento de la nación en el trágico periodo de 1941-42.

También se ha acusado a Stalin de haber causado a Rusia los desastres de 1941-42 con su purga del Ejército Rojo. Aunque trágica e inútil, la purga tuvo probablemente poca importancia, y ciertamente menos de lo que con frecuencia se ha asegurado.¹⁸⁷ Aunque muchos altos jefes fueron depurados, era en esta categoría en la que, en términos generales, el Ejército Rojo resultaba superior a los alemanes incluso en 1941-42. La superioridad alemana destacaba entre los oficiales de menor graduación y los suboficiales.

Desde los primeros meses de la guerra Stalin se rodeó de prestigiosos jefes, rejuveneciendo el alto mando. Les elegía por sus méritos y, con su astucia para valorar a los hombres, ascendía constantemente a oficiales de poco rango a la máxima categoría. Cuando se produjo la batalla de Moscú, había elegido como jefes claves a Zukov, Vasilevsky, Rokossovsky Konev y Voronov. A ellos se sumarían en la época de la batalla de Stalingrado Vatutin, Eremenko, Malinovsky, Meretskov, Cherniajovsky y otros.

Stalin era el jefe supremo indiscutido. Sus más destacados generales, como Zukov, Rokossovsky y Konev, que destacaban entre los generales de todos los países implicados en la guerra, aceptaban su autoridad sin cuestionarla. De hecho, él no los dominaba en virtud de su categoría, sino por la fuerza de su carácter y por su inteligencia. Inspiraba el más profundo respeto y también afecto. En ocasiones se enfurecía exigiendo una acción inmediata; otras veces hablaba pausadamente, tranquilizando e inspirando seguridad.

Con su mente disciplinada y su memoria tenaz, adquirió una considerable habilidad militar y conocimientos técnicos. Oficiales y técnicos occidentales presentes en conversaciones con él quedaban impresionados por su facultad de entender las cosas con rapidez y exactitud. Alan Brooke, jefe del Estado Mayor General británico, comentó en varias ocasiones su dominio de los temas militares. Sus propios jefes estudiaban los informes cuidadosamente antes de presentárselos, porque infaliblemente advertía cualquier punto débil o idea poco exacta en su presentación. En los primeros meses de la guerra, cuando, temeroso del derrumbamiento general, su preocupación principal era mantener a la nación en lucha, prestó poca atención a las opiniones de sus generales. En

el transcurso de contienda, sin embargo, comenzó a tratarles con mayor respeto. Más aún, como afirmó Zukov, siempre estaba dispuesto a modificar sus propias opiniones cuando se aducían sólidas razones. Pero siempre tomaba la última decisión.

Aunque inmerso en la crisis cotidiana de la guerra, pensaba constantemente en el futuro; estaba convencido de que luchaba y trabajaba por el futuro. Elemento esencial en ese futuro era la creación y mantenimiento de un ejército, una armada y unas fuerzas aéreas poderosas, que defendieran a Rusia contra otra guerra devastadora. Esto exigía disciplina y liderazgo, e incluso en los periodos más negros de la guerra no perdió de vista la necesidad de crear un cuerpo de oficiales, imbuido de patriotismo y orgullo profesional, capaz de ejercer el mando con responsabilidad. A comienzos de 1942 había tomado varias medidas, tal como la creación de condecoraciones especiales para los oficiales, con el fin de elevar su estatus y autoridad. Después de las grandes victorias de Stalingrado y Kursk, cuando se produjo un resurgimiento del patriotismo ruso, se implantó otros elementos del ejército zarista. Se reintrodujeron las charreteras, que habían sido un símbolo odiado de la oficialidad, y los uniformes de los oficiales se hicieron más espléndidos. Se crearon nueve academias Suvorov, siguiendo el modelo de la academia de cadetes, para formar una elite de oficiales. El plan de estudios exigía un alto nivel de educación general e incluía la enseñanza de urbanidad e incluso baile. Los oficiales que se graduaban en estas academias iban a ser unos soldados altamente preparados y profesionales entregados, pero también unos caballeros, como se esperaba que lo fueran los graduados de West Point y de Sandhurst.

Un detalle significativo para entender la mentalidad de Stalin se produjo en el transcurso de una cena, dada por Churchill en Potsdam en julio de 1945. Stalin estaba sentado al lado de Birse, a quien conocía bien, y por el que sentía un verdadero afecto. Birse señaló que «parecía contento de poder hablar entre discurso y discurso con alguien que le entendía sin la ayuda de un intérprete. Dijo que le gustaban estas cenas inglesas; eran sencillas y al mismo tiempo solemnes. Entonces, mirando a las personas que estaban enfrente, señaló al general Marshall y comentó: «Admiro a ese hombre. Es un buen general. Tenemos buenos generales en el ejército soviético, como también los tenéis vosotros y los americanos. Pero a los nuestros les faltan educación y buenos modales. Nuestro pueblo tiene un largo camino por delante.»

Astuto, observador y honesto, sabía qué cualidades quería en sus oficiales. Entre ellas figuraban la modestia, la humildad y la disciplina que, en un discurso poco después de la muerte de Lenin, había reconocido ante los cadetes de la academia militar del Kremlin. Pero también quería educación y modales. Era llamativo el hecho de que entre aquellos que trabajaron estrechamente con él durante la guerra —un número desproporcionado—, incluía a Chapochnikov, Vatutin, Vasilevsky, Antonov y Rokossovsky, que habían recibido preparación en el ejército zarista y presumiblemente poseían en alguna medida esta cualidad de los buenos modales que él tanto apreciaba. En su propia conducta, se-

gún diversos observadores, se mostraba modesto, sencillo y cortés, a no ser que estuviera enojado o que se enfrentara a lo que él consideraba engaño o amenaza a su autoridad; entonces podía volverse insultante y grosero.

Fue su victoria, por encima de todo, porque había sido conseguida por su genio y sus esfuerzos, que pueden considerarse heroicos. El pueblo ruso había contado con su liderazgo, y él no le había decepcionado. En sus discursos del 3 de julio y 6 de noviembre de 1941, en los que les había infundido valor para superar las duras pruebas de la guerra, demostró su voluntad de victoria. Era para su pueblo una figura semimítica, entronizada en el Kremlin, que les inspiraba y les dirigía. Era capaz de descender a los detalles y mantener en su mente todo el conjunto de la situación, y sin olvidar el pasado e inmerso en el presente, miraba constantemente al futuro.

Expertos militares han criticado su control directo de los asuntos en materia militar y su participación en ellos, y han valorado negativamente muchas de sus decisiones, especialmente en 1941-42. Un experto extranjero, no particularmente afecto a Stalin como hombre, ha emitido quizá el juicio más justo:

«Si se le acusa de los desastres de los dos primeros años de la guerra, también hay que atribuirle los sorprendentes éxitos de 1944, el *annus mirabilis*, cuando los grupos del ejército alemán fueron literalmente arrasados con ataques relámpago en Bielorrusia, Galitzia, Rumania y el Báltico en batallas que no se libraron en las estepas y en invierno, sino en verano y en la Europa central. Algunas de estas victorias deben figurar entre las más destacadas de la historia militar mundial.»

29. La traición de Potsdam

Los líderes de las tres potencias aliadas —a Stalin y Churchill se unió ahora Harry Truman, nuevo presidente de Estados Unidos— se reunieron en Potsdam en julio de 1945. Iban a tratar de resolver los problemas de la Europa de posguerra, y de establecer a través de las Naciones Unidas una nueva era de paz y estabilidad en el mundo. Pero el espíritu de cooperación y de intereses comunes, que había prevalecido en Teherán y Yalta, murió en Potsdam. La actitud de Estados Unidos y Gran Bretaña hacia la Rusia soviética había cambiado. El símbolo de este cambio fue la bomba atómica, nueva y terrible arma incorporada al arsenal de Occidente. Para Stalin, la conferencia de Potsdam estuvo marcada por la traición.

Las tres naciones habían celebrado la rendición de Alemania con sentimientos de triunfo, éxito y alivio. Pero su júbilo quedó empañado por la magnitud de los problemas de posguerra y, sobre todo, por las necesidades de sus propios países. Estados Unidos había salido de la guerra relativamente sin daños y consciente de tener un gran poderío económico y militar. Gran Bretaña, enfrentada a la ruina de su economía y a la disgregación de su imperio, no era ahora más que una sombra de la gran nación que había sido. La Unión Soviética había sufrido terriblemente.

Las bajas en los frentes y en el territorio ocupado por los alemanes habían alcanzado proporciones horripilantes. Pocos rusos no contaban con alguna víctima entre sus parientes. Stalin afirmó que siete millones de ciudadanos soviéticos habían perdido la vida durante la guerra, pero las bajas probablemente se aproximaban a los veinte millones.¹⁸⁸ La masa del pueblo vivía en pésimas condiciones, con severos racionamientos de comida, ropa, problemas de alojamiento y una larga jornada laboral. Muchos habían muerto por exceso de trabajo y falta de alimento. En 1945 más de la mitad de los trabajadores de la industria eran mujeres, y la agricultura dependía casi enteramente de la mano de obra femenina. El pueblo ruso esperaba ahora que la vida sería más fácil, la comida y otros bienes más abundantes, que de alguna manera la victoria por la que habían trabajado y sufrido traería recompensas.

La economía estaba al borde del colapso. Al menos una cuarta parte de todas las propiedades soviéticas había sido destruida. Cerca de dos mil ciudadanos y setenta mil pueblos habían sido arrasados, y veinticinco millones de personas estaban sin hogar. La industria soviética ha-

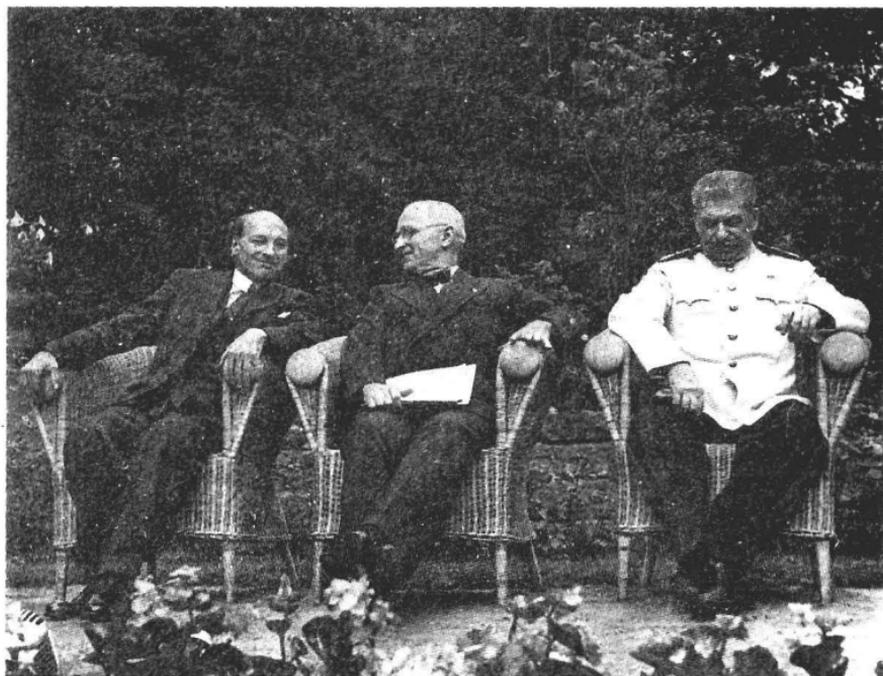
bía conseguido un prodigioso nivel de producción de tanques, cañones, aviones y otros materiales, pero esto ocultaba el hecho de que la industria en su conjunto había sufrido un verdadero desastre. Unas treinta y una mil fábricas, incluyendo las principales industrias de Jarkov, Krivoi Rog, Zaporozie, Rostov, Odessa, Leningrado y Stalingrado, habían sido destruidas.

Ya en 1943 Stalin comenzó a pensar en la reconstrucción del país después de la guerra. Rusia podría, por supuesto, reconstruir sus industrias y reanimar la agricultura dependiendo enteramente de sus propios recursos. Esto significaba que el pueblo ruso continuaría viviendo en idénticas condiciones. Contaba con grandes indemnizaciones de Alemania y sus aliados para compensar en alguna medida la destrucción que habían causado. Exigió a los finlandeses el compromiso de pagar trescientos millones de dólares de indemnización en un periodo de seis años. Pero cuando en la Conferencia de Yalta puso sobre el tapete el tema de las indemnizaciones alemanas, Churchill planteó objeciones.

Stalin consideró detenidamente la posibilidad de solicitar importantes créditos a largo plazo a Estados Unidos que ayudaran a reconstruir la economía soviética. De esta forma, el pueblo ruso no se vería sometido a las presiones y a las difíciles condiciones que habían soportado en la campaña de industrialización y durante la guerra. A muchos comunistas les horrorizaba la idea de depender de una potencia capitalista; otros veían en ella una amenaza a la seguridad soviética. Stalin consideraba, evidentemente, que el valor de esta ayuda superaba estas y otras objeciones. Su preocupación coyunturalmente prioritaria era la recuperación y la seguridad de Rusia más que la ideología.

A comienzos de 1941 Molotov trató con el embajador americano, Harriman, la posibilidad de recibir ayuda financiera, y al enterarse de que éste exigiría una ley del Congreso, preguntó si el Congreso podría tratar el tema antes de que finalizara la guerra. De nuevo el 5 de febrero de 1945, Molotov, en conversaciones con Stettinius, «expresó la esperanza de que la Unión Soviética recibiera créditos a largo plazo de Estados Unidos». Previamente, durante la guerra, varios destacados industriales americanos, y especialmente Donal M. Nelson, habían tratado en Moscú la posibilidad de un importante préstamo. Stalin había expresado un vivo interés y había dado a Nelson una lista de las prioridades soviéticas. Una fuerte corriente de opinión se mostró favorable en Washington a la ayuda financiera a la Rusia soviética. Henry Morgentha, secretario del Tesoro, debatió con Harriman en varias ocasiones el tema de los créditos soviéticos, y escribió al presidente el 1 de enero de 1945 diciendo:

«No se trata de préstamos y arriendos ni otro tipo de beneficencia, sino de un acuerdo que reportará claros beneficios tanto para Estados Unidos como para Rusia. Estoy convencido de que si nos decidiéramos ahora y presentáramos a los rusos un plan concreto para ayudarlos en el periodo de reconstrucción, contribuiríamos en gran medida a allanar muchas de las dificultades que hemos tenido respecto a sus problemas y a sus medidas políticas.»



Stalin con Clement Attlee y el nuevo presidente de Estados Unidos, Truman, en Potsdam (julio de 1945).

Sin embargo, prevalecieron otros criterios y no se concedieron créditos. Al ocupar la presidencia después de la muerte de Roosevelt, Truman redujo las ayudas decididas por la ley de Préstamos y Arriendos. Stalin ya albergaba temores sobre Truman, que en 1941 había propuesto seriamente en el Senado que Estados Unidos ayudara alternativamente a Hitler y a Stalin para asegurarse de que Rusia acabaría siendo el exhausto vencedor.¹⁸⁹ Poco después del 8 de mayo de 1945, celebrado en Occidente como el Día de la Victoria en Europa, las ayudas fueron drásticamente suspendidas, a pesar de que la Unión Soviética se había comprometido a unirse a la guerra contra Japón. Esta medida, y especialmente la manera en que fue adoptada, causó una profunda ofensa en Moscú.

Sin embargo, cuando el 26 de mayo Truman envió un representante personal a Moscú con garantías de que tenía la intención de continuar la política de cooperación de Roosevelt, Stalin le dio una cordial bienvenida, debido especialmente a que el enviado era Harry Hopkins, que gozaba de su confianza. El principal objetivo de la misión de Hopkins, que se desarrolló del 26 de mayo al 6 de junio, era buscar alguna solución a la cuestión polaca. En Estados Unidos y Gran Bretaña los polacos eran activos propagandistas que ejercían una fuerte e insidiosa influencia. Apasionados e inmovilizados en su odio hacia Rusia, nunca aceptarían que Polonia tuviera que llegar a un acuerdo y aprender a vivir junto a su poderoso vecino. Trabajaban infatigablemente en alimen-

tar un sentimiento antirruso y anticomunista en Occidente, y fue considerable su contribución al fracaso de la Gran Alianza, y al surgimiento de la guerra fría.

En enero de 1945 la Armija Krajowa se convirtió en un ejército clandestino a las órdenes del gobierno polaco en Londres. El general L. Okulicki estaba al frente de este ejército clandestino polaco que libraba una guerra de guerrillas contra los rusos en Polonia. El gobierno de Londres y la Iglesia en Polonia trataban de intensificar el sentimiento antirruso. En los primeros meses de posguerra el movimiento clandestino polaco asesinó a más de cien soldados y oficiales del Ejército Rojo. Alexander Werth, corresponsal que formaba parte de un numeroso grupo de periodistas occidentales que visitaron Polonia por entonces, fue testigo de una acción especial antirrusa, protagonizada por el movimiento clandestino y motivada por la presencia de los periodistas en el país, en la que dos infortunados soldados rusos fueron abatidos a tiros en el exterior del hotel en el que se hospedaban los visitantes. En marzo, Okulicki y otros quince líderes clandestinos fueron detenidos y llevados a Moscú. En Occidente se produjeron fuertes protestas.

A su llegada a Moscú, Hopkins intercedió ante Stalin e nombre de los líderes clandestinos polacos. En junio de 1945 fueron juzgados en Moscú por el asesinato de miembros del Ejército Rojo y las condenas fueron poco severas. Churchill los consideraba obviamente como valientes patriotas y había propuesto que impusiese su liberación como condición previa a cualquier tipo de negociaciones con el gobierno soviético. Hopkins no tuvo en cuenta esta propuesta. Persuadió a Stalin para que invitara a Mikolajczyk y a otros dos polacos de Londres, así como a destacados polacos que se encontraban en Polonia y que no apoyaban al Comité Lublin, para que fueran a Moscú con el fin de mantener conversaciones. Como resultado de las mismas, se estableció un nuevo gobierno provisional polaco, y el 5 de julio de 1945 Estados Unidos y Gran Bretaña lo reconocieron formalmente. No les satisfacía el gobierno de compromiso, pero eran conscientes de que Stalin había hecho esfuerzos por atender a sus objeciones y de que tenían que aceptarlo, estando pendientes sus reuniones en Berlín.

Durante su estancia en Moscú, Hopkins recibió instrucciones de Stettinius para que tratara directamente con Stalin un tema que había paralizado los debates en la conferencia de San Francisco sobre la organización de las Naciones Unidas. Molotov había dado instrucciones a Gromiko, delegado soviético, para que insistiera en que un asunto conflictivo no podría ser ni siquiera debatido por el Consejo de Seguridad a no ser con el acuerdo unánime de los cinco miembros permanentes, excepto cuando el tema pudiera solucionarse por medios pacíficos. Esta nueva condición ampliaba el poder del veto más allá de los límites acordados en Yalta. En la reunión de Hopkins con Stalin, Molotov trató de justificar las instrucciones dadas a Gromiko. Stalin le dijo que no fuera ridículo y aceptó inmediatamente la propuesta americana.

A medida que se acercaba la reunión de Potsdam, Stalin se sentía más preocupado por la seguridad de Rusia. Persistía en la preocupación

de que Alemania se recuperara rápidamente y, ávida de venganza, llevara a cabo un tercer intento para conquistar Rusia. Roosevelt le había dicho a Yalta que las tropas americanas serían retiradas de Europa al cabo de dos o tres años. Esto dejaba a Gran Bretaña como único aliado contra una Alemania resurgente, porque no contaba con Francia. Pero la guerra había debilitado gravemente a Gran Bretaña, y quedaba por ver con qué rapidez se recuperaría. Además, todavía desconfiaba profundamente de los británicos.

Stalin creía firmemente en la necesidad de mantener la alianza con Estados Unidos, pero se daba cuenta de que esto podría resultar imposible. La política expansionista americana, alimentada por el miedo de que la economía de Estados Unidos sufriría una grave crisis si no continuaba la expansión de los mercados exteriores, seguramente provocaría conflictos. Otra amenaza era la presunción, considerada por la mayoría de los americanos como artículo de fe, de que Estados Unidos con su sistema capitalista representaba todo lo que de progresivo había en el mundo, mientras que el comunismo soviético era un mal amenazador. Esta perspectiva nacional podría resultar peligrosa, porque estaba respaldada por el hecho de que el poderío de Estados Unidos no tenía rival, en tanto que la Unión Soviética estaba asolada y debilitada.

Stalin no dudaba que el comunismo era superior al capitalismo y que la Rusia soviética superaría al mundo capitalista en una competencia pacífica. Necesitaba paz y estabilidad para la reconstrucción y el desarrollo de la economía soviética. La mayor amenaza al crecimiento soviético era la guerra. Rusia había sufrido demasiado a causa de las guerras, y una más, particularmente con armamento moderno, podría destruir el régimen soviético y retrasar el desarrollo ruso en cien años o más. Sin embargo, el dogma marxista proclamaba que la guerra era inevitable entre los campos socialista y capitalista, y dio absoluta prioridad a hacer de Rusia un país fuerte y seguro.

Mucho antes de acabar la guerra, Stalin había adoptado la política de asegurar el dominio soviético sobre la Europa oriental para establecer así una barrera contra la agresión de Occidente. Los partidos comunistas y los elementos prosoviéticos de Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia recibieron todo tipo de apoyo. Polonia era el eslabón más débil en esta cadena defensiva, pero con el tiempo podría llegar a consolidarse en ella un régimen comunista prosoviético. El factor perturbador era que los aliados occidentales se negaban a aceptar que Europa oriental era una zona de influencia soviética y que Rusia tenía un legítimo interés en crear una barrera defensiva en el Oeste.

Churchill en particular estaba inquieto por la extensión del poder soviético en Europa oriental. Lo consideraba como el preludio de una tentativa para dominar Europa en su totalidad. Se negaba a aceptar que Stalin sólo estuviera interesado en crear una barrera defensiva. En una carta a Truman, que no era un entendido en relaciones internacionales, escrita el 12 de mayo de 1945, afirmaba que se había cerrado un «telón de acero» en la Europa ocupada por los rusos y que preveía que el avance de los rusos llegaría «hasta las aguas del mar del Norte y del Atlán-

tico». Dos meses después, el 18 de julio, aseguraba a Stalin en el transcurso de una conversación que quería ver a los barcos rusos atravesando los Dardanelos y el canal de Kiel, y surcando los océanos del mundo. En otra ocasión comentó a Stalin que «parecía como si Rusia se moviera hacia el Oeste». Stalin rechazó firmemente la acusación, afirmando que no era tal su intención y que, por el contrario, iba a retirar sus tropas del Oeste, medida que comenzaría con dos millones de hombres en el curso de los cuatro meses siguientes.

La conferencia de Potsdam comenzó el 17 de julio de 1945, con signos de que el espíritu de buena voluntad y cooperación, forjado en Teherán y Yalta, continuaría. Stalin parecía mostrarse simpático y relajado. Ofreció una cena privada en honor de Churchill, que escribió: «Su cordialidad resultaba de lo más agradable.» Churchill no parecía preocupado por el resultado de las elecciones generales británicas y reveló en los saludos y conversaciones privadas que estas conferencias a alto nivel merecían su presencia. Truman era el recién llegado. Churchill le fue a ver la mañana siguiente a su llegada y «quedó impresionado por su manera de comportarse alegre, precisa y brillante, y por su evidente poder de decisión».

La crítica noticia de la explosión en el desierto mejicano de una bomba atómica, fabricada bajo la dirección de un equipo de científicos americanos y británicos, fue dada probadamente a Churchill el primer día de la conferencia. Su reacción inmediata fue pensar que el poderío de las potencias occidentales se había incrementado enormemente y el de la Unión Soviética se había reducido en la misma medida; además, la participación soviética en la guerra de Extremo Oriente ya no le parecía necesaria ni deseable. Extremo Oriente sería una región de influencia occidental, predominantemente americana, de la que la Rusia soviética, a pesar de sus costas en el Pacífico y de sus históricos intereses en la zona, podría ser excluida. Fue esta actitud básica lo que Stalin advirtió y lo que parecía justificar su desconfianza hacia Churchill. Truman y su equipo reaccionaron de la misma manera. Los americanos habían presionado a Stalin para que ayudara a poner fin cuanto antes a la guerra contra Japón. En Yalta habían expresado alivio y satisfacción después de que éste prometiera entrar en la guerra en el plazo de tres meses a partir de la derrota de Alemania, y habían aceptado inmediatamente sus condiciones. Incluso el 8 de mayo de 1945, Hopkins, en su misión a Moscú, había pedido y conseguido la garantía de Stalin de que el Ejército Rojo ayudaría a derrotar a Japón.

Súbitamente, dos meses después, con la bomba atómica a su disposición, los aliados rechazaban la ayuda rusa y planeaban vertiginosamente conseguir derrotar a Japón antes de que Rusia pudiera declarar la guerra. De este modo podrían desatender las condiciones de Stalin, entre las que figuraban la devolución a Rusia de los territorios perdidos en la guerra de 1904-5 a favor de Japón, asunto de orgullo nacional para Stalin y su generación.

Truman pidió consejo a Churchill respecto a la mejor manera de dar la noticia a Stalin sobre la nueva arma. Churchill escribió a Stalin

que había sido «un magnífico aliado en la guerra contra Hitler, y ambos pensamos que debía ser informado del *nuevo hecho* que ahora dominaba la escena, aunque no de los detalles». Se decidió que el presidente lo mencionara informalmente después de una de las sesiones.

Una semana después, Truman, acompañado de su intérprete se acercó a Stalin después de una sesión plenaria y le habló de la nueva bomba de extraordinaria potencia. Churchill estaba a unos ocho metros, observando atentamente. Stalin parecía encantado y no hizo preguntas. Daba la impresión de no apreciar el significado de la nueva arma.

Stalin quizá no entendió inmediatamente, dado el comentario informal de Truman, la dramática importancia del acontecimiento, pero advirtió rápidamente el cambio en la actitud aliada hacia Rusia. Un general americano escribió que «estábamos en condiciones de mostrarnos duros e indiferentes». No era una actitud premeditada por parte de británicos y americanos, sino surgida de la exasperación por el secretismo, las sospechas y las demandas rusas, y de la arrogante confianza de que estaban en posesión de un poder muy superior al de la Rusia soviética y que podían hacer y decir lo que se les antojara. La posibilidad de que los rusos llegaran a conseguir armas atómicas por sí mismos y a «mostrarse duros» no fue considerada, o se consideró remota. Pero se dio por supuesto que su tecnología estaba demasiado atrasada para conseguir un arma tan sofisticada.¹⁹⁰

El cambio de actitud de los aliados preocupaba a Stalin. Confirmaba sus peores temores y sospechas, y le ofendió profundamente como un acto de ingratitud y rechazo. Rusia había salvado a Occidente, según creía él, de la barbarie nazi del mismo modo que en el siglo XIII Rusia había protegido a Europa contra las hordas mongolas de Gengis Khan. Para él y para todos los rusos estaba claro que si Rusia no hubiera destruido el poderío militar alemán, Hitler habría conquistado Gran Bretaña y habría continuado la guerra contra Estados Unidos. Rusia merecía la gratitud y el respeto de los aliados, no su arrogancia y condescendencia. Nadie era más sensible a las afrentas al orgullo nacional ruso que Stalin, y en Potsdam las ofensas por parte de los aliados fueron profundas y constantes.

Los debates se refirieron a los más variados temas durante las trece sesiones plenarias de la conferencia. Muchos otros temas quedaban pendientes de decisión, que sería tomada en la conferencia de paz o por el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores. Británicos y americanos criticaron duramente la política soviética en los países liberados, especialmente en Rumania y Bulgaria. Los rusos replicaron con críticas a la conducta británica en Grecia. Hubo acusaciones en el sentido de que Rusia estaba violando las condiciones acordadas en Yalta. Pero el desacuerdo era más profundo respecto a Alemania y Polonia.

Las tres potencias habían reconocido al gobierno provisional polaco. La controversia se centraba ahora en la frontera occidental de Polonia. Los polacos tenían que ser compensados por el territorio perdido a lo largo de la frontera con Rusia. Churchill se opuso vigorosamente a la ampliación de la frontera oeste, tal como proponía Stalin, al Oder y

al Neisse occidental. Pero después de las elecciones británicas, en las que Churchill y su partido fueron derrotados, Clement Attlee, nuevo primer ministro británico, apoyó a Truman y aceptó la propuesta de Stalin.

Los aliados habían acordado anteriormente que Alemania fuera dividida en cuatro zonas administradas por Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Francia, respectivamente, y que los cuatro países compartieran el control sobre Berlín como quinta zona. Alemania no tendría un gobierno central, y los asuntos que afectaran al país en su conjunto serían tratados por la Comisión de Control Aliada. Esto se hizo de acuerdo con la política de Stalin, que insistió en que Alemania no fuera desmembrada sino que permaneciera unida bajo estricto control de las cuatro potencias.

La exigencia rusa de indemnizaciones había sido aceptada en principio en Yalta. La comisión especial creada para examinar el tema no consiguió llegar a un acuerdo. En Potsdam, Stalin presionó constantemente para la aprobación de una cifra para las indemnizaciones. Los aliados se negaron a comprometerse. Estaban indignados por informes según los cuales los rusos ya estaban retirando de los territorios ocupados maquinaria y otras propiedades que no eran aceptadas como botín de guerra. Varias dificultades de orden práctico obligaron a los aliados occidentales a abandonar su política de tratar la economía alemana en su conjunto. El nuevo secretario de Estado norteamericano, James Byrnes, propuso finalmente que cada potencia debería satisfacer sus exigencias de indemnización en su propia zona. Un 40 por ciento del valor del equipamiento industrial alemán considerado innecesario para una economía de paz estaba en la zona soviética. Byrnes propuso además que el 10 por ciento de este equipamiento industrial de las zonas occidentales fuera entregado a la Rusia soviética, y podría pedir también equipamiento adicional de las zonas británica y americana a cambio de comida o carbón.

Stalin y Molotov protestaron contra este plan, aunque en algunos aspectos les era favorable, porque llevaría a la desmembración de Alemania. Finalmente lo aceptaron como parte de un conjunto de medidas en el que se les concedía el derecho de recoger todos los bienes alemanes en Europa oriental, así como otras demandas. Pero se rechazó su propuesta de una administración conjunta de la cuenca de Ruhr, y los aliados occidentales les excluyeron de sus zonas de ocupación. La política de mantener a Alemania como unidad bajo control aliado fracasó. Alemania quedó dividida entre el este y el oeste. El 25 de julio de 1945, en el transcurso de la conferencia, Churchill y Eden abandonaron Berlín con destino a Londres para conocer los resultados de las elecciones generales. Stalin había dicho anteriormente a Churchill en una cena privada que toda su información procedente de fuentes comunistas y por otros conductos confirmaba su opinión de que los conservadores serían reelegidos por una mayoría de aproximadamente ochenta escaños. Churchill dijo que no estaba seguro de cómo habrían votado los soldados. Stalin le aseguró que el Ejército prefería un gobierno fuerte y por tanto votaría a los conservadores. Churchill tenía la impresión de que

Stalin prefería seguir en contacto con él y con Eden a empezar a tratar con Attlee —a quien conocía por referencias como un hombre bajo, reservado y sin sentido del humor—, y con algún desconocido ministro de Exteriores. Pero el gobierno de Churchill sufrió una severa derrota.

Cuatro días después Attlee se trasladó a Potsdam en calidad de primer ministro, acompañado de Ernest Bevin, nuevo ministro de Asuntos Exteriores. En Potsdam se mostró abiertamente agresivo hacia los rusos, enfocando las negociaciones como si de un enfrentamiento entre un sindicato y patronos se tratara. Attlee se mostraba cada vez más brusco. Truman y sus asesores se volvieron agresivos.¹⁹¹ Americanos y británicos estaban unidos por la confianza de que negociaban desde una posición de fuerza abrumadora y de que no tenían necesidad de mostrarse comprensivos o conciliadores.

La grieta entre Rusia y los dos aliados se abrió al tratar los americanos de impedir que Rusia entrara en guerra con Japón. El gobierno soviético había denunciado el pacto de neutralidad con Japón el 5 de abril de 1945, y había desatendido las tentativas japonesas para que Rusia mediara en las negociaciones de paz. Mientras tanto, el intento de Roosevelt para conseguir el acuerdo de Chiang Kaishek a las condiciones de Stalin para que Rusia participara en la guerra, había propiciado unas conversaciones chino-soviéticas, que se prolongaron hasta dos semanas antes de la conferencia de Potsdam. Las conversaciones continuaron del 7 al 14 de julio de 1945, y parecía que Chiang Kai-chek las prolongaba siguiendo instrucciones americanas. De nuevo el 26 de julio de 1945 un ultimátum exigía la inmediata e incondicional rendición de los japoneses. Los rusos se quejaron de no haber sido consultados, y cuando pidieron que se retrasara su envío durante tres días, se les comunicó que ya se le había dado curso al texto. Stalin estaba particularmente indignado porque estaba convencido de que, aunque Japón estaba dispuesto a rendirse, lucharía hasta el fin contra una rendición incondicional.

El 6 de agosto de 1945, la bomba atómica fue lanzada sobre Hiroshima. Stalin y la mayoría de los rusos comprendieron inmediatamente el terrible significado de este hecho. Truman le había hablado meramente de una bomba superior, y según Molotov, la palabra «atómica» no había sido mencionada. Japón estaba ya a punto de capitular y probablemente habría depuesto las armas en el plazo de algunos días, incluso si no se hubieran lanzando las bombas en Hiroshima y, después, en Nagasaki, e incluso si Rusia no hubiera declarado la guerra. Stalin se dio cuenta de que los americanos habían utilizado la bomba principalmente para impresionar y amenazar a Rusia. Byrnes reconoció después que la bomba era necesaria, no tanto contra Japón como para «hacer a Rusia moldeable en Europa».

Los rusos tenían la impresión de que habían superado la trágica guerra con Alemania para encontrarse amenazados desde Occidente por un arma nueva y terrible. Stalin era profundamente consciente de la vulnerabilidad de Rusia. Según algunos informes, reunió a cinco de los más destacados científicos soviéticos y les ordenó que trabajaran para con-

seguir la bomba atómica en el más breve espacio de tiempo posible y sin reparar en costos.

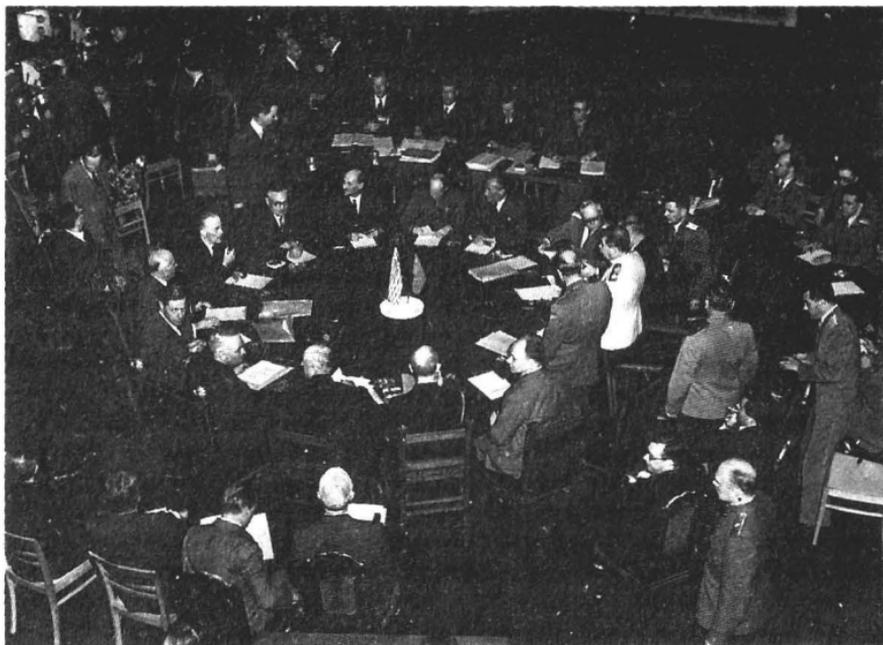
Las fuerzas soviéticas al mando de Vasilevsky penetraron rápidamente en Manchuria. Eran tropas experimentadas y bien equipadas, y los japoneses no pudieron detener su avance. Vasilevsky tenía órdenes de ocupar las zonas especificadas por Stalin en Yalta antes de que llegaran los americanos. Rechazó la declaración de rendición hecha por el emperador japonés el 14 de agosto de 1945, y el 17 de agosto envió su propio ultimátum al jefe del ejército japonés Kwantung, exigiendo su rendición el 20 de agosto. Durante estos días, fuerzas soviéticas aerotransportadas ocuparon Dairen y Port Arthur y penetraron en Corea del Norte mientras la flota soviética del Pacífico ocupaba el sur del Sajalin y las islas Kuriles.

El 2 de septiembre Stalin se dirigió por radio a la nación. Era el día en el que se firmó la rendición definitiva de Japón a bordo del barco de guerra norteamericano *Missouri*, ceremonia a la que había enviado a un general desconocido. En su discurso Stalin se refirió a la guerra de 1904-5. «Rusia fue vencida en aquella guerra —dijo—. En ella Japón se apoderó del sur de Sajalin y se estableció firmemente en las Kuriles cerrando así nuestras salidas al pacífico... Esta derrota de las tropas rusas en 1904 dejó un amargo recuerdo en la mente de nuestro pueblo. Nuestro pueblo esperó y confió en que esta mancha sería borrada algún día. Los que pertenecemos a la vieja generación hemos esperado este día durante cuarenta años. Ahora, el día ha llegado.»

Stalin continuó diciendo que la paz había llegado por fin y que la Rusia soviética ya no estaba amenazada por Alemania ni por Japón. Rindió homenaje a las fuerzas armadas de Estados Unidos, China y Gran Bretaña. Pero era el discurso de un patriota ruso y se enorgullecía de haber devuelto una derrota histórica; además, encontraba en ello alguna compensación a los desaires al orgullo nacional ruso en Potsdam.

Las relaciones con las potencias occidentales empeoraron drásticamente durante los meses siguientes. Stalin creía que la amenaza del dominio americano presionaba inexorablemente sobre Rusia. En las reuniones de ministros de Asuntos Exteriores en Londres, Moscú y París para redactar los tratados de paz y discutir los problemas de posguerra, Molotov fue repetidamente criticado por Byrnes y Bevin por instaurar regímenes totalitarios en Rumania, Bulgaria, Hungría y Yugoslavia. Molotov insistía en que Rusia tenía derecho a asegurarse de que contaba con gobiernos amigos en los países de Europa Oriental. Argüía que las potencias occidentales no tenían derecho a imponer a otros países su concepto de democracia. Pero las potencias occidentales reclamaban ese derecho porque contaban con el respaldo de su poderío militar, porque confiaban en que unas elecciones democráticas en esos países darían como resultado la formación de gobiernos anticomunistas, y porque estaban decididas a detener la influencia soviética fuera de Europa central y oriental.

En Irán surgió un conflicto que Stalin consideró como una siniestra demostración de la amenaza americana. Fuerzas británicas y soviéticas



Un momento de la Conferencia de Potsdam, donde se debatían los destinos de Europa.

habían ocupado Irán a comienzos de la guerra para impedir que el sha —de tendencia proalemana— intentara ayudar al enemigo a invadir Rusia desde el sur. Las fuerzas americanas se unieron después a los aliados, e Irán se mantuvo abierto para el transporte de pertrechos de guerra a Rusia. Hacia finales de la guerra los aliados llegaron a un acuerdo sobre una fecha para la retirada de las fuerzas de ocupación. Las tropas británicas y americanas se retiraron, pero las fuerzas rusas permanecieron en el país. Los aliados occidentales acusaron a los rusos de tratar de instaurar un régimen prosoviético en Irán. Los soviéticos replicaron que la presencia de fuerzas rusas era necesaria en Irán a fin de presionar al gobierno para que garantizara los derechos de explotación de petróleo, ya que Rusia necesitaba desesperadamente petróleo debido a los destrozos causados por los alemanes en sus campos petrolíferos.

Las exigencias americanas y británicas para la retirada de las unidades soviéticas amenazaba con convertirse en un conflicto de importancia. Stalin no quería llevar la disputa demasiado lejos y finalmente hizo regresar a sus tropas. Los americanos intervinieron inmediatamente prestando a Irán ayuda económica y enviando allí asesores militares y otros expertos. Rápidamente Irán quedó sometido a un dominio americano tan completo como el dominio soviético de Rumania y Bulgaria. Stalin consideró esto como un acto de agresión por parte de Estados Unidos. Irán estaba muy alejado de América, pero en la frontera de Rusia, y los americanos estaban instalando allí bases militares. La presión

de las potencias occidentales obligó también a los rusos a ceder en sus demandas al compartir el control de los Dardanelos y el acceso al mar Negro.

Stalin había contado con la cooperación de las tres potencias para mantener la estabilidad y la paz mundiales. Había firmado la carta de las Naciones Unidas cuyo objetivo básico era impedir que las naciones formaran bloques, y mantener la paz y el equilibrio de poder entre ellas.

El discurso de Churchill «Telón de acero», pronunciado en Fulton (Missouri) el 6 de marzo de 1946 le alarmó y le horrorizó. Proclamaba la división del mundo en los bloques comunista y occidental, y defendía una fuerte «asociación fraternal» política y militar de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Commonwealth para mantener el equilibrio de poder y asegurar la paz. Era una declaración de hostilidades y casi una declaración de guerra. Stalin criticó el discurso en términos moderados calificándolo de «acto peligroso calculado para plantar semillas de disensión y dificultar la colaboración entre las naciones aliadas. Ha dañado la causa de la paz y de la seguridad. El señor Churchill ha adoptado ahora la posición de un propagador de la guerra.»

Stalin entendía que, aunque ya no era primer ministro, Churchill expresaba las opiniones de los gobiernos americano y británico. Truman había compartido la tribuna con él en Fulton. El Partido Laborista británico había mostrado su desacuerdo, pero el gobierno laborista seguía la política que él defendía.

En Estados Unidos surgieron voces de desaprobación. Henry Wallace, ministro de Comercio, declaró: «Deberíamos estar dispuestos a juzgar las exigencias de Rusia teniendo presente lo que nosotros mismos y los británicos hemos defendido como esencial para nuestra seguridad respectiva. Deberíamos estar dispuestos, incluso a costa de exponernos a epítetos de apaciguamiento, a conceder a los rusos razonables garantías de seguridad». Pero éstas y otras declaraciones de Wallace no eran aceptables para Truman ni para Byrnes ni para la opinión pública americana, entre quienes dominaba el sentimiento de poder, y de defensa de la libertad. Byrnes insistió en que Wallace debería dimitir y amenazó con dimitir él mismo si Truman no le apoyaba. Wallace presentó su dimisión.

La conferencia de paz en París y las reuniones del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores se prolongaban. Stalin y Molotov utilizaban una táctica obstruccionista para evitar ser continuamente superados en las votaciones por el bloque angloamericano. Sin embargo, se firmaron los tratados con Italia, Hungría, Finlandia, Rumania y Bulgaria en febrero de 1947.

Las negociaciones más crispadas y largas fueron las relativas a Alemania. Stalin estaba decidido a exigir un máximo de compensaciones al enemigo que había devastado Rusia. Su demanda ascendía a dos billones de dólares de indemnización, que debían ser pagados por Alemania con capital, materiales y trabajo. Las potencias occidentales rechazaron la cifra por considerarla excesivamente alta e insistieron en que las indemnizaciones sólo podrían pagarse en capital. Con creciente exaspe-

ración se opusieron a otras demandas soviéticas que interpretaban como un descarado engrandecimiento comunista.

Subyacentes a las demandas de Stalin, sin embargo, estaban su persistente miedo al resurgimiento alemán que podría acarrear un tercer intento de conquistar Rusia, y sus sospechas de que las potencias occidentales ayudarían a Alemania a recuperar su poderío militar y económico y la utilizarían como aliado contra Rusia. Este era el peligro real y más alarmante. La decisión de británicos y americanos de unir sus zonas intensificó sus temores.

Interpretando la política soviética como totalmente centrada en el expansionismo comunista, las potencias occidentales se hicieron más agresivas. El 12 de marzo de 1947, Truman hizo pública su doctrina de la contención de la Rusia soviética. Esta tesis estaba muy influida por las ideas de G. F. Kennan, funcionario del Departamento de Estado cuyas opiniones sobre los asuntos de Rusia gozaban de gran consideración. Argüía que el comunismo era un credo maldito, ajeno a las tradiciones rusas, y que los líderes soviéticos dependían del uso de la fuerza para mantenerse en el poder. Había pocas esperanzas de que políticos del calibre de Truman y Byrnes, Attlee y Bevin, se dieran cuenta de que ésta y otras actitudes activamente antisoviéticas estaban poniendo a los líderes rusos contra la pared y que sus amenazas no hacían más que fortalecer el apoyo popular al régimen que trataban de destruir.

Complementario a la doctrina de contención era el Plan Marshall, lanzado en el verano de 1947. Era una política atrevida y generosa para promover la rápida recuperación económica de Europa. En el anuncio del plan no se había hecho referencia a su aplicación en Rusia. Sin embargo, en una conferencia de prensa, Marshall en persona afirmó que no veía ninguna razón para que Rusia no fuera incluida. El Congreso estadounidense, de acuerdo con el sentir de la época, habría hecho surgir obstáculos a las medidas que beneficiaran a Rusia. Pero, urgido por su partido y dando por supuesto que el plan Marshall estaba abierto a Rusia, el ministro de Exteriores británico invitó a Molotov a París para debatir la posible participación soviética.

La actitud de Stalin era prudente en extremo. Anteriormente, sus esperanzas de recibir ayuda americana habían sido defraudadas. Ahora estaba en guardia contra el dominio americano. Sospechaba sobre las motivaciones de las potencias occidentales, que se habían abierto tan abiertamente hostiles a la Unión Soviética. Súbitamente decidió que Rusia no participaría en el plan. Era una manifestación de la política expansionista americana, y de la doctrina de Truman de contener y destruir el comunismo. Además, presionó a Polonia, Hungría y Checoslovaquia, que habían aceptado el plan, para que lo rechazaran.

La división entre el bloque comunista y el occidental era ahora considerada como insuperable. Stalin estaba convencido de que el bloque occidental dirigido y apoyado por el poderío económico y militar de Estados Unidos estaba decidido a destruir la Unión Soviética y el mundo comunista. Adoptó la política de consolidar Europa oriental como un bloque integrado bajo control absoluto de Moscú, política y económicamen-

te independiente de Occidente. Las potencias occidentales interpretaron esto como que Moscú planeaba una ofensiva general contra ellas y que incluso llegaba a considerar acciones militares. La «guerra fría», un período trágico de recriminaciones, exageradas sospechas e implacable animosidad, había comenzado.

En el transcurso de los tres años siguientes, los dos bloques se aproximaron peligrosamente a un conflicto armado. Stalin consolidó el bloque soviético, eliminando a los elementos no comunistas y transformando sus regímenes en democracias populares, consideradas como una etapa tradicional previa al socialismo. A continuación se llevó a cabo una integración económica enmarcada en el Comecon (Consejo de Ayuda Económica Mutua), del que formaban parte la Unión Soviética, Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría, Rumania y Polonia. Cuando los comunistas yugoslavos confirmaron su independencia de Moscú, Stalin, enfurecido, les acusó de traidores a la causa revolucionaria. Llegó a hacer que el Partido Comunista Yugoslavo fuera expulsado del Cominform (Oficina de Información Comunista), equivalente, con algunas modificaciones, a la Internacional Comunista, que había sido creado en septiembre de 1947.

El punto crítico de la política antisoviética por parte de las potencias occidentales fue para Stalin el 4 de abril de 1949, cuando se firmó el Tratado del Atlántico Norte. Constituía una alianza militar de doce países y creaba la Organización del Tratado del Atlántico Norte, para mantener una fuerza militar combinada. Esta alianza militar pretendía ser totalmente defensiva, pero para Stalin y para todos los rusos sus intenciones eran evidentemente ofensivas. La inclusión de la República Federal de Alemania como miembro de pleno derecho tres años más tarde, fue un acontecimiento alarmante.

Se intensificaron los esfuerzos para consolidar el poderío militar y la industria pesada en la Unión Soviética y en todo el bloque soviético. En junio de 1948 Stalin trató de conseguir el control absoluto sobre Berlín impidiendo el suministro de alimentos y bienes por tierra y mar desde el oeste. Los aliados respondieron enviando las provisiones por avión. Como no estaba dispuesto a provocar una guerra, en septiembre de 1949 permitió de nuevo la utilización de las rutas terrestres y marítimas. Pero en las Naciones Unidas, y especialmente en los debates sobre el control internacional de la energía atómica, era patente que una gran grieta de desconfianza y hostilidad separaba a la Unión Soviética de los países occidentales.

Algunos acontecimientos infundieron ánimos a Stalin y a su pueblo en este tenso período. El primero de ellos fue la explosión de una bomba atómica soviética en septiembre de 1949, y el segundo fue la instauración de un régimen comunista, bajo el liderazgo de Mao Tse-tung, en China. La posesión de la bomba atómica era importante para la moral soviética. Stalin y otras personalidades del Kremlin habían temido que Estados Unidos pudiera utilizar las armas atómicas contra Rusia, y voces influyentes en Washington defendían que era la manera de acabar con el gobierno soviético.

Pero el hecho de que China, con una población de casi seiscientos millones de personas, se hubiera convertido en una parte del bloque comunista, del que la Unión Soviética era líder indiscutible, constituyó un importante prestigio para Rusia al tiempo que le infundió una gran confianza. Más aún, Estados Unidos consideraba ahora amenazada la seguridad de Extremo Oriente por la aparición de esta poderosa potencia comunista. La guerra de Corea estuvo a punto de originar un importante conflicto entre los bloques. Los americanos, decididos a convertir Japón en piedra angular de su política anticomunista, presionaron para que se firmara un tratado de paz con Japón, pero el gobierno soviético se negó a ello. En estos momentos, la situación de los dos bloques en Extremo Oriente se encontraba en punto muerto.

Sin embargo, nada inquietó más profundamente a Stalin que la medida anglo-americana de convertir Alemania en una potencia económica y militar. Era opuesto especialmente a la integración del ejército alemán en la OTAN y en las líneas defensivas de las potencias occidentales. Esto era para él el aspecto más siniestro de la ofensiva occidental contra Rusia. En marzo de 1952 propuso que las cuatro potencias aliadas se reunieran sin dilación para discutir un tratado de paz con Alemania. Hizo muchas concesiones en el intercambio de notas que siguió a su iniciativa. Estaba dispuesto a aceptar que Alemania tuviera sus propias fuerzas armadas con fines defensivos, pero insistió en que fuera excluida de cualquier alianza formada contra cualquiera de las potencias que habían tomado parte en la guerra en contra suya. Aceptó el principio de elecciones libres en Alemania. Pero el intercambio de notas finalizó con el rechazo de las propuestas de Stalin. Las potencias occidentales no cederían. Estaba claro para Stalin que Rusia era un país sitiado, amenazado por las potencias capitalistas occidentales y que debía prepararse para la guerra.

30. El gran resurgimiento

Stalin estaba físicamente cansado cuando tuvo lugar la conferencia de Potsdam. Las tensiones de la guerra habían pasado su factura. No era un hombre frío, inalterable, al que no afectaran las crisis y los desafíos; estaba tenso y exaltado, y sus cambios de estado de ánimo y ataques de ira se hicieron más acusados. También tenía gran autodomínio, resistencia y poder de recuperación. Se advirtió en Potsdam que parecía agotado, aunque relajado y afable. Según Svetlana, su hija, cayó gravemente enfermo después de finalizar la guerra contra Japón, pero en diciembre de 1945 pudo recibir a Byrnes y a Bevin cuando llegaron a Moscú para una reunión de ministros de Exteriores. Al igual que toda la nación, necesitaba un periodo de descanso, pero no iba a tenerlo.

Los problemas de reconstrucción y de readaptación en la posguerra eran inmensos. Durante los meses que siguieron al final de la guerra, ocho millones de hombres fueron desmovilizados de las fuerzas armadas. Cuatro millones y medio de personas regresaron de los campos de trabajo alemanes y de otros lugares. Ocho millones más habían sido evacuados al otro lado de los Urales y regresaban ahora hacia el oeste en busca de sus hogares. Pero el gradual retorno a unas mejores condiciones de vida, que todos anhelaban, no se produjo. Todos los que estaban en condiciones de trabajar se vieron pronto envueltos en la gran reconstrucción, que exigía un esfuerzo comparable al que habían conocido en el primer plan quinquenal.

Stalin había llegado a convencerse, después de la conferencia de Potsdam, de que la Unión Soviética estaba amenazada. El imperialismo americano la desafiaba en Occidente, en Extremo Oriente y en el Sur. Estados Unidos era una superpotencia militar y económica. Rusia no estaba en condiciones de enfrentarse ni de competir con ella.

Catorce días antes Stalin había declarado: «La historia de la vieja Rusia mostraba, entre otras cosas, que fue constantemente derrotada por culpa de su atraso.» El peligro ahora era que Rusia, débil y atrasada como resultado de la guerra, fuera derrotada de nuevo. Estaba decidido a que esto no sucediera.

Rusia había triunfado en la guerra y había surgido de ella como la segunda gran potencia mundial. En dos ocasiones anteriores de su historia —después de la victoria de Pedro el Grande en Poltava en 1709, y tras derrotar a Napoleón en 1812—, Rusia había alcanzado un estatus similar de gran potencia. En ambas ocasiones volvió a recaer en su debilidad. Stalin no permitiría una recaída esta vez. La Rusia soviética re-



Eupra

Colosal estatua de Stalin que evidencia hasta qué punto había llegado el culto a su personalidad.

construiría su esquilmada economía con su propio esfuerzo y continuaría siendo una gran potencia.

El 19 de agosto de 1945 —significativamente pocos días después del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima— Stalin dio órdenes al Gosplan de preparar un programa de reconstrucción. El resultado fue el cuarto plan quinquenal, adoptado por el Soviet Supremo el 18 de marzo de 1946. El plan marcaba prioridades y establecía un ritmo sorprendente para el desarrollo de posguerra. Se daba prioridad absoluta a la industria pesada como base para la completa reconstrucción de la economía y para una industria armamentista fuerte y permanente.

El plan exigía un aumento general en la producción industrial para 1950, un 48 por ciento superior a los niveles de antes de la guerra. Especificaba las nuevas construcciones a realizar y la producción que debería alcanzarse en cada especialidad de la industria pesada. Los aumentos previstos en las industrias de consumo y en la agricultura eran comparativamente modestos. Los objetivos que deberían ser alcanzados en un plazo de cinco años parecían exageradamente elevados para un país devastado por la guerra y un pueblo que había sufrido innumerables bajas y que continuaba sometido a escasez de alimentos, crisis de vivienda y unas austeras condiciones de vida. Y lo que es más, el trabajo tenía que ser llevado a cabo enteramente con sus propios recursos, aparte de la contribución que habían supuesto las indemnizaciones.

El plan incluía la primera etapa del programa de reconstrucción naval de Stalin, cuya duración total era de veinte años. Estaba decidido a reanudar su política anterior a la guerra, destinada a conseguir para Rusia una armada a la altura de su estatus de gran potencia. Con una fabricación prevista de unas 200.000 toneladas anuales de barcos de guerra, la armada contaría con 1.200 submarinos, 175 destructores, 35 cruceros, así como cruceros de batalla y portaaviones. En 1945-50, sin embargo, el principal peligro parecía residir en la enorme capacidad de asalto anfibio de las armadas americana y británica. El monopolio americano de armas nucleares suponía una grave amenaza, pero no se consideraba tan inmediata debido a que en esta etapa carecían de un adecuado sistema de distribución. Así pues, se dio prioridad a las fuerzas de defensa costera. A finales de los años cuarenta, sin embargo, Stalin había reanudado su programa anterior a la guerra encaminado a crear una marina de alta mar.

El plan exigía un esfuerzo heroico y llevaba el sello de la implacable determinación de Stalin. También le impulsaba la visión de una producción industrial soviética superior a la de Occidente, y particularmente a la de Estados Unidos. Este objetivo a largo plazo, explicó a comienzos de 1946, requeriría «quizá tres nuevos planes quinquenales, si no más»; hizo hincapié en que las cifras propuestas para el acero, el carbón y el petróleo tenían que ser alcanzadas dentro del actual plan.¹⁹² De nuevo, al igual que en la primera campaña de industrialización, enfrentaba al pueblo ruso a un desafío que, empujado por su voluntad, tendría que aceptar.

Los logros en el plazo del plan fueron extraordinarios, aunque grandemente exagerados por la propaganda soviética. El progreso del primer año se vio estorbado por una grave sequía y por muchos problemas surgidos al reinstalar y especializar la mano de obra en condiciones difíciles. En comparación con 1945, la producción industrial total cayó en un 17 por ciento en 1946. A partir de ahí la producción aumentó rápidamente. Llegó a afirmarse que el plan de inversión de 1946-50 había sido sobrepasado en un 22 por ciento. En Ucrania, que había sido casi totalmente destruida por el enemigo, la producción mineral alcanzó el nivel de 1940. Fue reconstruida la gran presa del Dnieper y en marzo de 1947 ya generaba electricidad; y las industrias que producían bienes

de consumo también consiguieron aumentos impresionantes en el total de producción. En 1950 la industria soviética ya era más fuerte que antes de la guerra, y estaba preparada para la carrera de armamento que entonces comenzaba. Sin embargo, la recuperación de la agricultura era desastrosamente lenta.¹⁹³

Inseparable de la reconstrucción de la economía soviética era la necesidad de salvaguardar y apuntalar el dominio del Partido Comunista. Stalin creía que también el partido era vulnerable. Estaba amenazado por el campo capitalista y corría peligro a nivel interior. Consideraba como una posible y grave amenaza el hecho de que tantos soldados y oficiales del Ejército Rojo hubieran visto con sus propios ojos la riqueza de los países occidentales. Harían comparaciones desfavorables para Rusia. Los comentarios sobre la vida en Occidente se extenderían entre el pueblo, que esperaba disfrutar las recompensas de la victoria. Un peligroso descontento podría generalizarse y el cansancio de la guerra podría derivar en apatía. En el pasado el pueblo ruso había sido proclive, después de un periodo de gran esfuerzo nacional, a caer en la ociosidad. Stalin no estaba dispuesto a permitir ese decaimiento. Era necesario redoblar esfuerzo y trabajo para construir una Rusia más fuerte que nunca, tanto militar como económicamente. Sólo entonces disfrutarían de las recompensas de la victoria.

Otro peligro era que las ideas liberales occidentales podrían haber contagiado a algunos de los muchos miles de rusos que habían tenido contacto con Occidente. Este contagio haría surgir movimientos subversivos que minarían al partido. En el siglo XIX, tras la derrota de Napoleón, soldados y oficiales del ejército imperial que habían entrado en Francia extendieron el descontento y la agitación a su regreso. Además, muchos oficiales se habían sentido atraídos por las ideas liberales. Los principales decembristas, cuya rebelión había hecho temblar a la autocracia en 1825, fueron jóvenes oficiales exaltados por las ideas de las reformas occidentales. Stalin podía recordar por propia experiencia cómo los bolcheviques, una pequeña minoría inspirada por los dogmas marxistas importados de Occidente, habían ocupado el poder en 1917. Siempre atento a las lecciones de la historia, se mantenía vigilante para advertir cualquier signo de este peligro.

En la gran reconstrucción de la posguerra, el partido sería un arma poderosa contra la subversión y la apatía. Su militancia había aumentado impresionantemente durante la guerra. Unos dos millones de afiliados habían sido admitidos sólo en 1942. Este crecimiento había sido fomentado siguiendo una política de ampliación de la base del partido, consiguiendo militantes en particular dentro de las fuerzas armadas. Las bajas de guerra habían diezmando la militancia. Sin embargo, a principios de 1945 había 5.760.369 afiliados, y el 1 de octubre de 1952 la cifra era de 6.882.145. Los Jóvenes Comunistas —Consomol— ascendían a 15 millones en octubre de 1945. La cifra no superaba los 9 millones en marzo de 1949, pero en agosto de 1952 se aproximaba a los 16 millones.

La política de la afiliación masiva tenía como objetivo restaurar la confianza en el partido entre el pueblo y las fuerzas armadas después

de las calamidades de los primeros meses de la guerra. Pero este aumento había introducido cambios en las características de los militantes. La prioridad dada a la inclusión de militantes proletarios y campesinos había sido abandonada en los años treinta. Pero el reclutamiento masivo había producido un aumento en el número de trabajadores de fábricas y de campesinos que ocupaban puestos de responsabilidad, capaces de alentar al pueblo hacia la consecución de los objetivos del plan.

Stalin consideraba importante el reclutamiento de miembros de la *intelligentsia* de la nueva generación. Había promocionado constantemente a esta nueva elite soviética desde la guerra, y los consideraba los futuros líderes. Esta política se reflejó sorprendentemente en la militancia de posguerra del partido. En 1952, entre una tercera parte y la mitad de los militantes tenían menos de treinta y cinco años de edad, y unas tres cuartas partes eran menores de cuarenta y cinco. La vieja generación había sido casi totalmente eliminada por el tiempo, la guerra y las depuraciones.

Un notable énfasis en el papel del partido se advirtió en un discurso que pronunció el 9 de febrero de 1946, el día anterior a las elecciones al nuevo Soviet Supremo. Sólo cinco meses antes, el 2 de septiembre de 1945, en un discurso dirigido a la nación con motivo de la rendición de Japón, había hablado como ferviente patriota, exultante por la recuperación de las posesiones rusas de Extremo Oriente, y no había mencionado al partido ni al comunismo. Pero el 9 de febrero de 1946 sus palabras versaron sobre el marxismo y el papel del partido. Una crisis del sistema capitalista había sido la causa de la I Guerra Mundial, y una nueva crisis había derivado en la segunda. Para el pueblo ruso la reciente guerra había sido tragedia, pero también «una gran escuela de experiencias y pruebas», que había demostrado la fuerza del sistema social y estatal de la Unión Soviética y de su ejército. La nación estaría preparada para nuevos desafíos en el futuro.

La victoria no se conseguiría sólo con valor. Exigía una potente industria de armamentos y aprovisionamiento de todo tipo. El programa de industrialización había demostrado su eficacia, y citó ejemplos de la producción en época de guerra para apoyar esta tesis. A continuación, dio las principales cifras que se trataba de alcanzar y expuso el plan del partido para elevar la producción industrial y agrícola a nuevos máximos. Habló gravemente, sin necesidad de levantar la voz para expresar su voluntad de hierro, y su discurso fue constantemente interrumpido por aplausos entusiastas. Finalizó expresando su gratitud al pueblo por su fe en él, y esto provocó una cerrada ovación.

Stalin ocupaba un puesto supremo más allá de cualquier contestación. Era primer ministro y también, de hecho, secretario general del partido. No le pareció necesario convocar el Congreso del Partido que, de acuerdo con sus estatutos, era fuente de toda autoridad y debía reunirse cada tres años. Desde 1939 hasta 1945 no se celebró este congreso. El pleno del Comité Central se reunía raras veces. El Politburó, en escasas ocasiones, en sesiones formales, pero la mayoría de sus miembros se congregaban con bastante regularidad en la dacha de Kuntsevo.

Desde la batalla de Stalingrado, la prensa soviética y los demás medios de comunicación le habían ensalzado como gran líder y padre de la nación. Cada vez que se le mencionaba, se hacía con un «nuestro amado padre», «nuestro querido guía y maestro», «nuestro querido y amado Stalin», y «el mejor líder de todos los tiempos y de todos los pueblos». No había límites a los elogios en lo que dio en llamarse «culto a la personalidad». Aunque vivía y trabajaba la mayor parte del tiempo en su dacha de Kuntsevo, una habitación del Kremlin permanecía siempre iluminada durante la noche. Cualquiera que caminara por la plaza Roja podía verla y saber que, como se reiteraba por la radio, «Stalin vive, piensa y trabaja por nosotros». Era ya un mito, un dios.

El 29 de julio de 1952, *Pravda*, en una crónica sobre la celebración del «día de la Aviación» en el aeropuerto de Tushino, decía:

«Las dos en punto de la tarde. El camarada I. V. Stalin sube a la tribuna del gobierno, aclamado por vítores que se prolongan durante largo tiempo. El pueblo soviético celebra la aparición del líder prudente, el gran educador, el estratega inspirado. El camarada Stalin saluda cordialmente a la multitud. Los aplausos cobran fuerza, expresando la ilimitada devoción y el amor ardiente del pueblo soviético a Iosif Vissarionovich Stalin... Cientos de miles de personas saludan a Stalin entusiasmadas...»

Sobre la tribuna destacaba su pequeña figura; alejado de la inmensa multitud, Stalin aceptaba esta adulación en las pocas ocasiones especiales en las que se sentía obligado a aparecer ante el pueblo. Autorizaba y condonaba esta adoración pública, que había ido *in crescendo* desde la guerra. Era necesario en apoyo de su poder y de su posición. Era como el rico esplendor de la Iglesia y del Estado que había rodeado a los zares, situándoles por encima de la vida cotidiana y envolviéndoles de majestad y poder. Pero, aunque aceptaba estas muestras de lealtad y estas alabanzas, Stalin no se veía afectado por ellas. No daba nada por supuesto, ni siquiera la lealtad del pueblo. Habían sido leales al zar, pero después le habían rechazado. Podría ocurrirle a él, a cualquier líder nacional. Con su corrosiva desconfianza y su conocimiento de la historia, creía que los enemigos reales o potenciales estaban siempre acechantes a su alrededor.

En tanto que en sus apariciones públicas agradecía las extravagantes muestras de homenaje de que era objeto, en sus relaciones personales con la gente se comportaba con modestia y dignidad. Averell Harriman, que trató personalmente con él en numerosas ocasiones, escribió:

«Públicamente, Stalin había permitido la más abyecta adulación de su persona, aceptando sin duda todos los homenajes y regalos que le ofrecían por considerarlo como propaganda beneficiosa. Pero en privado combinaba una gran dignidad con una modestia nada pretenciosa. En 1942, cuando acompañé a Churchill a Moscú para verle, le encontramos vestido por primera vez con el uniforme de mariscal de la Unión Soviética, cargo que acababa de asumir. Churchill alabó el uniforme y le felicitó por su ascenso, pero Stalin rechazó modestamente el cumpli-

do: "Dijeron que debía aceptar el cargo de jefe de las fuerzas armadas para mejorar la moral de las tropas", manifestó. No quedó claro quiénes lo habían sugerido.»¹⁹⁴

Modestia y dignidad, combinados con profesionalismo, eran las cualidades que siempre había admirado. Había tratado de inculcarlas a la nueva generación de la elite soviética. Entre los líderes occidentales, los hombres a los que había respetado especialmente era el general Marshall, y los dos jefes de Estado Mayor británicos Alan Brooke y Tedder, que reunían estas cualidades. Con sus propios colaboradores se mostraba severo cuando mostraban falta de modestia. Zukov era el más destacado de los jefes soviéticos, y había recibido el máximo reconocimiento público, pero, hombre entusiasta y de fuerte personalidad, a veces se mostraba jactancioso. En una reunión del Consejo Supremo Militar celebrada en 1946 y presidida por Stalin, éste llamó la atención «a uno de nuestros más importantes soldados [presumiblemente Zukov] por inmodestia, engreimiento injustificado y megalomanía».

La destitución de Zukov del cargo de jefe supremo adjunto en marzo de 1946 y su relegación a puestos comparativamente de poca importancia se debieron probablemente en gran medida a este defecto. Stalin mantuvo a la mayoría de sus altos jefes en cargos relevantes. Vasilevsky fue nombrado jefe de Estado Mayor General en noviembre de 1948 y ministro de Defensa cuatro meses más tarde. Konev sirvió como comandante en jefe del Ejército de Tierra desde junio de 1946 hasta marzo de 1950, año en que pasó a ser general inspector. Govorov también ocupó el puesto de general inspector durante algún tiempo. Rokossovsky fue nombrado comandante en jefe soviético en Polonia y después ministro polaco de Defensa. Bagramian, Malinovsky, Meretskov y Tolbujin también ocuparon importantes puestos de mando.

En tanto que mantenía a estos jefes, Stalin les observaba y vigilaba, así como a todos los que ocupaban puestos relevantes. El cáncer de la desconfianza se había convertido en un tumor monstruoso durante los años de la posguerra. No confiaba absolutamente en nadie. Hombres como Molotov, Beria, Vorochilov, Mikoyan y Kaganovich, que habían trabajado estrechamente con él durante muchos años, se encontraron de pronto relegados y privados de su confianza e incluso bajo la amenaza de ser detenidos. La más pequeña chispa podía disparar sus sospechas y acarrear a los desafortunados la desgracia e incluso la muerte. El sistema comunista en Rusia no había encontrado un medio de cesar a quienes ocupaban altos cargos sin recurrir a las falsas acusaciones de traición o a sentencias de prisión, exilio y ejecución.

Stalin economizaba ahora sus fuerzas. Tenía un color amarillento y físicamente estaba en declive, pero mentalmente se mantenía alerta y controlaba totalmente la política nacional. Entre aquellos que ocupaban altos cargos, existían rivalidades, maniobras para conseguir autoridad y poder y una inconfesada preocupación por la sucesión. Stalin indudablemente observaba e incluso alimentaba estas rivalidades, pero de tal manera que ninguna persona consiguiera reunir mucho poder. En ocasiones fomentaba ataques y críticas contra algunos individuos para ad-

vertirles de que no se sintieran demasiado seguros en su cargo, o incluso para espolearles. Al igual que Lenin, había llegado a considerar su posición como algo personal más allá del alcance y la capacidad de quienes le rodeaban. Aunque con más de setenta años de edad, pensaba que su muerte estaba lejana todavía y no tomó medidas para nombrar a un sucesor. No podía encontrar a nadie a quien confiar las medidas que eran para él de primordial importancia.

Dos hombres que habían destacado durante largo tiempo y fueron considerados como posibles sucesores, eran Malenkov y Zdanov. Malenkov había ocupado puestos relevantes desde la época de las grandes purgas. Era responsable de la organización del partido y de la promoción y degradación de los funcionarios claves. Actuaba en nombre de Stalin en los asuntos del partido y estaba destinado en el Comité de Defensa del Estado. De corta estatura, rechoncho y con un cierto aire mongol en sus facciones, era un hombre capaz e inteligente, con unos ojos oscuros que reflejaban una mente ágil. Pero a comienzos de 1945 Zdanov fue trasladado por Stalin de Moscú a Lenigrado, donde había prestado servicio durante el asedio. Aunque con poca salud y con problemas cardíacos, Zdanov era ambicioso y tenaz. Presumiblemente Stalin consideraba que Malenkov se había vuelto autosuficiente o demasiado confiado. Zdanov lanzó inmediatamente un fuerte ataque contra Malenkov por su tarea en la presidencia del Comité para la Rehabilitación de Areas Liberadas, y por la manera en que había llevado a cabo el desmantelamiento de la industria alemana. El ataque fue tan efectivo que Malenkov se vio obligado a abandonar su cargo. De pronto, en julio de 1948, Stalin volvió a llamarle. Pocas semanas después murió Zdanov. De nuevo en su puesto, Malenkov comenzó a considerarse como heredero evidente, pero tenía otros rivales.

A instancias de Stalin, o al menos con su aprobación, Malenkov criticó la manera de llevar a cabo la política del partido en Ucrania. Era en realidad un ataque a Krushev. Este era primer secretario del partido en Ucrania desde 1938. Durante la guerra había servido como oficial político en el Ejército Rojo cuando se replegó a Stalingrado y después cuando avanzó hacia el oeste y liberó Ucrania. Malenkov exigía ahora un mayor control del partido sobre las explotaciones colectivas de las estepas. Los campesinos de Ucrania siempre habían odiado el sistema colectivo, y con la esperanza de que al final de la guerra fuera abolido, habían extendido sus propiedades privadas ocupando tierras que pertenecían a los colectivos. El 19 de marzo de 1946, una resolución conjunta del Consejo de Ministros y el Comité Central, estipulaba que todas las tierras y equipamiento de que se habían apropiado los campesinos deberían ser devueltos a los colectivos. En el plazo de un año se recuperaron unos 14 millones de acres. Malenkov también criticaba la corrupción y la ineficacia de los funcionarios del gobierno y del partido.

Un Consejo para Granjas Colectivas fue hecho responsable de restaurar el orden y fortalecer el control del partido en Ucrania. Pero en 1946 toda esta extensa región sufrió una terrible sequía y la cosecha se estropeó. Hubo críticas a la mala gestión del partido en Ucrania, y Krus-

chev fue de nuevo atacado. En marzo de 1947 Lazar Kaganovich, principal árbitro de conflictos laborales con que contaba Stalin, fue enviado a Ucrania donde relevó en el cargo al primer secretario, dejando a Kruschev como presidente del Consejo de Ministros local. Pero, de alguna manera, Kruschev superó esta crisis y, cuando en 1947 Kaganovich regresó a Moscú, fue nombrado de nuevo primer secretario del partido en Ucrania.

La figura siniestra en la sombra era el georgiano Lavrenti Beria. Se le ha descrito como «algo rechoncho, verdoso y pálido; de manos blandas y húmedas... y con unos ojos saltones detrás de sus quevedos». Su personalidad era una mezcla de Yago y Casio; de modales suaves y malintencionado, sabía cómo provocar las enfermizas sospechas de su jefe. Svetlana odiaba a Beria, y años antes la esposa de Stalin había pedido su dimisión. De hecho, era odiado por todos, y posiblemente considerando que esto impedía que se uniera a cualquier cábala y garantizaba su lealtad, Stalin le había mantenido a cargo de los ministerios de la Seguridad del Estado y de Asuntos Internos desde 1938, y le había nombrado también responsable de los proyectos secretos atómicos y científicos, en tanto que le permitía gobernar Transcaucasia como si de un imperio privado se tratara.

Stalin, no obstante, era consciente del poder de Beria. Estaba a punto de poner fin a su influencia cuando estalló la guerra. Entonces le confió los asuntos de seguridad y le dio el rango de mariscal de la Unión Soviética, nombramiento tomado a mal por los oficiales del Ejército Rojo, que recordaban el papel que jugó en la depuración del ejército. Más aún, en 1946 Beria fue nombrado miembro de pleno derecho del Politburó, probablemente en reconocimiento a su importante responsabilidad en la investigación científica secreta y los trabajos sobre la bomba atómica soviética. Pero por esta época Aleksei Kuznetsov, un secretario del Comité Central, fue hecho responsable de supervisar el aparato de seguridad. Kuznetsov no era uno de los hombres de Beria y, al encargarle la tarea de supervisar el dominio especial de éste, Stalin advertía a Beria de la posibilidad de ser reemplazado.

En marzo de 1949 se anunciaron cambios en los altos cargos soviéticos. Molotov fue reemplazado por Vychinsky como ministro de Asuntos Exteriores. El mariscal Vasilevsky sustituyó a Bulgarin en la cartera de Defensa. Milkoyan cedió su puesto de ministro de Comercio Exterior en favor de Mijail Menchikov. Los ministros sustituidos eran conocidos miembros de la vieja guardia de Stalin. Todos eran o fueron nombrados viceprimeros ministros de la Unión Soviética. Parecía un reajuste rutinario, pero era el comienzo de un periodo siniestro en el que ningún ministro o alto cargo podía sentirse seguro.

Molotov, que había sido ministro de Asuntos Exteriores desde 1939 y leal compañero de Stalin desde 1917, no ambicionaba el poder. Su destitución y la súbita desconfianza de su jefe debió herirle profundamente. Sufrió otro duro golpe cuando su esposa, Polina, fue detenida y deportada a Kazajstan. A diferencia de la mayoría de las esposas de los altos funcionarios soviéticos, Polina había seguido su propia carrera profesio-

nal y gozaba en Moscú de buena fama como anfitriona. Había sido miembro del Comité Central y ministra de Pesca, y había creado la industria soviética del perfume. Pero era judía y se la acusó de estar implicada en «conspiraciones sionistas». El Comité Central la relevó de todas sus funciones del partido, y fue juzgada en secreto. Sin embargo, la auténtica razón de su exilio era el haber sido íntima amiga de Nadia, la esposa de Stalin. No podía soportar que el recuerdo de Nadia le fuera reavivado por Polina, en quien aquélla había confiado. Pero durante sus últimos años de vida, Stalin pareció sentirse crecientemente resentido y vengativo hacia sus camaradas más íntimos que gozaban de la compañía de sus esposas. Kalinin, presidente de la URSS, se vio separado de su mujer, que estuvo encarcelada durante algunos años. La esposa de Proskebychev fue detenida y encarcelada. Molotov, Kalinin y Proskebychev, sin embargo, continuaron sirviendo a su jefe sin protestas y con absoluta lealtad, aunque se sabían bajo sospecha.

Stalin no descargó su malicia y desconfianza solamente hacia sus antiguos colegas, sino también contra algunos de los más destacados miembros de la nueva generación de la elite soviética. Como en el pasado, una vez que un individuo despertaba sus sospechas, era inexorablemente castigado. Con frecuencia la víctima era relegada a un oscuro rincón de la mente de Stalin y, cuando se ocupaba finalmente de él, era borrado de su memoria como si nunca hubiera existido. Su capacidad para alejar de sí a una persona y eliminarla de su mente le libraba de los remordimientos. El suicidio de su esposa, Nadia, era la excepción; su recuerdo le asedió hasta la muerte.

En 1949-50, una purga —conocida como «Asunto Leningrado»— provocó el fusilamiento de varios altos funcionarios del partido que habían sido promocionados por Zdanov. Los instigadores de la conspiración contra estos hombres parece que fueron Malenkov, Beria y Victor Abakumov, ex director de la Smersh —contraespionaje del Ejército Rojo durante la guerra— y ministro de la Seguridad del Estado de 1946 a 1952. Evidentemente trataban de destruir a oponentes que habían apoyado a Zdanov en contra suya. Los conspiradores consiguieron envenenar la mente de Stalin contra Voznesensky, Aleksei Kuznetsov y Mi-jail Rodionov.

Voznesensky era un destacado representante de la nueva elite profesional, promocionado por Stalin al lugar dejado por la vieja *intelligentia*, que había sido eliminada con las purgas. Era profesor de economía cuando Zdanov le puso al frente de la planificación económica de Leningrado en 1935. Tres años después, a los treinta y cinco años, fue nombrado presidente del Gosplan con la responsabilidad absoluta de la planificación de la economía soviética. Todavía ocupando este oneroso puesto, fue nombrado en 1941 viceprimer ministro de la URSS y miembro candidato del Politburó. Durante la guerra fue vicepresidente del Comité de Defensa del Estado. Después de la guerra, siendo todavía responsable del Gosplan, llegó a ser miembro de pleno derecho del Politburó. En 1948 le fue concedido el premio Stalin por su breve obra *La economía de guerra de la URSS*. Stalin había leído el manuscrito y, tras

hacerle algunas correcciones, decidió que se le otorgara el premio. Voznesensky era claramente uno de los hombres prometedores para Stalin, y posiblemente, así se rumoreaba, estaba siendo preparado para la sucesión. En marzo de 1949, sólo unos meses después de haber obtenido el premio Stalin, fue súbitamente destituido de todos sus cargos y detenido.

Aleksei Kuznetsov había sido segundo secretario del partido en Leningrado desde 1937 hasta 1945. Como miembro del Consejo de la Guerra había jugado un papel importante en la defensa y liberación final de la ciudad. Sucedió a Zdanov en el puesto de primer secretario cuando éste fue llamado a Moscú. Después, en 1946, fue destinado a la Secretaría del Comité Central, donde se le confió la supervisión de los servicios de seguridad. Esto significaba que tenía que supervisar al mismo Beria, y fue éste probablemente quien organizó su caída. Mijail Rodionov había trabajado estrechamente con Zdanov tiempo atrás, pero no había ocupado puesto alguno en Leningrado. Había llegado a ser primer ministro de la RSFSR siendo aún muy joven.

En septiembre de 1950 el Consejo Militar del Tribunal Supremo condenó a muerte a Voznesensky, Kuznetsov, Rodionov y sus cómplices por traición. Además, se enviaron las diligencias del caso a todos los miembros del Politburó, que, como estaba previsto, aprobaron las conclusiones y la sentencia, y firmaron a tal efecto.

El 5 de octubre de 1952 se inauguraba en Moscú el XIX Congreso del Partido. Stalin estuvo presente, pero no tomó parte en sesiones, excepto para pronunciar unas breves palabras en la clausura del mismo. Molotov fue el encargado del discurso de apertura, pero fue Malenkov quien pronunció el discurso clave, del que Stalin se había estado encargando desde 1924, lo que parecía señalarle como sucesor. Sin embargo, fue el discurso de Stalin el que leyó, porque encarnaba su línea política. Era aún el líder intocable, venerado e infalible. El congreso expresó este hecho con la tumultuosa ovación en pie que recibió su aparición y en las numerosas ocasiones en que le citaban en los discursos.

En dos de las resoluciones, que parecían simples formalismos, daba a entender que el partido estaba firmemente consolidado y que ya no necesitaba depender de viejas tradiciones en la misma medida que hasta entonces. A partir de ahora el Partido Comunista de la Unión Soviética ya no incluiría las palabras de «los bolcheviques» en su denominación. Después de todo, el título de bolcheviques, que significaba «mayoritarios», ya no era relevante para un partido único que gobernaba sin oposición. El Politburó, nombre que se asociaba al leninismo, pasó a llamarse Presidium. Mayor importancia tenía su ampliación a veinticinco miembros de pleno derecho y doce miembros alternativos. Su objetivo al introducir estos cambios era llevar a militantes jóvenes a la cúpula del partido. Este estaba compuesto por jóvenes, pero los viejos militantes permanecían en el poder: los veteranos no entregaban fácilmente su poder y su posición.

El mismo Stalin dimitió como secretario general del partido, cargo que ocupaba desde 1922, aunque no había usado el título desde los años

treinta. Esto, sin embargo, no disminuyó su autoridad y su poder. Pero en esta ocasión parecía consciente de que empezaban a fallarle las fuerzas; estaba atormentado por querer zanjar la continuidad del liderazgo del partido y, al mismo tiempo, aferrarse al poder. Todavía tenía que trabajar para asegurarse de que sus tesis eran llevadas a la práctica, pero estaba decidido a promocionar a la nueva generación de líderes estalinistas profesionales. Esto exigía la retirada de la vieja guardia, y Stalin sabía que, a no ser que les obligara a ello, nunca dejarían el camino libre. Al mismo tiempo su corrosiva desconfianza le hacía cuestionar la honestidad y la entrega de los demás, jóvenes y viejos. Estaba convencido de que serían seducidos por el poder y olvidarían los verdaderos objetivos a los que había que servir. Toda su vida había estado inmerso en la lucha por el poder y no confiaba en nadie.

En el congreso, Stalin se mantuvo sentado durante el discurso de apertura y el pronunciado por Malenkov. Todas las miradas estaban fijas en él. El respeto, rayano en la adoración, que sentían hacia Stalin hacía que le considerasen como un ser aparte. Era un viejo de poca estatura, de cabellos grises, al que empezaban a fallar las fuerzas, y que se encontraba completamente solo, aislado por la adulación y por el terrible poder que ostentaba. Llevaba una existencia solitaria. Su residencia habitual era la dacha de Kuntsevo, pero tenía otras dachas, no muy lejos, en Semenovskoe y Lipki. Sólo se sentía cómodo en los oscuros y poblados bosques de pinos y abedules plateados que rodeaban estos lugares. En verano solía trabajar en el jardín de la dacha, y en invierno, cuando brillaba el sol, se sentaba al lado de la ventana y allí realizaba su tarea de despacho y recibía a los funcionarios. Ahora, pasaba con frecuencia días enteros en la dacha y no iba a su despacho del Kremlin. Hacia finales de verano acostumbraba a hacer un viaje al sur y pasar dos meses en alguna de las residencias que siempre estaban a su disposición en el Cáucaso.

Debido a que se creía que su vida estaba siempre amenazada, se rodeaba de excepcionales medidas de seguridad. Cuando viajaba entre el Kremlin y Kuntsevo, cinco vehículos negros atravesaban velozmente la ciudad, mientras el tráfico quedaba interrumpido. Los conductores se adelantaban mutuamente con frecuencia, cambiando el orden en que viajaban. Nadie podía saber en qué coche viajaba Stalin oculto tras las cortinas. Guardias especiales de seguridad estaban permanentemente apostados en la dacha, y complejas medidas de seguridad, incluyendo los reflectores, convertían el lugar en un campo de prisioneros. Sus viajes al sur se llevaban a cabo como ejercicios militares. Muchas de estas medidas de seguridad probablemente eran impuestas por celosos funcionarios, como Vlasik, que trataban así de aumentar su autoridad y su importancia, pero también reflejaban las propias sospechas crónicas de Stalin.

Las cenas de Kuntsevo, a las que asistían Malenkov, Beria, Bulganin, Kruschev y otros viejos camaradas que gozaban de su favor, constituían su única vida social. Eran cenas de trabajo en las que se discutían temas políticos y se tomaban decisiones, pero llegaron a convertir-

se en veladas en las que se comía y se bebía mucho, se contaban viejas historias y se gastaban bromas. Djilas, comunista yugoslavo, describió una cena a la que asistió en enero de 1948. Advirtió que Stalin se encontraba en pleno declive y que existía una creciente tensión entre él y Molotov. También deploró el exceso de comida y bebida. Exigente, severo y con frecuencia puritano, criticó todo lo que vio. Había hecho un ídolo de Stalin como el gran líder comunista, y no podía superar la decepción de ver que era un político ruso que en ocasiones revelaba su origen campesino.

Las veladas de Kuntsevo, cuando hablaba sobre asuntos de Estado y, ya viejo, recordaba sucesos y anécdotas, constituían la única ocasión en que se relajaba, aunque fuera sólo parcialmente. Con frecuencia se acordaba de la guerra, y echaba de menos el dramatismo de aquellos años. En una cena celebrada en 1944, la segunda a la que asistía Djilas, aterrorizó a éste cuando contradijo la afirmación de que los alemanes necesitarían cincuenta años para recuperarse de la guerra. «No —repliqué—, se recuperarán rápidamente. Es un país industrial, muy desarrollado, que cuenta con una clase obrera numerosa, altamente especializada y con una *intelligentsia* técnica. Démosles doce o quince años y estarán de nuevo en pie. Levantándose y colocándose los pantalones.» Y añadió: «La guerra pronto estará olvidada. Nos recuperaremos dentro de quince o veinte años y después probaremos suerte de nuevo.»

En Kuntsevo y en el despacho del Kremlin, Stalin se sentía sólo, aunque no lo reconocía. Echaba de menos con desesperación a Nadia, su esposa, que había muerto hacía casi veinte años. Hacía recaer la culpa de su suicidio en su familia, en Polina Molotov y en la perniciosa influencia de la novela *El sombrero verde*, de Michael Arlen. En 1948 habló por primera vez abiertamente con Svetlana sobre su madre, y era obvio que los recuerdos le afectaban profundamente.

La única persona a la que amaba y que podría haber llenado parcialmente el vacío de su vida era su hija. Esta, sin embargo, era emotiva y egocéntrica. «La devoción y la abnegación no se contaban entre sus virtudes.» Desde el incidente de su capricho adolescente con Aleksei Kapler, se había mantenido distante con su padre. Cuando en julio de 1941 le telefoneó para decirle que había obtenido la graduación, su padre le dijo que fuera a verle. Stalin se mostró encantado con el diploma, pero no apoyó su decisión de ir a la Universidad para licenciarse en Literatura: «Quieres ser uno de esos bohemios. No; deberías conseguir una buena educación. Podría ser Historia... Estudia Historia. Después puedes hacer lo que quieras.»

Durante la guerra sus encuentros fueron escasos. En mayo de 1944, Svetlana fue a Kuntsevo para decir a su padre que quería casarse con Grigori Morozov, estudiante del Instituto de Relaciones Internacionales. Era judío y Stalin, que tenía algo del tradicional prejuicio ruso contra los judíos y que desconfiaba por entonces del resurgente movimiento sionista, no dio su aprobación. Su principal objeción fue, sin embargo, que el joven no servía a su país. «La situación es horrible en el frente —dijo—, y mírale, sentado en su casa.» Pero no prohibió la boda, como se temía



Eupra

Una imagen de Stalin con su hija Svetlana cuando era niña.

Svetlana. «Sí, es primavera. ¡Vete al infierno! Haz lo que quieras.» Fue su último comentario. Se negó a conocer a su yerno y a que fuera a su casa, pero les dio un apartamento cerca del Kremlin. Cuando Svetlana quedó embarazada se mostró más complaciente. «Necesitas el aire del campo», dijo, y les permitió utilizar la dacha de Zubalovo, pero jamás llegó a conocer a Morozov.

Stalin se alegró cuando en la primavera de 1947 el matrimonio de su hija se rompió. Nunca le había gustado su yerno, pero sentía afecto por Iosif, su nieto. Padre e hija se veían poco; pasaban meses sin que se reunieran. En agosto de 1947, Stalin invitó a su hija a que pasara con él unas vacaciones en Sochi. Fue una época poco feliz. A Svetlana le resultaba difícil comunicarse con él, y no podía acomodarse a su costumbre de permanecer levantado la mayor parte de la noche y dormir algunas horas durante el día. Se aburría en las cenas cuando aparecían Malenkov, Beria, Bulgarin y los demás. Era superior a sus fuerzas mostrar afecto a su padre y hacerle compañía.

De nuevo pasaron semanas sin verse. En la primavera de 1949 Svetlana contrajo matrimonio con Yury Zdanov, hijo de Andrei Zdanov, que en algún momento estuvo considerado como posible sucesor de Stalin. Este se sintió complacido, ya que conocía a la familia y estimaba a Yury.

Al parecer, decidió que su hija y su marido podían instalarse en el segundo piso que se había añadido a la dacha de Kuntsevo. Svetlana comentó que «al hacerse viejo, comenzaba a sentirse solo. Estaba tan aislado de todos, tan elevado, que parecía vivir en el vacío. No tenía a nadie con quien hablar». Sin embargo, Svetlana se negó a trasladarse a la dacha, y en el verano de 1948 rechazó una invitación para acompañarle al Cáucaso. Stalin se sintió profundamente herido por esta negativa y, cuando en noviembre de 1948 Svetlana pasó con él unos días en el sur, se mostró huraño.

De regreso a Moscú, Svetlana, que viajaba en el tren, se sintió consternada y deprimida por su padre y el aislamiento en que vivía. Era un tren especial, que le transportaba a él y a los guardias de seguridad, que siempre le acompañaban. Todas las estaciones habían sido desalojadas de público. Cuando el tren se detenía, Stalin bajaba al andén y se iba a hablar con los maquinistas. Estaba convencida de que esas medidas no habían sido tomadas por su padre, y que maldeciría a los generales y coroneles de seguridad que se cruzaban en su camino. «Era prisionero del sistema y en él se estaba ahogando de soledad, vacío y falta de compañía humana.» Pero se dio cuenta de que también ella era culpable. «Veía enemigos por todas partes. Había llegado al punto de ser un caso patológico de manía persecutoria, y todo se debía a su soledad y desolación.» En esta época se estaba desarrollando la campaña contra «cosmopolitas desarraigados» y contra los sionistas. Las detenciones de personas pertenecientes a su círculo familiar consternaron a Svetlana. Se quejó a su padre, pero fue airadamente rechazada.

Durante otro largo periodo no volvió a verle. Su segundo matrimonio y el hecho de vivir con la familia Zdanov, la hacían sentirse desgraciada. En el verano de 1949-50 se quedó embarazada y padeció una grave enfermedad renal. Triste y deprimida después del nacimiento de su hija, escribió a su padre en busca de consuelo. Stalin respondió inmediatamente. Era la última carta que Svetlana iba a recibir de él:

«Querida Svetochka: He recibido tu carta. Me alegra tu rápida recuperación. Los problemas renales son un asunto serio. Y no digamos tener un hijo. ¿De dónde has sacado la idea de que te he abandonado? Son cosas que inventa la gente. Te aconsejo que no te creas tus sueños. Cuidate. Cuida también a tu hija. El Estado necesita gente, incluso a quienes nacen prematuramente. Ten algo más de paciencia, pronto nos veremos. Un beso para mi Svetochka. Tu "papaíto". 10 de mayo de 1950.»

En el otoño de 1951, Stalin pasó sus últimas vacaciones en el sur. Ya no volvió a abandonar Moscú, y vivió en Kuntsevo la mayor parte del tiempo. Svetlana le visitó con sus dos hijos el 7 de noviembre de 1952, día del aniversario, y de nuevo el 21 de diciembre con motivo de su septuagésimo tercer cumpleaños. No tenía buen aspecto y obviamente sufría hipertensión, pero se negaba a recibir tratamiento médico y solamente utilizaba viejos remedios caseros. Siempre había disfrutado con el tabaco y, durante al menos cincuenta años, raramente se le había visto sin su pipa o sin un cigarrillo en la mano, pero de pronto dejó de fumar.

En esta ocasión, al igual que en otras, Svetlana pensó que debería visitarle con más frecuencia. Los amigos le pedían que le telefonara. Ella dudaba porque su padre frecuentemente contestaba con un brusco: «¡Estoy ocupado!» Pero sabía que le agradaban sus visitas y que le gustaba ver a sus nietos. Detrás de sus modales bruscos se escondía una auténtica preocupación por ellos, especialmente después de que se divorciara de su segundo marido. Con frecuencia le ofrecía dinero, sabiendo que dependía de una asignación como estudiante universitaria y que su economía no era boyante. Cuando, siendo estudiante en la Academia de Ciencias Sociales, recibió una asignación más alta, le daba dinero para los niños y para la hija de su hijo mayor, que había sido ejecutado por los alemanes. Al mismo tiempo, insistía en que debía trabajar y ganarse la vida, y que no debería ser nunca lo que él llamaba un «parásito».

La campaña contra las influencias occidentales había suscitado la denuncia contra muchos intelectuales, especialmente judíos, por su condición de «cosmopolitas desarraigados». Este proceso culminó en 1952 con la ejecución de varios escritores judíos. A esta purga siguió el «complot de los médicos», que fue publicado por primera vez en el diario *Pravda* el 13 de enero de 1953. Una doctora llamada Lydia Timachuk había enviado una carta privada a Stalin, alegando que el tratamiento prescrito por algunos eminentes médicos, Vinogradov entre ellos, que había sido médico de Stalin, podía ser considerado como una forma de asesinato. Pretendía que estos doctores habían causado la muerte prematura a Andrei Zdanov, y que estaban administrando un tratamiento similar a los mariscales Vorochilov, Konev y Govorov, al general Stemenko y a otros.

Stalin tenía serias dudas sobre las acusaciones de Timachuk. Pero en esta época tenía fervientes sospechas de la existencia de conspiraciones sionistas y titistas, implantadas y promocionadas por una red de agentes británicos y americanos. Creía, además, que entre sus viejos colegas había un complot para destruirle o al menos para limitar sus poderes. Reaccionó violentamente. No permitía que se le acercaran los médicos, aunque sabía que su salud flaqueaba. Destituyó a Poskrebychev, su secretario de confianza durante muchos años. Vlasik, jefe de su personal de seguridad desde la guerra civil, fue encarcelado. Estos, al igual que Molotov, Beria y otros, esperaban atemorizados la nueva gran purga que parecía cernirse sobre ellos. Sin embargo, ésta no llegó a producirse.

31. La muerte

La muerte llegó de repente. La tarde del sábado 28 de febrero de 1953 cenaron Malenkov, Beria, Bulgarin y Krushev en Kuntsevo. Stalin estaba de buen humor y la reunión resultó jovial. A medida que transcurría el domingo 1 de marzo sin que se produjera su llamada habitual, para citarles o para discutir algún asunto por teléfono, mayor era su sorpresa.

Svetlana telefoneó a Kuntsevo el domingo. El oficial de servicio le dijo: «No hay movimiento ahora.» Esto significaba que su padre no se había levantado y, como ella sabía, estaba prohibido molestarle. El mismo domingo por la noche el oficial del servicio de guardia telefoneó a Malenkov, Beria, Bulganin y Krushev, que se encontraban en sus dachas. Stalin no había hecho sonar el timbre para que le fuera servida la cena. El oficial temía que algo le hubiera ocurrido, pero los guardias no se atrevían a entrar en su habitación. Los cuatro se dirigieron rápidamente a Kuntsevo. Vorochilov y Kaganovich fueron avisados. Cuando entraron en su habitación encontraron a Stalin completamente vestido y tendido sobre una alfombra. Estaba en coma.

Se dio aviso a los médicos, que diagnosticaron hemorragia cerebral, producida por arteriosclerosis y alta presión arterial. El comunicado que anunciaba su enfermedad a la nación ponía de relieve que el tratamien-

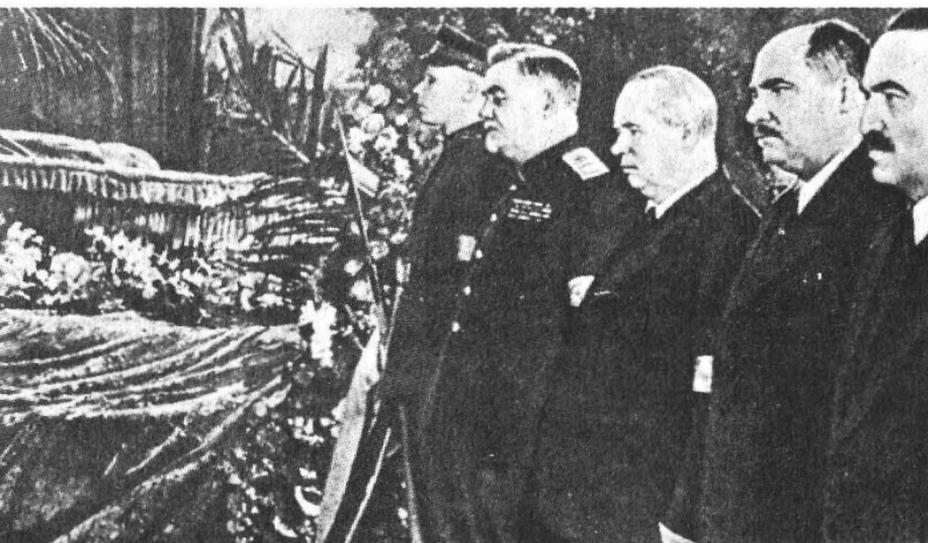


to médico se hacía bajo la directa supervisión del Comité Central del partido. De hecho, los seis miembros del Presidium que allí se encontraban organizaron un servicio de guardia, que prestaban en turnos de dos para vigilar a Stalin y a los médicos día y noche.

El lunes por la mañana, cuando Svetlana se encontraba en clase en la academia, le dijeron que Malenkov quería que fuera a Kuntsevo. Kruschev y Bulganin la esperaban en la entrada de la dacha. Ambos estaban llorando. La llevaron a la habitación de su padre, que estaba abarrotada de médicos, enfermeras, equipamiento y miembros del Presidium. Besó la cara y las manos de su padre y, sentándose a su lado, mantuvo su mano entre las suyas. De vez en cuando, Stalin abría los ojos, pero no veía nada ni recuperaba el conocimiento. Su corazón y su constitución eran fuertes, pero la hemorragia se extendía y tenía que luchar contra el ahogo. Al cuarto día recuperó el conocimiento brevemente, pero estaba casi completamente paralizado. Una enfermera le dio de beber con una cuchara. Stalin señaló una de las muchas fotografías ampliadas de niños que había hecho colgar en las paredes de su habitación, en la que una niña alimentaba a un cordero. Parecía bromear sobre su situación. La agonía comenzó. Demudado y con el rostro oscurecido, trataba de respirar. Era una terrible lucha contra la muerte. Levantó su brazo izquierdo, y para su hija fue como un gesto de amenaza, como si tratara de maldecir a todos los presentes. Después expiró.

Vorochilov, Bulganin, Kaganovich, Malenkov y Kruschev, sollozaban. Sólo Beria no daba muestras de dolor. Todos se marcharon para hacer los preparativos, y solamente Svetlana, Bulganin y Mikoyan permanecieron al lado del cadáver. Una vieja enfermera preparó la habitación. Después de algún tiempo, el personal de servicio comenzó a en-

*El cuerpo embalsamado de Stalin en el Kremlin, el 5 de marzo de 1953.
A la derecha puede verse a Nikita Kruschev.*



trar para despedirse de su jefe. Era una despedida rusa. Valechka, el ama de llaves que le había cuidado durante dieciocho años, cayó de rodillas, y apoyando la cabeza sobre su pecho comenzó a gemir en voz alta como lo hacían las mujeres campesinas, y nadie intentó calmarla. El personal de servicio le era devoto. Era considerado y amable con todos los que trabajaban para él, y en Kuntsevo solamente los generales y los jefes de la guardia eran objeto de su ira.

A primeras horas de la mañana del 6 de marzo, Radio Moscú anunciaba la muerte de Stalin. Una inmensa multitud comenzó a llenar la plaza Roja; la mayoría sollozaba calladamente. Por la tarde, el cuerpo, que había sido llevado al Kremlin durante la noche, fue colocado en la Sala de las Columnas. Se le colocó al descubierto en un catafalco rodeado de flores. La multitud había aumentado considerablemente, y a últimas horas de la tarde la fila de los que lloraban su muerte se dijo que superaba los quince kilómetros. Miles de rusos de Moscú y de alejadas regiones pasaron ante el féretro en procesión lenta e inacabable despidiéndose de su padre.

En todo el país, desde Vladivostok en el este, hasta Leningrado en el oeste y desde Arcángel en el norte hasta Astracán en el sur, casas y ventanas lucían banderas rojas con crespones negros. Incluso en los numerosos campos de trabajo, llenos de hombres y mujeres que habían sufrido la salvaje represión de su mandato, había muestras de condolencia. Una nación de más de doscientos millones de personas estaba unida en el solemne silencio de duelo por el líder que les había guiado y dirigido a través de duras pruebas y de una guerra salvaje y que, lo sabían instintivamente, había tratado de servir a Rusia y a su pueblo.

Notas

1. V. Kaminsky e I. Vereshchagin, «Detstvo i yumost vozhdya: documenty, zapisi, rasskazi», en *Molodaya Guardiia*, núm. 12 (1939); E. Yaroslavsky, *Hitos en la vida de Stalin* (Londres, 1942).
En la casa fue erigido un pabellón de mármol por Lavrenti Beria en los años 30 para preservarla como monumento nacional. En él hay una placa con la siguiente leyenda: «Aquí nació el gran Stalin, el 21 de diciembre de 1879, y vivió hasta 1883.» Svetlana Alliluyeva, hija de Stalin, vio el mausoleo y el museo adyacente en 1951 y escribió: «Bajo el baldaquín de mármol se ve con dificultad la vivienda que debería haber sido dejada tal como estaba, ya que sin el mármol hubiera reflejado su historia. Todo estaba tratado como una reliquia.» *Veinte cartas a un amigo* (Londres, 1967). El mausoleo fue completamente abandonado después de la muerte de Stalin, y en 1962 fue cerrado para ser restaurado. A partir de 1956 se ordenó la retirada de estatuas y fotografías de Stalin de los lugares destacados en toda la Unión Soviética. La única excepción fue Georgia, donde el pueblo se enorgullece de que en su tierra naciera el gran líder y lamentan su relegación. En consideración al sentimiento de los georgianos, el gobierno soviético permitió que se mantuvieran los monumentos. Un periodista americano, Robert Kaiser, informó en abril de 1973 que el mausoleo y el gran museo de Stalin estaban abiertos y que la gran estatua de Stalin todavía se encontraba sobre su base en el centro de Gori. *The Guardian* (Londres, 9 de abril de 1973).
2. Iosif Stalin, *Sochineniya* (Moscú, 1946-55).
3. El relato más convincente es el de Iosif Iremachvili, titulado *Stalin und die Tragödie Georgiens*, publicado en Berlín en 1932.
4. Svetlana Alliluyeva, *Only one year* (Londres, 1969).
5. Hay quien ha sugerido que en este colegio se hizo consciente de las diferencias y los odios entre las clases sociales. Isaac Deutscher, *Stalin. Biografía política* (México, Era, 1966).
6. Trotski también menciona el comentario de Souvarine de que la caquexia del brazo izquierdo y el hecho de tener dos dedos del pie unidos son «pruebas de la transmisión hereditaria del alcoholismo de su padre». Ambos defectos difícilmente constituyen una «demostración» de nada. Leon Trotski, *Stalin* (Barcelona, Plaza y Janés, 1969).
7. Se dice que Iosif y sus compañeros realizaron una manifestación en protesta por este cambio. Iosif era su líder y fue castigado, obviamente con poco rigor, ya que fue recomendado para el seminario de Tiflis.
8. *Istoriya Klassovoi Borby V. Zakavkazi* (Tiflis, 1930).
9. *Priveli Dassy* (El Primer Grupo), fundado por Ilya Chavchavadze, líder liberal de la nobleza georgiana. *Meori Dassy* (El Segundo Grupo) dirigido por G. Tseretelli, organización de la *intelligentsia* georgiana afín a las teorías de los socialistas utópicos de Europa Occidental. Véase L. Beria, *Sobre la historia de las organizaciones bolcheviques en Transcaucasia* (Londres, 1939).

-
10. H. R. Knickerbocker, «Stalin, hombre misterio incluso para su madre», en *New York Evening Post*, 1 de diciembre de 1930.
 11. Hay quien ha sugerido que durante estos meses Koba figuró entre los agentes pagados por la policía zarista. La Ojrana, como se llamaban las fuerzas de seguridad zaristas, estaba infiltrada en la sociedad rusa y era eficiente, sobre todo en la utilización de agentes provocadores que tenía infiltrados en las organizaciones revolucionarias. Sólo hay pruebas circunstanciales y poco convincentes de que la Ojrana le pagara como agente. Ciertamente Koba no habría dudado en convertirse en doble agente si ello le hubiera permitido conseguir dinero para sobrevivir, para servir a la causa revolucionaria o incluso por su propio interés. Al igual que a Lenin, no le preocupaban los medios, sino los fines, y aceptaba como artículo de fe, expresado por Nechaev, que «en la lucha, la revolución santifica todo por igual». E. H. Carr, *Bakunin* (Londres, 1937).
La tesis de que Koba-Stalin fue agente de la Ojrana, la expone con todo tipo de pruebas y conjeturas en su favor E. E. Smith, *El joven Stalin* (Londres, 1968).
 12. S. Alliluyev, *Proidenny Put* (Moscú, 1946).
 13. L. Beria, *Sobre la historia de las organizaciones bolcheviques en Transcaucasia*; H. Barbusse, *Stalin* (Londres, 1935).
 14. S. Alliluyev, *Vospominaniya* (Moscú, 1946); *Memorias de Alliluyev* (Londres, 1968).
 15. Stalin, *Sochineniya*; A. B. Ulam, *Stalin* (Barcelona, Noguer, 1975).
 16. N. Valentinov, *Encuentros con Lenin* (Londres, 1968).
 17. L. Beria, *Lado Ketsjoveli Sbornik* (Moscú, 1938).
 18. I. Deutscher, *Stalin*.
 19. Esta defensa de los derechos de todas las clases sociales y el apoyo a una Constitución democrática en la que los capitalistas tuvieran los mismos derechos que los obreros y los campesinos parece algo extraña. En el prólogo a sus *Obras*, escrito en 1946, sin embargo, Stalin explicó que había aceptado la tesis, familiar entre los marxistas, según la cual una de las principales condiciones para la victoria de la revolución socialista era que el proletariado debía constituir la mayoría de la población.
 20. Un relato, publicado casi treinta años después, afirmaba: «Desde sus primeros días de actividad entre los trabajadores, [Koba] llamó la atención por sus intrigas contra el auténtico líder de la organización socialdemócrata, S. Dzhibladze. Fue amonestado, pero hizo caso omiso y continuó extendiendo calumnias con la intención de desacreditar a los representantes autorizados y reconocidos del movimiento socialdemócrata, tratando de manipular la organización local. Fue llevado ante un tribunal de honor del partido y se le declaró culpable de difamar a Dzhibladze. Fue excluido por unanimidad de la organización socialdemócrata de Tiflis.» *Brdzolis Jma*, citado por E. E. Smith.
Según S. T. Arkomed, socialdemócrata que estuvo presente en la reunión del 11 de noviembre de 1901, un militante, cuyo nombre no menciona, pero a quien describe como «un camarada indiscriminadamente enérgico y muy inteligente», habló despiadadamente contra la elección de trabajadores para el comité porque carecían de educación y experiencia para llevar a cabo la tarea revolucionaria. Arkomed escribió también que «el joven arriba citado se trasladó de Tiflis a Bakum, por lo cual los camaradas de Tiflis oyeron informes sobre su conducta incorrecta y su actividad hostil y de agitación contra las organizaciones y los trabajadores de Tiflis». S. T. Arkomed, *Rabooche Dvizhenie; Sotsial Demokratiya na Kavkaze* (Ginebra, 1910).
-

-
- Trotsky y otros escritores posteriores han supuesto que el camarada cuyo nombre no se menciona es Koba. El que esto escribe considera improbable que Koba hablara en estos términos, ya que consideraba a los obreros más próximos a su persona y más fáciles de influir y dirigir que los intelectuales.
21. E. E. Smith, *El joven Stalin*.
 22. Poco después de su detención, tuvo lugar un incidente que ha sido interpretado de diversas formas. Un día de visita, entregó a través de las rejas de la celda dos notas, una que debía ser entregada en Gori a Iremachvili, su antiguo compañero de estudios, y la otra para Elisabedachvili, un camarada revolucionario de Tiflis. En la nota dirigida a Iremachvili, le pedía que fuera a ver a su madre y le dijera que si era interrogada por la policía, debía responder que su hijo Soso/Koba, había pasado en Gori todo el verano y todo el invierno hasta el 15 de marzo (1902), para tener así una coartada en caso de ser acusado de participar en la manifestación de Batum. En la nota a Elisabedachvili le pedía simplemente que continuara en su tarea revolucionaria. Las notas llegaron a poder de sus destinatarios, pero en algún momento la policía las interceptó o tuvo conocimiento de ellas por un confidente. La madre de Koba, y el mismo Iremachvili, fueron interrogados, y éste último fue detenido. Trotsky hizo después patente su «sorpresa por la falta de cuidado de Koba al poner en peligro a dos de sus camaradas».
 23. G. Uratadze, *Vospominaniya gruzinskogo sotsial-demokrata* (Stanford, 1968) citado por Ronald Hingley en *Joseph Stalin* (Londres, 1974).
 24. S. Alliluyev, *Proidenny Put*. Ver también Smith, según el cual Stalin nunca fue a Siberia y su viaje no fue más que un montaje de la Ojrana para proteger a su valioso agente.
 25. Koba probablemente sufrió mucho por la muerte de su joven esposa, pero la descripción de Iremachvili sobre su teatral conducta en el funeral es poco convincente: «A las puertas del cementerio, Koba me apretó fuertemente la mano, señaló el féretro y dijo: “Soso, esta criatura ablandó mi corazón de piedra. Ella ha muerto, y con ella, mis sentimientos de afecto hacia cualquier ser humano.” Colocó su mano derecha sobre su corazón: “Estoy profundamente desolado, ¡indescribiblemente desolado!”» Iremachvili afirma que la boda se celebró en 1903. Iosif estaba en prisión por entonces, pero las autoridades zaristas permitían que los capellanes celebraran bodas solemnes en la cárcel. También afirma que Ekaterina murió en 1907, pero Yakov, hijo de ambos, nació en 1908, si hemos de creer a las hermanas de Ekaterina. Es probable que su esposa muriera en 1910. I. Iremachvili, *Stalin und die Tragödie Georgiens* (Berlín, 1932); Svetlana Alliluyeva, *Veinte cartas a un amigo*.
 26. Stalin utilizó muchos nombres, pero con gran frecuencia se hacía llamar Koba, hasta enero de 1913, año en que firmó un artículo como Koba Stalin (Koba, el hombre de acero).
 27. Stalin, *Sochineniya*; R. C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929* (Nueva York, 1973).
 28. V. I. Lenin, *Sochineniya* (Moscú, 1941-57).
 29. Stalin, *Sochineniya*.
 30. A. V. Lunacharsky, *Siluetas revolucionarias* (Londres, 1967).
 31. Trotsky y otros han afirmado que Koba comenzó como menchevique y no se unió a los bolcheviques hasta 1904. Esta afirmación se basa en un informe policial de 1911, en el que se hacía constar que Koba trabajó en la organización socialdemócrata desde 1902, primero como menchevique y luego como bolchevique. Se trata de un claro anacronismo puesto que los
-

-
- términos «menchevique» y «bolchevique» surgieron en el II Congreso del partido en julio-agosto de 1903. L. Trotski, *Stalin*; I. Deutscher, *Stalin*.
32. L. Schapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética* (Londres, 1970).
 33. F. Majaradze, *Ocherki revolyutsionnogo dvizheniya v Zakavkazi*, citado por R. C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929*.
 34. Una breve exposición de las circunstancias de la ejecución se encuentra en la obra *El episodio transcaucásico* de C. H. Ellis, que participó en las operaciones de la zona por aquella época.
 35. Stalin, *Sochineniya*. I. Deutscher escribió sobre la «típica y cruda viveza de su discurso», descripción que, teniendo en cuenta el momento y las circunstancias en que fue pronunciado, es inaceptable. I. Deutscher, *Stalin*.
 36. N. K. Krupskaja, *Recuerdos de Lenin* (Londres, 1959).
 37. L. Schapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética*.
 38. V. Bonch-Bruевич, *Bolshevistskie izdalelskie dela v 1905-07 gg Moi Vos-pominaniya* (Leningrado, 1933).
 39. En 1931, mientras le hacía una entrevista, Emil Ludwig mencionó rumores sobre «acciones a mano armada que se dice usted organizó en su juventud para conseguir dinero para el partido. ¿Qué hay de cierto en ello?» También pidió opinión a Stalin sobre Stenka Razin como «bandolero ideológico», sugiriendo alguna analogía con los bolcheviques. Stalin habló largo y tendido sobre los factores históricos en las primeras rebeliones de los campesinos, pero volviendo a lo que decían sobre su propio papel en las expropiaciones, se rió y entregó a Ludwig un panfleto que, según él, le aclararía las cosas. El panfleto resultó no contener nada sobre el tema. Emil Ludwig, *Stalin* (Barcelona, Juventud, 1935).
 40. Angelica Balabanov, *Memorias*, citado en B. D. Wolfe, *Tres que hicieron una revolución* (Barcelona, Plaza y Janés, 1964).
 41. Stalin, *Sochineniya*; también cabe entenderlo como «bella extravagancia». Las dos palabras son utilizadas con ironía o sarcasmo.
 42. Deutscher, siguiendo a Krupskaja y a Trotski, describe a Kamo en términos heroicos y conmovedores. Era: «Cordial, romántico, resuelto e incansable; era una persona extraordinariamente sensible, algo inocente y un afectuoso camarada.»
En la plaza de Erivan, las bombas colocadas por Kamo causaron tres muertos y unos cincuenta heridos. Debió de causar con sus atentados numerosas víctimas mortales y miles de heridos inocentes. Deutscher, *Trotski*.
 43. Generalmente se considera a Stalin responsable de los disturbios de Tiflis. Una biografía de Shaumyan, publicada en Moscú en 1965, ha sugerido, sin embargo, que fue él y no Stalin el principal organizador. El plan original era obra de Krasim en San Petersburgo, y lo discutió con Lenin cuando éste estaba oculto en Kuokkala. Parece evidentemente más lógico que Krasim se sintiera más inclinado a confiar esta acción a Shaumyan, compañero suyo e ingeniero que había viajado al extranjero, antes que a un georgiano desconocido. V. D. Mujadze, *Shaumyan* (Moscú, 1965); Adam B. Ulam, *Stalin*.
 44. Es desde luego una ironía de la historia que hombres como Stolypin y Guchkov que siguieron un honorable código de conducta, que trataban de eliminar las injusticias y de crear una sociedad próspera, sean poco conocidos, mientras que Lenin, Stalin, Bogdanov, Krasim, Trotski, Ter-Petrosyan y otros como ellos, que utilizaron el terror, el asesinato, el engaño y la desconsideración hacia todos aquellos que no estaban a su favor, sean recordados como héroes. Ciertamente los historiadores en general están del lado de los vencedores y, con todos sus reparos morales a Stalin, condonan la ley del poder.
-

-
45. Se dice que Koba denunció a Shaumyan a la Ojrana, la más detestable traición que un revolucionario podía cometer, y además que debió de ser un agente policial. Pero Koba se encontraba lejos, en el exilio, en las dos ocasiones en que Shaumyan fue detenido. Además, después de ser detenido la primera vez, fue pronto puesto en libertad, y la segunda detención se debió a la denuncia de un agente policial infiltrado en las filas bolcheviques llamado M. E. Chernomazov, que se suicidó en 1917. Su condena de deportación a Astracán, después de la segunda detención, fue más benévola que la de Koba, enviado al gélido norte. B. Souvarine, *Stalin* (Londres); A. B. Ulam, *Stalin*.
46. L. Trotski, *Stalin*; S. Vereshchek, *Stalin v Tyurme: vospominaniya politicheskogo Zaklyuchonrogo Dni* (París, 1928).
47. Robert C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929*.
48. I. Dubinsky-Mujadze, *Ordjonikidze* (Moscú, 1967).
49. En esta época la población aumentaba a un ritmo dramático. En 1897 se censaron 124,2 millones de personas; trece años más tarde la población alcanzaba aproximadamente los 160,8 millones. W. H. Parker, *Geografía histórica de Rusia* (Londres, 1968); H. Seton-Watson, *El declive de la Rusia Imperial, 1855-1914* (Londres, 1952).
50. Trotski afirmó en su *Stalin* que *Marxismo y la cuestión nacional* no era más que nominalmente obra de Stalin, porque fue totalmente inspirado por Lenin, supervisado y dispuesto para la publicación por él línea por línea. Sin ser tan explícitos, Deutscher y otros historiadores han atribuido este ensayo a Lenin, relegando el papel de Stalin prácticamente al de amanuense. I. Deutscher, *Stalin*. Souvarine escribió con su sarcasmo típico que «su artículo es el trabajo de un alumno diligente, bueno para un hombre de su educación».
- Otros historiadores han señalado el hecho de que lo esencial del ensayo quizá fue establecido en un artículo publicado por Stalin en 1904, antes de que Lenin hubiera pensado seriamente sobre el tema. El profesor Richard Pipes considera, tras un análisis del texto, que es improbable que Lenin escribiera o dictara el artículo. Tampoco hay pruebas de que Stalin regresara a Cracovia desde Viena para presentar su trabajo a Lenin y recibir su aprobación, como afirmaba Trotski. Pero al establecer que Stalin era el verdadero autor, el profesor Pipes y R. H. McNeal se muestran poco generosos, como si temieran alabarle. El primero, por ejemplo, escribe que «es tan torpe como la mayor parte de la prosa de Stalin», y el segundo, que es «un replanteamiento no demasiado inteligente de viejos argumentos, repleto de errores de interpretación». Robert H. McNeal, «La interpretación que Trotski hace de Stalin», en *Canadian Slavonic Papers* (1961); Richard Pipes, *La formación de la Unión Soviética* (Cambridge y New Haven, 1954). Como he afirmado anteriormente en este estudio, encuentro que los escritos de Stalin son generalmente claros y efectivos para transmitir su mensaje. La influencia del seminario se advierte en el ritmo y en las repeticiones de su prosa, pero estas características hacían sus escritos más aceptables para los obreros. Stalin no era un intelectual, preocupado por el estilo; era un revolucionario.
- En conversaciones con M. Djilas, unos cuarenta años después, Stalin habló de esta obra como «el punto de vista de Lenin. Ilyich también editó el libro.» No dijo que Lenin fuera su autor.
51. Yuri Trifonif, *A la luz del fuego* (Moscú, 1966). Este homenaje a la clarividencia fue al parecer escrito después de la denuncia de Krushev, por una mujer cuyos dos hijos habían sido exiliados.
52. Roy A. Medvedev, *Que juzgue la historia* (Nueva York, 1971).
-

-
53. E. Gorodetsky y Y. Shrarapov, *Sverdlov, Zhizu i deyatelnost* (Moscú, 1961).
 54. Y. M. Sverdlov, *Izbrannie Proizvedenii* (Moscú, 1957).
 55. S. Alliluyev, *Vospominaniya*.
 56. R. C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929*. Como tantos recuerdos de Stalin, escritos décadas después, éste es cuestionable. Kamenev era blando, indeciso por naturaleza, pero vengativo y en ocasiones fácil presa de la ira. Stalin era incisivo, pero taciturno y proclive al resentimiento. Probablemente, Kamenev no trató a su compañero tan desdeñosamente, pues Stalin no lo hubiera consentido.
 57. A. G. Shlyapnikov, *El año 1917: Segundo libro* (Moscú y Petrogrado, 1923).
 58. N. N. Sujanov, *La Revolución Rusa, 1917* (Londres, 1935).
 59. Las manifestaciones contra Lenin se extendieron rápidamente. Comenzaron a aparecer eslóganes como: ¡Abajo Lenin!, ¡Que vuelva a Alemania! Sujanov escribió que «14 a 16 de abril [calendario antiguo] todos los periódicos incluyeron un comunicado de la tripulación de la flota del Báltico que había estado en la estación como guardia de honor: “Al enterarnos de que el camarada Lenin había regresado a Rusia con el consentimiento de Su Majestad el emperador y rey de Prusia, expresamos nuestro profundo pesar por haber participado en la triunfal bienvenida que le fue tributada en San Petersburgo. Si hubiéramos sabido el camino por el que había vuelto a nosotros, en lugar de dar gritos de entusiasmo como ¡Hurra!, hubiéramos gritado con indignación: ¡Fuera! ¡Vuélvete al país por el que has venido!”»
 60. La reacción de N. N. Sujanov probablemente es fiel reflejo de lo que se sentía en el seno del partido. Frecuentemente había estado en desacuerdo con Lenin, pero siempre le había considerado como «Lenin, el genio». Ahora escribió: «Las masas movilizadas por Lenin, después de todo, llevaban toda la carga de la responsabilidad por los días de julio...; algunos permanecieron en sus fábricas o en sus distritos, aislados, calumniados, sufriendo una terrible represión o una indescriptible confusión. Otros estaban detenidos, esperando la recompensa por haber cumplido con su deber político según sus cortas luces. Y el “verdadero autor” abandonó a su ejército y a sus camaradas, y buscó la salvación en la huida.»
 61. Esta ha sido llamada la fase heroica de la revolución, cuando el partido y el pueblo estaban en armonía y el primero era auténticamente democrático. Estas afirmaciones están lejos de la realidad de la situación. I. Deutscher, *Stalin*.
 62. J. Bunyan y W. W. Fisher, *La revolución bolchevique, 1917-18. Documentos y materiales*. (Standford, 1934). El título de «comisario» fue adoptado para evitar el de ministro con sus connotaciones burguesas.
 63. L. Schapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética*.
 64. Admitiendo que «en aquella etapa Lenin necesitaba a Stalin», Trotski trató de minimizar la importancia del papel desempeñado por éste, alegando que «en realidad no tenía una tarea definida» y como tenía más tiempo libre que los demás, era el único disponible. Trotski estaba ocupado en «reuniones o en Brest-Litovsk»; Sverdlov estaba sobrecargado de trabajo con la organización del partido; Zinoviev y Kamenev eran contrarios a Lenin por entonces. Stalin se convirtió, así pues, en palabras de Trotski, «en jefe de Estado Mayor o funcionario para misiones de responsabilidad a las órdenes de Lenin». Trotski, *Stalin*.
 65. El calendario gregoriano sustituyó en el siglo XX al calendario juliano, que tenía un retraso de trece días respecto a aquél.
 66. Hay pruebas de peso de que los bolcheviques habían recibido en secreto
-

importantes sumas del gobierno alemán, principalmente para apoyar su política de sacar a Rusia de la guerra. Es improbable, sin embargo, que este apoyo alemán influyera para que Lenin aceptara las condiciones de paz alemanas. Schapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética*.

67. Después de citar éste y otros informes sobre la confianza de Lenin en Stalin, Trotski explica que Lenin no atribuía especial importancia al consejo de Stalin; según él, Lenin era puntilloso en cuanto a consultar a sus colegas del consejo interno, y como Stalin tenía pocos compromisos, era uno de los que estaba disponible con mayor frecuencia. Trotski, *Stalin*.

68. J. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: la paz olvidada*. Marzo, 1978 (Londres, 1938).

69. Nadezhda Mandelstam, *Esperar contra toda esperanza* (Londres, 1971).

70. D. Footman, *La guerra civil en Rusia* (Londres, 1961).

71. Lenin afirmó en junio de 1920 que el terror y la pena de muerte habían sido medidas transitorias e inevitables, pero el terror parece haber sido endémico en el movimiento revolucionario. *Campaña antiestalinista y comunismo internacional* (Nueva York, 1956).

72. El misterio rodea los acontecimientos de Ekaterinburg del 16-17 de julio de 1918. La versión oficial, generalmente aceptada durante los últimos cincuenta años, fue escrita por Nicholas A. Sokolov, que llevó a cabo investigaciones en el lugar de los hechos pocos meses después del asesinato. Esta versión afirma que la familia imperial y los cuatro miembros de su séquito que aún seguían con ellos, fueron asesinados, y que sus cuerpos fueron destruidos con fuego y ácidos en unas minas no explotadas en las cercanías.

Lo que resulta extraordinario es que el informe de Sokolov y los trabajos que lo apoyan, presentan, casi con toda seguridad, una versión falsa, suprimiendo y distorsionando pruebas para demostrar que toda la familia pereció en Ekaterinburg el 16-17 de julio. El primer examen crítico del informe oficial fue hecho por John F. O'Connor (*La investigación Sokolov*, Nueva York, 1971). El libro más reciente sobre el tema es *Expediente sobre el Zar* de A. Summers y T. Mangold. Su hipótesis final es que Nicolás y su hijo, Aleksei, fueron probablemente fusilados en Ekaterinburg, pero que la madre y las cuatro hijas fueron trasladadas a Perm, donde desaparecieron. El misterio probablemente no será nunca desvelado.

73. K. E. Vorochilov, *Stalin i Krasnaya Armiya* (Moscú, 1938).

74. Stalin, *Sochineniya*. Vorochilov escribió posteriormente que a su llegada a Tsaritsyn, Stalin se hizo una idea de la situación. Llevó a cabo la reorganización de las tropas a las afueras de la ciudad y «una purga implacable de la retaguardia, administrada por una mano de hierro»; K. E. Vorochilov, *Stalin y las fuerzas armadas de la URSS* (Moscú, 1951).

El peligro de las acciones de los socialistas revolucionarios y la desconfianza de los especialistas militares también le mantuvieron en guardia. Cuando un ingeniero llamado Alekseev llegó con sus dos hijos procedentes de Moscú y se sospechó que realizaba actividades contrarrevolucionarias, Stalin dio orden de fusilarlos. Otros muchos fueron ejecutados por procedimiento sumario. En estos críticos momentos, cuando los bolcheviques luchaban por sobrevivir, los que despertaban sospechas eran eliminados.

75. Entre los primeros que fueron cesados figura Snesev, el jefe local. Stalin ordenó su arresto y el de la mayoría de los miembros del Estado Mayor. Trotski evió un telegrama pidiendo que fueran puestos en libertad, pero Stalin lo tachó con la orden «no tener en cuenta».

Posteriormente una comisión estudió las acusaciones contra Snesev y, como resultado de esto, fue puesto en libertad y destinado a otro sector.

Sus asesores, que estaban retenidos en una barcaza en medio del Volga, murieron al hundirse súbitamente la embarcación. Roy Medvedev, *Qué juzgue la historia*.

76. Escribiendo más tarde y tratando de minimizar las responsabilidades militares de Stalin, Trotski afirmó que «sólo dirigía uno de los veinte ejércitos», en concreto el grupo Tsaritsyn de Vorochilov, lo cual no era cierto. L. Trotski, *Stalin*; A. Seaton, *Stalin como jefe militar* (Londres, 1976).
77. Según Trotski, Sverdlov organizó una reunión entre Stalin y él en el tren durante el trayecto hasta Moscú. Hablaron sobre los jefes rojos y sobre las intenciones de Trotski. «¿Realmente quieres destituirlos a todos?», me preguntó Stalin en un tono de exagerado servilismo. «Son buenos chicos.» «Esos buenos chicos arruinarán la revolución que no puede esperar a que crezcan», le respondí. «Lo único que quiero es hacer que Tsaritsyn vuelva a pertenecer a la Rusia soviética.»
78. Trotski y posteriormente Deutscher interpretaron este elogio como un intento inútil de conceder poca importancia al mando del primero y presentarle simplemente como ejecutor de las ideas de Lenin. Las referencias a Trotski fueron omitidas en las obras completas de Stalin.
79. Stalin, *Sochineniya*. Hay algún misterio sobre la fecha y el objetivo de este informe. En las *Obras* de Stalin publicadas en 1947, está fechado el 15 de octubre de 1919, en Serpujov, pero tal como lo publicó *Prawda* por primera vez, el 21 de diciembre de 1929, no estaba fechado. El 15 de octubre, Stalin asistió a una reunión del Politburó en Moscú y, aunque es posible que escribiera el informe tras volver al cuartel general aquel mismo día, se ha sugerido que lo escribió en noviembre y lo dejó sin fechar para poder pretender haber inspirado estrategia tan acertada. Vorochilov citó este informe como prueba de que había sido el principal artífice de la victoria. Esta estrategia no era nueva, sino sólo una adaptación del plan original de Vatsetis. El Comité Central lo había estudiado antes de adoptar el plan de Kamenev. Stalin pudo atribuirse haber resucitado el plan y haber presionado para su inmediata puesta en práctica, pero Lenin y otros miembros del Comité Central eran conscientes de los hechos. En resumen, es dudoso que se tomara la molestia de poner una fecha anterior a la real del informe con este objetivo.
80. Según Vorochilov, en su informe ante el XVIII Congreso del PCUS, esta orden era «fruto del genio militar de Stalin». Era partidario suyo, y su afirmación era exagerada. Seaton, *Stalin como jefe militar*.
81. Aunque Lenin se negó a acusar a alguien en concreto, otros lo hicieron sin escrúpulos. Tujachevsky sugirió en 1923 que la derrota fue debida al retraso del frente suroccidental en enviar la caballería para asegurar la entrada en Lublin. Egorov trató en 1929 de refutar «la leyenda del desastroso papel del frente suroccidental». Otra explicación, defendida por Rabinovich en 1935, mantenía que la «estrategia básicamente incorrecta» de Trotski obligó al primer ejército de caballería a abandonar la captura de Lvov. En 1963, Todorsky, en sus elogios a Tujachevsky, acusó al frente suroccidental y a Stalin en concreto. En la época de Krushev, Rotmistrov y otros también atribuyeron a Stalin la responsabilidad. Stalin, por su parte, mantuvo en 1921 que Smilga, miembro político, y Shvarts, jefe de Estado Mayor del frente occidental, cometieron el error de animar a Tujachevsky a hacerse una idea de la posición excesivamente optimista. Trotski, *Stalin*; Seaton, *Stalin como jefe militar*.
82. Con promesas de mayor libertad del control central y de la disciplina del partido, y con otras medidas conciliatorias, las quejas de los grupos de oposición fueron aparentemente tenidas en cuenta. Pero Lenin no tenía inten-

-
- ción de someterse a la democracia del partido ni de compartir el monopolio del poder. De hecho, trabajaba en planes que anularían completamente estas resoluciones. Además, estaba decidido, como había afirmado anteriormente, «a acabar con la oposición, a ponerle fin».
83. A. B. Ulam, *Lenin y los bolcheviques* (Londres, 1966).
 84. Medvedev afirma que Lenin no propuso la creación del puesto de secretario general y no nombró para él a Stalin. El pleno del Comité Central, después del XI Congreso, fue presidido por Kamenev, que propuso el nombramiento de Stalin después de que el Politburó lo hubiera aprobado. Medvedev sugiere que el nombramiento fue presentado a Lenin como «cosa hecha». R. Medvedev, *Que juzgue la historia*.
 85. L. A. Fotyeva, *Los problemas de la historia del Partido Comunista* (Moscú, 1957). Su secretaria, L. A. Fotyeva, anotó que entre el 2 de octubre y el 16 de diciembre de 1922, escribió 224 cartas y notas, recibió a 171 visitantes oficiales, presidió 32 reuniones de organismos públicos y pronunció tres importantes discursos. Era un ritmo que no podía mantener.
 86. Cuatro años después, cuando se estaba forjando la infalibilidad de Lenin, Trotski criticó a Stalin por haberse opuesto a Lenin a este respecto. Stalin afirmó que había estado equivocado, y añadió: «Pero no persistí en el error y, tras hablar con Lenin, rectifiqué inmediatamente.» Stalin, *Sochineniya*. Según las memorias de Fotyeva, publicadas en 1964, Stalin mantuvo su opinión y no la rectificó como afirmaba. A una carta posterior a Lenin sobre el tema, escrita el 13 de octubre de 1922, poco después de su regreso a Moscú, Stalin añadió una nota afirmando que «la carta del camarada Lenin no me ha hecho cambiar de idea». L. A. Fotyeva, *Iz vospominaniya of V. I. Lenine Dekab, 1922, mart, 1923* (Moscú, 1964).
 87. La carta de Stalin no ha sido publicada íntegramente. Trotski publicó un texto parcial en *La escuela estalinista de falsificación* (Nueva York, 1962).
 88. A. Mikoyan, *Dorogoi Borby* (Moscú, 1971).
 89. R. Pipes, *La formación de la Unión Soviética*.
 90. Libro de registro de las secretarías que trabajaban con V. I. Lenin en *Problemas de la historia del PCUS*. (Moscú, 1963).
 91. M. Lewin, *La última lucha de Lenin* (Londres, 1968).
 92. La hermana de Lenin, María Ulyanova, informó al Comité Central en 1926, durante una reunión en la que Zinoviev sacó el tema de la carta de Lenin, que Stalin había enviado una nota disculpándose. El texto de la carta de Lenin fue hecho público por primera vez en el discurso de desestalinización de Krushev ante el XX Congreso del Partido en 1956. Trotski relata en su autobiografía que después de leer la carta, Krupskaja acudió a Kamenev muy agitada y le dijo: «Vladimir acaba de dictar una carta a su estenógrafa dirigida a Stalin, en la que dice que rompe todas sus relaciones personales con él.» Según lo que Trotski recuerda de lo que dijo Kamenev, ella afirmó después que «nunca habría decidido romper relaciones con él si no creyera necesario destruirle políticamente». L. Trotski, *Mi vida* (Madrid, Akal, 1979). Refiriéndose al relato de Trotski sobre cómo se enteró por Kamenev de la carta de Lenin a Stalin, A. Ulam ha señalado que Trotski da la fecha del 6 de marzo de 1923, pero la carta no fue enviada hasta el 7 de marzo, fecha en la que Kamenev estaba de camino a Tiflis. Trotski no menciona la petición que le hizo Lenin para que defendiera sus tesis sobre el tema de Georgia en el Comité Central. A. Ulam, *Stalin*; L. Trotski, *Mi vida*. Ver Robert H. McNeal, *La novia de la revolución: Krupskaja y Lenin* (Ann Arbor, 1972).
-

93. I. Deutscher, *El profeta desarmado: Trotski, 1921-1929* (Nueva York, 1959).

94. Poco después del anuncio de la muerte de Lenin, comenzaron a circular rumores en Moscú de que había sido envenenado. Quince años después, Trotski escribió un artículo sensacionalista titulado «¿Envenenó Stalin a Lenin?»

En su biografía de Stalin, Trotski relata que en una reunión del Politburó a la que asistieron Kamenev, Zinoviev y él mismo, a finales de febrero de 1923, Stalin informó que Lenin le había mandado llamar antes de morir y había pedido veneno. Trotski exclamó «¡Obviamente no podemos ni pensar en acceder a esta petición! Guetier —médico de Lenin— no ha perdido la esperanza. Lenin puede aún recuperarse.» Stalin respondió algo molesto que «le he dicho todo eso, pero no atiende a razones. Está sufriendo y dice que quiere tener el veneno a mano. Sólo lo utilizará cuando esté convencido de que su situación es desesperada». Los miembros del Politburó se separaron «con el implícito acuerdo de que no cabía considerar la posibilidad de entregar veneno a Lenin». L. Trotski, *Stalin*.

La versión de Trotski es improbable. En el diario de las secretarías, cuidadosamente guardado, consta que después del 23 de diciembre de 1922, Lenin vio solamente a las personas que le rodeaban, secretarías y médicos, pero a ninguno de sus antiguos compañeros políticos. El cambio de actitud de Lenin convertiría a Stalin en la última persona a la que pediría una cosa así. El título del artículo de Trotski en el que por primera vez reveló este «secreto», sugería que hubo un «asesinato», mientras que al considerar el tema describía a Stalin como un amigo que hacía un último favor. Esta, como muchas de las pruebas de Trotski contra Stalin, es tendenciosa y carece de fundamento. Robert H. McNeal, *La novia de la revolución: Krupskaja y Lenin*.

95. Lenin, como Marx, siempre expresó su desagrado e incluso su desdén por todo tipo de ostentación y de adoración al héroe, especialmente hacia su persona. Carecía de vanidad, pero su ilimitada confianza en su propio talento, rectitud e importancia, trascendían de hecho la vanidad.

Krupskaja fue la única que protestó sinceramente contra el culto. En una carta abierta, publicada en *Pravda* el 30 de enero, hizo un llamamiento: «Tengo algo importante que pedir —escribió dirigiéndose a los obreros y a los campesinos—. No permitáis que vuestro dolor por la pérdida de Ilyich se manifieste en una reverencia externa por su persona. No erijáis monumentos ni celebréis esplendorosas ceremonias en su honor, ni deis su nombre a palacios. El no daba importancia a estas cosas; todo eso no era más que una carga para él... Si queréis honrar el nombre de Vladimir Ilyich, construid guarderías, casas, escuelas, bibliotecas, centros médicos, hospitales, centros para minusválidos, etc., y sobre todo pongamos en práctica sus preceptos.» Robert H. McNeal, *La novia de la revolución*.

96. Se dice que Stalin fue el principal responsable de la decisión de embalsamarle. N. Valentinov relata que Bujarin le dijo —como tantas veces, estas pruebas son de poco valor— que la propuesta de conservar el cuerpo de Lenin fue en primer lugar hecha por Stalin y Kalinin en una reunión de los líderes soviéticos a finales de 1923. Stalin dijo que la sugerencia provenía de «camaradas de provincias» que consideraban la cremación contraria a las tradiciones religiosas rusas, ya que era simbólica del castigo después de la muerte, y que el cuerpo debía ser conservado. Se dice que Stalin apoyó esta sugerencia, arguyendo que la ciencia había descubierto métodos de embalsamamiento que conservarían el cuerpo durante largo tiempo. Bujarin, Kamenev y otros se opusieron a lo que equivalía a revivir la práctica

-
- ortodoxa de conservar los restos mortales de los santos como si fueran reliquias. Bujarin recordó que el mismo Lenin se había mostrado contrario a la veneración de la memoria de los líderes del partido muertos. Pero Stalin y Kalinin se salieron con la suya. N. Valentinov, *Novaya Ekonomicheskaya Politika i krizis partii posle smerti Lenina. Godi raboty v VSNKh vo vremya NEP. Vospominaniya* (Stanford, 1971) citado en R. C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929*.
- El cuerpo de Lenin fue sometido a lo que la mayoría de la gente consideraría una horrible profanación. Stefan F. Possony, *Lenin: el revolucionario compulsivo* (Londres, 1966).
97. La ausencia de Trotski del funeral fue notoria. Había abandonado Moscú días antes para recibir tratamiento en el Cáucaso. Probablemente sufría algún tipo de fiebres. Afirmó haber recibido la noticia de la muerte de Lenin en Tiflis por un mensaje en clave de Stalin la tarde del 21 de enero. Después, alegó que le dijeron que el funeral tendría lugar el 26 de enero, cuando en realidad se iba a celebrar el 27. Incluso si esto fuera cierto, podía haber llegado a tiempo en tren. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930). I. Deutscher, *El profeta desarmado*.
98. A. B. Ulam, *Stalin*; I. Deutscher, *Stalin*.
99. Stalin, *Sochineniya*. En 1964 se supo que Krupskaja había preparado un discurso que sería pronunciado en la sesión especial del Congreso Panruso. El discurso, encontrado en los archivos, era sorprendentemente similar en su estilo ritualista y exhortatorio al discurso-juramento de Stalin. Robert H. McNeal sugiere que la comisión de Dzerzinsky, responsable del funeral y de otros actos, decidió que únicamente Stalin proclamara el legado de Lenin en esta ocasión. A Krupskaja se le permitió dirigirse al Soviet Supremo el 26 de enero de 1924. Entonces pronunció un discurso personal, posiblemente escrito con premura y bajo tensiones; carecía de la cuidadosa estructura y contenido de la versión suprimida. No obstante fue considerado por los presentes como el más conmovedor de los allí pronunciados. Para consultar el texto del discurso suprimido, ver McNeal, *La novia de la revolución*.
100. B. Bazhanov, *Stalin der Rote Diktator* (Berlín, 1931), citado en Deutscher, *Stalin*.
101. Max Eastman, *Desde que murió Lenin* (Londres, 1925).
102. Krupskaja envió el paquete a Kamenev, presumiblemente porque le consideraba un amigo y porque era el presidente del Politburó. Stalin y su oficina fueron los responsables del programa y la documentación del congreso, pero ella obviamente no pudo llegar a él. Trotski podría haber utilizado las notas con más fuerza que Kamenev. Sin embargo, ella había escrito una carta afectuosa a Trotski poco después de la muerte de Lenin, tratando de reconciliarse, y su gesto no obtuvo respuesta. McNeal, *La novia de la revolución*.
103. B. D. Wolfe, *Kruschev y el fantasma de Stalin* (Nueva York, 1957).
104. Varias versiones se refieren a que las notas de Lenin fueron leídas en una sesión plenaria del Comité Central. Bazhanov afirmó ser testigo presencial de dicha reunión. De acuerdo con los documentos, sin embargo, parece claro que el Comité Central no se reunió entre enero de 1924 y la apertura del Congreso el 23 de mayo. Trotski llamó a la reunión del 22 de mayo «una reunión de ancianos», referencia a las mantenidas en época de las Dumas antes de la Revolución. E. H. Carr, *Historia de la Rusia soviética. El interregno* (Madrid, Alianza Editorial, 1977); L. Schapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética*; L. Trotski, *El testamento suprimido de Lenin* (Nueva York, 1935); I. Deutscher, *Stalin*.
-

-
105. Trotski había preparado un memorándum de cincuenta y cuatro páginas con el título «El propósito de esta explicación». Destinado a ser publicado, permaneció entre sus papeles y no fue encontrado hasta después de su muerte. E. H. Carr, *Socialismo en un país, 1924-1926* (Londres, 1959).
 106. Krupskaja fue objeto de campañas de difamación y, en ocasiones, cuando adoptaba posturas de oposición en las sesiones del partido, era frecuentemente interrumpida. Pero, aunque le irritaba ese celo de autosacrificio, Stalin tuvo buen cuidado de evitar acciones abiertas que la convirtieran en mártir. Se dice que la amenazó con desacreditarla como viuda de Lenin y como compañera política. Se le atribuyen estas palabras: «Haré a otra persona viuda de Lenin.»
 107. Trotski y Krupskaja podrían haberse ayudado mutuamente después de la muerte de Lenin, pero lo impidió la arrogancia y la falta de sensibilidad de él. I. Deutscher, *El profeta desarmado*; A. B. Ulam, *Stalin*.
 108. E. H. Carr y R. W. Davies, *Fundamentos de una economía planificada, 1926-29* (Londres, 1969).
 109. *Ibid.* Otra dificultad era que el partido no llegaba a un acuerdo para definir a un kulak. Se dedicaron largas y teóricas discusiones a la cuestión de la «diferenciación». La oposición, y Trotski en particular, dieron relieve a este tema. Por razones prácticas, las tres categorías de campesinos eran: los kulaks, que contrataban jornaleros, arrendaban tierras y eran comparativamente gente acomodada; los campesinos medios, que no contrataban jornaleros y que se autofinanciaban, y los campesinos pobres que tenían pequeñas propiedades, pero que habían de trabajar como jornaleros. Las divisiones, especialmente entre los kulaks y los campesinos medios, no estaban nada claras.
 110. Milovan Djilas, *Conversaciones con Stalin* (Londres, 1962).
 111. Los regalos llegaron en avalancha en diciembre de 1950, al celebrarse su setenta cumpleaños. Los hizo enviar todos a un museo de regalos abierto en Moscú.
 112. Naum Jasny, *La agricultura socializada de la URSS* (Stanford, 1949).
 113. Victor Serge, *El año uno de la Revolución Rusa* (Nueva York, 1972).
 114. Se han advertido similitudes entre el partido comunista y la orden jesuita. «Ambos eran colectivos militantes que debían completa entrega y subordinación de la individualidad de sus miembros. Pero ahí terminan las similitudes. Los jesuitas eran preparados y sometidos a disciplina durante largo tiempo; deben obediencia no sólo a sus superiores y al general de la orden sino también al papa, ya que hacen un voto especial de obediencia. La orden pertenece a la Iglesia y su general era nombrado por el papa. Lenin concebía su partido como un ejército de revolucionarios totalmente entregados, bajo su mando. En teoría, él no era más que el ejecutor de la voluntad del partido; en la práctica, la posición era la inversa. No vivió para forjar la unidad y la disciplina del partido como siempre había soñado. Esta sería la obra de Stalin.» E. H. Carr, *El interregno*.
 115. N. Valentinov, *Encuentros con Lenin* (Londres, 1968).
 116. La política de Stalin en esta época ha sido criticada con numerosos argumentos. Los académicos han discutido ciertos aspectos bajo el desacertado título: «¿Fue Stalin realmente necesario?» El programa de colectivización, uno de cuyos objetivos básicos era esquilar al campesinado para que proporcionara los recursos de capital necesarios para una rápida industrialización, ha sido un objetivo especial. Así el profesor James R. Miller ha afirmado que «la colectivización no era necesaria para la industrialización, ni tan siquiera fue positiva. Fue, por el contrario, como un huracán o cualquier otro desastre natural. Económicamen-
-

te nadie ganó con la colectivización, incluyendo a quienes promovían un rápido desarrollo industrial».

Muchas de las medidas y de los acontecimientos de esta etapa salvaje pueden ser criticados y condenados. Sin embargo, hay que considerar la política de Stalin con el telón de fondo de la historia de Rusia, el espíritu y las condiciones de vida del pueblo, la posición del partido y, sobre todo, el punto de vista de Stalin y su enfoque de la situación. En conjunto, su política lanzó a la nación a un frenesí de actividad que era lo que él perseguía. Ver, por ejemplo, James R. Miller y Alex Nove, «Debate sobre la colectivización. ¿Fue Stalin realmente necesario?», en *Problemas del comunismo*, julio-agosto de 1976.

117. Merle Fainsod, *Smolensk bajo mando soviético* (Cambridge, Mass., 1958).
118. Naum Jasny, *Industrialización soviética, 1928-52* (Chicago, 1961); Maurice Dobb, *Desarrollo económico soviético desde 1917* (Londres, 1948).
119. Max Beloff, *La política exterior de la Rusia soviética, 1929-41* (Londres, 1947); W. H. Chamberlin, *El orden económico planificado soviético* (Boston, 1931).
120. A. H. Birse, *Memorias de un intérprete* (Londres, 1967).
121. Medvedev ha escrito que un número considerable de viejos bolcheviques formaba un bloque ilegal en el XVII Congreso, que comprendía básicamente secretarios de Oblast, o comités provinciales, y secretarios de los comités centrales no rusos. Se dice que al principio del congreso o antes de éste, un grupo de funcionarios del partido habló con Kirov de la necesidad de sustituir a Stalin. Pero Kirov no se mostró de acuerdo en liberarse de Stalin o ser él mismo elegido secretario general.
122. Medvedev ha afirmado que el descontento con Stalin se dejó sentir en la elección del Comité Central en el XVII Congreso, cuando Stalin recibió menos votos que ningún otro candidato. A la vista del abrumador apoyo a Stalin manifestado a lo largo de todo el congreso, esta alegación es difícil de creer. A. Ulam ha señalado que esta alegación se basa en el desconocimiento del procedimiento de votación del congreso. Ha añadido que hay razones para creer que la elección del Comité Central, incluyendo a los nuevos miembros estalinistas, fue unánime.
123. Medvedev cita al viejo bolchevique Dumaskin cuando éste afirma que «hubo una perceptible tirantez entre Stalin y Kirov» en 1934, porque Kirov se oponía repetidamente a Stalin en las reuniones del Politburó. No se cita la fuente de este recuerdo de Dumaskin, aunque parece ser que éste conocía bien a Kirov.
124. Alexander Barmine, diplomático soviético que huyó a Occidente, afirmó que se enteró a través del hermano de Nadia de cómo tuvo lugar su muerte. En la dacha de Vorochilov, vecina a la de Stalin, ella criticó el duro trato dispensado a los campesinos. Stalin montó en cólera y la zahirió públicamente. Aquella misma noche, Nadia se suicidó. Poco después, según Barmine y otros —que con frecuencia se basan en recuerdos—, Stalin se casó con Rosa, hermana de Kaganovich. Si esto fue cierto, jamás constó públicamente. A. Barmine, *Uno que sobrevivió* (Nueva York, 1945). Boris Nicolaevsky afirma que Stalin disparó contra su esposa. Era otro exiliado que recogía hechos y rumores. B. Nicolaevsky, *El poder y la elite soviética* (Nueva York, 1963).
125. En su discurso «secreto» ante el XX Congreso del partido, Krushev se refirió al asesinato de Kirov en términos vagos, sugiriendo la directa participación de Stalin. «Hay que confirmar —dijo— que hasta hoy las circunstancias que rodearon el asesinato de Kirov ocultan muchas cosas inexplicables y misteriosas, y exigen un cuidadoso examen. Hay razones para

sospechar que el asesino de Kirov —Nikolaev— fue ayudado por alguna de las personas encargadas de proteger a Kirov. Mes y medio antes del asesinato, Nikolaev fue detenido por conducta sospechosa, pero fue puesto en libertad sin ni siquiera ser cacheado. Resultó una circunstancia inusualmente sospechosa que cuando el miembro de la Cheka designado para proteger a Kirov era trasladado para declarar el 2 de diciembre de 1934, muriera en un «accidente» de coche en el que todos los demás pasajeros resultaron ilesos. Después del asesinato de Kirov, altos funcionarios de la NKVD de Leningrado sufrieron leves condenas, pero en 1937 fueron fusilados. Cabe suponer que fueron ejecutados para ocultar los indicios de los organizadores del asesinato de Kirov.»

En octubre de 1961 Krushev afirmó públicamente ante el XXII Congreso del Partido: «Son aún necesarios grandes esfuerzos para averiguar a quien hay que responsabilizar de esta muerte. Cuanto más profundamente estudiamos los hechos relacionados con la muerte de Kirov, más cuestiones surgen... Se está realizando una minuciosa investigación sobre las circunstancias de este complicado caso.» Nada se ha dado a conocer de esta investigación.

El kremlinólogo exiliado Boris Nicolaevsky afirmó que: «El informe secreto de Krushev en el XX Congreso del partido hace innecesario recoger pruebas legales, por decirlo de alguna manera, que demuestren la participación de Stalin en el asesinato de Kirov. Aunque muchos puntos relativos a este asesinato permanecen oscuros, incluso sobre los hechos, el papel personal de Stalin surge con suficiente claridad...»

Nicolaevsky también afirmó que «la parte más importante del discurso de Krushev es, por supuesto, su relato de hechos relativos a crímenes de Stalin. Pero aquí también hay que ser precavido, puesto que no todo lo que se dice puede ser admitido al pie de la letra. Hay muchas distorsiones; el cuadro general que Krushev trata de representar es inexacto y a veces mendaz».

Otros muchos escritores han afirmado o insinuado, con similar ausencia de lógica, que Stalin fue directamente responsable del asesinato de Kirov. No hay, sin embargo, pruebas que respalden esta acusación. Boris Nicolaevsky, *El poder y la elite soviética*; R. Conquest, *El gran terror* (Londres, 1971); A. B. Ulam, *Stalin*.

126. Veintidós años después, en el «discurso secreto» donde exponía los delitos del maestro al que debía su carrera y a quien había servido obedientemente durante unos veinticinco años, Krushev observó que «Stalin estaba convencido de que sus “crímenes” eran necesarios para defender los intereses de la clase trabajadora contra las añagazas de sus enemigos y contra el ataque del campo imperialista, para defender el socialismo y el comunismo. No cabe decir que eran las necesidades de un déspota. Consideraba que había que hacer esto en interés del partido, de las masas trabajadoras, en nombre de la defensa de los logros de la revolución. ¡Aquí radica toda la tragedia!» *Campaña antiestalinista y comunismo internacional*.
127. Ian Grey, *Iván el Terrible* (Londres, 1964).
128. Stalin presumiblemente obtuvo el apoyo del Politburó para este básico cambio en los hábitos del partido. Los miembros más moderados del partido, o lo aprobaron o se vieron obligados a aceptarlo. El profesor L. Schiapiro sugiere que Kuibychev en el Politburó y Maksim Gorki fuera de él, tal vez intentaron refrenar a Stalin. Yagoda fue acusado más tarde de envenenar a ambos hombres. Tal vez lo hizo siguiendo órdenes de Stalin, o tal vez se vio obligado a confesar estos crímenes para alejar las sospechas de los verdaderos culpables o, lo más probable, fue una de las acusaciones inven-

-
- tadas para los juicios públicos. La muerte repentina de Kuibyshev el 26 de enero de 1935, y los ataques a los escritos de Gorki, hasta ahora mantenidos fuera de toda crítica, han sido citados como prueba de las acciones de Stalin contra ellos. L. Schiapiro, *El Partido Comunista de la Unión Soviética*.
129. Sobre métodos de tortura y de extraer confesiones, ver W. G. Krivitsky, *Yo fui agente de Stalin* (Londres, 1939); Merle Fainsod, *Cómo está gobernada Rusia* (Cambridge, Mass., 1965); A. V. Gorbatov, *Años quitados a mi vida* (Londres, 1964).
130. Joseph E. Davies, *Misión en Moscú* (Londres, 1942).
131. G. K. Zukov, *Memorias* (Londres, 1971).
132. A. Seaton, *Stalin como jefe militar*.
133. R. E. Sherwood, *Los documentos de Harry Hopkins en la Casa Blanca* (Londres, 1948-49).
134. G. Hilger, *Aliados incompatibles* (Nueva York, 1953).
135. A. S. Yakovlev, *Tsel Zhizni* (Moscú, 1966).
136. Un análisis completo del caso Tujachevsky figura en *El alto mando soviético, 1918-41* (Londres, 1962) de John Ericson. Tujachevsky y los generales han sido completamente rehabilitados. Krushev en su discurso ante el XXII Congreso del Partido, habló del supuesto complot de los generales. Churchill confirmó que Benes habló de pasar documentos que implicaban a Tujachevsky; N. U. Koristsky y otros, *Marshal Tujachevsky: Vospomaniya Druzei i Soratnikov* (Moscú, 1965); I. Deutscher, *Stalin*, sugiere que los generales, desde luego, habían planeado un golpe. Las pruebas de esta conspiración habían sido establecidas por la Gestapo de Hitler en forma de documentos falsos y fueron pasados a agentes checoslovacos que en enero de 1937 las pusieron en manos del presidente Benes. De buena fe envió los documentos al gobierno soviético. Posteriores revelaciones sugerían que la NKVD había falsificado las pruebas y que un general ruso exiliado y doble agente, llamado Skoblin, era el responsable.
137. Raymond L. Garthoff, *Cómo hace la guerra Rusia* (Londres, 1954).
138. Stephen F. Cohen, *Bujarin y la Revolución rusa* (Londres, 1974).
139. La interpretación de Robert C. Tucker de su discurso, y en particular su referencia a la necesidad de Stalin de que su grandeza fuera reconocida por los demás, es, desde mi punto de vista, equivocada. Robert C. Tucker, *Stalin como revolucionario, 1879-1929*.
140. El problema de la confesión lo considera largamente Arthur Koestler en *Flecha en el azul* (Londres, 1945).
141. F. Beck y W. Godin, *La depuración rusa y las confesiones arrancadas a los detenidos* (Londres, 1951); David J. Dallin y Boris I. Nicolaevsky, *Trabajos forzados en la Rusia soviética* (Londres, 1948); A. Soljenitsin, *Archiipiélago Gulag*.
142. Esta práctica no era nueva en Rusia. Pedro el Grande había utilizado reclusos para sus galeras, para forjar su capital y en otros proyectos. Durante más de dos siglos, la deportación a Siberia y, para delitos más graves, el severo castigo de katora o trabajos forzados, normalmente en grandes obras, fueron métodos admitidos de colonizar y desarrollar zonas poco pobladas. Los campos de trabajo soviéticos fueron, sin embargo, organizados a mayor escala y la disciplina era más dura.
143. F. Beck y W. Godin, *La depuración rusa y las confesiones arrancadas a los detenidos*. Beck y Godin eran los seudónimos de dos ex prisioneros de la NKVD. Su versión de la depuración es notable porque carece de amargura, por su imparcialidad y por la descripción de los prisioneros y de sus condiciones de vida.
-

-
- Uno de los retratos más extraordinarios y conmovedores de un comunista convencido que fue jefe militar del Ejército Rojo y que sufrió arresto, interrogatorios, torturas y condena de quince años de trabajos forzados en Siberia, por ser considerado enemigo del pueblo, es el del general Gorbátov, *Años quitados a mi vida*. Fue puesto en libertad poco antes de comenzar la guerra y volvió al ejército. Luchó con valor y fue condecorado. En 1945 llegó a ser jefe de la zona soviética de Berlín.
144. Al citar esta afirmación, Medvedev añade el comentario de que «Yakovlev parece creer incluso hoy que Stalin no sabía lo que Ezhov hacía a sus espaldas». A. S. Yakovlev, *Tsel Zhizni*.
145. Declaración introductoria a la Constitución soviética de 6 de julio de 1923. Ver D. A. Gaiduk, *Historia de la Constitución Soviética, 1917-1957* (Moscú, 1957); M. Beloff, *La política exterior de la Rusia soviética*.
146. W. S. Churchill, *La II Guerra Mundial* (Londres, 1948).
147. Giffard Martel, *La perspectiva rusa* (Londres, 1947).
148. Ivan Maisky, *¿Quién ayudó a Hitler?* (Londres, 1964); Maxim Litvinov, *Notas para un diario* (Londres, 1955).
149. A. Werth, *Rusia en guerra* (Londres, 1964).
150. G. K. Zukov, *Memorias*.
151. Unos 14.500 soldados polacos, incluyendo 8.000 oficiales, se rindieron al Ejército Rojo. Se les internó en tres campos de prisioneros en Katyn Wood cerca de Smolensk. No se supo nada más de ellos hasta la primavera de 1943 cuando se desenterraron extensas fosas comunes en Katyn. La responsabilidad de la masacre de Katyn no se ha determinado con certeza. Los nazis descubrieron las fosas en abril de 1943. Invitaron a la Cruz Roja internacional para que realizara una investigación imparcial que confirmara, según ellos, la responsabilidad soviética. La Cruz Roja se negó a actuar sin la participación rusa, y ésta fue rechazada. Los alemanes realizaron investigaciones e hicieron públicos los resultados que atribuían la responsabilidad de la masacre a los rusos. Posteriormente, en 1943, cuando el ejército Rojo recuperó la zona de Smolensk, los rusos realizaron sus propias investigaciones que, según afirmaron, establecían la responsabilidad alemana.
- En el juicio de Nuremberg una de las acusaciones contra Göring fue que había ordenado la masacre de Katyn. En su defensa utilizó el informe alemán que había sido publicado sobre las investigaciones realizadas en Katyn. Rusos y polacos no presentaron pruebas en contra por lo que esta acusación no prosperó. Es comúnmente aceptado en Occidente que los autores de la masacre fueron los rusos.
152. D. Clark, *Tres días para la catástrofe* (Londres, 1966).
153. I. Deutscher, *El profeta desarmado*.
154. El misterio rodea al asesino. Era probablemente hijo de Caridad Mercader, destacada comunista española. Pero ni durante el juicio, ni durante los veinte años que estuvo en prisión, cuando fue interrogado por policías, médicos, jueces, psicoanalistas y otros, se estableció fuera de toda duda su identidad ni sus conexiones.
- Ramón Mercader fue hecho héroe en la Unión Soviética en 1977. Murió de cáncer en La Habana el 18 de octubre de 1978 a la edad de 64 años. L. A. S. Salazar, *Asesinato en México* (Londres, 1950).
155. *La campaña antiestalinista y el comunismo internacional*; F. W. Deakin y G. R. Storry, *El caso de Richard Sorge* (Londres, 1966).
156. Averell Harriman y lord Beaverbrook mantuvieron reuniones con Stalin en Moscú del 28 al 30 de septiembre de 1941. En una de estas reuniones, Harriman anotó:
-

-
- «Stalin preguntó por Hess y parecía muy interesado en el divertido relato de Beaverbrook sobre su charla con Hess y su planteamiento de la situación. Stalin indicó que pensaba que Hess no había ido a petición de Hitler, sino con conocimiento de éste, con lo que Beaverbrook estaba de acuerdo. Lo fundamental de la versión de Beaverbrook era que Hess había llegado pensando que con un pequeño grupo de aristócratas británicos podría formar un gobierno contra Churchill que firmara la paz con Alemania, lo cual sería bien recibido por la mayoría de los británicos. Alemania, con ayuda británica, atacaría entonces a Rusia. Stalin se entusiasmó con los ocurrencias y detallados comentarios de Beaverbrook que era un gran narrador.» En sus notas sobre esta parte de la conversación, Beaverbrook escribió que Stalin dijo que el embajador alemán, que estaba todavía en Moscú cuando tuvo lugar el viaje en avión de Hess, le había dicho que éste estaba loco, pero Beaverbrook manifestó que en su opinión eso no era cierto. Robert. E. Sherwood, *Los documentos de Harry Hopkins en la Casa Blanca*.
157. Zukov afirma que Stalin asumió este puesto el 8 de agosto de 1941. Otros afirman que su cargo de comandante en jefe supremo no fue anunciado hasta meses más tarde; de hecho, fue después de la batalla de Stalingrado, y firmaba las órdenes del día como comisario de Defensa.
158. La versión oficial de la historia soviética de la guerra afirma que el Ejército Rojo tenía 677.085 hombres en el frente suroccidental al comenzar la batalla de Kiev, y que 150.541 consiguieron escapar del asedio. Los alemanes afirman que hicieron 665.000 prisioneros. Timochenko, Budenny y Kruschev escaparon en avión. Stalin, Timochenko y Chapochnikov han sido duramente criticados por negar a Budenny permiso para retirarse como proponía y como Zukov había pretendido anteriormente. El repliegue probablemente habría salvado muchas divisiones soviéticas. Stalin era reacio a los repliegues. Era por naturaleza un hombre que tenía que atacar, pero además le preocupaba el efecto que la caída de Kiev podría tener sobre la moral del ejército y de la población civil. Más aún, se le había asegurado que Kiev podría resistir. *Istoriya Velikoi Otechestvennoi Voiny Sovetskogo Soyuz, 1941-45*; H. Guderian, *Panzer Leader* (Londres, 1952).
159. Stalin, *O Velikoi Otechestvennoi Voine Sovetskogo Soyuz* (Moscú, 1943).
160. En esta tercera reunión, Beaverbrook anotó el «hábito de hacer garabatos» de Stalin, mientras Litvinov traducía del ruso al inglés. «Stalin se entretenía en dibujar innumerables lobos y en rellenar el fondo del papel de color rojo.»
161. John Ericson, *El camino a Stalingrado* (Londres, 1975).
162. Seaton, *La guerra ruso-alemana, 1941-45* (Londres, 1951).
163. Seaton, *Stalin como jefe militar*; A. M. Vasilevsky, *Delo vsei Zhizni* (Moscú, 1974).
164. Ilya Ehrenburg, *Hombres, años-vida; La guerra, 1941-45* (Londres, 1964).
165. K. K. Rokossovsky, *Soldatsky Dolg* (Moscú, 1968).
166. I. Stalin, *O Velikoi Otechestvennoi Voine Sovetskogo Soyuz*.
167. Ian Grey, *Los primeros cincuenta años* (Londres, 1967).
168. S. M. Stemenko, *Generalny Shtab v Gody Voiny* (Moscú, 1968-73); A. S. Yakovlev, *Tsel Zhizni*.
169. A. Dallin, *Rusia bajo el dominio alemán* (Londres, 1957).
170. A. Werth, *Rusia en guerra*.
171. A. A. Vlasov, nacido en una familia campesina en la provincia de Nizhni Nodgorod, había luchado con las tropas rojas en la guerra civil. No había sufrido las purgas de 1937-38 y, ascendido al rango de teniente general tras su participación en la batalla de Moscú, era uno de los jóvenes generales
-

soviéticos cuya carrera iba en ascenso. Sin embargo, en el verano de 1942 fue hecho prisionero en el frente Voljov. Para los alemanes, que trataban de organizar un movimiento antisoviético en territorio ocupado, Vlasov era el tipo de hombre que necesitaban. Tenía un buen expediente y era un jefe natural aunque, al parecer, no destacaba excesivamente por su inteligencia. Vlasov aceptó inmediatamente colaborar con los alemanes e hizo un llamamiento a todos los oficiales soviéticos y a los «camaradas del Servicio de Información soviético» para que se unieran a él en la lucha «con todas sus fuerzas y medios, con el fin de acabar con el odiado régimen soviético». El plan consistía en crear un ejército de liberación poniendo a miles de ciudadanos soviéticos bajo el mando único de este ex general soviético, pero los planes nunca llegaron a realizarse. El ejército de liberación se convirtió inmediatamente en un arma de propaganda, y su impacto fue el contrario del que los alemanes esperaban. El odio ruso hacia los alemanes se había puesto al rojo vivo. Cualquier grupo que colaborara con ellos era igualmente odiado por traidor. Lejos de minar la lealtad al régimen soviético, Vlasov y sus seguidores fueron objeto de un profundo desprecio.

Los ex ciudadanos soviéticos que sirvieron en este ejército en 1943-1944, alcanzaron el número de aproximadamente medio millón; en gran parte se trataba de ucranianos, bielorrusos, cosacos y hombres procedentes del Cáucaso.

Vlasov y otros once fueron juzgados, declarados culpables de «traición a la patria» y colgados. George Fisher, *Oposición soviética a Stalin* (Cambridge, Mass., 1952).

172. Los alemanes del Volga habían sido animados a instalarse en Rusia por Catalina II, y se convirtieron en una floreciente comunidad. Recordando la respuesta de los sudetes alemanes a los llamamientos nazis, Stalin les consideraba como un posible peligro y ordenó su traslado, pero más como precaución que como castigo. No obstante fueron tratados con suma dureza. Las tropas de la NKVD se presentaron súbitamente en la República alemana del Volga y dieron a la gente sólo unas pocas horas para prepararse para el largo viaje en carro. Muchos murieron de hambre y debido a las malas condiciones durante el viaje. Al llegar a su destino en zonas deshabitadas del Kazajstán y Siberia, los supervivientes recibieron herramientas agrícolas y comenzaron una nueva vida. R. Conquest, *La deportación soviética de las nacionalidades* (Londres, 1960).

173. Krushev, en su «discurso secreto» ante el XX Congreso, habló de estas deportaciones masivas:

«A finales de 1943... se tomó la decisión de deportar a todos los karachai... También por entonces, a finales de diciembre del mismo año, toda la población de la República autónoma Kalmyk corrió la misma suerte. En marzo de 1944 los pueblos chechen e ingush fueron deportados y la República autónoma Chechen-Ingush fue liquidada. En abril de 1944 todos los bal-kars fueron deportados a lugares alejados del territorio de la República autónoma Karbardino-Balkar que pasó a llamarse República autónoma Kabardin. Los ucranianos se libraron de esta suerte sólo porque eran demasiados y no había lugar al que pudieran ser deportados...

»Ningún marxista-leninista, ni cualquier persona con sentido común puede entender cómo es posible atribuir a naciones enteras la responsabilidad de actividades hostiles, incluyendo mujeres y niños, ancianos, comunistas y komsomols, para utilizar una represión masiva contra ellos y exponerles a la miseria y al sufrimiento por actos hostiles de personas individuales o grupos de personas.» *La campaña antiestalinista y el comunismo internacional*.

-
- Después de la muerte de Stalin se permitió a cinco de los pueblos musulmanes regresar a sus hogares. A los tártaros de Crimea y a los alemanes del Volga no se les permitió volver.
174. Cordell Hull, *Memorias* (Londres, 1948); J. R. Deane, *La extraña alianza* (Londres, 1947).
175. W. A. Harriman y E. Abel, *Enviado especial ante Churchill y Stalin* (Londres, 1976).
176. H. L. Ismay, *Memorias del general lord Ismay* (Londres, 1960).
177. Lord Moran, *Winston Churchill, la lucha por la supervivencia* (Londres, 1966); R. Lewin, *Churchill como jefe militar* (Londres, 1973).
178. A. Bryant, *Triunfo en Occidente* (Londres, 1959).
179. W. S. Churchill, *La II Guerra Mundial*. El levantamiento de Varsovia es todavía un asunto controvertido. La última contribución a este tema es *Nada excepto el honor: la historia del levantamiento de Varsovia, 1944*, por J. K. Zawodny (Londres, 1978), que no presenta un relato completo. Entre los principales factores que son minimizados o ignorados está en primer lugar el hecho de que las fuerzas de Rokossovsky, exhaustas después del rápido avance, fueron detenidas por la ofensiva alemana. El segundo factor se refiere al general Bor-Komorowski. Carecía de preparación y experiencia en alto mando, y cometió un grave error de cálculo al valorar la situación. No solamente rechazó cualquier idea de coordinar el levantamiento del Ejército Rojo, sino que además cometió el error de no asegurar un compromiso de apoyo aliado. Al tener conocimiento del levantamiento, el general W. Anders, jefe del 2.º Cuerpo polaco en Italia, denunció la acción de Bor-Komorowski como «un grave crimen» y «una locura». Fue, desde luego, una terrible tragedia por la que se ha criticado injustamente a Stalin y al Ejército Rojo. Dejó cicatrices en las relaciones ruso-polacas que tardaron muchos años en curar. Pero tuvo también el efecto de hacer que los polacos se dieran cuenta de que tenían que ser realistas y llegar a un acuerdo con Rusia. Para el gobierno polaco en Londres fue una derrota política y militar de la que nunca se recuperó. De hecho, en contra de lo que intentaba conseguir Bor-Komorowski, el levantamiento facilitó la formación de un régimen comunista en Polonia. El relato más fidedigno es *El levantamiento de Varsovia de 1944* de Jan M. Cienchanowski (Cambridge, 1974).
180. Rokossovsky en sus memorias, *Soldatsky Dolg*, sugiere que como jefe del primer frente bielorruso, fue el responsable de la decisión de no ir en ayuda de los polacos en Varsovia. Afirma después que «Stalin quería prestar toda la ayuda posible a los insurgentes y aliviar en lo posible la situación». Zukov escribió más tarde que él mismo había comprobado que el Ejército Rojo había hecho todo lo posible para ayudar a los insurgentes «aunque el levantamiento no había sido en modo alguno coordinado con el mando soviético. En aquellos momentos, tanto antes como después de nuestra obligada retirada de Varsovia, el frente bielorruso continuó prestando asistencia a los insurgentes por el aire, proporcionándoles provisiones, medicinas y municiones. Recuerdo que hubo muchos informes falsos sobre el asunto en la prensa occidental que pudieron equivocar a la opinión pública».
181. Aquí definió la diferencia entre Ustar y Prikaz.
182. A. Eden, *Memorias-La valoración* (Londres, 1965).
183. J. R. Deane, *La extraña alianza*.
184. A. Bryant, *Triunfo en Occidente*. El coronel Seaton ha observado que sobre la base de las cifras dadas por Stalin en esta presentación, el aprovisionamiento diario y el almacenamiento de reservas de mantenimiento para
-

-
- tres meses estaban dentro de las posibilidades del ferrocarril transiberiano. El informe de Antonov, no el de Stalin, era correcto.
185. E. R. Stettinius, *Roosevelt y los rusos* (Londres, 1950).
186. D. D. Eisenhower, *Cruzada en Europa* (Londres, 1948).
187. Cf., por ejemplo, John Ericson, *El camino a Stalingrado*. La llanura euroasiática era ideal para las tropas alemanas altamente mecanizadas y para la aplicación de una guerra rápida. Stalin sabía que el Ejército Rojo, tal como estaba equipado en 1941, no tenía posibilidades de frenar un ataque alemán, cuyo poder y rapidez habían quedado demostrados en la conquista de Polonia (el ejército polaco, incidentalmente, estaba mejor considerado que el ruso por los observadores occidentales y no había sufrido purgas). Stalin había tratado de ganar tiempo, pero perdió el juego. En estas circunstancias es dudoso que la presencia de Rokossovsky y de los demás oficiales tan trágicamente purgados, pudiera haber cambiado de manera significativa el sino del ejército ruso en los primeros meses de la guerra.
188. Según James W. Brackett, *Tendencias demográficas y política de población en la Unión Soviética*, preparado para el Comité Económico Conjunto, Congreso de EE UU, Washington D. C., «entre 1941 y 1946 la Unión Soviética experimentó un drástico declive en su población que descendió en unos 25 ó 30 millones de personas... Podemos tener alguna indicación de las bajas militares, comparando la población de preguerra y posguerra según el sexo. Había probablemente unos 95 millones de hombres y 105 de mujeres a mediados de 1941. A comienzos de 1950 se estima que hay 78 millones de hombres y 102 de mujeres. La caída neta de 17 millones de varones y 3 millones de mujeres sugeriría que las bajas militares de hombres podrían haberse acercado a los 15 millones».
189. W. A. Williams, *La tragedia de la diplomacia americana* (Cleveland y Nueva York, 1959).
190. El general Deane escribió sobre la actitud de los americanos a la espera de la reunión de jefes de Estado Mayor en Berlín. Se convirtió en la actitud generalizada de británicos y americanos. Deane consideró que su «actitud dura e indiferente» tuvo éxito y que la «conferencia marcó el punto culminante de la colaboración militar soviético-americana».
191. James F. Byrnes, *Hablando con franqueza* (Londres, 1948).
192. Maurice Dobb, *Desarrollo económico soviético desde 1917*.
193. A. Nove, *Historia económica de la URSS* (Londres, 1969).
194. A. Harriman, *¿Paz con Rusia?* (Londres, 1959).
-

Cronología

- 1879 21 de diciembre: nace en Gori (a unos 50 kilómetros de Tiflis, Georgia) Iosif Vissarionovich Djughachvili, hijo del entonces siervo Vissarion y de Ekaterina.
- 1887 El pequeño Iosif contrae la viruela; las cicatrices dejan su cara desfigurada.
- 1888 Ingresa por deseo de su madre en la escuela parroquial de Gori, después de haber aprendido ruso en clases privadas.
- 1890 A causa de un accidente le sobreviene una intoxicación de la sangre que impide el normal crecimiento de su brazo izquierdo. Muere su padre.
- 1894 Septiembre: es admitido en el seminario de Tiflis. Por esta época escribe y publica algunos poemas. Toma el sobrenombre de «Koba» (el inflexible) inspirado en un héroe de unas novelas muy populares de Georgia.
- 1898 Se adhiere a un grupo político socialdemócrata, El Tercer Grupo, que estaba bajo la dirección y guía de Noi Zhordania. Realiza actividades de propaganda entre los trabajadores del ferrocarril de Tiflis.
- 1899 Mayo: es expulsado del seminario, posiblemente por actividades de propaganda marxista. Encuentra trabajo en el observatorio geofísico de Tiflis.
- 1900 Toma parte en la manifestación de mayo de Tiflis, donde habla por primera vez en público.
- 1901 La policía registra su despacho en el observatorio. Koba escapa y comienzan sus actividades ilegales de propaganda en la clandestinidad. El día de la Fiesta del Trabajo organiza una manifestación masiva, en la que numerosos participantes son arrastrados y apaleados por la policía y los cosacos. Koba huye y se refugia en Gori. Comienza a escribir en el periódico *Brdzola*. Expulsado de la organización de Tiflis, se traslada a Batum donde desarrolla actividades de agitación política.
- 1902 18 de abril: Koba es detenido y pasa alrededor de año y medio en varias prisiones, la mayor parte del tiempo en la de Kutais.
- 1904 Enero: se fuga de la prisión y se dirige primero a Batum y luego a Tiflis,

-
- donde en noviembre los bolcheviques organizan una conferencia bajo la dirección de Lev Kamenev.
Probablemente este año contrae matrimonio con Ekaterina Svanidze. Escribe un artículo sobre la cuestión nacional.
- 1905 Desarrolla en Tiflis la doble actividad de periodista y agitador político. Abril: III Congreso del partido socialdemócrata en Londres, convocado por la facción bolchevique.
Primera revolución rusa.
Diciembre: con un pasaporte falso, Koba se traslada a Tammerfors (Finlandia) para asistir a una conferencia del partido en la que se decide el levantamiento armado y el boicot a las elecciones de la Duma. Primer encuentro con Lenin. Koba se suma a la facción bolchevique.
- 1906 Es elegido miembro del Comité bolchevique.
Se organizan las «expropiaciones» para conseguir fondos para la causa bolchevique.
10-25 de abril: Koba participa en Estocolmo en el IV Congreso del partido bajo el seudónimo de Ivanovich.
Escribe artículos sobre el anarquismo, la cuestión agraria, la lucha de clases y la revolución.
- 1907 13 de mayo - 1 de junio: participa en el V Congreso del partido en Londres. Julio: desarrolla su actividad clandestina en Bakú.
- 1908 En este año nace probablemente su hijo Yakob.
25 de marzo: es arrestado y conducido a la prisión de Bailov.
9 de noviembre: es desterrado por dos años a Vologda.
- 1909 Enero: es desterrado a la ciudad de Solvychegodsk.
Junio: huye a Bakú y a Tiflis. Escribe artículos sobre la crisis del partido y critica a la dirección bolchevique en el extranjero. Se declara a favor de explotar las posibilidades legales dentro del país.
- 1910 Actúa en Bakú como comisionado del Comité Central del partido.
23 de marzo: es arrestado y enviado a prisión.
Septiembre: es deportado a Solvychegodsk.
- 1911 24 de febrero: carta a los bolcheviques de Moscú.
Julio: traslada su residencia a Vologda.
Septiembre: viaja ilegalmente a San Petersburgo, donde unos días más tarde es arrestado y encerrado en prisión.
Diciembre: es desterrado por tres años a Vologda.
- 1912 Enero: conferencia en Praga, donde se escinde definitivamente el Partido Socialdemócrata y nace el Partido Bolchevique. Koba es propuesto por Lenin para el Comité Central de éste último.
Febrero: durante una temporada reanuda su trabajo clandestino en Bakú, Tiflis y San Petersburgo.
Abril: es arrestado y desterrado por tres años a la región de Narym.
Septiembre: nueva fuga; pasa una temporada en San Petersburgo para tomar parte en la campaña de las elecciones a la cuarta Duma. Publica el primer número de *Prauda*.
Noviembre: viaja a Cracovia para entrevistarse con Lenin.
-

-
- 1913 Utiliza por primera vez el nombre de Stalin en un artículo.
Enero: publica *Marxismo y la cuestión nacional*.
Julio: es deportado a la región de Turujansk.
- 1916 Stalin comparece ante la comisión de reclutamiento del ejército, que le declara inútil para el servicio militar a causa de la deformidad de su brazo.
- 1917 Febrero: después de estallar la Revolución, asume junto con Kamenev la dirección de *Pravda*.
Abril: es elegido miembro del Comité Central del Partido Bolchevique.
3-24 de junio: en el I Congreso de los Soviets es nombrado miembro del Comité Ejecutivo Central.
Julio: ayuda a Lenin a huir de Petrogrado.
Octubre: vota en el Comité Central a favor de la resolución de Lenin de convocar el levantamiento armado.
7 de noviembre: estalla la Revolución de Octubre.
8 de noviembre: es elegido en el primer gobierno soviético comisario del pueblo para las Nacionalidades.
29 de noviembre: Lenin y Stalin firman la *Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*.
- 1918 10-18 de enero: se acepta en el III Congreso de los Soviets la propuesta de Stalin sobre la organización federal de las repúblicas rusas.
24 de marzo: contrae matrimonio con Nadia Alliluyeva.
Abril: participa en la redacción de los *Principios generales de la constitución de las RSFSR*.
Julio: es aprobada la Constitución.
Verano: al estallar la guerra civil es encargado del aprovisionamiento de víveres en el sur de Rusia.
- 1919 2 de marzo: se crea la Comintern.
Septiembre: recibe poderes extraordinarios para la defensa de Petrogrado.
Se agudizan sus conflictos con Trotski.
- 1921 Enero: se opone al proyecto de Trotski de transferir los métodos militares del ejército a los sindicatos y a la clase obrera.
- 1922 Surge la NEP.
3 de abril: es elegido secretario general del PCUS.
20 de mayo: primer ataque de apoplejía de Lenin.
Diciembre: En el X Congreso de los Soviets, Stalin pronuncia un discurso sobre la unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.
- 1923 4 de enero: Lenin dicta una cláusula adicional a su «testamento» recomendando la destitución de Stalin.
- 1924 Se agudizan las diferencias entre Trotski y Stalin.
21 de enero: muerte de Lenin.
24 de enero: Stalin jura cumplir el «testamento» de Lenin.
Abril: pronuncia un discurso en la Universidad de Sverdlov en el que establece las bases del leninismo.
2 de junio: al ser leído el «testamento» de Lenin ante el pleno del Co-
-

-
- mité Central Stalin anuncia su dimisión, pero los delegados le piden que permanezca en su puesto.
8 de agosto: elecciones para el Comité Ejecutivo de la Comintern.
17 de diciembre: tras rechazar la concepción de Trotski de la «revolución permanente», sostiene la posibilidad de victoria del socialismo en un solo país.
Se aprueba una nueva Constitución que crea la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.
- 1925 Trotski dimite de sus cargos.
Stalin se alía con Rykov, Bujarin y Tomsky contra la facción trotskista.
- 1926 Febrero: en su escrito *Fundamentos del leninismo*, denuncia públicamente los defectos de la nueva oposición creada por Zinoviev y Trotski.
7 de diciembre: ante el pleno del Comité Ejecutivo de la Comintern combate a la oposición como germen de un nuevo partido que socava la unidad del PCUS.
- 1927 24 de noviembre: denuncia públicamente la plataforma de la oposición, después de lo cual Trotski y Zinoviev son expulsados del partido.
- 1928 Enero: Trotski es deportado a Alma-Ata.
Stalin anuncia la necesidad de socializar toda la agricultura. Se emprende la creación de cooperativas agrarias y se desencadena una lucha decidida contra los kulaks.
Octubre: entra en vigor el primer plan quinquenal.
Finales de diciembre: se inicia la persecución del grupo de Bujarin.
- 1929 17 de noviembre: Bujarin, Rykov y Tomsky reconocen públicamente sus «erróneas opiniones».
Trotski es expulsado de la URSS.
- 1932 Enero: comienza el segundo plan quinquenal.
Octubre: Stalin exige la ejecución de Ryutin, miembro de la oposición. El Comité Central se niega.
Noviembre: Nadia, la mujer de Stalin, se suicida.
- 1933 Abril: gran depuración de las altas instancias del partido y de los sindicatos.
Noviembre: establecimiento de relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y Estados Unidos.
- 1934 18 de septiembre: la URSS es admitida en la Sociedad de Naciones.
1 de diciembre: asesinato de Sergei Kirov.
Purgas de Leningrado y Moscú.
- 1935 15-18 de enero: proceso contra Zinoviev, Kamenev y diecisiete «cómplices». Continúa la depuración dentro del partido.
- 1936 Nueva campaña de depuración mediante control y renovación de los documentos del partido.
19-24 de agosto: primer proceso de Moscú. Zinoviev, Kamenev y otros son condenados a muerte y ejecutados.
23 de agosto: Mijail Tomsky se suicida.
-

-
- Septiembre: la Unión Soviética ofrece al gobierno republicano español ayuda militar para la guerra civil.
25 de noviembre: se proclama la nueva Constitución de la URSS.
- 1937 23-30 de enero: segundo proceso de Moscú contra Pyatakov, Radek y otros.
18 de febrero: suicidio de Ordjonikidze.
1 de abril: el segundo plan quinquenal se declara cumplido antes de plazo.
Junio: proceso secreto contra altos cargos del ejército. La mayoría de los mariscales y generales son fusilados.
- 1938 Acuerdo de Munich.
2-13 de marzo: tercer proceso de Moscú, tras el que son ejecutados Bujarin y Rykov, entre otros, acusados de pertenecer al «bloque derechista y trotskista».
Septiembre: Stalin escribe el tratado *Sobre el materialismo histórico y dialéctico*.
- 1939 Julio-agosto: combates entre las fuerzas soviética y japonesa en la frontera de la República Popular de Mongolia.
12 de agosto: Hitler se muestra dispuesto a tratar con Stalin un pacto de no agresión.
22 de agosto: Von Ribbentrop y Molotov llevan a cabo en Moscú las negociaciones para la firma del pacto.
Septiembre-noviembre: tropas soviéticas ocupan el este de Polonia, Estonia, Letonia y Lituania.
Noviembre-diciembre: el ejército soviético ataca Finlandia sufriendo grandes pérdidas.
- 1940 12 de marzo: tratado de paz entre Finlandia y la Unión Soviética, que pone fin a la guerra.
28 de marzo: Hitler invita a Stalin a entrevistarse con él en Berlín.
Julio: Churchill propone a Stalin la creación de «relaciones armónicas y útiles para ambas partes».
21 de agosto: asesinato de Trotski en México.
Agosto: los Estados bálticos son admitidos en la URSS.
- 1941 Abril: la Unión Soviética concluye un tratado de amistad con Yugoslavia y otro de neutralidad con Japón.
6 de mayo: Stalin asume la jefatura del Gobierno.
2 de junio: tropas alemanas invaden la URSS.
Julio: se forma el Comité de Defensa estatal, del que Stalin es comandante en jefe.
24 de septiembre: la URSS se adhiere a la Carta Atlántica.
Diciembre: Stalin ordena la primera contraofensiva soviética.
- 1942 Mayo: tratado de alianza contra Alemania entre Inglaterra y la URSS.
Junio: tratado de la URSS con Estados Unidos sobre ayuda mutua en la guerra contra la agresión alemana.
12-15 de agosto: conferencia en Moscú entre Stalin, Churchill y Harri-man.
- 1943 Concluye el cerco de Stalingrado y capitula el Sexto Ejército alemán bajo el mando del mariscal Paulus.
-

-
- 6 de marzo: Stalin es nombrado comisario de Defensa y mariscal.
Abril: se rompen las relaciones entre el gobierno soviético y el polaco en el exilio.
28 de mayo: se disuelve la Comintern.
28 de noviembre-1 de diciembre: Conferencia de Teherán.
- 1944 6 de junio: desembarco en Normandía.
Julio: las tropas soviéticas apoyan la formación de un Comité Polaco de Liberación Nacional.
10 de diciembre: De Gaulle y Stalin firman un pacto de ayuda franco-soviético.
- 1945 4-11 de febrero: Conferencia de Yalta. Stalin propone la división de Alemania. Se confirma definitivamente la entrada de la Unión Soviética en la guerra contra Japón.
27 de febrero: el rey Miguel de Rumania nombra presidente de su gobierno a un hombre de confianza de Stalin.
17 de julio - 2 de agosto: Conferencia de Potsdam.
- 1946 Abril: el Soviet Supremo aprueba la ley sobre el cuarto plan quinquenal.
- 1947 5 de octubre: fundación del Cominform en Belgrado.
- 1948 La URSS concluye tratados de amistad con Rumania, Bulgaria y Finlandia.
28 de junio: el Cominform determina la expulsión de Yugoslavia.
4 de agosto: bloqueo de Berlín.
Septiembre: «*affaire de Leningrado*», en el que son eliminados altos cargos dirigentes.
- 1949 1 de octubre: proclamación de la República Popular China.
- 1950 25 de junio: inicio de la guerra de Corea.
- 1952 Son publicadas las contribuciones de Stalin a diversas cuestiones económicas bajo el título común de *Problemas económicos del socialismo*.
- 1953 5 de marzo: muere Stalin.

Testimonios

Louis Aragon

Dentro del vasto tesoro de la cultura humana, ¿no ocupa el primer lugar la nueva constitución estaliniana, por delante de las obras excelsas de la fantasía, por encima de Shakespeare, Rimbaud, Goethe, Pushkin? Esas páginas grandiosas han sido escritas con el dolor, el trabajo y la alegría de ciento sesenta millones de personas; con el genio bolchevique, la sabiduría del partido y de su jefe, el camarada Stalin, un filósofo en el sentido marxista que no se ha conformado con interpretar el mundo.

(En *Commune*, agosto de 1936).

Lev Trotski

No es un filósofo, ni un escritor, ni un orador... Stalin monopoliza el poder no por méritos propios, sino gracias a la existencia de un aparato impersonal. No ha sido él quien ha creado ese aparato, sino el aparato el que le ha creado a él. (*Stalin. Una biografía*, 1941).

Charles de Gaulle

Unificar a los eslavos, aniquilar a los germanos, expansionarse en Asia, llegar a mares abiertos: he aquí los sueños de la patria, los objetivos del dictador. Dos eran las condiciones previas para conseguirlo: modernizar el país y convertirlo en una gran potencia, es decir, en una potencia industrial, y resultar vencedor en caso de guerra mundial. La primera condición ya se había cumplido, pagando un precio demasiado caro en sufrimientos y pérdidas de vidas humanas. Cuando yo lo conocí, estaba a punto de cumplir la segunda condición en medio de un paisaje de tumbas y ruinas. Por suerte para él, tenía un pueblo tan lleno de vida y tan paciente que ni la más severa esclavitud era capaz de paralizarlo; un país tan sobrado en riquezas del subsuelo que ni el derroche más extremo podía agotarlo; unos aliados sin los cuales no habría vencido el enemigo, y ellos tampoco sin su concurso.

(*Memorias de guerra*, 1944).

Winston Churchill

Por lo que a Rusia se refiere, es un animal torpe y hambriento desde hace tiempo. Hoy no se le puede impedir comer, máxime teniendo en cuenta que es una de las víctimas más gravemente afectadas. De lo que se trata es de que no se lo coma todo. Yo me esfuerzo por contener a Stalin, que, a pesar de su voraz apetito, no es un hombre carente de realismo.

(Noviembre de 1945, según las *Memorias de guerra* de Charles de Gaulle).

Robert Payne

Según la naturaleza de las cosas, la vida de Stalin no resulta indicada para personas de nervios flojos. El terror, descarnado y sin adornos, fue su cómplice; los terrores del día y la noche hollaron su vida. No hubo traiciones ni crueldades que fuese incapaz de perpetrar, ni votos o promesas que fuese incapaz de romper. En sus asesinatos había algo aterradoramente mecánico, de tal modo que acababa por parecerse a la grada mecánica del cuento de Franz Kafka, *En la colonia penal*, que inscribía en el cuerpo del condenado un laberinto de líneas misteriosas trazadas con puntitos de aguja. Cierta vez que un explorador topó con la máquina, pidió que le explicasen las inscripciones escritas con sangre. «Esa no es caligrafía para escolares —dijo el oficial—. Es necesario estudiarla muy de cerca.»

Lo mismo con Stalin. Lo que escribió en el cuerpo vivo de Rusia no era una caligrafía para colegiales, y hay que estudiarlo de cerca. Necesitamos saber cómo ascendió al poder, qué hizo con ese poder y qué heridas dejó, y si es posible sanarlas. Necesitamos saber también cómo doblegó a sus cómplices, imponiéndoles su voluntad, y por qué infligió tanto castigo a su pueblo, y la causa por la que se tomó tanto trabajo para crear su propia leyenda. ¿Ha sido un fenómeno aislado, o el heraldo de cosas peores para el futuro? ¿Quiénes se han convertido en sus herederos? Son preguntas que tienen cierta importancia, puesto que la influencia de ese hombre se hace sentir todavía en grandes regiones del mundo. (*Stalin. Ascenso y caída de un hombre*, 1947).

Claudio Colomer

Decía Trotski, su enemigo mortal, que pocas cosas admiraba en Stalin, pero una de ellas era su afición a los términos medios. En boca del extremista judío que era Trotski, en quien la cautela tradicional de una parte de sus hermanos de raza había sido suplida por ese estado de exaltación casi mística tan común a otro sector de los hebreos, la definición tenía sabor de alabanza. Parece como si desde su errabundo exilio, el que fue brillante jefe del Ejército Rojo sintiera pesadumbre por no haber sabido mantener, como Stalin, la predilección por los términos medios. Predilección que no deja de chocar con la imagen que el tópico ha consagrado como característica del fallecido dictador soviético: brutalidad, impetuosidad y dureza propia de un capitán de bandidos. (Prólogo a *El verdadero Stalin*, de Yves Delbars, 1955).

Nicolás González Ruiz

¿Cuál es el arma de la que Stalin se sirve para triunfar invariablemente e ir eliminando a sus adversarios? Aparte de sus dotes personales de astucia y de bien medida acometividad, cuenta con la Secretaría General del partido, ese puesto oscuro que le dieron porque era un segundón y que es la llave de los secretos de todo el mecanismo sobre el que se asienta el Estado. Desde allí se tejen sus redes y se sitúan personas en puestos no brillantes, pero sí efectivos en su poder, mientras se eliminan a otros que podrían estorbar. El cargo está en juego teóricamente en cada Congreso del Partido, donde asisten cientos de delegados de toda Rusia. Pero allí es precisamente donde Stalin se afirma. El fenómeno no puede ser más natural. Por su personal conocimiento, por su relación estrecha y continua y por no ser un «intelectual», sino por adoptar formas y modales rudos de obrero, merece más confianza que elocuentes oradores revolucionarios que apestan a burguesía desde una legua. Este fenómeno se repetirá mil veces. El que se imponga a la masa obrera habrá de ser de extracción obrera. (*Eisenhower-Stalin*, 1958).

Milovan Djilas

En el caso de Stalin cualquier crimen era posible, pues no existe ni uno sólo que no hubiera cometido. Le midamos con la medida que le midamos, siempre merecerá la gloria —esperamos que eterna— de ser el mayor criminal de la historia. (*Conversaciones con Stalin*, 1962)

Svetlana Alliluyeva

El «líder del proletariado internacional» del siglo XX se creó para sí mismo un poder que no se fundamentaba en las corrientes progresistas de los círculos cultos de la sociedad, sino en el atraso y en la ignorancia de millones de personas que, alejadas desde hacía siglos de la democracia occidental, creían ciegamente en el «sabio» padrecito zar y desconfiaban de cuantos «no hablasen nuestra lengua». (*El primer año*, 1969).

Fernando Claudín

Yo creo que a estas alturas está claro que el culto a la personalidad no fue más que uno de los efectos del estalinismo, cuyas raíces eran mucho más profundas. El estalinismo es una manera de designar un sistema social que cristalizó en la Unión Soviética en la década de 1930 y que se ha consolidado después de la II Guerra Mundial. Este sistema social es la consecuencia de la frustración de la Revolución de Octubre. No es algo que estuviera predeterminado, que tuviera fatalmente que producirse, como lo indica la lucha interna, muy aguda, que en los años veinte enfrentó en el seno del PCUS a diferentes opciones y maneras de abordar un problema en sí mismo extraordinariamente difícil: el problema de avanzar hacia el socialismo en un país de las características de Rusia, y en las condiciones en que Rusia se encontraba. Por no citar más que las tendencias principales, en el periodo que va de la guerra civil al comienzo de la colectivización forzada nos encontramos con la lucha entre las alternativas defendidas por Lenin, Trotski, Bujarin, y finalmente por Stalin, que fue la que acabó dominando. La prueba de que a la opción estaliniana no le fue fácil imponerse es que necesitó la utilización de un sistema de terror sin precedentes, al mismo tiempo que la transformación del marxismo en una ideología que, tras la apariencia de fórmulas y conceptos formalmente marxistas, era una ideología justificativa del nuevo sistema social, en que de nuevo reaparecían la dominación de clase, la opresión nacional, la falta de una democracia real, etc... El estalinismo..., es la manera de designar a ese nuevo sistema social, o el proceso que ha llevado a ese sistema, objeto actualmente de la atención teórica de diversos investigadores marxistas, con el fin de precisar sus estructuras, sus leyes, sus perspectivas. (Entrevista con M. Ruipérez y M. Pérez Ledesma, en *Tiempo de Historia*, 1976).

Octavio Paz

Hay una clara continuidad entre el despotismo ilustrado de Pedro y Catalina y el de Lenin y Trotski, entre la paranoia sangrienta de Iván el Terrible y la de Stalin. El estalinismo y la autocracia zarista nacieron, crecieron y se alimentaron de la realidad rusa. Lo mismo debe decirse de la burocracia y del sistema policíaco. Autocracia y burocracia son rasgos que Rusia probablemente heredó de Bizancio, al mismo tiempo que el cristianismo y el gran arte. Otros rasgos de la sociedad rusa son orientales y otros se remontan al paganismo eslavo. La historia de Rusia es una extraña mezcla de sensualidad y exaltado espiritualismo, brutalidad y heroísmo, santidad y abyecta superstición. (*El ogro filantrópico*, 1979).

Bibliografía

Obras de Stalin publicadas en castellano

- ¿Anarquismo o socialismo?* Barcelona, Siete y Media, 1978.
El marxismo y la cuestión nacional. Barcelona, Fundamentos, 1976.
Fundamentos del leninismo. Trad.: Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú. Madrid, Akal, 1975.
Iosif Stalin. Obra completa. Trad.: Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú. Madrid, Vanguardia Obrera, 1984, 10 vols.
Stalin. Obras escogidas. Madrid, Emiliano Escolar, 1977, 2 vols.

Obras sobre Stalin

- D'ASTIER, E.: *Stalin, ese desconocido.* Barcelona, Aymá, 1964.
BENOIT, J.: *Stalin.* Barcelona, Dopesa, 1974.
CARR, E. H.: *La revolución rusa: de Lenin a Stalin.* Madrid, Alianza, 1983.
— *Historia de la Rusia soviética.* Madrid, Alianza, 1983, 4 vols.
— *Mil novecientos diecisiete. Antes y después.* Barcelona, Anagrama, 1970.
DEUTSCHER, I.: *Stalin. Biografía política.* México, Era, 1966.
ELLEINSTEIN, J.: *El fenómeno estaliniano.* Barcelona, Laia, 1977.
FRANK, P.: *El stalinismo.* Barcelona, Fontamara, 1978.
HILGER, G.: *Stalin.* Bilbao, Moretón, 1968.
LUDWIG, E.: *Adalides de Europa. Stalin.* Barcelona, Juventud, 1935.
PAINE, R.: *Stalin.* Barcelona, Bruguera, 1967.
TROTSKI, L.: *Stalin.* Barcelona, Plaza y Janés, 1968.
ULAM, A. B.: *Stalin.* Barcelona, Noguer, 1975, 2 vols.
VV AA: *Stalin.* Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1975.
WOLFE, B. D.: *Tres que hicieron una revolución.* Barcelona, Plaza y Janés, 1964.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cerdón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.

33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire**, por Haydn Mason.
58. **De Gaulle**, por Jean Lacouture.
59. **Kennedy**, por André Kaspi.
60. **Gaudí**, por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1)**, por André Maurois.
62. **Balzac (2)**, por André Maurois.
63. **Bismarck**, por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal**, por José M.^a López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo**, por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V**, por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma**, por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart**, por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (I)**, por Ian Grey.
70. **Stalin (II)**, por Ian Grey.



STALIN

La mayor parte de los libros publicados en Occidente sobre Stalin han sido escritos por personas que le eran hostiles o que tenían prejuicios contra él, de ahí que resulte difícil acceder a una imagen no ya objetiva, sino mínimamente completa de uno de los personajes políticos más importantes y polémicos del siglo XX.

En este segundo volumen de su extensa biografía, Ian Grey expone los años decisivos de la trayectoria política de Stalin y suministra datos suficientes para comprender con una perspectiva más amplia el papel histórico que desempeñó en su país y en el mundo.

